

Jesús Castañar Pérez

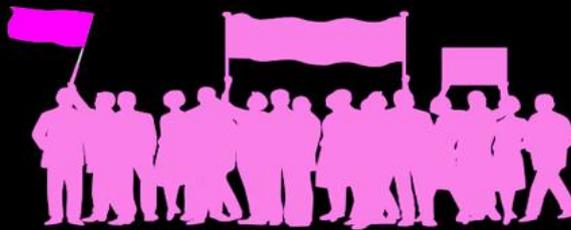
LAS DINÁMICAS DE LA RESISTENCIA CIVIL



**Un modelo para el estudio histórico y estratégico
de los movimientos no violentos**

**EDICIONES
REVOLUSSIA**





Este libro, fruto de largos años de investigación, pretende responder a la pregunta ¿Cómo funciona la acción noviolenta? ¿Por qué unos movimientos de resistencia civil fracasan y otros triunfan? ¿Qué pautas ha de seguir un movimiento para tener éxito? En sus páginas se recogen las principales aportaciones al estudio de los movimientos noviolentos tanto de las teorías estratégicas de la acción noviolenta como de las teorías académicas de los movimientos sociales. De esta manera se propone una nueva síntesis que supera algunos de los problemas más notorios de aquellas. Se revisa con igual rigurosidad la concepción de los mecanismos que afectan al éxito de la acción noviolenta por parte de Gandhi o Gene Sharp, entre otros, y se propone una teoría coherente con las aportaciones de la psicología cognitiva y la sociología del poder (desde Foucault, Bourdieu, Galbraith o Habermas a Galtung o la teoría feminista). Esto lleva a un enfoque tridimensional que entiende que el poder y la acción social se pueden interpretar desde tres racionalidades distintas: instrumental, comunicativa y compensatoria. Esto lleva a proponer una visión de la acción noviolenta como un proceso de empoderamiento colectivo en el que se han de evitar enfoques orientados al mero cambio político para conseguir cambios estructurales y sociales de mayor transcendencia.

A lo largo de estas páginas se construye por tanto un modelo analítico de carácter triangular que tiene en cuenta las perspectivas de tres tipos de actores sociales: el actor noviolento, el oponente y los que forman parte del entorno. Este modelo, a su vez, se testa con el estudio de movimientos noviolentos en situaciones extremas (conflicto armado, ocupación militar, discriminación étnica o religiosa), como son el movimiento autonomista tamil en Ceilán de los años 50-60, y el movimiento indígena del Cauca colombiano, desde los 60 hasta la actualidad. El análisis de sus aparentes contradicciones lleva a proponer una serie de fases de tipo estratégico pensadas para organizar la acción política transformadora. Estas son: **preparación, resistencia, expansión, asalto y conciliación.**

Así mismo, este libro sirve de introducción a estudios monográficos sobre estos movimientos noviolentos y otros que se publicarán en breve, así como próximos cuadernos para talleres y entrenamientos en acción noviolenta basados en estas conclusiones teóricas. Es por tanto indispensable para cualquier persona interesada en cómo funciona el mundo y cómo cambiarlo.



PVP: 17 €

**EDICIONES
REVOLUSSIA**

ISBN: 978-84-946524-1-7

Depósito legal: CC-000422-2016

Las dinámicas de la resistencia civil

**Un modelo para el análisis
histórico y estratégico de los
movimientos no violentos**

Jesús Castañar Pérez

Las dinámicas de la resistencia civil

**Un modelo para el análisis
histórico y estratégico de los
movimientos no violentos**



**EDICIONES
REVOLUSSIA**



Cáceres 2017

Jesús Castañar Pérez

“Las Dinámicas de la Resistencia Civil. Un modelo para el estudio histórico y estratégico de los movimientos no violentos”

Ediciones Revolussia. Cáceres 2017

Diseño de portada: Cthuchi Zamarra

Edita: Ediciones Revolussia

Un proyecto de



<http://www.sonorobooks.zamarrismo.net>

<http://www.cooperactyva.org/>

Cthuchi Zamarra 635-45.29.14 zamarra@zamarrismo.net

1ª Edición Enero de 2017

Versión digital pdf 1.1 Febrero 2017

Licencia *Creative Commons*. Cláusulas *By* y *Share Alike*. Se puede usar este producto con fines comerciales a condición de que se cite al autor, igualmente se pueden hacer productos derivados de éste a condición de que el producto resultante mantenga las mismas condiciones de licencia que éste.



ISBN: 978-84-946524-1-7

DEPÓSITO LEGAL: CC-000422-2016

Impreso en España

500 copias

Enero de 2017

*A Chencho y Tori, mis padres, que,
a pesar de todo, siempre me han apoyado.*

AGRADECIMIENTOS

Esta obra nació como introducción teórica a una tesis doctoral sobre investigación histórica, que fue defendida con éxito el 1 de febrero de 2016. Estoy sin duda en deuda con Pedro Oliver Olmo por su apoyo para sacar adelante esa tesis en momentos en los que la comunidad académica me dio de lado. También hay que agradecer a Mario López, Ángel Calle y Juan Sisínio Pérez Garzón sus valiosos comentarios como tribunal de tesis, así como sus ánimos y reconocimiento. En el momento de escribir esto, ellos son las únicas personas que han leído el texto, y espero que cuando lean la versión final que aquí se publica, bastante mejorada, estén orgullosos de haber colaborado para hacerla posible. No obstante, los defectos e imperfecciones que todavía pueda tener esta obra son achacables sólo a mi persona, en cuanto sólo yo he leído el texto final, y a la ilusión por ver por fin publicado el texto. Espero el lector pueda perdonarlas y, por el contrario, sirvan para enriquecer el debate que sin duda tiene que estar presente en todo tipo de movimientos sociopolíticos: la consideración de estrategias legítimas y efectivas para conseguir los objetivos de cambio que estos se marcan. Agradeceré cualquier sugerencia al respecto que se me haga llegar.

Jesús Castañar, 11 de enero de 2017

INDICE

1 La resistencia no violenta	1
1.1 Las aportaciones desde las ciencias sociales y las teorías de la no violencia	9
1.1-1 El enfoque del proceso político	11
1.1-2 Enfoque de la acción no violenta	20
1.1-3 Los estudios históricos	28
1.1-4 El debate agencia/estructura	32
1.2 Desarrollo de esta investigación	35
2 La teoría tridimensional del poder	41
2.1 Las dimensiones instrumental y comunicativa de la acción social	41
2.1.2 La dimensión comunicativa	46
2.2 La teoría bidimensional del poder	50
2.3 La tercera dimensión racional de la acción social	56
2.4 Las teorías tridimensionales del poder	62
2.5 La teoría tridimensional de la acción	67
3 Las Dinámicas de poder y dominación	73
3.1 Los Componentes del poder	74
3.2 Los mecanismos de la dominación	81
3.2 Las aportaciones desde el feminismo	83
3.3 Las fuentes del poder y la gobernanza	89
3.4 Los mecanismos de la acción no violenta	91
4 Las dinámicas instrumentales de la acción no violenta	101
4.1 La coerción no violenta según Case	104
4.2 El debate coerción y compulsión	112
4.3 La coerción no violenta según Sharp	118
4.3.1 Las críticas a la teoría del poder de Sharp	122

5 Las dinámicas comunicativas de la acción noviolenta	129
5.1 La conversión como proceso de reordenamiento cognitivo	138
5.2 El enfoque orientado a la estructura	145
5.3 La teoría de paradigmas	155
5.4 La diferente percepción del conflicto violento y noviolento	166
6 Las dinámicas compensatorias de la acción noviolenta	173
6.1 La negociación noviolenta como diálogo y consenso	188
7 Las dinámicas de resistencia y empoderamiento	191
7.1 Los procesos de reconocimiento y rechazo del problema político	192
7.1-2 El empoderamiento necesario para llegar a la acción colectiva	201
7.2 La organización de la acción colectiva y la elección de estrategias	207
7.3 El proceso de resistencia visto desde el enfoque tridimensional: los empoderamientos	217
7.3.1 El empoderamiento individual: la preparación cultural	223
7.3.2 Empoderamiento grupal: Capacidad organizativa y capital simbólico	226
7.3.3 Empoderamientos social: oportunidades y amenazas	227
8 Los factores instrumentales de la acción noviolenta	229
8.1 Factor PARTICIPACIÓN. Necesidad de un gran número de personas movilizadas	231
8.1-1 Las barreras a la participación política no institucional	233
8.1-2 La participación como estrategia	236

8.2 FACTOR INTERDEPENDENCIA: El grado de dependencia del oponente en los actores no violentos para implementar sus propias fuentes de poder.	245
8.3 FACTOR 3 EFICIENCIA: Habilidad del actor no violento en la aplicación de las técnicas de la acción no violenta.	249
8.4 FACTOR 4 RESILIENCIA: Capacidad para mantener en el tiempo la desobediencia y la no-colaboración a pesar de la represión y del propio desgaste.	257
8.4.1 Capacidad de resistir a la represión.	258
8.4.2 Capacidad de resistir al desgaste: el factor LOGÍSTICA	265
8.5 FACTOR 5 ALIANZAS: Simpatía y apoyo de terceras partes	266
8.6 FACTOR 6 DISRUPCIÓN: Capacidad para interrumpir la capacidad del oponente para ejercer la represión	268
8.7 FACTOR 7 DIVISOR: Oposición dentro del propio oponente a las políticas sobre las que se establecen las demandas o a la represión desencadenada en respuesta a las movilizaciones.	272
9 Los factores comunicativos de la acción no violenta	275
9.1 Los factores externos	276
9.1-1) El grado de conflicto de intereses.	276
9.1-2) Distancia social	277
9.1-3) La estructura de personalidades de los oponentes.	281
9.1-4) Creencias y normas compartidas o diferenciadas.	284
9.1-5) El papel de terceras partes	285
9.2 Los Factores internos	291
9.2-1 DIÁLOGO: Trabajar las condiciones de comunicación con el oponente	292
9.2-2 DISCIPLINA: Reducir la violencia al mínimo	295
9.2-3 COHESIÓN: Un vector relativo a los procesos previos a la acción no violenta	298
9.2-4 TRANSMISIÓN: El canal de comunicación	301

10 La acción no violenta como negociación y empoderamiento	305
10.1 Los factores relativos a la acomodación	305
10.1.1 Se contempla la represión violenta como inapropiada	306
10.1.2) El oponente trata de librarse de un fastidio, es decir, el tema es de una importancia relativa menor.	307
10.1.3) Se produce un ajuste de la oposición dentro de su propio grupo	309
10.1.4) Se trata de minimizar las pérdidas económicas	309
10.1.5) El oponente se limita a aceptar lo que puede parecer inevitable	310
10.2 El funcionamiento de la negociación no violenta	311
11 El modelo triangular para el estudio de la resistencia civil	313
11.1 El ensamble del modelo	320
11-2 Los componentes del triángulo	323
11.2-1 El escenario	323
11.2-2 El actor no violento	325
11.2-3 El entorno	329
11.2-4 El oponente	331
11.2-5) Puntos críticos	335
12 Los resultados de la investigación empírica	341
12.1.1 Ceilán	344
12.1.2 Colombia	347
12.2 El análisis comparativo	350
12.3 Primeras fases de la acción no violenta	358
12.4 Últimas fases del proceso de la acción no violenta	365
12.5 La fase intermedia de la acción no violenta	368
12.5 Otras aportaciones de la investigación empírica	373

13 El modelo estratégico triangular para los movimientos de resistencia	381
13.1 Fase de preparación	383
13.1.1 Identificación	384
13.1.2 Ensayo	384
13.1.2 Asertividad	386
13.2 Fase de resistencia	387
13.2.1 Organización	387
13.2.2 Inclusión	388
13.3 Fase de expansión	389
13.3.1 Oportunidades sociales y culturales	389
13.3.2 Coaliciones	391
13.3.3 Apaciguamiento	391
13.4 Fase de asalto	393
13.4.1 Deslegitimación	393
13.4.2 Disrupción	394
13.4.3 Cooptación	394
13.4.3 Revolución	396
13.5 Fase de conciliación	396
13.5.1 Gestión	397
13.5.2 Reorientación	397
13.6 El fin del ciclo de la noviolencia	398
Referencias bibliográficas	403

INDICE DE FIGURAS

Figura 3.1: Componentes y actos de poder	77
Figura 3.2: La pirámide de la violencia de Galtung	82
Figura 3.3: Mecanismos de poder y dominación	83
Figura 3.4: Tipos y esferas de poder	87
Figura 3.5: Fuentes del poder	90
Figura 3.6: La gobernanza y la quiebra de la gobernanza	91
Figura 3.7: Teoría tridimensional de la dominación	96
Figura 7.1: Los procesos previos a la acción política noviolenta	218
Figura 7.2: Resumen de los procesos de empoderamiento	228
Figura 7.3: Los procesos de empoderamiento en el desafío noviolento	228
Figura 8.1: Adaptación de los factores instrumentales	274
Figura 9.1: Los factores comunicativos externos de Sharp en términos de dinámicas comunicativas	291
Figura 9.2: Los factores comunicativos	304
Figura 11.1: Las dinámicas relativas al actor noviolento	330
Figura 11.2: Las dinámicas relativas al entorno	333
Figura 11.3: Las dinámicas relativas al oponente	337
Figura 11.4: El modelo triangular para el estudio de la resistencia civil	340

Figura 12.1: Resumen de la proporción de factores favorables	353
Figura 12.2: Resumen de las dinámicas comunicativas e instrumentales	355
Figura 12.3: Fase inicial de la acción noviolenta	364
Figura 12.4: Última fase de la acción noviolenta.	368
Figura 12.5: Fase intermedia de la acción noviolenta.	370
Figura 13.1: Los procesos de la fase de preparación	386
Figura 13.2: Los procesos de la fase de resistencia	388
Figura 13.3: Los procesos de la fase de expansión	392
Figura 13.4: Los procesos de la fase de asalto	395
Figura 13.5: Los procesos de la fase de conciliación	397
FIGURA 13.6: El modelo estratégico triangular de la acción noviolenta	400

CAPÍTULO 1

La resistencia no violenta

Existen grandes lagunas sobre el conocimiento acerca de las formas de acción política basadas en el uso de métodos “no violentos”, a pesar de que, en los últimos años, han surgido, en algunos departamentos universitarios especializados, iniciativas para el estudio histórico y análisis de los mismos. Gene Sharp sería tan sólo el primero en el tiempo de una serie de investigadores e investigadoras académicas entre las que destacan Erika Chenoweth, Maria Stephan, Kurt Schock, Stephen Zunes, Marcel Bartowsky, Hardy Merriman, Wendy Pearlman o Stellan Vinthagen (Sharp, 1973, Chenoweth y Stephan 2014, Schock 2008, Zunes 1999; Bartowsky 2013; Merriman, 2010, Pearlman, 2011; Vinthagen, 2015). De hecho ha surgido ya un campo analítico propio, los estudios sobre “resistencia civil”, diferenciado de otros relacionados, como podrían ser los estudios para la resolución de conflictos o la investigación para la paz de los que difieren claramente en cuanto el objeto de estudio difiere (Ackerman y Kruegler, 1994, Martin 2011, Powers y Vogele, 1997, Roberts y Garton Ash, 2009; Sharp, 2004).

A pesar de ello, todavía es necesario clarificar que el concepto de no violencia, cuando se escribe todo junto como una sola palabra, va más allá que una acepción basada simplemente en la negación de la violencia¹, ya que implica también una lucha, una resistencia o una acción contra la violencia, es decir, significa también sin violencia y contra la violencia (Vinthagen, 2015). Es por

¹ Sobre ese tema ya he expuesto una clarificación pertinente (Castañar, 2013, págs 17 a 26.)

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

ello por lo que muchas se prefiere utilizar el concepto “resistencia noviolenta” o “acción noviolenta” en vez de simplemente “noviolencia” (Sharp, 1973). Acción noviolenta es por tanto un concepto desarrollado tanto por sus teóricos como por los actores que la emplean como algo más que una mera ausencia de violencia (lo que sería simplemente no violencia, escrito separado), sino que es una forma de acción totalmente distinta, con sus propias características definitorias (López, 2012, pág. 5). Habría también que distinguir por tanto resistencia noviolenta o acción noviolenta de otros conceptos como cultura noviolenta, filosofía noviolenta, alternativa noviolenta etc. que, cuando se usan escribiendo la palabra junta, están haciendo referencia expresa a esta forma de acción política.

En este sentido está claro que la acción noviolenta es ante todo una forma de acción, y no una forma de acción cualquiera, sino una forma de acción por un lado con carácter sociopolítico, ya que está relacionada con el poder, en los ámbitos de aplicación, resistencia y deconstrucción del mismo (contra violencia), y por otro lado literalmente no violenta, es decir, tiene unas dinámicas propias adquiridas por el rechazo del uso de la violencia. También es importante tener en cuenta que, aunque existen importantes antecedentes en la antigüedad y el medioevo, la acción política noviolenta es un fenómeno predominantemente moderno y representa todo un desafío para la historiografía contemporánea, ya que está presente en mayor o menor medida en numerosos movimientos políticos surgidos desde el siglo XIX (Castañar, 2013). Estas características las recogía Gene Sharp en su ya clásica definición:

“La acción noviolenta es un término genérico que recoge decenas de métodos específicos de protesta, no-cooperación e intervención, en todos los cuales los activistas conducen el conflicto haciendo (o dejando de hacer) ciertas cosas sin el uso de la violencia. Como técnica, la acción noviolenta no es pasiva, no es inacción, es acción que es noviolenta”. (Sharp, 1973, pág. 64, traducción del autor).

Se pueden destacar tres elementos en esta definición:

Es una técnica, en cuanto recoge diferentes métodos de llevar a cabo una acción.

Los métodos se refieren a formas de actuar en un conflicto, como son la protesta, la no-cooperación la intervención pacífica, y tienen carácter sociopolítico (no se trata de técnicas que se aplican en un ámbito familiar o interpersonal). Son por tanto formas de aplicar poder en una situación de conflicto sociopolítico.

La característica común de los métodos no violentos es que no usan la violencia. En este sentido hay que matizar que la violencia simbólica puede ser interpretada como una amenaza de usar la fuerza, por lo que deben excluirse también expresamente actos de violencia simbólica. No obstante, y esto es importante tenerlo en cuenta, no se vincula la acción no violenta a la ausencia de daño (elemento principal del concepto de violencia), por lo que puede haber acción no violenta que genere daño de forma indirecta, como puede ser como efecto de una campaña de boicot que genere pérdidas económicas o por la decisión de asumir la violencia del oponente, como cuando se decide aceptar la pena de cárcel en una campaña de desobediencia civil.

Además, a estas tres características hay que añadir una cuarta que ha señalado el profesor Kurt Shock² y que recoge una

² Kurt Shock: “Insurrecciones no armadas” Editorial Universidad del Rosario. Bogotá 2008. Al final de la página 53 dice: “En vez de ser enfocada como la mitad de un rígida dicotomía violencia-no violencia, la acción no violenta podría ser mejor entendida como un conjunto de métodos con rasgos especiales que difieren tanto de la resistencia violenta como de la acción institucional”. Más adelante en el mismo texto desarrolla esta idea (Shock, 2008, pág.62).

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

distinción fundamental de la teoría sociológica relativa a la acción política, como es la distinción entre formas de acción institucionales, disruptivas y violentas (Tarrow, 1997). De esta manera una definición de la no violencia debería incluir el carácter no institucional de la acción no violenta, de manera que se excluya de la definición de acción no violenta actos políticos convencionales que no usan la violencia, como por ejemplo presentarse a unas elecciones. De esta manera tendríamos que distinguir entre varios tipos de acción política: la acción institucional (sin violencia), la acción no violenta y la acción violenta (categoría que, a su vez, admite diferenciar entre la acción violenta incruenta (sabotajes, disturbios etc.) y la lucha armada (que abarcaría desde el terrorismo a la guerra de guerrillas o guerra revolucionaria militarizada). El abanico de formas de acción podría variar entonces entre acción institucional, acción no violenta, acción violenta incruenta y lucha armada.

Se puede por tanto definir la acción no violenta de una manera más sencilla como:

“La acción no violenta es una técnica de acción sociopolítica para aplicar poder en una situación de conflicto sin utilizar medios institucionales ni recurrir a la violencia ni siquiera de forma simbólica” (*Castañar, 2013, pág. 26*).

Esta definición nos llevará a un ámbito que tendrá que estar necesariamente muy vinculado a las propias reflexiones sobre el poder, tema sobre el que se ha escrito mucho más que sobre la acción no violenta. La epistemología con la que nos dotemos con respecto al tan estudiado fenómeno del poder será, pues, esencial para el estudio de la acción no violenta y cualquier estudio sobre la misma tendrá que tener muy claro cuál es el enfoque que utilizará para asegurar un análisis lo más provechoso posible.

Más recientemente, desde la perspectiva ideológica, el profesor Stellan Vinthagen ha señalado otro aspecto fundamental de la acción no violenta, que la vincula con la idea gandhiana de “resistencia no violenta”, como es el hecho de que la no violencia no

sólo es un tipo de acción sin violencia sino que es además una forma de acción contra la violencia, lo cual la convierte en un fenómeno de dos caras o dimensiones diferentes (Vingthagen, 2015, pág. 12, págs. 61-81). Creemos, no obstante, que esta propuesta es totalmente compatible con la definición que hemos dado más arriba aunque sería algo más restrictiva al no incluir todos los casos de acción no violenta que recoge la anterior definición. Definir la acción no violenta como acción sin violencia contra la violencia equivale a decir que es acción sin violencia que se aplica en una situación de conflicto violento, lo cual está recogido en nuestra definición, ya que si existe conflicto violento y no se usa la violencia por una de las partes entonces es la otra parte la que necesariamente esté usando la violencia.

La intención de Vinthagen no obstante es excluir de la noción de no violencia a ciertas formas de acción sin violencia que no se enfrentan a la violencia, y que pueden darse incluso de forma paralela a otras formas de acción violenta, como en los casos en los que un movimiento u organización recurre a técnicas de coerción no violenta para imponer sus intereses en un contexto dado (no para luchar contra la violencia), a grupos armados que usan tácticas no violentas como parte de su estrategia política o cuando dos movimientos no violentos compiten entre sí entre sí. Habría por tanto matices en el concepto de resistencia no violenta como lucha sin violencia contra la violencia como parte del concepto más amplio de acción no violenta como concepto que se refiere a una determinada forma de acción política no institucional. Claramente la definición de Vinthagen es más restrictiva y se puede aplicar sólo a movimientos no violentos que encajan más con la definición de sí mismos que, mediante el discurso y el hecho, han forjado los propios movimientos no violentos, ya sean estos de la corriente ideológica como de la pragmática. No obstante, nosotros preferimos incluir las palabras poder y conflicto en la definición porque nos llevan directamente al meollo de la discusión que pretende plantear la no violencia y llevan implícita la idea de que se lucha contra la violencia del oponente. Proponemos desde este trabajo una nueva versión de la definición algo más simple, para ganar en claridad:

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

“La acción noviolenta es una forma no institucional de aplicar poder en una situación de conflicto sin recurrir a la violencia ni de forma directa ni simbólica”

No se debe confundir por lo tanto la acción noviolenta con filosofía no-violenta (es decir, la negación de la violencia en un ámbito no estrictamente político), o con formas o tipos particulares de acción noviolenta, como puede ser el pacifismo, el *satyagraha*, la desobediencia civil, o las estrategias planteadas por autores pragmáticos como Sharp o Ackerman. Dentro del ámbito académico, existen igualmente varios campos de estudio relacionados, pero independientes entre sí, como sería la investigación para la paz, la teoría de resolución de conflictos y los estudios de resistencia civil. Si bien la acción noviolenta aparece en todos ellos, en los dos primeros se estudia como un factor que puede transformar el escenario mientras que, en el tercero, los estudios sobre resistencia civil, se estudian las dinámicas propias de la acción noviolenta, incluyendo su relación con otras formas de acción política. Llama la atención que paulatinamente se haya ido optando por el concepto de “resistencia civil” frente al de las diversas fórmulas que recogen el adjetivo noviolento (conflicto estratégico noviolento (Ackerman y Kruegler, 1994), revolución noviolenta (Castañar, 2013) o acción noviolenta (Sharp, 1973), por poner algunos ejemplos). Cabe resaltar una tendencia actual utilizar en las nuevas publicaciones sobre el tema títulos y subtítulos que recojan los dos conceptos de resistencia civil y de acción noviolenta (Bartkowski, 2013; Chenoweth y Stephan, 2011, Carter, Clark y Randle, 2006 y 2013, Erikson Nepstad, 2011, Roberts y Garton Ash, 2009, Vinthagen, 2015).

Desde la Academia, por tanto, ha quedado ya bien definido un repertorio de acción política noviolenta, todo un arsenal, que abarca desde el boicot y la no colaboración, hasta la desobediencia civil o la acción directa, pasando por las diferentes modalidades de huelga y algunos tipos de sabotaje sin violencia. Gene Sharp catalogó 198 métodos de acción noviolenta, toda una lista de

métodos clásicos divididos en tres tipos: protesta y persuasión, no-cooperación e intervención no violenta (Sharp, 1973, Volumen II).

1) Protesta y persuasión: Se trata de todo tipo de acciones de tipo simbólico en los que prima la emisión de un mensaje político, que puede ser de apoyo o desacuerdo con algún tipo de política o grupo social. Incluye desde declaraciones escritas, repartición de panfletos, ostentación de símbolos hasta marchas, vigiliyas, o silencios. En los regimenes políticos donde no se tolera el disenso, la expresión del mismo constituye un acto de rebeldía pública aunque en otros lugares no dejarán de ser actos que se pueden considerar como dentro de los métodos institucionales, o muy cercanos a ellos.

2) No-cooperación: Son acciones basadas en la negación a colaborar con el oponente, y abarca desde huelgas, todo tipo de boicots, ostracismo social, permanencia en el domicilio, u otros tipos de actos de acción u omisión. Se basa en el análisis de que el dominador necesita de la colaboración del dominado para poder ejercer el poder, y al negársela se le priva de las fuentes de donde obtiene el poder. Este tipo de métodos se basa en una tradición iniciada en el siglo XVII por el "Discurso de la Servidumbre Voluntaria", de Etienne de la Boétie, recuperado por Tolstoi, Gandhi, Bart de Ligt o Gene Sharp entre otros. Cuando la no-colaboración requiere hacer actos ilegales, se habla de desobediencia civil, sobre la que existe igualmente toda una corriente de pensamiento orientada hacia su legitimación y delimitación (Castañar, 2013, págs. 245-6)

3) Intervención no violenta: son actos en los que se produce una alteración del funcionamiento normal del sistema mediante una interferencia deliberada. Entre estos métodos se puede señalar: ayunos, sentadas, manifestaciones no violentas, obstrucción no violenta, ocupación no violenta, saturación de instalaciones, creación de instituciones políticas o económicas alternativas, sistemas de comunicación alternativos, huelgas a la

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

inversa (a la japonesa), desafío de toques de queda o bloqueos, saturación de la administración etc....

Existen además otras formas de clasificar las formas de acción noviolenta, atendiendo a por ejemplo si son acciones legales o ilegales, o a si son actos de acción (en los que se exige un comportamiento activo) o de omisión (en este caso el comportamiento es pasivo, dejar de hacer algo). El profesor Stellan Vinthagen ha hecho otra clasificación más coherente con el enfoque que vamos a desarrollar en este trabajo, aunque no las ha desarrollado. Las plasmamos aquí tal y cual las escribió:

Contra discurso: comunicar con buenos argumentos e imágenes (estrategias discursivas) que contradicen el régimen de verdad del régimen y que pueden convencer a individuos aislados (por ejemplo búsqueda de hechos, simbolismo, desmontar los estereotipos de enemigo con conductas opuestas).

Competición: Crear instituciones noviolentas alternativas para la misma función (en áreas culturales, políticas y económicas, por ejemplo).

No-cooperación con los roles y funciones del Sistema (incluidos boicots) combinados con cooperación con quienes se centran en legítimas y mutuas necesidades (como ayuda humanitaria en catástrofes naturales).

Retirada: Quitarse así mismo de formas de poder destructivas (por ejemplo mediante el exilio y creación de zonas libres).

Obstáculo: Paralizar o prevenir los procesos de sistemas de poder opresivos (bloqueos, ocupaciones, intervenciones, etc.).

Dramatización, escenificar injusticias o comunidades con humor (por ejemplo, con auto-ironía) (Vinthagen, 2015, págs. 203-204, traducción del autor).

Desde este trabajo propondremos otra clasificación alternativa basada en el enfoque que vamos a utilizar y que nos llevará a distinguir entre **métodos comunicativos** (en positivo, que consiste en lanzar un mensaje, o negativo, en el que se niega el del oponente), **métodos instrumentales** (en positivo, se recurre a la acción y, en negativo, actos de omisión) y **métodos de empoderamiento compensatorio** (actos destinados a dotarse de capital simbólico e instrumental como fuerza negociadora).

1.1 Las aportaciones desde las ciencias sociales y las teorías de la noviolencia

Las ciencias sociales han estudiado la acción noviolenta de manera parcial y fragmentada, normalmente inserta en el estudio de otros fenómenos políticos en los que se desarrolla, como pueden ser los movimientos sociales, las revoluciones, los conflictos industriales e incluso las guerras, lo que da muestra de los diferentes contextos y enfoques. El análisis de determinados movimientos ha dado lugar por otro lado a diversos enfoques analíticos: el estudio del movimiento de derechos civiles norteamericano llevó al enfoque del proceso político centrado en el análisis de las oportunidades políticas (McAdam, 1982) ; el estudio de los movimientos culturales de los sesenta, tales como el ecologismo, el feminismo y el pacifismo, llevó al enfoque de los Nuevos Movimientos Sociales y teoría de las identidades colectivas (Touraine, 1981, Melucci, 1989) , mientras que los análisis de los movimientos religiosos ha llevado a la creación del paradigma del análisis de marcos (Snow y Bendfor, 1988). Tras dejar a un lado otras perspectivas anteriores como las conocidos como la conducta colectiva, la sociedad masa, la elección racional o la movilización de recursos, se ha ido estableciendo un paradigma de síntesis basado en el enfoque del proceso político, pero añadiéndole ciertos componentes. Este enfoque se caracteriza ante todo por entender los movimientos sociales como parte de un más amplio proceso político general, pero operando fuera de los marcos institucionales de manera que se fija en las estructuras sociales y culturales en las que operan los activistas y los movimientos. Esta es una conjunción a su vez de tres grandes

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

herramientas que la academia ha desarrollado para explicar la acción colectiva, y que son: la estructura de oportunidades políticas, las estructuras de movilización y los marcos de referencia para la acción colectiva. Más abajo los vamos a desarrollar más extensamente sin olvidarnos de la importancia concedida a los elementos irracionales presente en la teoría de las identidades colectivas, desarrollada en Europa.

Por otro lado ha habido también otro tipo de literatura elaborada por activistas o para activistas que se ha centrado más en las contingencias de los actores no violentos y las decisiones estratégicas que estos han de tomar. Esta literatura, que podríamos denominar “enfoque de la acción no violenta”, ha sido muchas veces elaborada para convencer de los beneficios morales y prácticos del uso de estrategias no violentas, pero también ha dedicado esfuerzos a tratar de comprender sus mecanismos y mejorar sus tácticas y estrategias.

Hay que tener en cuenta que el enfoque de la acción no violenta tiene dos perspectivas totalmente diferenciadas, las llamadas corriente ideológica y corriente pragmática, con importantes movimientos y aportaciones teóricas desde cada opción (Castañar, 2013). Tal y como ha señalado Shock, el enfoque de la acción no violenta, con su énfasis en las posibilidades del propio movimiento, complementa el énfasis en factores externos de los estudios sobre movimientos sociales de la academia (Shock, 2008). La gran diferencia entre ambos enfoques es que el enfoque del proceso político tiene una perspectiva historiográfica de carácter analítico, ya que pretende conocer los hechos particulares, mientras que la perspectiva de la acción no violenta tiene un carácter estratégico, ya que lo que intenta es dar pautas de acción para que nuevos movimientos tengan éxito en acciones futuras, es decir, tiene una vocación de transformación de la realidad, o lo que es lo mismo, una perspectiva aplicada.

En este trabajo vamos a recoger estas dos perspectivas elaborando tanto un modelo analítico como un modelo estratégico,

de manera que podamos aplicar en la realidad los conocimientos que nos brinda el análisis historiográfico. Para poner a prueba y desarrollar el modelo hemos utilizado dos estudios de caso sumamente complejos al producirse en contextos de conflicto armado, que esperamos ver publicados en sucesivos volúmenes. Estos eran el movimiento indígena nasa del Cauca colombiano y el movimiento autonomista tamil del norte y este de Sri Lanka, ambos con gran duración en el tiempo y con diferentes fases de desarrollo. También hemos aplicado este modelo a otros muchos estudios de caso recogidos en mi anterior obra, *Teoría e Historia de la Revolución No Violenta* (Castañar 2013), cuya revisión ha sido ampliada para la publicación de la edición colombiana del mismo, *Las Revoluciones No Violentas. Movimientos y Teorías* (que saldrá próximamente a la luz).

Veamos ahora una somera revisión de ambas perspectivas.

1.1-1 El enfoque del proceso político

Es importante aclarar que desde la perspectiva del proceso político se entiende la acción no violenta como parte de un continuum que incluye otras formas de acción política aparte de la institucional. Tarrow distingue entre tres tipos básicos de acción colectiva en el repertorio moderno: violencia, disrupción y convención (Tarrow, 1997, pág 205). Estos tipos coinciden con lo que aquí hemos denominado acción violenta, acción no violenta y acción institucional. Para Tarrow, las formas acción disruptivas de la acción no violenta evolucionan incorporando en el repertorio las formas de acción que funcionan y eliminando las que no, pero también haciendo convencionales formas anteriormente disruptivas, como ha sucedido con la huelga y la manifestación (Tarrow, 1997). Frente a esta visión del proceso político, Schock señaló que a pesar de que muchas veces existe confusión entre violencia y disrupción (se cree que lo que funciona es la violencia cuando lo que funciona es la disrupción), esta es una característica propia tanto de la acción

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

violenta, como noviolenta y que es lo que realmente hace que funcionen ambas con el mismo potencial en cuanto a capacidad política (Schock, 2008, pág. 111).

Esta reflexión sería totalmente coherente con la visión que vamos a adoptar en este trabajo acerca de las posibilidades instrumentales de la acción noviolenta y vendría a señalar la importante diferencia que existe entre la acción noviolenta y la acción violenta, como es una similar capacidad de disrupción frente a efectos comunicativos totalmente diferentes. En otro lugar hemos señalado la importancia de no restringir esta elección estratégica a acción violenta y noviolenta ante la necesidad de señalar dinámicas políticas propias de acciones violentas sin víctimas, como los disturbios o los sabotajes que, pese a contener cierta dosis de violencia, no pueden ni estratégica ni moral ni comunicativamente ser comparables a la lucha armada (Castañar, 2013). No obstante, a pesar de las evidentes diferencias, este tipo de acción incruenta se ha considerado muchas junto con la acción noviolenta como parte de la resistencia civil al no responder a la lógica de la lucha armada (Schock, 2008).

De esta manera, los estudiosos del enfoque del proceso político se han preguntado, sobre todo, por qué surgen o por qué no surgen movimientos sociales, y las razones por las que triunfan o fracasan. Están de acuerdo los eruditos (McAdam, McCarthy y Zald, 1998; Tarrow, 1997; Tilly, 2009; Zunes 1998; Schock, 2008) en que han sido tres los factores que se han considerado centrales para entender los movimientos sociales, aunque, muchas veces, al estudiarlos por separado, ha dado lugar a visiones fragmentadas. Estas han sido la estructura de oportunidades políticas, las estructuras de movilización y los marcos de referencia de acción colectiva. La estructura de oportunidades políticas (EOP) se refiere a las condiciones del contexto que favorecen la actividad del movimiento social. Las estructuras de movilización componen un factor que se centra en los mecanismos que permiten a los individuos organizar y comprometerse en acción colectiva. Los procesos de creación de marcos son intentos estratégicos para

elaborar y difundir narraciones para describir la realidad tal y como la percibe el movimiento. El estudio de estas narraciones, que en esta obra vamos a denominar paradigmas y que son esquemas cognitivos para interpretar la realidad, recoge las aportaciones de la psicología cognitiva cuyo enfoque es fundamental para entender las dinámicas comunicativas de la acción no violenta.

Estos tres elementos fueron reunidos por primera vez por MacAdam en su análisis de la insurgencia negra del movimiento de derechos civiles de Estados Unidos partiendo principalmente del enfoque desarrollado por Charles Tilly para un análisis político más amplio (McAdam, 1982)

El análisis de la estructura de oportunidades políticas (EOP) se basa en el estudio de la interacción entre el movimiento y las políticas institucionalizadas, haciendo énfasis en variables externas al movimiento como determinante del surgimiento, desarrollo y desenlace del movimiento. Se centra más bien en el “cuándo” que en el “por qué” o en el “cómo”. El enfoque surgió de la mano de Michael Lipsky, pero, en realidad, fue Peter Eisinger el primero en utilizar el concepto (McAdam, 1998, pág. 89). Autores como Doug McAdam, Sydney Tarrow o Charles Tilly (McAdam 1982, Tarrow 1997, Tilly, 2009) suscribieron este enfoque al considerar “el ritmo y destino de los movimientos como dependientes en gran medida de las oportunidades ofrecidas a los insurgentes por la cambiante estructura institucional y la disposición ideológica de los que tienen el poder” (McAdam, 1998, pág. 89). Dicho de otro modo, una revolución (o un movimiento social) triunfará debido más a factores externos que a la elección de tácticas y estrategias que realice, ya que se aprovecharán de un momento de crisis del sistema, idea contra la que se han expresado los autores de las teorías de la acción no violenta (Sharp, 2004, Ackerman & Kruegler, 1994).

Los primeros trabajos del enfoque de la EOP buscaban explicar los movimientos sociales teniendo en cuenta cambios en la estructura institucional o relaciones de poder informal de un sistema político determinado. Los trabajos más recientes buscan por el

contrario explicar diferencias transnacionales en la estructura de oportunidades, así como comparar el alcance y el éxito de los movimientos sobre la base de las diferencias en las características políticas de los Estados-nación en los cuales están insertos. Este factor es el centro del enfoque del proceso político, por lo que, para esta perspectiva, la ampliación de las oportunidades políticas se convierte en el motivo final de la acción colectiva. En este sentido, este enfoque entiende que las oportunidades políticas también pueden ser una variable dependiente que el movimiento transforma para poder tener éxito. Esta idea será de vital importancia para nuestro análisis, pues, cuando analicemos los factores externos que influyen en el éxito de un movimiento no violento, tendremos muy en cuenta las estrategias del mismo para poder influir en variables externas que o bien dependen de otros actores o bien son relativas a la estructura social.

Para Schock, las oportunidades y constreñimientos políticos se pueden clasificar en dos amplios tipos: las respuestas de las autoridades a los desafíos no institucionales y las alianzas de los actores no violentos con las élites políticas y terceras partes (Schock, 2004, pág. 86). En cuanto a las respuestas de las autoridades, además de la represión efectuada legal o ilegalmente, directa o indirectamente y sutil o descaradamente, los gobiernos pueden responder conciliando, reformando o ignorando a los movimientos no violentos que les desafían, generando por tanto un espectro de respuesta que recae en el ámbito de decisión externo al propio movimiento (Piven y Cloward, 1979, págs. 27-30). En cuanto a las alianzas que pueda establecer el actor no violento, estas se refieren a la división que puedan generar en las élites, con especial atención a opción de los militares, y, por otro lado, a la posible influencia en el conflicto por terceras partes dotadas de capacidad para transformar el resultado del mismo (Schock, 2004, pág. 91-92). Dada la importancia del Estado en cuanto oponente político cuyas circunstancias conceden o no la posibilidad de triunfar o no, este enfoque distingue entre las diferentes oportunidades que proporcionan los contextos democráticos y los no democráticos. En nuestro análisis las tendremos en cuenta con el mismo título de

“oportunidades políticas” y las consideraremos como variables relativas al oponente y las diferenciaremos de oportunidades sociales y de oportunidades culturales relativas al entorno social donde se desenvuelve el conflicto.

El análisis de las estructuras de movilización se centra más en el “cómo” que en el “por qué” o el “cuándo”, atendiendo a los medios y la forma en que los movimientos movilizan a sus participantes. Este concepto fue denominado por McAdam como fuerza organizativa (McAdam, 1982, págs. 43-48) y recoge uno de los puntos claves de la teoría de movilización de recursos, como es que los movimientos surgen cuando tiene éxito en la movilización de recursos, al considerar que los participantes son uno de los recursos principales. De ahí que esta herramienta se centre en el análisis de las organizaciones en las que se desenvuelve la actividad de los movimientos políticos y sociales y las conexiones y redes que establecen entre sí y el resto de la sociedad, actuando como conexiones que vinculan a unas personas con otras para coordinar la acción colectiva. En nuestro estudio lo tenemos en cuenta con algunos matices con el nombre de “capacidad organizativa”.

La relación entre organización y posibilidades de movilización tiene, sin duda, cierta importancia ya que la organización hace referencia a condicionantes internos para la movilización, poniendo dentro del enfoque del proceso político un contrapunto al énfasis en los condicionantes externos de la EOP (Waldman, 1997, pág. 80). Esta teoría además señala un importante límite a las teorías de la acción no violenta como es el hecho de que partan del supuesto en el cual existe cohesión social entorno a las demandas del movimiento que articula el desafío político. Tal y como señala Waldman, ante la evidencia de que la acción política no depende directamente de una insatisfacción de la población, sino que necesita de la articulación de demandas por parte de un grupo político, la forma de realizar esta articulación se convertirá en el catalizador del mismo, con la posibilidad de que la población se identifique a sí misma con las demandas que establece ese grupo

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

político, lo cual nos lleva al tercer elemento del enfoque del proceso político, los marcos de referencia.

El enfoque del análisis de marcos se centra en el estudio de la dimensión simbólica de la acción colectiva, las narraciones que los propios movimientos hacen de la realidad y la lucha por establecer cuál es el consenso social en torno a cómo se percibe una cuestión (Snow y Benford, 1988). Este factor, que fue denominado por McAdam como “liberación cognitiva” (McAdam, 1982, 48-51), se basa en la consideración de los procesos de creación de marcos o paradigmas (las narraciones sobre una realidad que actúan como esquemas cognitivos mediante los cuales se interpreta el mundo) por parte de los movimientos sociales, las élites que combaten y el público. Desde este punto de vista, como condición para la movilización tiene que haber una liberación cognitiva facilitada por marcos de referencia alternativos a los hegemónicos y que resaltan la gravedad e injusticia de una condición social o redefinen como injusto e inmoral lo que previamente era visto como infortunio y quizás tolerable (Snow & Benford, 1988). Los marcos de alineación generan nuevos paradigmas de interpretación de la realidad que tienen que mediar entre símbolos heredados que son familiares al público, pero llevan a la aceptación del status, y los nuevos que promueven la acción, pero que, al ser innovadores, no son aceptados por toda la población. En nuestro modelo de análisis los tendremos en cuenta como parte del estudio de los paradigmas entre las dinámicas comunicativas, en especial dentro del factor COHESIÓN, junto con el proceso de formación de la identidad colectiva que pasamos a explicar a continuación.

La teoría de las identidades colectivas añade además el componente irracional derivado de relaciones sociales previas a la elaboración del marco, resaltando la importancia de la identidad de grupo como detonante de la acción colectiva. Autores como Richard

Jenkins, Fredrik Barth, Anthony Cohen o Alberto Melucci³, abordan el estudio de la movilización social teniendo en cuenta estos aspectos relativos a la identidad, de manera que el marco de referencia o paradigma que el sujeto utiliza para definir la realidad conforma a la vez la identidad del mismo, y su movilización política dependerá del grado de conflicto que esa identidad presente con el paradigma hegemónico. Desde este punto de vista, la condición previa para la movilización es la conformación de un grupo, es decir, que un colectivo se defina a sí mismo como grupo a partir de sus creencias y las redes sumergidas previas. Se parte de la idea de que las clases y grupos sociales no son algo dado de antemano, sino que se hallan en un proceso de constante formación. Este enfoque parte de la teoría de los “Nuevos Movimientos Sociales”, de Alain Touraine, quien considera que los movimientos sociales no tratan de influir en el sistema político, sino de construir una identidad que les permita actuar tanto sobre sí mismos y como sobre la sociedad. La teoría de las identidades colectivas considera la acción colectiva como una construcción social que no depende sólo de la estructura social, sino que requiere de la mediación de las capacidades cognitivas de los actores individuales que a su vez proviene del sistema de relaciones sociales de estos.

Para Melucci, se han agotado los paradigmas de la sociedad industrial y la sociedad capitalista que hasta ahora se usaban para explicar la acción colectiva (Melucci, 1998, págs. 361-381). Dado que la información se ha convertido en el recurso más

³Un buen resumen de esta perspectiva se puede encontrar en Aquiles Chihu Amparán. “*Nuevos movimientos sociales e identidades colectivas*” Revista Ixtapalapa, n° 47 UAM Iztapalapa. México.1999 Págs .59 - 70 Disponible en internet (octubre 2006):

<http://www.insumisos.com/biblioteca/nuevos%20movimientos%20chichu%20aquiles.pdf>

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

importante, esto ha tenido como consecuencias un tipo de sociedad de carácter postmaterialista en la que es necesario primero haber satisfecho necesidades básicas para poder disponer de la información, de forma que se superan las necesidades materiales. Desde este punto de vista, la acción colectiva es el resultado de cómo los actores logran crear cierta coherencia entre las metas de la acción, los medios utilizados y el entorno donde tiene lugar la acción (Melucci, 1989). Los patrones de liderazgo y organización suponen intentos por dar un orden más duradero y predecible a estos tres vectores, que no se determinan unos a otros: el medio ambiente no determina las metas ni los medios, ni la elección de una meta exige determinados medios. Para Melucci los movimientos sociales surgen del conflicto que se da en la construcción autónoma de significado por parte de individuos o grupos y las medidas políticas que intervienen en los procesos diarios realizadas desde la lógica de la dominación. De este modo la acción colectiva empieza en un nivel anterior al de las organizaciones formales, en las redes y canales informales que interrelacionan a los individuos y hace que dejen de estar aislados antes incluso de su posible participación en la acción colectiva.

A esto hay que añadir que Sydney Tarrow combinó la teoría de marcos con el resto del enfoque del proceso político al considerar la acción colectiva como una combinación del uso de marcos culturales que los movimientos heredan del pasado con opciones estratégicas que tratan de aprovechar las oportunidades políticas. (Tarrow, 1997, pág. 225). Melucci añadiría que la definición del conflicto se realiza según los términos que ha impuesto una sociedad que tiene como principal recurso la información (Melucci, 1998) Por otro lado Charles Tilly, el gran comparador de movimientos sociales a lo largo del espacio y el tiempo, hablaba, al igual que Tarrow, de repertorios de formas de acción política relativos a un contexto histórico y cultural determinado.

Para Tilly el análisis relacional es la teoría en la que los actores moldean la confrontación a través de las identidades sociales formadas por conexiones entre actores potenciales, de

definiciones compartidas de lo que es posible y deseable, y de análisis racional de los costes y beneficios de la acción conjunta (Tilly, 1998, págs. 25-42). Desde esta perspectiva, las acciones no violentas se construyen no desde sistemas de ideas o teorías estratégicas, como proponen Sharp, Ackerman y los autores de la corriente pragmática de la no violencia, sino mediante una red compleja y dinámica de interacciones en las que la que el contexto y experiencia vital de la gente acaba imponiéndose (Vinthagen, 2015, pág. 282-3). La acción no violenta requiere por tanto de una construcción social de los hábitos y técnicas de resistencia elaborados dentro de un marco institucional y un marco que integre la visión de la propia acción. Para Tilly, los movimientos crean discursos, organizaciones y tipos de acción basados en su experiencia previa en discursos, organizaciones y tipos de acción en los que los activistas pueden innovar creativamente, pero siempre partiendo de su contexto. Esto implica que para que un movimiento opte por la no violencia debe de ir ensayando poco a poco con las nuevas formas de acción, discurso y organización de este *modus operandi*.

La concepción del análisis relacional implica, por lo tanto, la integración de las dos perspectivas opuestas en el análisis del conflicto político, la mirada objetivista y la subjetivista. La teoría objetivista se basaría en presupuestos de la teoría de la elección racional, en la que los actores se organizan racionalmente para luchar por un interés que les une, mientras que en la mirada subjetivista de la teoría de las identidades colectivas se pone énfasis en la activación de las identidades para la acción colectiva y recoge por tanto también aspectos irracionales de la personalidad humana. Superar esta dicotomía objetivo-subjetivo es un gran logro, cuya importancia epistemológica se esforzó en señalar también Pierre Bourdieu para el análisis de todo fenómeno social (Bourdieu, 2001). Considerar el agente de activación en términos de interés puede suponer asimilar en este concepto un sentido ligado al concepto económico de interés privado. Esto puede tener sentido cuando se estudian precisamente grupos de interés, o grupos étnicos que plantean reivindicaciones autorreferenciales, que es donde se ha

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

usado la teoría de movilización de recursos, pero lo pierde completamente cuando se trata de otros tipos de actores colectivos, como movimientos sociales postmaterialistas, ONGs, organizaciones militares o paramilitares, partidos políticos... En este tipo de movimientos no autorreferenciales existe un interés común pero no ligado a una lucha por el propio bienestar, sino por un objetivo colectivo superior. Del mismo modo considerar la acción colectiva sólo desde el punto de vista subjetivista de las definiciones compartidas o las identidades colectivas de los actores sociales lleva a obviar el hecho evidente de que la acción colectiva se organiza racionalmente con intención de elaborar estrategias para conseguir unos fines determinados, de modo que se opte por un repertorio de acción u otro.

1.1-2 Enfoque de la acción noviolenta

De forma paralela a los estudios académicos sobre los procesos de movimientos sociales históricos, la literatura de la acción noviolenta ha investigado tanto casos históricos como propuestas estratégicas. El gran detonante fueron los diversos intentos por explicar tanto la estrategia de *satyagraha* de Gandhi como su filosofía de la noviolencia, así como la del movimiento de derechos civiles afroamericano de Estados Unidos. Dado que es una historia poco conocida vamos a demorarnos un poco haciendo un breve resumen de las principales aportaciones teóricas que han surgido desde esta perspectiva.

En primer lugar conviene resaltar que la práctica de la acción noviolenta ha existido desde muy antiguo en la historia, como muestra el primer caso documentado de boicot laboral descrito en el llamado papiro de la huelga de finales del II milenio antes de Cristo (Castañar, 2013, pág. 34) y que, por tanto, existe una tradición de su práctica ajena a las elucubraciones teóricas. Al extenderse estas prácticas con la llegada de las sociedades industriales en Europa y Estados Unidos se utilizaron términos diferentes para referirse a las formas de acción política que precisaban de un rechazo de la

violencia. Mientras que en Europa se extendió el término “resistencia pasiva”, acuñado o bien a finales del XVIII o a principios del XIX (Randle, 1998, pág. 34), en Estados Unidos e Inglaterra se prefirió el término cristiano de “no-resistencia”, en referencia al discurso de Jesucristo conocido como “Sermón de la Montaña”. Sin embargo, mientras en Europa no se produjo mucha reflexión teórica sobre el tema, en Estados Unidos destacó la obra de William Lloyd Garrison y Adin Ballou (Castañar 2013, págs. 70-77). El primero de ellos, más volcado en el activismo, y, por tanto, a legitimar la acción sin violencia que efectuaban los grupos antiesclavistas y feministas a los que pertenecía, y el segundo situado más en el ámbito teórico. El punto culminante de esta perspectiva lo puso en Europa el famoso literato ruso Lev Tolstói con su concepto de “insumisión” como máxima expresión de la “no-resistencia al mal con violencia”, muy cercano ya al concepto de resistencia sin violencia del que surgiría la definición de noviolencia (Castañar 2013, págs.. 97-111). Este alegato contra la obediencia al Estado lo recogió el joven Gandhi de Tolstoi en su campaña contra la segregación en Sudáfrica de principios del siglo XX.

Sin embargo, el primer intento de explicar las dinámicas sociales presentes en las movilizaciones noviolentas lo realizó Clarence Marsh Case, un psicólogo social norteamericano, que publicó en 1924 un estudio sobre la acción noviolenta en el que distinguía entre coerción y persuasión (Case, 1923). Esta distinción pondría de manifiesto la existencia de dos tendencias entre los activistas y teóricos que optaban por las formas noviolentas. Una, que ha sido denominada posteriormente como corriente ideológica o ética (Sharp, 1973), estaría comprometida con los valores pacifistas detrás de la acción noviolenta y se centraría más en la persuasión, y su máximo representante sería Gandhi, que desarrolló una teoría del conflicto basada en la conversión del oponente mediante la persuasión de la fuerza moral. Por otro lado, habría otra corriente más centrada en estrategias de coerción y estaría representada por un lado por el movimiento obrero y su continuo uso de huelgas en conflictos industriales y, por otro, movimientos nacionalistas de liberación que usaron en diversas ocasiones el boicot como

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

estrategia de lucha, como en la Revolución Americana, la Húngara contra Austria y que dio lugar a la monarquía dual en 1867, o los diferentes boicots chinos (1906, 1908, 1911 o 1919) a Estados Unidos, Reino Unido y Japón (Sharp, 1973).

De esta manera, surgieron dos tipos de obras durante las décadas centrales del siglo XX, por un lado, estarían las apologías de la acción noviolenta, como la del holandés Bart de Ligt "*The Conquest of Violence*" (De Ligt, 1937), la del inglés Aldous Huxley "*Ends and Means*" (*Fines y Medios*) (Huxley, 1937) o la del norteamericano Abraham Johanness Muste "*Non-violence in an aggressive world*" (Muste, 1940). Estos autores estaban vinculados a movimientos pacifistas tanto en Europa como en Estados Unidos y fueron sus más importantes ideólogos durante estos años. Por otro, estarían las interpretaciones de la filosofía gandhiana como la de Richard Gregg "*The power of Non-violence*" (Gregg, 1935) la de Krishnalal Shridharani "*War without violence*" (Shridharani, 1939) o la de Joan Valerie Boundurant "*Conquest of Violence. The Gandhian Philosophy of Conflict*" (Boundurant, 1958). Estos autores y autoras reelaboraron y adaptaron al contexto occidental la teoría de la acción noviolenta de Gandhi, que, a pesar de dejar un extensa obra escrita, no dejó un gran trabajo teórico que recogiera su pensamiento sistematizado en torno al tema (si lo hizo, por ejemplo, con respecto a la liberación de India) y sus obras sobre noviolencia suelen ser más bien recopilaciones de artículos publicados en las diferentes revistas que editó (Castañar, 2013).

En Estados Unidos, la generación de objetores de conciencia a la Segunda Guerra Mundial pondría en marcha tras la misma estrategia de acción noviolenta inspirada en Gandhi y fueron los primeros en ensayar muchos de los métodos que, en los años cincuenta y sesenta, se utilizaron en el movimientos por los derechos civiles, que liderara Martin Luther King, y los movimientos contra las armas nucleares y la guerra de Vietnam. La filosofía noviolenta de estos movimientos fue sintetizada por autores como Barbara Deming, David Dellinger o, principalmente, George Lakey (Deming 1970; Dellinger 1970; Lakey 1973). Por otro lado Giuseppe

Lanza del Vasto, Aldo Capitini y Danilo Dolci en Italia, Adolfo Pérez Esquivel en Latinoamérica, Kwame Nkrumah en Ghana, Chelvanayakam en la entonces llamada Ceilan, César Chávez en Estados Unidos o Kenneth Kaunda en Zambia, entre otros líderes y campañas, lanzaban importantes campañas no violentas con ciertos ecos de Gandhi y Luther King, poniendo de manifiesto el potencial de la nueva forma de acción (Castañar, 2013).

Así estaban las cosas cuando en 1973 Gene Sharp publicó la que es considerada unánimemente como una de las obras más importantes sobre acción no violenta escritas hasta la fecha, los tres volúmenes de *The Politics of Nonviolent Action* (Sharp, 1973). En esta obra, realizada con el rigor académico de Harvard, Sharp exponía una teoría del poder que lo entendía como dependiente del consentimiento del dominado, con lo cual desde esa visión voluntarista basta con eliminar ese consentimiento para quebrar las fuentes de poder que sustentan la dominación. No obstante, la teoría de la acción no violenta que elaboró a continuación, en la que prodigaba ejemplos de casos históricos, no se basaba tan sólo en una doctrina de la no-colaboración como resultaría de esa teoría del poder, sino que también incorporaba variables comunicativas como el concepto de jiu jitsu político, tomado de la idea de jiu jitsu moral lanzada por Richard Gregg, que viene a decir que la represión sobre un actor no violento puede causar deslegitimación del régimen que la pone en marcha. De la misma manera, tal y como veremos más profundamente en las páginas que siguen, la propuesta tridimensional de mecanismos de cambio tampoco seguía su propia teoría del poder, que sería una propuesta monodimensional que pone énfasis en los aspectos instrumentales (no-colaboración) y olvida aspectos comunicativos o negociadores que, como veremos a lo largo del capítulo siguiente, son fundamentales en la acción política. Sharp además destinó el segundo volumen de su trilogía a recopilar, clasificar y documentar un catálogo de técnicas de acción no violenta, elaborando la ya clásica lista de 198 métodos de acción no violenta ordenados en las tres categorías ya clásicas que hemos mencionado más arriba: métodos de protesta y persuasión, métodos de no-colaboración y métodos de intervención no violenta.

A nivel conceptual la gran aportación de Sharp fue el propio concepto de acción noviolenta que lleva a entender la noviolencia como una metodología para la acción política y la distinción entre el enfoque pragmático y el enfoque ideológico, adscribiéndose él mismo al primero, señalando una larga tradición de movimientos históricos noviolentos cuya forma de entender la noviolencia se separaba de los presupuestos éticos del pacifismo y otras propuestas ideológicas de la noviolencia. Si bien esta distinción a servido para clarificar y distinguir entre diversas propuestas metodológicas dentro de la noviolencia, como podría ser la *satyagraha* gandhiana y el análisis estratégico de Sharp, herederas cada una de una tradición opuesta, la postura que vamos a mantener en esta investigación es la del pragmatismo social propuesto por Vinthagen (Vinthagen, 2015), que viene a decir, siguiendo a Tilly, Tarrow y otros investigadores, que los movimientos dependen de sus experiencias propias y su contexto social y cultural para elaborar el repertorio de acción y por tanto los movimientos no se corresponden con una u otra tendencia, sino que a estas se pueden adscribir tan sólo los enfoques de los diversos autores sobre acción política o noviolencia.

Autores de la corriente ideológica como Robert Burrowes, han señalado la incongruencia del análisis sharpiano con la teoría de resolución de conflictos de Galtung o con la teoría de las necesidades humanas de Burton, ya que aquel se basa en el análisis estratégico militar tomado directamente de Clausewitz o Liddell Hart, autores que entienden el conflicto como una dialéctica en la que lo importante es derrotar al adversario, en vez de lograr llegar a una transformación de la realidad social y el equilibrio de poder que tenga en cuenta las necesidades de todos los actores sociales (Burrowes, 1996). Esta investigación tendrá en cuenta esta importante crítica y lanzará importantes reflexiones al respecto.

Posteriormente, a partir de los años ochenta, Sharp desarrolló con otros autores pragmáticos, como Adam Roberts o Andrew Mack, el campo de las teorías de la defensa civil. Estas

elaboraban una propuesta de defensa nacional no basada en el uso de la fuerza militar, sino en el uso de estrategias no violentas por parte de la población civil, pero con una perspectiva que difería de la de los grupos pacifistas o antimilitaristas en que la estrategia se organizaba desde el Estado, y no desde los grupos de base (Burrowes, 1996).

Creemos no obstante, que este enfoque estratégico de la acción no violenta elaborado desde la corriente pragmática, aunque no niega la importancia de factores comunicativos y negociadores, se centra mayoritariamente en aspectos instrumentales de la acción tal y como los desarrollara Gene Sharp y olvida otras dimensiones de la acción que vamos a tratar de recuperar en esta investigación. Consideramos acertadas estas palabras de Stellan Vinthagen acerca de las limitaciones de la teoría de Sharp y la extendemos al resto de autores del enfoque estratégico:

Para Sharp, la acción no violenta tiene que ver con grupos usando instrumentalmente formas efectivas de presión para conseguir sus objetivos predeterminados. No excluye la posibilidad de persuadir al oponente, pero confía en la fuerza no violenta. En aquellos casos en los que la no violencia no tiene éxito, lo cual, de acuerdo con Sharp, sucede a menudo, se debe meramente a una cuestión de elección de estrategias. La no violencia para Sharp consiste en analizar sobre qué grupos sociales y recursos dependen mayormente los que detentan el poder y cómo puede poner en marcha la resistencia no violenta más efectivamente. Los argumentos de Sharp han convencido a muchos, pero es un ejemplo de reduccionismo analítico que oculta el carácter multidimensional de la lucha no violenta. Sharp reduce la acción no violenta a acciones estratégicas desempeñadas de una forma en que hace concebible el cambio social y la resistencia sin violencia. Sin embargo, ambos permanecen socialmente incomprensibles en cuanto la cuestión de cómo se construye, se mantiene y se hace significativa la no violencia en un contexto no se responde socialmente, sino de forma abstracta y

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

técnica. (Vinthagen, 2015, págs. 100 y 101, traducción del autor)

Autores de la corriente ideológica, como los activistas australianos Brian Martin y Robert Burrowes, el francés Jean Marie Muller o el estadounidense George Lakey se convertirían en la alternativa al pragmatismo de Sharp y los teóricos de la defensa civil realizando diversas aportaciones a la teoría estratégica de la noviolencia y la defensa civil. No sólo criticaron el elitismo de las teorías de la defensa civil o del conflicto estratégico noviolento, sino que adoptaron la teoría del conflicto de Johan Galtung. Éste, considera que el oponente tiene que ser parte de la solución del mismo para poder resolverlo de forma satisfactoria para todas las partes (Burrowes, 1996). El modelo estratégico de George Lakey, basado en cinco fases, ha sido una inspiración fundamental para la elaboración de nuestro propio modelo estratégico adaptado, eso sí, a los diferentes factores que hemos encontrado como determinantes para el éxito o fracaso de la acción noviolenta. Igualmente, el activista francés Jean Marie Muller desarrollaría desde la perspectiva ideológica una importante producción teórica teniendo en cuenta aspectos comunicativos de la acción noviolenta, así como la diferenciación de conceptos claves como conflicto o agresividad. Paralelamente, y pasando casi desapercibida entre las teorías de la noviolencia, las feministas han ido tomando elementos de la teoría de la noviolencia, como el concepto de empoderamiento, o la idea de que la idea de que los opresores también están oprimidos por su opresión (Jane Meyerding, *“Reclaiming Nonviolence: some thoughts for feminist womyn, who used to be nonviolent, and vice versa”* en MacAlister, 1982, págs. 5 a 15) y aportando a la misma su énfasis en las prácticas concretas (lo personal es político, etc.). Los debates entre feministas y antimilitaristas, las unas más centradas en las formas políticas a nivel microsociológico y los otros en técnicas, métodos y estrategias macrosociológicas, han sido una fuente incesante de enriquecimiento para la praxis de la noviolencia, nutrida de la experiencia en dos ámbitos complementarios entre sí.

En 2015 apareció una nueva obra que removería los cimientos teóricos de las teorías de la no violencia proporcionando una síntesis teórica fundamentada tanto en la perspectiva feminista como en las teorías sociológicas de algunos de los más importantes autores de esta disciplina: Habermas, Foucault, Goffman o Bourdieu. Este trabajo fue la traducción al inglés de la tesis doctoral, defendida diez años antes, del profesor sueco Stellan Vinthagen “*A Theory of Nonviolent Action*” (Vinthagen, 2015), además de académico activista vinculado a la Internacional de Resistentes a la Guerra con el cual he coincidido en algunas de sus reuniones del Consejo de dicha organización en los tiempos en los que yo acudía a las mismas representando al movimiento antimilitarista español. La intención de Vinthagen era bastante similar a la de esta investigación ya que ambos pretendemos conciliar la teoría de la no violencia con las aportaciones de la teoría sociológica. Como no podía ser de otra manera, han resultado modelos coherentes aunque hayamos puesto énfasis en diferentes aportaciones, con una pequeña diferencia. Para Vinthagen, ya que se basa en la teoría de la acción comunicativa de Habermas, existen cuatro dimensiones racionales de la acción. Por otro lado, desde esta investigación, basada en una síntesis de diferentes teorías del poder, vamos a proponer un modelo con tres dimensiones racionales. Esto es así porque entendemos que dos de las dimensiones racionales señaladas por Habermas y Vinthagen se pueden entender desde el punto de vista del poder como dos vertientes de una misma dimensión racional. Dado que la intención de esta obra está encaminada a la aplicación práctica de la teoría, tanto para el estudio analítico de casos históricos como para la organización estratégica de los propios movimientos, consideramos más conveniente mantener la idea de un modelo de tres dimensiones, pero entendiendo que estas dimensiones racionales son maneras de interpretar la realidad y por tanto compatibles con la visión habermasiana de cuatro dimensiones propuesta por Vinthagen y que recuperaremos cuando nos sea útil para nuestro propio modelo.

Vinthagen además buscó la manera de superar la tradicional división entre la perspectiva pragmática y la ideológica al proponer

entender la acción noviolenta como un conocimiento práctico de tipo social, en el cual la dimensión más pragmática no está exenta de valoraciones morales propias del contexto social en el que se desarrolla (Vinthagen, 2015, págs.. 8 a 11). Denomina a su enfoque de pragmatismo social y entiende que la acción noviolenta es un tipo de conocimiento práctico que los movimientos tienen que ensayar y probar para poder aprenderlo. Este enfoque consideramos que es el más apropiado para el estudio de movimientos históricos, a los que es muy dificultoso e injusto calificar de pragmáticos o ideológicos en su totalidad, ya que esta dicotomía, que no obstante consideramos válida para distinguir entre las teorías de la noviolencia, no refleja toda la variedad moral de un movimiento cuya esencia estará firmemente anclada en el contexto cultural y social en el que se desarrolla.

1.1-3 Los estudios históricos

A partir de los años 90 ha habido además otras muchas recopilaciones de casos históricos, sobre todo en idioma inglés, como la de Peter Ackerman y Jaques Duvall titulada *“A Force more Powerful. A Century of Nonviolent Conflict”* (Ackerman & Duvall, 2000), o la extensa compilación de Stephen Zunes, Sarah Beth Asher, Lester R. Kurtz: *“Nonviolent social movements: A geographical perspective”* (Zunes, 1999), la de Sharp con Hardy Merriman *“Waging Nonviolent Struggle”* (Sharp, 2004), la de Adam Roberts y Tymotthy Garton Ash *“Civil Resistance & Power Politics. The experience of Non-violent Action from Gandhi to the present”* (Roberts 2009) o la más reciente compilación de Marcel Bartkowsky *“Recovering Nonviolent History. Civil Resistance in liberation struggles”*(Bartkowsky, 2013). Así mismo, se han publicado monumentales enciclopedias como *“Protest, Power, and Change”* (Powers & Vogele, 1997) y *“Nonviolent Action, a Research Guide”* (Macarthy & Sharp 1997) de la *Albert Einstein Foundation* de Gene Sharp.

En estos trabajos, no obstante, no se realiza un estudio profundo sobre las causas y factores que llevaban al éxito o al fracaso de los movimientos no violentos, sino que esta tarea se ha hecho en otros análisis comparativos de casos históricos: principalmente un estudio de Peter Ackerman y Christopher Kruegler (Ackerman & Kruegler, 1994), y los más recientes trabajos de Kurt Schock sobre insurrecciones no armadas (Schock, 2008, edición en lengua inglesa de 2005, o Shock 2015), además de la gran compilación de Erika Chenoweth y Maria Stephan que compara desde una perspectiva cuantitativa cientos de casos históricos de resistencia civil con lucha armada (Chenoweth & Stephan, 2011).

Ackerman y Kruegler en su *“Strategic nonviolent Conflict, the Dynamics of People Power in the Twentieth Century”* (Ackerman & Kruegler, 1994), elaborado desde una perspectiva pragmática siguiendo las ideas estratégicas de Liddell Hart hicieron un análisis sociopolítico de algunos de los movimientos a lo largo del siglo pasado. Ante la constatación de que el uso de la acción no violenta en conflictos se está incrementado, su interés consistía en entender los principios de conflicto no violento estratégico, el cual es el concepto de no violencia que manejan, y explorar su potencial en un contexto contemporáneo. De este modo consideraban que la elección de las estrategias de los activistas como un factor clave en el éxito o fracaso de las acciones no violentas; de hecho, gran parte de su trabajo se centra en describir estrategias y principios de desarrollo para guiar la planificación estratégica. No creían posible, por tanto, encontrar una fórmula para garantizar la efectividad de la acción no violenta, pero creen que una mejor comprensión de las variables es posible y deseable. Llegan así a doce principios de acción estratégica entre los cuales se encontraban los siguientes: contenerse de acción violenta, publicitar la violencia del oponente para minar su apoyo, atacar la estrategia de obediencia del oponente, mantener conectados las acciones con los objetivos, o continuar con otro tipo de acciones según se alarga el conflicto adaptándose a posturas ofensivas o defensivas según debilidades y

fortalezas. Estos principios serán debatidos de forma exhaustiva en los capítulos 8 y 9 de este libro.

Varios años después Ackerman publicó otro estudio comparativo, esta vez una obra breve junto a Adrian Karanycky en el que estudiaron 67 transiciones a la democracia de las últimas tres décadas atendiendo a sí estas se han hecho por movimientos noviolentos o desde abajo (Ackerman & Karanycky, 2005). Los autores valoraron las fuentes de la violencia previas a la apertura, el grado de influencia cívica desde abajo frente a la influencia elitista, desde arriba, fuerza y cohesión de las coaliciones civiles noviolentas. Llegaron a la conclusión de que los movimientos de poder popular noviolentos fueron la fuente principal de presión en la mayor parte de las transiciones, que fueron pocos los efectos de las transiciones hechas desde las elites y que el uso de la noviolencia hizo más efectiva la lucha por la democracia.

El estudio de Kurt Schock “Insurrecciones No Armadas” sería el primer intento de unir el enfoque del proceso político con el de la acción noviolenta (Schock, 2004). Su análisis se basa en el estudio de los desafíos populares y organizados a la autoridad gubernamental, que dependen fundamentalmente (pero no exclusivamente) de métodos noviolentos en vez de métodos de la lucha armada. En su análisis maneja un concepto de la noviolencia que se confunde muchas veces con el de “resistencia civil”, es decir, de resistencia hecha fuera de estructuras militares, más que con técnicas noviolentas. De hecho su interés se centra en algunas acciones del tipo poder popular (“*people power*”) que han sido criticadas desde algunos ámbitos activistas⁴ como no representativas de la acción noviolenta. Tiene en cambio la gran virtud de unir los estudios sobre movimientos sociales con los de la

⁴Ver Maria Serena I Diokno “*People Power. The Philippines*”, en Brian Martin et alii “*Nonviolent Struggle and Social Defense*” WRI y Myrtle Salomon Memorial Fund Subcommittee. Londres 1991. pag 24 en adelante.

acción no violenta, lo que le permite tener en cuenta varios conceptos: oportunidades políticas, aliados influyentes, división en el interior de las elites del oponente, sociedad civil globalizada, organización mediante redes descentralizadas o marcos de referencia. Schock señala de esta manera dos condiciones básicas para el desafío: capacidad de “resiliencia” (capacidad para resistir al dolor, en este caso de la represión) y posibilidad de contar con suficiente poder de contrapeso para socavar el poder del Estado. Este autor hace un análisis comparativo analizando los casos exitosos del derrocamiento de Marcos en Filipinas, situación que dio nombre a las acciones de Poder Popular, el movimiento antiapartheid en Sudáfrica y el movimiento contra la dictadura militar en Nepal y Tailandia, que son comparados con los fracasos de los movimientos por la democracia en China o en Myanmar (la antigua Birmania). De esta manera llega a la conclusión de que las capacidades y propensiones represivas del Estado autoritario no son lo único que determina los resultados de las luchas no violentas, sino que son también importantes las características del desafío, en general las acciones que promueven la resiliencia y que generan la retirada de apoyo al Estado por parte de las redes que necesita para mantenerse en el poder. De esta manera desmonta el mito de que la acción no violenta funciona únicamente en regímenes democráticos o benignos. Considera que hay un límite externo a la efectividad de la acción no violenta y que está más distante de lo que se asumen normalmente, pero no lo llega a definir.

Erika Chenoweth y Maria Stephan en su obra “*Why Civil Resistance Works*”, “Por Qué Funciona la Resistencia Civil” analizaron la efectividad de campañas revolucionarias de entre 1900 y 2006 (Chenoweth & Stephan, 2011). Las violentas tuvieron éxito en torno al 25% y las no violentas en torno al 50%, considerando el éxito conforme a los objetivos planteados por los movimientos. Para estas autoras, la existencia de menos obstáculos para la participación masiva en la acción no violenta es el factor fundamental diferenciador entre la acción no violenta y la violenta, concluyendo por tanto que la violencia no es justificable por argumentos estratégicos.

Como se puede ver, estas investigaciones, tanto las de Ackerman y Kruegler, Schock así como la de Chenoweth y Stephan, se centran principalmente en movimientos revolucionarios, es decir que buscan la toma del poder, sin entrar a valorar otro tipo de movimientos políticos o sociales que usan la acción no violenta, como el pacifismo radical o el ecologismo más activo. El enfoque del proceso político también ha sido prolífico en el estudio de las revoluciones. Charles Tilly proporcionó una herramienta útil para el estudio de las mismas, como fue la distinción entre situación revolucionaria y resultado revolucionario (Tilly, 1995). En la situación revolucionaria se produce una soberanía múltiple en la que dos o más bloques antagónicos tienen aspiraciones, incompatibles entre sí, para controlar el Estado. En un resultado revolucionario se ha producido una transferencia de poder de manos de quienes lo detentaban antes de que se produjese la situación de soberanía múltiple, a una nueva coalición gobernante, en la que se pueden incluir algunos elementos de la situación gobernante anterior.

Los elementos que influyen en la aparición de una situación revolucionaria según Tilly son tres, por un lado la existencia de contendientes con aspiraciones al poder, por otro, el apoyo a esos contendientes por un sector importante de la población, y, por un tercer lado, la incapacidad del gobernante para suprimir esa amenaza a su propia posición de poder (Tilly, 1995). Se trata de una visión eminentemente política de la revolución, al igual que la que muestran los estudios de las revoluciones no violentas, que deja insatisfechos a muchos activistas de movimientos sociales que no consideran revolucionarios cambios políticos sin verdaderos cambios sociales.

1.1-4 El debate agencia/estructura

Se pueden detectar varios debates entre los diferentes enfoques utilizados para estudiar la acción no violenta. Uno de ellos

sería el señalado por Ron Pagnuco entre agencia y estructura (Pagnuco, 1997, pág. 107). Este debate hace referencia a que mientras que ciertos enfoques ponen énfasis en la preponderancia de procesos macrosociológicos de carácter estructural, otros hacen más incidencia en el rol de los propios actores. Se han propuesto puntos de intersección entre el excesivo determinismo estructuralista de la perspectiva de las oportunidades políticas o el exagerado rol del actor en las teorías de la acción no violenta, que consideran a veces ingenuamente que sólo el uso de las adecuadas tácticas no violentas traen el cambio político. Al hilo de este debate, desde el enfoque de la acción no violenta, Ackerman y Kruegler han señalado cuatro importantes errores en los que a veces caen tanto los activistas de movimientos no violentos como los estudiosos de los mismos:

- 1) Mecanicismo (suponer que la práctica de la no violencia seguirá el curso de otros ejemplos históricos).
- 2) Utilitarismo (suponer que la orientación pragmática o ideológica del movimiento constituye un factor determinante).
- 3) Reduccionismo (creer que sólo dos factores determinan el resultado de las luchas no violentas: la capacidad y voluntad por parte del oponente para reprimir violentamente y la capacidad del actor no violento para resistir;
- 4) Externalismo (pensar que los recursos y autoridad del oponente son lo único que determina el resultado). (Ackerman y Kruegler 1994 pág. 13-15)

Para ellos, por tanto, no existe un solo factor explicativo para el resultado de un conflicto, aunque Ackerman y Kruegler consideraban que una adecuada planificación estratégica y una ejecución táctica podrían hacer que los movimientos vencieran los constreñimientos externos. En su análisis histórico demostraban que la acción no violenta se había llevado a cabo con éxito en el pasado contra oponentes capaces de desarrollar y legitimar situaciones de violencia extrema, como el III Reich, si bien es cierto que no atendían a otros posibles condicionantes sociales, culturales o económicos.

La síntesis más obvia entre partidarios de agencia y de la estructura sería considerar que los movimientos pueden transformar también las propias estructuras en las que se desenvuelven, facilitando las condiciones para conseguir el éxito, algo que se puede interpretar como objetivos intermedios. Este será el punto de vista que adoptaremos al respecto en esta investigación, en la que tendremos bien presentes los factores externos sobre los que el actor no violento no puede incidir más que indirectamente a través de aliados o formando grandes coaliciones. No está de más recordar en este punto que Charles Tilly ha señalado cuatro tipos de cambios sociales generados por el conflicto político, y que sólo uno de ellos se deriva del éxito del movimiento:

“Reorganización: El esfuerzo del conflicto transforma las relaciones sociales internas y externas de los actores implicados, incluyendo autoridades, terceras partes y propio objeto de las reivindicaciones.

Realineamiento: La lucha, la defensa y la cooptación alteran las alianzas, rivalidades y enemistades entre los actores.

Represión: Los esfuerzos de las autoridades en la represión o consentimiento de los que desafían producen cambios -la declaración de poderes de emergencia- en indirectos-efectos en los gastos de vigilancia, actividad policial y fuerzas militares- en el ejercicio del poder.

Realización: los demandantes exigen cambios específicos, negocian con éxito con los detentadores del poder y hasta los desplazan.” (Tilly , 1998, pág. 37-38).

Esto tiene como consecuencia importante que los movimientos sociales pueden transformar la realidad tratando de mejorar las condiciones para tener éxito, pero también hacia el bloqueo de las mismas como efecto de la reacción. Para Kurt Schock los movimientos sociales, violentos o no violentos, no sólo responden a las oportunidades políticas, sino que también superan estratégicamente los constreñimientos políticos, con lo cual transforman el contexto político en el que se desenvuelven si logran

sobreponerse a la represión y socavar el poder del oponente (Schock, 2008, pág. 112).

Este autor aboga por compensar el excesivo estructuralismo del enfoque del proceso político con las aportaciones de la literatura de la acción no violenta. Esto requiere considerar, en el análisis del proceso, las estrategias y tácticas del movimiento, pero también las formas de organización por las que opta y los marcos de referencia que usa. Estas reflexiones nos llevarán a no menospreciar la consideración de factores internos y externos al movimiento, y a tener en cuenta, por tanto, las aportaciones de diferentes perspectivas para poder entender plenamente los fenómenos generados por el uso de acción no violenta. La consecuencia de ello será un análisis que, por un lado, nos lleve a diferenciar entre factores inherentes al actor no violento (internos) y factores no inherentes al actor no violento (externos), que a su vez podremos diferenciar entre factores relativos al entorno de la acción política (entorno) y los relativos expresamente al oponente (oponente). De esta manera tendremos un modelo de análisis triangular en el que distinguiremos a nivel analítico tres tipos de factores: los relativos al entorno, los relativos al oponente y los relativos al actor no violento.

1.2 Desarrollo de esta investigación

Esta investigación parte de la necesidad de incorporar a la teoría de la acción no violenta una teoría del poder multidimensional coherente con las teorías sociológicas actuales. Esta teoría del poder tendrá que ser coherente con la psicología cognitiva que sustituyó a los presupuestos conductistas sobre los que se basaban antiguas ideas comunicativas de la acción social. Desde este punto de vista interpretaremos las situaciones de conflicto como situaciones de disonancia cognitiva en la que las experiencias que contradigan el esquema cognitivo que define la realidad del sujeto serán el motor de cambio en el mismo, ya que tendrá que adaptarse para buscar coherencia cognitiva

A su vez la teoría tendrá que ser coherente con una concepción relacional del poder que, si bien ya había sido adoptada por los activistas y teóricos de la corriente ideológica, había quedado marginada en las teorías pragmáticas del conflicto no violento. Desde este punto de vista, sostenido entre otros por Luther King, David Dellinger o Barbara Deming, se entiende la acción no violenta como una forma de alterar el equilibrio de poder para lograr establecer un nuevo diálogo en condiciones más igualitarias, es decir, como un proceso de empoderamiento (King, 1963; Dellinger, 1970, Deming, 1970) .

Estas reformulaciones serán integradas en una teoría del poder que nos permita superar todas las limitaciones a las que lleva la teoría de Sharp, centrada excesivamente en sólo un mecanismo, la coerción no violenta. De esta manera, interpretaremos la dimensión comunicativa de la no violencia (y en realidad del poder) como una segunda dimensión de un total de tres dimensiones racionales de la acción social (o formas de interpretar racionalmente la acción social), siendo las otras dos la instrumental y la compensatoria, por lo que desarrollaremos una teoría del poder de carácter tridimensional.

La teoría de la coerción no violenta nos servirá para analizar la dimensión instrumental de la misma (Case 1923, Shridharani, 1939; Sharp, 1973, Burrowes, 1996). Las teorías de la dominación estructural mediante disciplinamiento y hegemonía (Foucault, 1975, Bourdieu, 2001), junto con teorías de la movilización de marcos o identidades colectivas aplicadas a movilización no violenta nos servirán para analizar la dimensión comunicativa incorporando las aportaciones de la psicología cognitiva (Lakey, 1968, Melucci, 1988, Snow & Benford, 1988, Galtung, 1989, Martin & Varney, 2003, Muller, 2006). Finalmente usaremos teorías relacionales del poder que consideran a éste como una forma de intercambio asimétrico en el cual se negocia la subordinación para explicar la dimensión compensatoria de la acción no violenta (Lakey, 1968, Deming, 1970, Crozier & Friedberg, 1977, Vinthagen, 2015).

Esta dimensión compensatoria será nuestra referencia fundamental ya que analizará la acción no violenta como un proceso en el que se ponen en marcha dinámicas instrumentales y comunicativas para quebrar la legitimidad y la efectividad de las acciones del oponente. Estas dinámicas buscarán la transformación del paradigma hegemónico merced a la incorporación de puntos de vista del actor no violento en el mismo y a la disrupción del sistema social del oponente, que no podrá continuar con su actividad normalmente por culpa de los procesos de no colaboración e intervención puestos en marcha por la acción no violenta. El punto de vista de la dimensión compensatoria nos llevará a entender estos procesos como una forma de empoderamiento de cara a un proceso de negociación asimétrico en el que la subordinación al orden impuesto por el oponente dependerá de la legitimidad y capacidad de acción de los diferentes actores.

De esta manera en el capítulo segundo construiremos esta teoría tridimensional del poder, la cual nos permitirá a su vez establecer una teoría tridimensional de la dominación en el capítulo tercero. En los tres capítulos siguientes tendremos que hacer un análisis de cada una de las dimensiones del poder con especial atención a su relación con la corriente de las teorías de la acción no violenta que ha incidido sobre ese aspecto. En estos capítulos analizaremos por tanto detalladamente lo que se ha dicho sobre el funcionamiento de las diferentes dinámicas de la acción no violenta y tras elaborar una crítica fundamentada elaboraremos una propuesta basada en la teoría tridimensional del poder. Como corolario, después dedicaremos un capítulo a las dinámicas de resistencia, haciendo un resumen de lo que los procesos que los estudiosos de los movimientos sociales han señalado como condiciones previas para que aparezca un movimiento, con el fin de sintetizar las características de una fase inicial del mismo.

Uniendo estas perspectivas podremos recopilar los factores que los autores sobre estrategia de la no violencia han señalado como influyentes en el éxito de la misma, los cuales los

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

reelaboraremos para que sean coherentes con nuestra epistemología tridimensional, a la vez que aportaremos nuevos factores que estas nos indica como necesarios. De esta manera necesitaremos nuevamente tres capítulos para poder desarrollar cada grupo de ellos, el capítulo octavo para analizar los factores instrumentales, el noveno los comunicativos y el décimo para analizar la acción noviolenta como una forma de negociación en la cual convergen los factores instrumentales y comunicativos de los capítulos precedentes y se interpretan como procesos de empoderamiento.

Finalmente uniremos todos los factores y procesos señalados construyendo un modelo analítico basado en la consideración de un triángulo comunicativo que incide en la forma en la que se interpretan los diferentes acontecimientos y acciones puestos en marcha durante el conflicto. Es por ello por lo que hemos denominado a nuestro modelo como triangular, ya que el triángulo define las diferentes perspectivas desde las que los actores interpretarán el conflicto. No se ha de confundir estos vértices del triángulo con las tres dimensiones racionales que hemos utilizado para entender el funcionamiento de la acción noviolenta. En este capítulo por tanto no sólo asignaremos a cada actor los factores instrumentales y comunicativos que le correspondan sino también que los ordenaremos temporalmente para establecer una secuencia lógica en los mismos, lo que a su vez nos facilitará la posterior creación de un modelo estratégico.

En el capítulo 12 expondremos un resumen de los resultados del estudio empírico en el cual hemos probado este modelo en los casos del movimiento autonomista Tamil en el Ceilán previo a convertirse en Sri Lanka y la resistencia indígena nasa en el Cauca colombiano. El fracaso del movimiento Tamil, pese a utilizar una estrategia basada en el *satyagraha* gandhiano se podrá explicar gracias a la teoría desarrollada en los capítulos anteriores como consecuencia de no tener en cuenta los procesos cognitivos de la formación de consensos sociales desde identidades antagónicas combinado con una debilidad organizativa que le

impidió hacer frente a la represión. Por el contrario el éxito del movimiento indígena del Cauca colombiano, pese a su poca disciplina no violenta, se puede interpretar como un éxito no sólo organizativo en un contexto de gran dificultad ante la gran represión que ha afrontado, sino también comunicativo al lograr redefinir no sólo su propia cosmología, sino también conseguir una red de alianzas fundamental.

Igualmente hemos aplicado el modelo triangular basado en el análisis tridimensional de la acción social a otros estudios de casos de los que existe abundante bibliografía al respecto, como son el caso de la resistencia no violenta palestina, la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, el movimiento de los derechos civiles en Estados Unidos, la resistencia danesa a la ocupación nazi o el movimiento contra el servicio militar en el estado español. Aunque hemos usado estos casos para ilustrar algunos conceptos desarrollados a lo largo del libro, no hemos realizado un análisis exhaustivo de los mismos. Por tanto no los hemos incluido en el análisis comparativo. Para todos estos casos esperamos contar próximamente con estudios monográficos y comparativos.

Acabaremos esta obra teórica proponiendo un modelo estratégico para sintetizar las enseñanzas que esta investigación puede aportar a los movimientos no violentos. Este modelo señalará las diferentes fases por las que tiene que pasar un movimiento social hasta conseguir el éxito, y por lo tanto indicará los diferentes objetivos intermedios que debe buscar en cada momento de su proceso. Según este modelo, el actor deberá primero romper las barreras que inhiben a la movilización creando una identidad colectiva que sea capaz de dinamizar la acción no violenta, luego centrarse en los factores instrumentales y comunicativos relativos al propio actor, luego conseguir desarrollar los que transforman el entorno para dejar para el final los que atañen directamente al oponente, pues de no hacerlo así afrontará un desafío para el cual no estará preparado. Este modelo servirá por tanto de gran utilidad tanto a estudiosos de movimientos históricos como para activistas de movimientos sociales o políticos en cualquier estadio de

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

movilización, y le ayudará a entender dónde focalizar sus energías paso a paso.

CAPÍTULO 2

LA TEORÍA TRIDIMENSIONAL DEL PODER

Dado que el presente trabajo va a analizar la acción noviolenta, vamos a necesitar de dos fuentes teóricas principales atendiendo a los dos vocablos que componen el concepto: acción y noviolencia. La conexión entre ambas teorías nos la proporcionará una teoría del poder que recoja coherentemente las aportaciones de una teoría de la acción social y nos permita fundamentarla en términos de acción noviolenta. Eso es lo que vamos a realizar a lo largo de esta sección. Dado que es un capítulo de un contenido muy abstracto, a los lectores que se les haga pesado les recomendamos que se lo salten y vayan directamente a la teoría de la dominación, y vuelvan a él si necesitan entender las razones teóricas por las que optamos por un modelo teórico del poder de carácter tridimensional.

2.1 Las dimensiones instrumental y comunicativa de la acción social

La teoría de la acción social que vamos a utilizar va a recoger tres dimensiones racionales que aluden diferentes formas de interpretar la intención y las consecuencias de la misma. Son dimensiones racionales porque son formas de interpretar la acción social, por lo que no son excluyentes, sino que simplemente atienden a diferentes formas de preguntarse por el significado o significados subjetivos de la acción. Es tridimensional porque va a recoger las aportaciones de las dos tradiciones sociológicas en torno a la acción social, una de carácter bidimensional que distingue entre las dimensiones instrumental y expresiva, y otra que interpreta a ambas desde otra óptica el balance de poder, como es la teoría del intercambio que veremos más abajo. Es decir, desde la dimensión racional en la que se interpreta el poder como intercambio lo que se

interpreta son precisamente a las otras dos dimensiones, y es por lo tanto una forma de poder analizarlas simultáneamente.

La historia de estas distinciones es larga, ya que a principios de siglo XX, el padre de la sociología del poder, Max Weber, al referirse a la acción social, recogió la idea de Ferdinand Tönnies de distinguir entre la intención instrumental (o racional) y la intención esencial (o emocional). Weber en cambio profundizó en la idea y desdobló la racionalidad de la acción en cuatro tipos: instrumental respecto a fines, instrumental respecto a valores, tradicional/rutinaria y afectiva/emocional (Weber, 1922). Aunque, en nuestra propuesta, no sigamos esta clasificación de Weber, sí que vamos a entender la acción social en el sentido weberiano como una conducta dotada de significado intencional tanto para el que la hace como para el que la observa. Esto a su vez llevará a entender que la acción política, ya sea institucional o no institucional, violenta o pacífica, también está dotada de significado y que este será diferente para el que la lleva a cabo y para el que la observa. Esto nos separará de concepciones positivistas o conductistas de la sociedad, ya que no reconocen el subjetivismo, y nos acercará a un análisis cualitativo del hecho político, en este caso, la acción noviolenta, del cual queremos proponer un modelo para su análisis histórico que sirva como base a un modelo de gestión de estrategias que pueda usar un movimiento social o político. Esta visión weberiana, centrada en la intención de la acción nos permitirá distinguir entre el propósito de la acción y las consecuencias reales derivadas de ella, pero fieles a nuestra concepción subjetivista, tan sólo podremos analizar la forma en que los actores interpretan estas consecuencias, y no pretenderemos dar interpretaciones propias como si fueran objetivas. Esto, a su vez, nos permitirá fijar la atención entre las diferentes formas de interpretar la acción que tienen los distintos actores sociales, lo cual también nos llevará a buscar un modelo de acción política que incluya los actores sociales relevantes.

Respecto a la idea de acción social, hay que señalar que también vamos a utilizar la distinción entre conducta instrumental y

conducta expresiva realizada por Talcot Parsons (Parsons, 1951), pero con una interpretación más cercana a la que hiciera Thomas Luckmann desde la fenomenología o Jürgen Habermas desde la teoría de la acción comunicativa. Luckmann distinguía entre los “motivos por” como fundamentos individuales de la acción expresiva (explicaciones causales) y “motivos-para”, propios de la instrumental (explicaciones finales o teológicas) (Luckmann, 1992). Habermas distinguía entre acción instrumental, cuando la acción estaba orientada al éxito en un contexto no social (no se interpreta atendiendo a los mensajes que lanzan), acción estratégica cuando lo estaba en un contexto social (se lanzan mensajes) y acción comunicativa, cuando el objetivo de la acción era la comprensión mutua (Habermas 1989). Aunque no vamos a utilizar su terminología, hemos de decir que ambas propuestas son totalmente coherentes con la epistemología de un modelo de acción tridimensional que vamos a desarrollar en este apartado. La descripción de Luckmann coincide con nuestra visión de dos dimensiones racionales de la acción en esta fase, mientras que la visión de Habermas se puede interpretar como una manera de incluir la tercera dimensión distributiva o compensatoria en términos de comunicación social, aunque él las denomina con términos diferentes. La acción estratégica podría considerarse una interpretación desde lo que aquí hemos llamado dimensión comunicativa mientras que Habermas denomina acción comunicativa e interpreta como un intercambio de recursos para llegar a un consenso. Nosotros vamos a adoptar una terminología más cercana a la propuesta por Galbraith para poder énfasis precisamente en los aspectos compensatorios relativos al intercambio de esta dimensión (Galbraith, 1985).

De Habermas tomaremos, además, la idea de considerar el sentido teleológico de la acción como algo racional, fundamental para considerar la acción política o la acción sociopolítica como actos racionales. Si bien para el filósofo alemán existen cuatro dimensiones racionales (tipos de racionalidad) en la acción social (instrumental con respecto a fines, normativa, expresiva/dramatúrgica y comunicativa u orientada al diálogo),

nosotros hemos llegado a sólo tres dimensiones racionales de la acción en cuanto entendemos que la racionalidad normativa y la racionalidad expresiva hacen referencia a una misma dimensión comunicativa de la acción, ya que recoge los aspectos cognitivos de la misma. De esta manera buscaremos la coherencia con las aportaciones de la psicología cognitiva a la hora de interpretar los esquemas cognitivos que definen nuestra realidad como paradigmas que se contrastan con la experiencia vital. La acción no violenta, será pues, desde nuestra perspectiva, una forma de crear disonancias cognitivas en cuanto a la percepción tanto de lo que sucede como de la justificación moral que pueda tener. Como la acción no violenta por definición evita la acción violenta, logra eludir un importante sesgo comunicativo derivado de la diferente interpretación de la violencia que se hace desde diferentes puntos de vista.

El profesor sueco Stellan Vinthagen ha sido el autor que ha elaborado sistemáticamente una teoría de la acción no violenta basándose en la teoría de la acción comunicativa de Habermas (Vinthagen, 2015), y ha llegado a conclusiones totalmente compatibles con nuestra propuesta, aunque lógicamente él ha señalado cuatro dimensiones de la acción no violenta y nosotros consideramos más útil sólo tres por las mismas razones citadas más arriba (dar énfasis a un enfoque cognitivo de la acción social). Pero el esfuerzo de Vinthagen iba más allá que el de elaborar una teoría de la acción de la acción no violenta, ya que para el sueco era importante recuperar las ideas de los activistas de la no violencia que los autores del enfoque pragmático habían dejado atrás. No es de extrañar que Vinthagen encontrara totalmente compatibles los planteamientos de Habermas con los del propio Gandhi, cuya teoría del “ahimsa” y el “satyagraha” resaltan la importancia de los aspectos comunicativos de la acción:

Hay similitud básica entre Habermas y Gandhi. En Habermas, los tipos racionales de la acción están coordinados por racionalidad comunicativa (racionalidad mutua) mientras que en Gandhi la verdad mutuamente reconocida es un

objetivo superior en la lucha noviolenta. Entonces, de acuerdo con la perspectiva habermasiana, un debe describir conceptualmente a los movimientos noviolentos como orientados multiracialmente hacia el consenso. (Vinthagen, 2015, págs 127-128. Traducción del autor)

Esta investigación entendemos que la acción se puede interpretar, en primer lugar, con respecto a dos dimensiones, la dimensión instrumental y la dimensión comunicativa, que pueden primar más o menos en el objetivo de la acción, a las que añadiremos una tercera dimensión. Además vamos a incluir variables irracionales tan propias del sentir humano y que las sitúa en lo que en nuestra teoría de la acción política vamos a considerar como un momento previo a la acción política, el del reconocimiento del problema y el rechazo del mismo. De esta manera la identidad colectiva llevará a las personas a posicionarse dentro de la perspectiva del que hace la acción (endogrupo) o del que la observa (exogrupo).

Consideraremos por tanto que una determinada acción tiene una dimensión instrumental, en cuanto es un medio para conseguir un fin en sí mismo, sin tener en cuenta posibles mensajes que se lanzan (lo que Habermas señala como un entorno no social). La acción adquiere, por tanto, desde esta dimensión el valor de un instrumento, un mero medio para conseguir algo en el mundo físico. Para Vinthagen (es decir, si seguimos la teoría de la acción comunicativa de Habermas aplicada a la acción noviolenta) esta dimensión instrumental coincidiría con la acción orientada a fines que aplicado al caso de la acción noviolenta él denomina acción noviolenta estratégica, y que lleva a entender la noviolencia como un contrapoder que busca el cambio social aumentando el coste de las políticas actuales y aumentando los beneficios de los cambios deseados (Vinthagen, 2015, pág. 119).

2.1.2 La dimensión comunicativa

Por otro lado, consideraremos otra dimensión racional, que

podemos denominar comunicativa, expresiva, cognitiva o simbólica en cuanto esa acción es interpretada por cada uno de los actores sociales dependiendo de su propio esquema cognitivo, que a su vez estará definido por la identidad colectiva. Desde esta dimensión se contempla la acción en forma de los diferentes mensajes que se lanzan hacia los diferentes actores sociales. En el caso de una acción violenta está muy claro que un asesinato por causas políticas se puede interpretar por su valor instrumental, la eliminación física de un oponente cuya actividad antagonista se detiene, y otra de carácter simbólico, como puede ser expresar antagonismo hacia un grupo social o amenazarlo para coaccionar para que detenga una determinada actividad o ponga en marcha otra (es decir, para dominarlo), pero que será interpretada de forma diferente por los diferentes actores. En este sentido muchas veces la acción violenta lanza mensajes que no se dirigen expresamente hacia el oponente, sino para reafirmar posiciones de liderazgo dentro del propio endogrupo.

Para Vinthagen (y Habermas) esta dimensión comunicativa de la acción noviolenta recogería dos tipos de racionalidad, la acción noviolenta normativa y la acción noviolenta expresiva. La acción noviolenta normativa sería una forma de poner en cuestión la legitimidad del orden dominante, abriendo la posibilidad de nuevas normas reguladoras dentro de un marco normativo reconstruido (Vinthagen, 2015, pág. 109). Esto lleva a una dimensión de la noviolencia que la entiende como una forma de regulación normativa, y que está orientada hacia la comunicación de ideas y valores al oponente. La acción expresiva (que también se puede denominar dramática) pretende revelar la injusticia y la justicia en una representación de acciones, junto con roles e identidades de los actores sociales implicados, y posibles soluciones al conflicto (Vinthagen, 2015, pág. 117). Esta dimensión de la acción noviolenta la entiende como un acto de afirmación utópica y se puede interpretar que está orientado hacia espectadores de la acción, que al fin y al cabo son terceras partes en el conflicto representado. Hay también una afirmación de los propios roles e identidades, lo cual se

puede interpretar como una manera de definir o de redefinir al endogrupo (las personas que comparten la identidad colectiva del grupo de referencia) y al exogrupo (las que no la comparten). En este trabajo vamos a entender estas tres racionalidades comunicativas (normativa, dramática y autoafirmativa) como diferentes lados de un triángulo comunicativo en los que se interpretan de diferente manera las intenciones y consecuencias de un acto social o político como es la acción no violenta, ya que todas requieren de procesos cognitivos que se adaptan a la racionalidad imperante según el punto de vista.

Como hemos mencionado más arriba, en nuestro enfoque entenderemos ambas como un mismo proceso cognitivo en el cual la disonancia creada por la acción no violenta genera un cambio de paradigma. Creemos por lo tanto que para una mayor claridad del proceso comunicativo es necesario tener en cuenta la importancia del punto de vista con el cual se mira la realidad, ya que la identidad colectiva será el patrón que usaremos para determinar nuestros esquemas cognitivos. De esta manera tendremos que distinguir dentro del exogrupo al oponente, contra el cual se establece el desafío político que plantea la no violencia, de terceras partes, que asisten como espectadoras al intercambio de medidas violentas y no violentas entre ambos. Desde nuestro punto de vista basado como hemos dicho en la reelaboración de esquemas cognitivos, va a ser fundamental tener en cuenta la existencia de un triángulo que nos permita tener en cuenta cómo se interpretan los diferentes mensajes que se lanzan hacia el endogrupo, hacia al grupo oponente y a terceras partes. Es decir, nosotros no utilizaremos la distinción entre acción normativa y acción expresiva sino que simplemente nos centraremos en el hecho mismo de que interpretar la acción política como un mensaje, y distinguiremos entre las diferentes interpretaciones que se hacen desde los diferentes vértices de un triángulo comunicativo determinado por la identidad de cada actor colectivo y su papel en el conflicto (ver figura 2.1).

David Riches lo expresa así refiriéndose con una retórica

funcionalista a la interpretación de la violencia:

“Los actos violentos satisfacen tanto la función instrumental como la expresiva con igual eficacia. Es cierto que la función instrumental puede ser la más importante, puesto que el “propósito esencial” de la violencia, la anticipación táctica, implica la instrumentalidad; si un acto violento no tuviera un propósito instrumental, no se ejecutaría. Aun así, un acto violento en particular transformará, al mismo tiempo, el medio social en un sentido práctico y dramatizará vivamente importantes ideas sociales. En efecto, el mismo acto o imagen de violencia logrará seguramente más de un solo propósito expresivo. Por ejemplo, el hincha de fútbol británico enzarzado en una pelea contra un grupo rival expresa a su grupo una declaración de su propia validez como asociado; al grupo rival le hace una declaración de las capacidades políticas y sociales de su propio grupo y a las clases medias espectadoras le da una visión “escéptica” de las opiniones de la clase trabajadora sobre los valores de la clase media” (Riches, 1988, págs. 47,48).

De esta manera resulta evidente que en la dinámica comunicativa de un conflicto existe un triángulo en el que cada uno de los vértices observa el escenario obteniendo diferentes interpretaciones. Lo que para la acción violenta sería el triángulo formado por el ejecutor, la víctima y el testigo de esa violencia, para la acción noviolenta se transformaría en actor noviolento, oponente y terceras partes, quedando claro que se trata de actores colectivos que observan de manera diferente lo que ocurre en su endogrupo y lo que ocurre fuera del mismo.

Para evitar el controvertido término de “función”¹ que usa

¹El concepto de “función” está asociado al paradigma funcionalista y al estructural-funcionalista de las ciencias sociales. Ambos fueron dominantes en las décadas centrales del siglo XX y estuvieron asociados a una visión

Riches, vamos a hablar de dimensiones racionales, aludiendo estas a las diferentes racionalidades con las que se puede interpretar un mismo hecho social. Así pues distinguiremos entre una interpretación desde una dimensión racional instrumental y interpretación desde una dimensión racional comunicativa, conceptos que recogen mucho mejor la propuesta de visión no excluyente que queremos aportar con esta distinción. Así pues, un acto de boicot comercial puede ser interpretado desde el punto de vista de la racionalidad instrumental atendiendo a los efectos de ejercer presión económica sobre el oponente, pero, a la vez, dicho acto puede servir como vehículo de expresión de una determinada posición política que será interpretado de forma diferente por el grupo del actor no violento que realiza el boicot, el grupo del oponente que sufre el boicot, y las terceras partes que ven cómo un actor lanza un boicot sobre otro. Es decir, la dimensión racional comunicativa variará dependiendo del actor que interprete los hechos porque cada actor tendrá unos esquemas cognitivos previos, y estos esquemas, tal y como veremos más adelante, estarán totalmente vinculados a su identidad colectiva.

Vemos, por tanto, que la confusión entre la dimensión instrumental y la comunicativa y el menosprecio de esta última a la hora de plantear una campaña no violenta puede ser un error estratégico fundamental que puede llevar al fracaso del movimiento. Un ejemplo de ello puede ser el caso de las movilizaciones tamiles en Ceilán a principio de los años sesenta, en las cuales los bloqueos que el Partido Federal promovió hacia las delegaciones del gobierno cingalés en las provincias tamiles tuvieron como consecuencia una mayor oposición de las masas cingalesas que apoyaban las políticas de discriminación, es decir, una forma de acción con escasa rentabilidad instrumental al suponer pérdidas económicas y represión sobre los tamiles tuvo como contrapartida una catastrófica rentabilidad comunicativa al transmitir un mensaje de antagonismo

conservadora de la realidad social.

que, si bien cohesionó el endogrupo (la comunidad tamil), también cohesionó al oponente lo suficiente como para legitimar su política de represión y discriminación.

2.2 La teoría bidimensional del poder.

Esta teoría de la acción social bidimensional es totalmente coherente con la teoría del poder que se ha esforzado por señalar la importancia del consentimiento al mismo nivel que la coerción, distinguiendo así dos dimensiones racionales fundamentales en el poder. Si bien esta perspectiva se puede rastrear hasta el siglo XVI con la teoría de la servidumbre voluntaria de Etienne de la Boétie (Castañar, 2013, págs..41-57) no fue hasta mediados de siglo XX cuando alcanzó su máxima expresión con los estudios de Georges Burdeau y Carl Joaquim Friedrich, que estudiaron el poder centrándose precisamente en el polo opuesto al mando, esto es, la obediencia. Por eso entendían el poder como una energía de la voluntad en el que su fuerza motriz es el consentimiento (Friedrich, 1968). Para estos autores existe poder, porque existe legitimación del mismo, por lo que paralelamente existe obediencia en cuanto ésta sigue el interés de aquellos a los que se gobierna.

Para Burdeau, lo fundamental en la política es la institucionalización del poder, de manera que, cuando se institucionaliza, el mando no se acata por la coacción sobre los gobernados, sino por la autoridad que, como gobierno legítimo, ejerce sobre ellos, es decir, la idea que los gobernados tienen acerca de la obligación de obedecerlo y someterse a él (Burdeau, 1966). En sintonía con esta idea, para Maurice Duverger todo poder es una mezcla de violencia y creencias (Duverger, 1977, pág.23). Según Burdeau tienen una relación clara, ya que para él...

“el poder es una fuerza al servicio de una idea. Es una fuerza nacida de la conciencia social, destinada a conducir al grupo en la búsqueda del bien común, fuerza capaz -dado el caso-, de imponerles a los miembros del grupo la actividad que

ordena” (Burdeau, 1966, pág. 407)

De modo similar, Friedrich estableció la tautología “*Poder = Coerción + Consentimiento*” donde la diferenciación entre coerción y consentimiento depende de la voluntad del sujeto sobre el que se trata de conseguir obediencia, o dicho de otro modo, si hay quiebra de la voluntad se trata de coerción, si no la hay se trata de persuasión y, por tanto, se actúa con el consentimiento del que obedece (Friedrich, 1968). Desde este punto de vista, el poder “es en cierta medida una posesión, y también en cierta medida, una relación” (Friedrich, 1968, pág. 183) refiriéndose con ello a que el poder coercitivo institucionalizado se puede interpretar como una posesión y el poder consensual como una relación, de forma que ambas se encuentran presentes en toda forma política.

Esta visión bidimensional del poder es totalmente coherente con la teoría bidimensional de la acción social que distingue entre acción instrumental y acción comunicativa al vincular los procesos de coerción con dinámicas instrumentales y procesos de influencia que generan consentimiento con procesos comunicativos. Estos procesos tuvieron presencia en la teoría del poder de Sharp, que desde nuestro punto de vista pretendía explicar el funcionamiento de la cooperación con el poder (un fenómeno que entendemos asociación al consentimiento y por tanto en la esfera de la dimensión comunicativa) atendiendo principalmente a sus procesos instrumentales (Sharp, 1973). Sin embargo, desde las ciencias sociales ya se estaban empezando a analizar los procesos comunicativos que posibilitan el consentimiento del dominado y por tanto la interpretación de la colaboración con el poder desde la dimensión comunicativa de la acción social.

Más adelante veremos cómo esta interpretación limitada del poder supondría el principal déficit de la teoría del poder de Sharp, basada en una concepción voluntarista del consentimiento que pasaba por alto los procesos de imposición cultural resumidos en el concepto de hegemonía de Gramsci, el de consenso de Hannah Arendt, o el de disciplina de Michel Foucault. Para Sharp el poder

depende de la cooperación de los dominados, por lo que la no-cooperación se establece como la forma principal de resistencia al mismo.

Por otro lado, desde los años 60 se había empezado a releer y reinterpretar la obra de Antonio Gramsci, escrita en los años 30, pero relegada hasta entonces a círculos marxistas. La relectura principal que se hizo de Gramsci sobre la teoría del poder fue la recuperación de la distinción que realizó entre dominio, de carácter instrumental y basado en la coerción, y dirección, de carácter intelectual y moral y basada en la hegemonía, es decir, el control de los medios de producción simbólica para incitar a aceptar el sometimiento como el estado normal de las cosas. Como se puede ver se trata en realidad de las mismas dos dimensiones instrumental y comunicativa que hemos visto como características de la acción social, así como las señaladas por Friedrich o Burdeau. La diferencia principal con estos últimos es que Gramsci y algunos de sus reinterpretaciones, como la de Althusser, ponían más énfasis en el papel del poder como dominación y la forma en que las clases dominantes logran el consentimiento mediante el monopolio de los aparatos de producción ideológica (Lukes, 2005, págs.7-8). En este enfoque quedaría resaltado el papel de la sociedad civil como conjunto de instituciones que configuran la opinión pública y, por tanto, como lugar donde plantear la resistencia a la dominación.

La idea voluntarista del consentimiento seguía estando presente en buena medida en esta interpretación “cultural” de Gramsci, pero no en otras interpretaciones no culturales del sus ideas. Estas entendieron la hegemonía como un proceso de alineamiento de ciertos intereses de las clases dominadas con las de las clases dominantes, de forma que la cooperación con la dominación obedece a la percepción real de intereses de estas clases, siendo por tanto un proceso que no se entiende como un mero asentimiento, sino como algo cognitivo y conductual. “Los asalariados consienten con la organización capitalista cuando actúan como si pudieran mejorar sus condiciones materiales dentro

del capitalismo” (Przeworsky, 1985). Pero para llegar a esta interpretación hubo que desarrollar primero una visión estructuralista de la sociedad que afectó notablemente a la forma en que se concebía el propio poder.

Por otro lado, la separación entre consentimiento y coerción, igualmente clave en la obra de Sharp también aparecía en la obra de Hannah Arendt, que usaba un concepto normativo de poder basado en la tradición greco-romana clásica, que ella denominaba republicana (Arendt, 1973). Arendt llegó a afirmar que el poder debía ser consensuado para ser tal, es decir, para ser legítimo, por lo que negaba la posibilidad de que exista un poder ilegítimo en cuanto no sería poder (Arendt, 1973). La autora de “*Los Orígenes del Totalitarismo*” distinguía entre el poder, que emanaba del consenso y consentimiento de un grupo de personas, y la dominación, que se basa en el ejercicio de la violencia, y se estructura jerárquicamente. Esto la llevaba a considerar que “la violencia puede siempre destruir al poder; del cañón de un arma brotan órdenes más eficaces que determinan la más instantánea y perfecta obediencia. Lo que nunca podrá brotar de ahí es el poder” (Arendt, 1973, pág. 155).

En realidad, su postura es una radicalización de las ideas de los teóricos del consentimiento de los años sesenta que hemos mencionado más arriba (Friedrich, Burdeau, Duverger), pues al redefinir el concepto de poder entendemos que pretendía establecer una crítica feroz a la violencia como fundamento del poder, para así establecer una teoría de la democracia que la renovara radicalmente y que evitara fundamentarse en el monopolio de la violencia legítima. Desde nuestro punto de vista lo que pretendía Arendt, al eliminar la violencia como fuente del poder, era enfatizar que el poder que emanaba de la violencia no podía ser legítimo. Esto permite explicarnos por qué rechazó como fuente del poder precisamente la que había sido considerada hasta entonces como la única fuente de poder: la violencia.

Su aportación sería importantísima para nuestro análisis de

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

la acción noviolenta, porque en vez de hablar de consentimiento, concepto inevitablemente voluntarista en cuanto individualista, habló sobre consenso, concepto inevitablemente social. Por lo tanto, la tautología de Friedrich se transformaría, según Arendt en:

Poder = Consenso

Lo realmente interesante de la concepción del poder en Arendt es que con la introducción del concepto de consenso desaparece la dicotomía que establece una diferencia ostensible entre los dominantes y los dominados. Cada persona colabora en cierta medida con el consenso establecido independientemente del grado de participación que haya tenido en la elaboración colectiva del mismo. Esto hace que desaparezca el voluntarismo en la aceptación de las relaciones de poder y se entienda este como un proceso subordinación participativa derivado de aceptar consensos establecidos socialmente. Si se aplica al ámbito de la acción noviolenta, vemos que los procesos de formación de consenso colectivo tienen que ser incluidos en el análisis estratégico de los actores ya que influirán no sólo como mecanismo del éxito de la acción noviolenta, sino también posibilitarán su surgimiento, al necesitarse muchas veces grandes números para la misma, lo cual implica a su vez un consenso para cohesionar para la movilización.

Igualmente, Michel Foucault también consideraba el poder como una relación de fuerzas, pero se centró, por el contrario, en lo que él denominaba la “microfísica” del poder, expresiones de procesos anónimos que conducen a la vigilancia, castigo y sanción de conductas que se desvían de la norma hasta que el propio individuo se disciplina, aceptando por sí mismo las conductas que se esperan de él. (Foucault, 1987). De este modo señaló los procesos de normalización y disciplinamiento por los cuales el poder produce verdad, mediante la producción de saber y la definición de lo que se considera como “normal”, que se identifica con el orden social dominante y legítima, por tanto, la propia dominación (Foucault, 1975). El binomio “coerción + consentimiento” sería transformado

por Foucault en el binomio “soberanía + disciplina”, una propuesta que sería igualmente coherente con nuestra teoría de la acción social basada en la distinción entre racionalidad instrumental (soberanía) y comunicativa (disciplina). Su análisis incidía con mucha precisión en los procesos de formación de consenso al relacionarlos con los procesos de disciplinamiento de los gobernados. En este sentido la definición de la realidad generada por el poder generaría la normalización de la dominación, y la consiguiente legitimización de la misma no estaría vinculada, por tanto, a procesos voluntaristas individuales sino a procesos cognitivos. No obstante, la libertad y la voluntad humana estarían recogidas, en el análisis de Foucault, en la importancia que dio a que esos intentos de disciplinamiento generarían múltiples resistencias locales en los lugares o nichos de saber dónde se hace patente el contraste entre la realidad percibida y la definición impuesta por el poder (Foucault, 2002). La lucha de estas resistencias locales contra la disciplina impuesta por el poder sería uno de los elementos centrales en la acción no violenta, ya que permite entenderla no sólo como algo instrumental, sino como una lucha por la definición de la realidad, es decir, como un proceso cognitivo de carácter colectivo, y por tanto mediado por una identidad, en el cual el elemento principal es la transformación de la visión hegemónica que normaliza la subordinación y el orden establecido.

Esta idea de disciplina como forma oculta de imponer el poder sería totalmente coherente con el concepto de violencia cultural de Johang Galtung (Galtung, 1985), refiriéndose a los procesos de legitimación de la violencia directa y de la violencia estructural, que como veremos en el siguiente apartado, hace referencia a una tercera dimensión del poder. De la misma manera la teoría feminista ha elaborado conceptos como poder invisible, o violencia invisible, para referirse igualmente a esos procesos de legitimación de situaciones de poder asimétricas o de violencia visible tanto en la esfera pública, como en la privada o la íntima (Lisa Weneklasen y Valerie Miller (2002, págs.39-58).

Estos procesos comunicativos de legitimación que llevan a la normalización, disciplinamiento y la elaboración de consensos serán una parte fundamental de las dinámicas de poder y dominación y nos llevan a una teoría de la acción y del poder bidimensional que se basa en la distinción entre las dinámicas instrumentales y comunicativas puestas en marcha mediante la acción social o política. Desde este enfoque no vamos a negar la importancia de los procesos instrumentales de sometimiento o dominación, pero resaltaremos la importancia de procesos cognitivos de carácter social que influyen en la normalización del consenso elaborados gracias a la hegemonía de un grupo social sobre los medios de producción simbólica. Desde este punto de vista se llega al disenso, es decir, a la negación de la legitimidad de la dominación, mediante el contraste cognitivo entre la realidad definida por el poder y la experiencia de la misma desde el ámbito local. Del disenso se pasa a la resistencia cuando se establecen líneas de acción destinadas a contrarrestar la dominación mediante la acción política. La resistencia consiste, por tanto, en el proceso de deconstruir la dominación (el poder) mediante la obstrucción comunicativa o instrumental a su funcionamiento y mediante la elaboración de un poder alternativo basado en otros consensos. La acción no violenta, como contrapoder, podrá establecer estrategias instrumentales basadas en la disrupción, es decir, en la capacidad para interrumpir el funcionamiento del sistema, pero también estrategias comunicativas basadas en la deslegitimización del poder mediante la puesta en evidencia de las contradicciones de su discurso. De ahí que, tal y como hemos expresado más arriba, desde nuestro punto de vista no sea necesaria una distinción entre acción normativa y acción expresiva-dramatúrgica, ya que ambas se refieren a un mismo tipo de proceso cognitivo en lo que cambia es el actor hacia donde se enfoca o desde donde se interpreta.

2.3. La tercera dimensión racional de la acción social

Llegados a este punto, nos ha quedado claro que para analizar la acción no violenta tenemos que tener en cuenta aspectos

instrumentales y comunicativos de la acción sociopolítica, pero creemos, no obstante, que falta una tercera dimensión de la acción y del poder que nos permitirá poder tener en cuenta los procesos en los que la acción se interpreta según la lógica del intercambio o la compensación, y en los que el poder no actúa ni por coerción, ni por persuasión, sino a cambio de algo. Esta otra forma de interpretar la acción nos llevará a deducir que existe otra dimensión de la acción social que no queda recogida en las categorías instrumental y comunicativa de la acción social. Esta sería una dimensión que interpreta la acción atendiendo a la reciprocidad o compensación que subyace tras la idea de intercambio, por lo que la vamos a denominar dimensión compensatoria de la acción social. Esta dimensión tiene un carácter relacional, ya que estudia la acción como una acción de intercambio que cuando se produce en un contexto de asimetría de las partes da lugar a relaciones de poder.

Esta dimensión se correspondería igualmente con la cuarta dimensión racional de la acción social señalada por Jürgen Habermas y que era precisamente lo que él denominaba acción comunicativa y que daba nombre a toda su teoría de la acción. Vinthagen recogería esta otra dimensión racional de la acción con el nombre de acción noviolenta comunicativa, o acción entendida como facilitación de diálogo. Esta dimensión racional interpreta el significado de la acción como un proceso de comunicación orientado hacia el entendimiento. En el caso de la acción noviolenta, esta se entiende como una forma de forzar al oponente a establecer un diálogo acerca de la posible solución del conflicto, es decir, de establecer un nuevo balance de poder más equitativo en el que ambas partes puedan comunicar sus posiciones (Vinthagen, 2015, págs. 122 y 123).

Por otro lado, conviene tener en cuenta que las dimensiones tanto instrumental como comunicativa son dimensiones de tipo teleológico en cuanto se refieren a una interpretación de los propósitos de la acción, ya sea este un propósito instrumental o comunicativo. En cambio en la dimensión compensatoria prima el sentido ontológico y su carácter es más bien explicativo, por lo que

requerirá de las dimensiones instrumental y comunicativa para su análisis, así como de otras consideraciones de tipo causal que veremos en la teoría de la acción política y que aludirían al por qué de cierto tipo de decisiones, como, por ejemplo, por qué se acepta o se rechaza la visión hegemónica o por qué se opta por la acción no violenta en vez de la lucha armada u otro tipo de estrategias políticas.

No obstante, el camino hasta esta consideración relacional del poder fue precedido por una consideración de los límites a la libertad humana, y, por consiguiente, a la capacidad voluntarista de elección, dados por las estructuras sociales en las que se inserta el individuo que posibilitan y restringen esa capacidad. Saliéndose de la perspectiva dominante en su tiempo, Norbert Elias ya había concebido a finales de los años treinta a la sociedad como un tejido cambiante y móvil de múltiples interdependencias que vinculan recíprocamente a los individuos. El poder sería en realidad una posición estructural asociada a esas relaciones de interdependencia, de forma que se tiene poder sobre alguien en la medida en que depende de otros que no dependen de ese alguien (Elias, 1939). Esto quiere decir que se trataría ya de una concepción del poder como relación, de una teoría relacional del poder.

Elias denominó “configuración” a las formas específicas que ligan a unos individuos con otros, en las que se dan interdependencias inconscientes en condiciones de asimetría o desigualdad. Así pues, señalaba que a pesar de ser relaciones asimétricas, en realidad constriñen a todos, e incluso al absolutista Rey Sol, quien vería delimitado su campo de acción por estas configuraciones. De este modo las configuraciones (es decir, el tejido de interdependencias) proporcionan el margen de acción, pero, a la vez, imponen los límites a la libertad de elección (Elias, 1939). Esta visión, al aplicarla a la teoría del poder como consentimiento, implicaba un constreñimiento del campo de elección del individuo, que desde esta perspectiva no es, en realidad, tan libre como para dar su consentimiento o no a las relaciones de

poder que le impone la configuración social.

Por otro lado, la teoría del intercambio social explicaría el poder como resultado de la asimetría en una relación de intercambio, que dejaría en situación de dependencia a quien menos contribuye (Blau, 1964). Esta línea sería completada por Michel Crozier y Erhard Friedberg, que, desde el campo de la teoría de la organización, interpretaron el poder como una relación de intercambio desigual, o dicho de otra manera, de una negociación asimétrica, es decir, en la que los términos del intercambio favorecen más a una de las partes implicadas (Crozier & Friedberg, 1977, pág. 11).

Para Crozier y Friedberg el actor desarrolla comportamientos racionales dentro de un juego constante conducido entre el actor, que tiene sus recursos, y el sistema (la organización), que ejerce sus presiones. De esta manera, el actor negocia su cooperación utilizando sus recursos a cambio de ciertos beneficios. Según este punto de vista, lo importante para analizar una relación de poder, como es la que se produce mediante la acción violenta o la noviolenta, es estudiar los recursos que dispone cada parte para ampliar su margen de libertad, lo cual requiere salir de la lógica del discurso, para centrar el análisis en los procesos concretos a través de los cuales ese discurso puede plasmarse en hechos (Crozier y Friedberg, 1977, pág. 11). Tal y como ellos mismos señalan:

Poder y organización están ligados entre sí de manera indisoluble. Los actores no pueden alcanzar sus propios objetivos más que por el ejercicio de relaciones de poder, pero al mismo tiempo, no pueden ejercer poder entre sí, más que cuando se persiguen objetivos colectivos cuyas propias restricciones condicionan en forma directa sus negociaciones. Posteriormente, las estructuras y las reglas que rigen el funcionamiento oficial de una organización, son las que determinan los lugares donde podrán desarrollarse las relaciones de poder. Al tiempo que definen los sectores en que la acción es más previsible, y que organizan procedimientos

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

más o menos fáciles de controlar, crean y circunscriben zonas organizativas de incertidumbre que los individuos o los grupos tratarán de controlar para utilizarlas en la consecución de sus propias estrategias, y alrededor de las cuales se crearán, por ende, relaciones de poder. El poder, junto con las capacidades de acción de los individuos o de los grupos dentro de una organización, depende del control que puedan ejercer sobre una fuente de incertidumbre que afecte a la capacidad de la organización para alcanzar sus propios objetivos. Así, cuanto más crucial para la organización sea la zona de incertidumbre controlada por el individuo o grupo, mayor será su poder (Crozier y Friedberg, 1977, pág. 17-18).

Crozier y Friedberg no niegan la coerción ni la persuasión como forma de conseguir la cooperación (es decir, las dinámicas instrumentales y comunicativas de la acción), ya los consideran recursos del actor o del sistema, pero se centran en los procesos de negociación como procesos que no se basan en la restricción o sumisión de las voluntades sino en la necesidad de colaboración mutua. Dado que su estudio es la acción colectiva dentro de una organización y no la acción política logran poner de manifiesto esta otra dimensión racional del poder cuya racionalidad no queda satisfactoriamente explicada con la idea de poder como consentimiento. Su enfoque se centra por tanto en el dilema de la cooperación, lo cual que no quedaba muy claro en el enfoque del poder como obediencia, y dado que se trata de una relación recíproca, uno no está totalmente desvalido frente al otro, sino que tiene sus recursos para negociar. El poder reside, desde este punto de vista, en el margen para rehusar lo que el otro pida, siendo los recursos como la fuerza, la riqueza el prestigio o la autoridad simples medios para conseguir una libertad de acción más grande (Crozier y Friedberg, 1977, pág. 16).

Esta forma de interpretar la racionalidad de la acción sería totalmente coherente con la teoría de la acción comunicativa de Habermas en cuanto para el filósofo la cuarta dimensión racional de

la acción social, la acción comunicativa, estaría orientada al diálogo entre las dos partes, teniendo como objetivo el llegar a un nuevo consenso. En el análisis de Stellan Vinthagen de la acción noviolenta, esta dimensión racional de la acción social lleva a entender a la acción noviolenta como una forma de dinamizar un acuerdo social, propuesta que, como veremos en el capítulo correspondiente, se corresponde con las visiones de importantes activistas de la acción noviolenta, como Barbara Deming, Martin Luther King o David Dellinger.

Desde el punto de vista de la acción social, esta dimensión del poder como intercambio nos permite interpretar el proceso de interacción social como una negociación en la que se produce un intercambio en el cual se ofrece algo y se demanda algo, y la acción social como una forma de dar valor a lo que se ofrece para así ayudar a conseguir lo que se demanda. De esta manera se supera el dilema del voluntarismo presente en la teoría del poder de Gene Sharp (1973), y que como veremos más adelante, supone una de sus principales trabas. Para el autor norteamericano, la no colaboración es simplemente una cuestión de decisión voluntaria porque parte de procesos en los que el actor noviolento ya está movilizadado y por lo tanto ya se ha dotado de recursos comunicativos para dotarse de capital simbólico que le proporciona legitimidad y la resta a su oponente, al menos dentro de su grupo de referencia (Sharp, 1973). Para muchos movimientos que tratan de poner en marcha las ideas estratégicas de Sharp, simplemente no pueden llegar a plantear si quiera dinámicas de no colaboración porque no pueden hacer frente a los procesos de hegemonía cultural, disciplina, formación de consenso, violencia cultural o poder invivible que los relegaba a movimientos minoritarios. Desde la perspectiva de poder como intercambio, al reconocer específicamente la necesidad de dotarse de poder de negociación del actor, se entiende que hacen falta procesos comunicativos, sin negar los instrumentales, que doten de capital simbólico, y por tanto de legitimidad al actor.

Es fundamental por tanto integrar la teoría bidimensional que

hemos desarrollado más arriba con la visión del poder como intercambio, de forma que podamos tener en cuenta que las dinámicas instrumentales y comunicativas se pueden contemplar como recursos que ponen en marcha los actores para dotarse de poder. Eso lo vamos a hacer en el siguiente apartado.

2.4 Las teorías tridimensionales del poder

Desde la ciencia económica se han esforzado por incluir diferentes versiones del intercambio en su taxonomía del poder para dejar claro que, desde el mercado y otras negociaciones o formas de intercambio, también se están poniendo en marcha estrategias de poder. Desde este punto de vista se acepta la idea ya esbozada desde otros ámbitos de que el poder implica intercambio, pero se invierten los términos diciendo que es el propio intercambio desde donde se genera poder, con lo que igualmente se añade una nueva dimensión racional al concepto de poder, como es la del intercambio, que llega incluso a institucionalizarse en el mercado mediante la figura del dinero, como dejara bien claro el sociólogo Georg Simmel en su “Filosofía del Dinero” (Simmel, 1908).

Por un lado, el reconocido economista John Kenneth Galbraith, en su anatomía del poder, distinguió tres formas con las que se ejerce el poder, que denominó condigno, compensatorio y condicionado (Galbraith, 1985). En la esfera del poder condigno (que empleaba como sinónimo de “coercitivo”) la obediencia se activa por miedo al castigo y llega, como consecuencia, en forma de órdenes, con lo que la pregunta pertinente que se elabora desde el sujeto del que se pretende obediencia es quién lo manda. Por el contrario, en el poder compensatorio la obediencia se activa por el intercambio y llega en forma de recompensa, a veces expresada bajo el sistema de precios, con lo que la pregunta pertinente que elabora el sujeto desde este ámbito es cuánto vale o mejor aún, qué me das a cambio. En cuanto al poder condicionado, para Galbraith la obediencia se consigue por modificación de las creencias y llega en forma de persuasión, de manera que la pregunta pertinente que

elabora el sujeto sobre el que se pretende obediencia es ¿por qué? Frente a los tres tipos de poder, Galbraith, señaló también tres fuentes de poder: la personalidad, la propiedad y la organización, que dan acceso, en diferente medida, a cada uno estos tipos de poder.

Lo que nos interesa del enfoque de Galbraith es que hay una importante aportación para las teorías de la acción social que subyacen detrás de la teoría del poder al considerar al intercambio como acción compensatoria y colocarla en el mismo nivel que la acción instrumental que se puede adivinar detrás del poder condigno y de la acción comunicativa (o expresiva, o simbólica) que adivina detrás del poder condicionado. Esta visión contrasta directamente con la idea bipolar expresada en la ya clásica tautología Poder = coerción + consenso. Sin embargo, hay que tener en cuenta en este sentido que ya Friedrich había señalado que junto a una coerción física y otra psíquica, existe una forma de coerción económica consistente en la asimetría en la asignación de recursos que permite negociar en condiciones ventajosas a sus monopolizadores, ya sean los medios de producción como habría señalado Marx, o cualquier otro recurso o bien (Friedrich, 1968, págs.. 189-190). No nos detendremos a analizar si lo que denomina coerción psíquica es realmente una forma de persuasión o de coerción, lo que nos interesa ahora es simplemente resaltar que Friedrich ya había tenido en cuenta el ámbito económico en las relaciones de poder aunque no lo incluyera directamente en su tautología, que limitó a dos dimensiones, como acabamos de recordar.

De la misma manera, el también economista Kenneth Boulding desarrolló una teoría del poder también en tres ejes cuyas dimensiones son en cierto modo similares a las de Galbraith, aunque, dado su interés por el estudio del conflicto, se centraba en diferentes aspectos. Así pues este pensador cuáquero desarrolló cuatro series de categorías tridimensionales que recogen diferentes aspectos del poder (Boulding, 1993). En un primer lugar, atendiendo a las consecuencias del poder, las categorías serían poder destructivo, productivo e integrador. El primero sería la capacidad

para destruir, el segundo la de construir y el tercero sería “un aspecto del poder productivo que lleva aparejada la capacidad de construir organizaciones, de formar familias y grupos, de inspirar lealtad, de unir a la gente, de crear legitimidad” (Boulding, 1993, pág. 30). La siguiente trilogía de categorías que presenta serían las conductas relacionadas con estos tipos de poder y serían, según Boulding, la amenaza, el intercambio y el amor respectivamente. La tercera categorización sería la relativa a las instituciones que ejercen el poder, distinguiéndose los ámbitos político y militar, el económico y social. Por último, en cuanto se centra en las fuentes del poder no se ciñe al esquema tridimensional y señala fuentes físicas, químicas y materiales, que expande de forma poco clara a la energía, la comunicación y el conocimiento.

Sin embargo, a pesar de lo sumamente sugerente de la propuesta de Boulding, faltan en él las variables que nos interesan para el estudio de la acción no violenta, que son la coerción y el consenso, que quedan subsumidas confusamente dentro del poder como amenaza y del poder como amor. No obstante, hay que señalar que este modelo, al igual que el de Galbraith, nos ofrece importantes enseñanzas en cuanto a la necesidad de pensar el poder de forma tridimensional, es decir, de considerar una tercera variable en el poder además de la coerción y el consentimiento que han señalado los estudiosos de la materia. Además, nos lleva a tener en cuenta variables emocionales (miedos, afectos...) y a aplicar una categorización tridimensional para entender la dominación, cosa que nosotros lo haremos en el próximo capítulo.

De la misma manera, la teoría feminista sobre el empoderamiento nos habla también de tres dimensiones de poder, el poder visible, el poder invisible y el poder oculto (Weneklasen y Miller, 2002). El poder visible es el poder institucional oficial que genera las normas sociales y los instrumentos para cumplirlas, y refleja por tanto dinámicas instrumentales. El poder invisible se refiere al control de la información mediante prácticas culturales que lleva a la interiorización de la subordinación mediante dinámicas

comunicativas. El poder oculto se refiere a procesos de exclusión y deslegitimación de ciertos grupos sociales y cómo sus demandas son invisibilizadas por procesos de intimidación, desinformación, y cooptación, o relegadas al ámbito privado y excluidas del ámbito de acción del Estado. Es decir, el poder oculto define la agenda política y excluye de las cosas a discutir las demandas de grupos marginales. Esa exclusión se produce precisamente mediante procesos que desempoderan a estos grupos sociales, por lo tanto se puede considerar un reflejo de dinámicas compensatorias, aunque no hay que perder de vista que en realidad hace referencia concreta al poder de definir la agenda política.

De forma similar la teoría del conflicto de Johan Galtung reconocería una tercera forma de poder a añadir a las derivadas de la violencia directa, de carácter instrumental y a la violencia cultural, de carácter comunicativo, otra forma de violencia que reflejaría dinámicas compensatorias, como es la violencia estructural. Para Galtung la violencia estructural implica a todos los procesos que niegan las posibilidades de desarrollo personal, por lo que hace referencia, al igual que el poder oculto, a procesos estructurales de desempoderamiento de determinados grupos sociales sobre los que se establece una relación de dominación. En ambos conceptos, el de poder oculto y en el de violencia estructural, son útiles para interpretar la mecánica de la dominación y por tanto para poder elaborar estrategias de resistencia que no se tienen en cuenta en análisis voluntaristas de la acción política, como el de Sharp, que no tienen en cuenta este tipo de dinámicas de dominación basadas en la distribución asimétricas de los recursos.

Comprobamos por tanto que la capacidad para la acción (ya sea violenta o noviolenta), la credibilidad que proporciona legitimidad a las fuentes de conocimiento y la propiedad (y el dinero) se convierten en las fuentes de poder que determinan la posición de cada individuo o grupo en el esquema general de distribución del poder. Si el sujeto del que se quiere conseguir obediencia es forzado a ello, ya sea por métodos violentos o noviolentos, tenemos poder por coerción; si acepta voluntariamente plegarse a los deseos del

que ejerce poder sobre él, tenemos poder por consenso y si acepta a cambio de algo, tenemos poder compensatorio. Habría que resaltar, además, que como ámbitos de poder estas dimensiones de la acción pondrían de manifiesto posibles formas de dominación. En el ámbito de la acción instrumental, el poder se ejerce por coerción, y la dominación se produce por el monopolio de la capacidad para ejercer coerción, ya sea violenta o no violenta. En el ámbito simbólico en el que el poder se ejerce por convencimiento, la dominación se ejerce al monopolizar la definición de la realidad creando consensos por la legitimación y normalización del orden social que entre otras cosas calificaría de legítimo ciertos usos de la violencia. En el ámbito de la negociación, el poder se ejerce por medio del control del proceso de intercambio y la dominación se ejerce por el monopolio de la propiedad de los objetos sujetos a intercambio (principalmente dinero, si nos encontramos en sociedades con economías monetarias, pero también otros recursos económicos).

La forma de entender el poder abarcando estas tres dimensiones, ha sido expresada por Vinthagen como una forma de subordinación participativa (Vinthagen, 2015, pág. 205). Por subordinación se puede entender el proceso por el cual una persona se convierte en una herramienta (aspecto instrumental) y por participativa como un proceso que implica la colaboración del mismo, y por tanto su consentimiento, al renunciar a la responsabilidad individual por su comportamiento (aspecto comunicativo) (Vinthagen, 2015, pág. 179). Si introducimos la tercera dimensión, obtenemos la forma en que ese consentimiento se establece es por negociación en base a los recursos instrumentales y comunicativos de los que dispone cada actor, lo cual permite alejarnos de ideas voluntaristas que nos lleven a plantear propuestas irreales acerca de cómo negar la dominación (como sucede en la teoría de Sharp). Este voluntarismo se basa en la premisa de que los individuos son libres para elegir racionalmente, es decir, en la teoría de la elección racional, pero no es así, su capacidad para elegir está medida por esquemas cognitivos, lo cual viene a decir que no es un proceso racional sino

emocional, al depender estos sistemas cognitivos de la identidad colectiva que asuma esa persona. Existe la opción de decir no, pero no es tan sencillo como alzar la voz y decirlo, sino que exige el reconocimiento y superación de una distribución de poder invisible, oculto, disciplinaria o hegemónica que a modo de violencia cultural legitima una situación social con una distribución de recursos asimétrica.

Esto nos lleva a entender la resistencia como un proceso de romper esa subordinación mediante la dotación de recursos por parte de las personas y grupos subordinados, es decir, de su empoderamiento.

La adopción de esta visión tridimensional del poder tiene una consecuencia directa sobre la teoría estratégica de la acción noviolenta, y es que no sólo se puede llegar al éxito mediante procesos de disrupción que posibiliten la coerción noviolenta (Sharp) o procesos de deslegitimación que favorezcan el triunfo de la persuasión noviolenta (Gandhi), sino que desde el punto de vista compensatorio lo que priman son procesos de empoderamiento mediante los cuales los actores noviolentos se dotan de poder para poder forzar al oponente a procesos de acomodación que satisfagan sus demandas (King). Precisamente el caso del movimiento Nasa del Cauca que estudiamos en esta investigación es un claro ejemplo en el cual la estrategia de “fortalecimiento desde adentro” ha ido consiguiendo poco a poco los objetivos del movimiento, como también lo es el proceso de concienciación producido en el movimiento antiapartheid durante los años 70 gracias al Movimiento Conciencia Negra. Una de las propuestas de esta investigación es precisamente el énfasis estratégico en el empoderamiento del propio actor, por lo que las acciones de disrupción y deslegitimación no deben orientarse hacia la derrota directa del oponente, ya que puede generar errores estratégicos al no estar el movimiento lo suficientemente preparado para la confrontación final, sino hacia el empoderamiento propio y mantener siempre la visión puesta en el largo plazo.

2.5 La teoría tridimensional de la acción

Así pues, si añadimos esta tercera dimensión racional de intercambio a nuestra teoría de la acción social, hasta ahora bidimensional, podremos dilucidar una acción desde el punto de vista instrumental, atendiendo a la transformación del entorno realizada para conseguir un fin, desde el punto de vista comunicativo con respecto a cómo se interpreta desde los distintos vértices del triángulo comunicativo, y, desde el punto de vista compensatorio, como un recurso puesto en marcha para dotarse de poder en una negociación en la que se está demandando algo en compensación de otro algo. Si lo interpretamos ahora como acción política, vemos que la acción puesta en marcha por el actor le confiere cierto poder de negociación a la hora de plantear una serie de demandas al poder del oponente. Toda acción puede interpretarse, por consiguiente, además de atendiendo a los objetivos instrumentales y simbólicos de la misma, como una manifestación de la capacidad de negociación en un proceso de intercambio en el que el poder se ejerce desde el ámbito compensatorio, de manera que el actor busca ofrecer algo con lo que negociar.

En el caso de la acción política, lo que se negocia son precisamente las demandas que establece el movimiento y el proceso político en el que se ve envuelto será desde el punto de vista del poder compensatorio el proceso de dotarse de poder para poder exigir a la otra parte la satisfacción de esas demandas. De esta manera, la propia acción política, ya sea noviolenta o violenta, se convierte en la moneda de cambio para obtener esas demandas. Se trata de ofrecer algo que la otra parte puede desear, como sería el caso del cese de la violencia o de la acción noviolenta que está importunando a la otra parte. De este modo, la capacidad para ejercer la violencia servirá como índice del poder negociador del movimiento en el caso de la acción violenta. Por el contrario, en el ejemplo de la acción noviolenta, además de esos aspectos

instrumentales derivados de los perjuicios que puedan ocasionar las movilizaciones, también existen aspectos comunicativos que hacen perder legitimidad al oponente y que también por ello le puede convenir tratar de detener. Así pues, en el caso de un boicot, el actor no violento ofrece como contrapartida a la concesión de las demandas que exige el cese de los perjuicios ocasionados por el boicot, así como de la erosión a la credibilidad del oponente que éste conlleva. En este sentido, la acción política no institucional, ya sea violenta o no violenta, se puede entender como un acto destinado a mostrar y demostrar poder para que sirva como referencia en un futuro proceso de negociación, algo para ofrecer a cambio de las pretensiones. Como avanzábamos más arriba, el concepto clave que hay detrás de este proceso es el de empoderamiento, entendiendo este como el proceso de dotarse de poder negociador cara a futuros procesos de intercambio de colaboración. Está claro que este punto de vista no es más que una posible interpretación a medio o largo plazo, pero que debe ser también tenida en cuenta estratégicamente porque activa otra dimensión racional del poder, la compensatoria, en vez de la meramente persuasiva.

Esta visión de la acción no violenta como proceso de empoderamiento es así mismo totalmente coherente con la visión de no violencia como forma de buscar un nuevo consenso mediante el uso de un repertorio de acción con cuatro dimensiones racionales que propone Vinthagen. La orientación al diálogo tal y como él la interpreta consiste igualmente en un proceso de rechazo del consenso social y previo con la consiguiente búsqueda de un nuevo consenso mediante el intento de establecer mediante diversas acciones unas nuevas condiciones de diálogo en las el reparto de los recursos haya variado. Se trataría de un intento de llegar a la situación ideal de diálogo referida por Habermas (Vinthagen, 2015, pág. 327). Para este autor, es fundamental tener en mente las diferentes dimensiones racionales de la acción para evitar caer en contradicciones o malas interpretaciones que echen por tierra esfuerzos en una dirección equivocada. Lo expresa así:

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

Si las varias formas de racionalidad son combinadas con habilidad, el repertorio de acción puede funcionar con fuerza creativa y transformadora en un conflicto. Pero si la combinación no funciona en el contexto social, estará dominada por uno de los tipos de acción a expensas de otros, y se correrá el riesgo de que la noviolencia pierda su carácter único y distintivo y aparezca como incompresible o contradictoria. La tentación de dedicarse a una sola de las dimensiones racionales es considerablemente grande, ya que las combinaciones posibles requieren de conocimiento práctico y teórico sobre noviolencia, experiencia en luchas previas, un buen análisis del conflicto y su contexto, así como la habilidad para discernir los resultados (a veces invisibles) de este tipo de experimento social. No es del todo inusual que los repertorios de acción noviolenta se expandan a otros movimientos de forma fragmentada. Tampoco es sorprendente que estas versiones diluidas de la noviolencia hayan creado prejuicios sobre la misma. (Vinthagen, 2015, pag. 310-315, traducción del autor)

En este sentido, el punto de vista que vamos a mantener en este trabajo pretende ayudar a evitar estos problemas estratégicos de interpretación de la acción noviolenta. Desde nuestra perspectiva, cada acción sociopolítica se puede interpretar, además de como un proceso instrumental y un proceso comunicativo, como un proceso de empoderamiento. No se trata de que una acción social o política se pueda clasificar dentro de una de estas tres categorías, sino que puede ser interpretada con respecto a estos tres puntos de vista, y una vez tendrá más importancia unas y, en otros casos, alguna de las restantes otras, por lo que en unas circunstancias tendrá más sentido centrarse en el análisis de los aspectos instrumentales, otras en los simbólicos y, por último, cuando interpretemos ambos desde un punto de vista compensatorio tendremos otro tipo de respuestas. No se trata por tanto de categorías sino de dimensiones racionales (tipos de

racionalidad), y por tanto no son excluyentes entre sí. Este punto de vista sería totalmente coherente con la visión de Kurt Schock acerca de las variables clave para el éxito de la acción noviolenta interpretadas como una forma de empoderarse frente al oponente:

Una variable clave para el éxito de una insurrección no armada no es el monto de violencia que la acompaña, sino más bien la capacidad de permanecer resiliente en un contexto represivo, y el incremento de su poder en relación con el Estado, sea directamente al cortar las fuentes de apoyo a éste, o indirectamente al movilizar el apoyo de terceras partes que tienen poder contra el Estado contra el que se dirige el desafío. (Schock, 2008, pág. 261)

Así pues, si entendemos el poder como una relación de subordinación participativa, hemos de considerar que ésta ha de poder ser contemplada tridimensionalmente, al igual que cualquier otra acción social, con lo que la tautología correcta para el estudio de la acción política sería: *Poder = coerción + consenso + compensación*. Esto significa que en las relaciones de poder se pueden encontrar elementos de coerción, consenso (yendo así más allá que la mera persuasión o el consentimiento individual y voluntarista), pero también de negociación o intercambio, todo ello dependiendo del punto de vista que se mantenga. Esta tercera dimensión racional nos permite, además, tener en cuenta determinados aspectos compensatorios de la acción social relativos al poder de negociación de cada actor.

Al seguir esta teoría tridimensional de la acción llegaremos inevitablemente a una teoría del poder tridimensional en la que cada ámbito o dimensión racional del poder es generado por un ámbito o dimensión racional de la acción en la que están presentes aspectos sociales de la misma (que superan el voluntarismo) e irracionales (que tiene en cuenta cómo afecta a los esquemas cognitivos las identidades). Por un lado la búsqueda de la obediencia mediante la acción instrumental generaría coerción, ya que el castigo sería el medio o instrumento para conseguir la

obediencia; mediante procesos de influencia social produciría consenso y, por último, mediante procesos de intercambio negociado se produciría una compensación en la que la obediencia se obtiene a cambio de recompensas de cualquier tipo. Esta teoría de la acción y del poder nos será de mucho interés para el estudio de la acción noviolenta, pues coincide, creemos que no por casualidad, con los tres mecanismos para el éxito de la misma descritas por Sharp, que, como veremos más adelante, son éxito por coerción, por conversión y por acomodación. Estos tres mecanismos deben ser revisados para que se adapte de forma coherente a esta teoría del poder tridimensional que como hemos visto, es una síntesis de diferentes aportaciones al respecto.

Esto nos lleva a construir una teoría tanto de la dominación como de la resistencia que nos proporcione un modelo coherente con la teoría tridimensional de la acción y del poder que se ha expuesto más arriba, con las propuestas tanto del enfoque del proceso político como de la teoría de la acción noviolenta. Esta teoría nos permitirá discernir los procesos previos a la acción política que posibilitaran la existencia y orientación de la misma hacia formas de acción política convencionales, violentas o noviolentas.

En los siguientes capítulos nos dedicaremos a esta tarea. Primero, haremos un análisis exhaustivo de los procesos de coerción noviolenta, conversión y acomodación, de manera que refleje las dinámicas coercitivas, comunicativas y compensatorias que los rigen. Posteriormente aplicaremos este análisis de las dinámicas de poder a los procesos de resistencia para poder entender los procesos necesarios para que exista o no acción noviolenta. Finalmente realizaremos un análisis de los factores que estas dinámicas de poder ponen en marcha y adecuarlos igualmente a esta epistemología. Antes, vamos a ver las categorías que genera la teoría tridimensional del poder y su utilidad para el estudio de los procesos de dominación. Lo haremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO 3

LAS DINÁMICAS DE PODER Y DOMINACIÓN

En este capítulo vamos a hacer un repaso a lo que las diferentes teorías del poder nos pueden aportar sobre la estructuración del mismo en un sistema de dominación al construir procesos de subordinación sistemática que unos grupos sociales, que llamaremos élites o privilegiados, imponen sobre otros, que llamaremos grupos subordinados o marginales. No trataremos de sustituir los conceptos que estas nos aportan por los de la teoría tridimensional que estamos proponiendo en este trabajo, sino que lo que pretendemos es buscar la coherencia entre todas ellas, completando sus enseñanzas al compatibilizarlas con la teoría de la acción que hemos desarrollado en el anterior capítulo y sobre todo dando coherencia epistemológica a la teoría de la acción no violenta que vamos a desarrollar más adelante. Por ello en algunos casos habremos de completar teorías del poder bidimensionales con una tercera dimensión que armonice todo el sistema.

Nos interesa conocer las dinámicas de dominación porque nos ayudarán a entender las dinámicas necesarias para la resistencia, y estas a su vez nos darán las claves de los procesos necesarios para que exista o no exista acción política no violenta así como nos informarán de las claves para mejorar la efectividad de la misma. Conociendo estos procesos podremos entender por qué en unas situaciones existe movilización no violenta y en otros no y cuál es el modo óptimo de articular un movimiento. Se trata por tanto de una cuestión de gran utilidad para aquellos movimientos que están en fases iniciales y necesitan entender cómo se moviliza la gente en torno a una propuesta política no convencional como es la acción no violenta.

Dado que, tal y como desarrollamos en el capítulo anterior,

vamos a entender el poder de forma tridimensional, al identificar diversos elementos relativos al poder nos irán resultando diversas tríadas que asignaran esos elementos a cada una de las dimensiones y nos ayudarán a entender cómo funcionan los mecanismos que estructuran relaciones de poder asimétricas y las convierten por tanto en formas estables de dominación. Tal y como ha demostrado la teoría de transformación de conflictos de entre otros Adam Curle o Jean Paul Lederach, un análisis de la dominación exhaustivo es fundamental para poder elaborar una teoría de la liberación eficiente, como pretende ser la teoría de la acción noviolenta (Curle, 1972, Lederach 1995). Las deficiencias de la corriente pragmática de las teorías de la noviolencia, como son las propuestas de Gene Sharp, Robert Helvey o Peter Ackerman, que hacen un análisis deficiente de las relaciones de poder basado en las teorías de la estrategia militar de Clausewitz y Liddle Hart, hace que obvien las pautas básicas de la teoría de conflictos que llevarían la transformación de los elementos estructurales que generan los agravios políticos. Esto implica por tanto que estas no sean capaces de solucionar los problemas de fondo subyacentes a los mismos ya que se basan en elementos estratégicos para derrotar al oponente (enfoque orientado al actor) y eluden la necesidad fundamental de transformar el paradigma hegemónico o relaciones sociales asimétricas (enfoque orientado a la estructura) (Burrowes, 1996). El enfoque que proponemos para la acción noviolenta no se basará por tanto en enfrentarse a una estructura de poder construyendo otra estructura que la vaya a sustituir, como haría el enfoque clásico sobre la revolución basado en la derrota del oponente (orientado al actor). Se basa por el contrario en el uso de la acción noviolenta para empoderar a los grupos marginales y desempoderar a las élites o grupos dominantes para construir un nuevo equilibrio de poder más horizontal y con ello una transformación estructural de la sociedad (enfoque orientado a la estructura).

3.1 Los componentes del poder

En el capítulo anterior vimos cómo el poder se puede entender como una forma de conseguir cooperación mediante la subordinación participativa, lo cual no significa que esa cooperación

sea voluntaria. El matiz es importante porque ese ha sido el problema de muchas teorías de la revolución, que parten de un análisis voluntarista de la movilización que las convierte en imposible de ser aplicadas por los movimientos no violentos que no partan ya de una situación de movilización de masas. También vimos cómo podemos interpretar la acción social desde tres racionalidades diferentes atendiendo a cómo nos preguntamos por las intenciones y consecuencias del acto. Si nos preguntamos sólo por los efectos sobre el medio, tendremos una racionalidad instrumental (la acción se interpreta como un instrumento de manipulación de la realidad); si nos preguntamos sobre los mensajes que se envían con los actos tendremos una racionalidad comunicativa (la acción es interpretada de forma diferente dependiendo de la identidad del espectador), si por el contrario si interpretamos los actos como un indicador de la capacidad de negociación tendremos una racionalidad compensatoria (la acción es interpretada atendiendo a la posibilidad de compensación de los diferentes actores). Estas tres dimensiones racionales pondrán a su vez en juego tres tipos de dinámicas sociales, ya prime un tipo u otro de racionalidad en la intención e interpretación de la acción social. Es por ello que hemos denominado a esta síntesis como enfoque tridimensional, y nos va a ser muy útil tanto para analizar el proceso de dominación como el de resistencia a la misma.

Así pues, si nos fijamos en los componentes del poder, es decir en las formas de conseguir la subordinación participativa (obediencia), tenemos que el enfoque tridimensional nos da una respuesta bastante clara al asignarles dinámicas instrumentales, comunicativas y compensatorias a cada uno de ellos. De esta manera la forma de conseguir obediencia interpretada desde una racionalidad meramente instrumental no tendrá en cuenta posibles mensajes en términos de amenazas o intenciones que se achacen a la acción. Se tratará de coacción pura, en la que un sujeto obliga por la fuerza a otro a realizar una conducta determinada y por tanto a subordinarse. No obstante, como veremos más adelante, las dinámicas instrumentales puras tienen poca importancia, ya que se suelen utilizar más bien como amenaza o para exigir una compensación. Es decir, son recursos con los que se dotan de poder los actores.

Desde una racionalidad comunicativa, la obediencia se consigue mediante la persuasión, lo cual lleva a procesos de influencia para establecer consensos que legitimen o no ciertas prácticas, estableciendo además todo un sistema cognitivo que informará al sujeto como debe comportarse y cómo se espera que se comporte en determinados contextos. Es decir, se establecen consensos sociales acerca del comportamiento esperado para que el grupo controle las conductas desviadas mediante la crítica y la marginación que puede llegar incluso al castigo legal o social. El control social se convierte por tanto en el mecanismo de dominación basado en la racionalidad comunicativa. Es por eso por lo que los individuos subordinados son más proclives a criticar desviaciones conductuales y los individuos empoderados son más inmunes a ellas, porque el poder ha actuado con más fuerza sobre aquellos para que acepten su propia subordinación. En esta dimensión se tendrá que tener en cuenta que el modo de interpretar los hechos será diferente cuando se haga desde el propio grupo (racionalidad autorreferencial), cuando se haga desde el grupo del oponente (racionalidad normativa) y cuando lo hagan terceras partes (racionalidad dramática). De esta manera se puede establecer un triángulo en el que los actores se sitúan en los bordes y los lados describen este tipo de relaciones. Además, los

Finalmente mediante una racionalidad compensatoria la forma de conseguir la obediencia será mediante un trueque en el que se negociará la colaboración ofreciendo a cambio como compensación los recursos oportunos para conseguir la conducta deseada en la contraparte. Sin embargo, cuando lo que se busca es más que una obediencia puntual, sino establecer una dominación estable, la racionalidad compensatoria será la racionalidad dominante. En estos casos la fuerza, tanto con violencia como sin ella, será utilizada para que su eliminación se interprete como una posible compensación, algo que se puede evitar si se somete o se satisfacen las demandas planteadas. Además el sistema social establecerá los criterios para uso de esa violencia, legitimándola en ciertos casos y deslegitimándola en otros, por lo tanto la legitimidad también se interpretará de forma compensatoria ya que algunas acciones pondrán en entredicho la legitimidad de los actores. De ahí que cuando un movimiento político opta por la lucha armada

siempre construye teorías de la revolución o la guerra justa para justificar el recurso a la violencia que ejerce, y, siguiendo una racionalidad autorreferencial, cuando contradice su propio código queda deslegitimado a ojos de su propio endogrupo. Además como acto de dominación, la racionalidad compensatoria llevará a imponer las condiciones de la negociación estableciendo a priori un reparto no equitativo de los recursos, de manera que la asimetría proporcionará una situación de indefensión en la parte dominada que tendrá que acceder a subordinarse.

Tenemos por tanto tres tríadas que hacen referencia a la forma de conseguir obediencia, una sería la de los propios componentes del poder en referencia a la forma de ganar la voluntad, a saber coerción, consenso y compensación. Otra haría referencia a los actos de poder que lo posibilitan: fuerza, influencia y trueque y la tercera a los actos de dominación.

Figura 3.1 Componentes y actos de poder

Tipos de Dinámicas	Instrumentales	Comunicativas	Compensatorias
Componente del poder	Coerción	Persuasión	Negociación
Actos de poder	Fuerza	Influencia	Trueque
Actos de dominación	Castigo/amenaza	Control social	Monopolio

Hay que tener en cuenta que a la hora de establecer interpretaciones a medio o largo plazo, en la que los actos de poder se transforman en actos de dominación, la racionalidad compensatoria incluye en realidad una interpretación de las dimensiones instrumental y comunicativa, que pasan a entenderse como recursos negociados en el proceso de trueque. Aunque podamos interpretar estas de forma independiente, si se consideran sólo por separado nos estarán dando una visión parcial del hecho social. La coerción no puede entenderse sólo como un acto de fuerza, como un mero acto de poder instrumental, sino que ha de considerarse atendiendo a la interpretación en términos compensatorios porque se producirá normalmente atendiendo a criterios sociales. Los actos instrumentales implicarán por tanto un indicador de la capacidad para ejercer la fuerza, y por tanto serán un recurso fundamental. Lo mismo sucederá con los procesos de influencia de los actos comunicativos, aunque en este caso la

coherencia entre los hechos y los discursos serán la clave a la hora de dimensionar la legitimidad de un actor social, y esta será la variable que actúe como recurso del mismo. Es por ello por lo que en esta investigación vamos a considerar los factores instrumentales y comunicativos como recursos y la acción no violenta como un proceso de empoderamiento que permite al actor dotarse de recursos.

También vemos cómo la acción violenta no tiene un cariz esencialmente distinto que la no violenta, son por tanto dos tipos de acción que tienen sus racionalidades instrumental, comunicativa y compensatoria. La acción no violenta por tanto también se puede interpretar de forma instrumental atendiendo a los efectos directos que causa al interrumpir el sistema socioeconómico del oponente. También se podrá interpretar de forma comunicativa atendiendo a los marcos cognitivos que pondrá en cuestión al implicar acción política no convencional. Finalmente también será interpretada como amenaza para exigir una compensación en un proceso de negociación en el cual se estarán exigiendo ciertas demandas políticas y tendrá que dotarse de legitimidad a la par que ir deslegitimando la conducta del oponente. Es importante señalar cómo hay una corriente de pensamiento que considera que la no violencia no se puede utilizar como instrumento de dominación, sino que sólo para luchar contra la misma. Esto es así por la definición tautológica de la misma que lleva a considerar como otro tipo de acción pacífica a las formas de acción sin violencia que lejos de luchar contra una dominación tratan de imponer otra estructura de poder (Dellinger, 1970, Vinthagen, 2015). Hay así mismo otra corriente que prefiere calificar como violentas otras formas de dominación que no emplean violencia directa, y cuyo principal exponente, Johan Galtung, lo contemplaremos un poco más abajo.

Así, para conseguir algo de otra persona, la que ejerce el rol de dominador podrá forzarla a ello imponiéndole un castigo por medio de la fuerza (violencia) o la privación de afectos o recursos (no violencia), convencerla de que eso es lo correcto o comprar su colaboración a cambio de dinero u otros recursos. Por ejemplo, si en un contexto patriarcal un hombre, como sujeto privilegiado que pretende una dominación de género, es decir, quiere obtener

Las dinámicas de poder y dominación ■

cooperación de una mujer sin tener en cuenta sus opiniones, afectos y necesidades, puede usar la fuerza, es decir, golpearla o violarla si lo que pretende son favores sexuales (coerción), convencerla de la legitimidad de su subordinación mediante su justificación lógica (persuasión) o pagar para que realice determinadas conductas (negociación).

Sin embargo, al convertirse la dominación en un hecho estable en el tiempo los actos de poder se institucionalizan y se convierten en actos de dominación. No se trata de que ocasionalmente un hombre domine a una mujer o a otra identidad de género, sino que se establece un patrón de dominación para garantizar la posición de subordinación de estas.

Al hacerse estable en el tiempo, la coerción muchas veces evitará la violencia directa y tenderá a mantenerse en forma de amenazas de futura violencia, aunque de vez en cuando necesite mostrarse para recordar esa posibilidad. El alto número de asesinatos de mujeres son una visibilización de diversos grados de violencia previa y un recordatorio a otras mujeres sobre las que se emplea violencia de que eso puede llegar a pasarles a ellas, aunque la intención del acto haya sido meramente instrumental, en el conjunto del sistema actúa como sistema de refuerzo del castigo como sistema de dominación.

Al hacerse estable la persuasión, el sometimiento se legitima mediante un sistema de usos y costumbres socialmente extendido y consagrado mediante ritos sociales que interpreta cómo debe vivirse la emoción del amor (matrimonio). Además, esa adaptación lleva al control social de conductas que se consideran desviadas, y se margina a las mujeres empoderadas que rechacen adaptarse a los patrones de la dominación patriarcal. Esto llevará eliminar posibles lazos de solidaridad de género y al aislamiento, cuya finalidad es desempoderar a las personas que trasgreden el sistema de dominación.

Por último, una de las formas en que el poder compensatorio se hace estable en el tiempo es llevando a la persona subordinada a una situación de necesidad al negarla la

propiedad de recursos como tierras, trabajo o incluso dinero para que se vea obligada a establecer una relación asimétrica o incluso de dependencia total. Es decir, se la priva de poder de negociación para que no pueda ofrecer recursos con los que compensar la no colaboración, por lo que la cooperación se consigue por necesidad. Pero otras formas de privar de poder de negociación a las mujeres es sometiéndolas a violencia puntual ejercida como castigo por transgredir códigos de conducta impuestos y la exclusión social de las que opten por otros modos de vida.

Si esta relación de poder está institucionalizada existirá un monopolio de la violencia legítima, un sistema de legitimación de relaciones sociales y una exclusión en la propiedad de los recursos que llevará a esa persona o grupo a una situación de vulnerabilidad y exclusión que la lleva a aceptar la situación de subordinación y colaborar rutinariamente con el sujeto dominador. No obstante, eso no significa que lo haga de forma voluntaria, sino porque no tiene recursos para no someterse al haber sido desempoderada por los mecanismos de la dominación. La prostitución es un ejemplo máximo de dominación patriarcal, ya que, incluso cuando se ejerce libremente, reproduce o refleja violencia, asimetría y marginación, así como un sistema de legitimación que se puede contemplar en la existencia de tópicos falsos altamente extendidos, como que es “el oficio más viejo del mundo” o que se produce en un entorno de libertad (en un contexto de libre mercado).

Por lo tanto, para poder luchar contra la dominación es un requisito fundamental el empoderamiento en diferentes aspectos: instrumental, para poder defenderse frente a las amenazas de violencia, comunicativo, para no asumir el control social, y compensatorio, para dotarse de recursos económicos que puedan garantizar autonomía. Es esto precisamente lo que señalan diferentes teorías del poder como dominación, ya que si atendemos a las estructuras que se han creado para transformar ese poder que quiebra la voluntad en algo estable y duradero, es decir, en una dominación, tenemos dos tríadas que se refieren a lo mismo pero con nomenclatura diferente. La aportación de las teorías de la noviolencia al respecto es que la violencia no es efectiva ni necesaria en cuanto si bien puede empoderar en un primer

momento según un punto de vista instrumental, va a ser contraproducente posteriormente desde un punto de vista comunicativo. Por lo tanto el constante recurso a la violencia por parte de actores sociales marginales que tratan de empoderarse para luchar contra una dominación parte de un análisis deficiente de los procesos comunicativos que no tiene en cuenta la racionalidad dramática, no aprovecha al máximo la racionalidad normativa y se centra tan sólo en la racionalidad autorreferencial. Es decir, muchas veces el actor trata de dotarse de poder frente a otros actores que pugnan por el liderazgo en el grupo de referencia, el subordinado, pero no establece una buena estrategia de liberación.

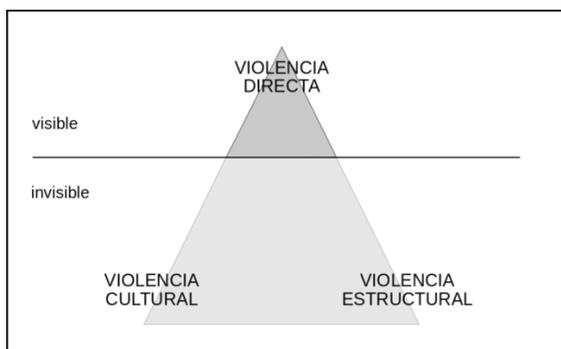
3.2 Los mecanismos de dominación

Por un lado, si usamos la nomenclatura de Michel Foucault para referirnos a estas mismas dinámicas coercitivas y comunicativas de los mecanismo de la dominación, distinguiríamos entre soberanía y disciplina (Foucault, 1975). Esta propuesta es de carácter bidimensional, por lo que, tal y como vimos más arriba, habría que completar con dinámicas que reflejen la dimensión compensatoria de la estructuración del poder en forma de dominación. Esta vendría determinada por la asimetría en los recursos que se negocian, de modo que las personas que controlan los recursos podrán imponer las condiciones a las que no tienen acceso a ellos y se verán obligadas a obedecer la voluntad de la otra parte para conseguirlos.

Esta tríada es equivalente por un lado a la que se podría enunciar en términos gramscianos como fuerza, para referirse a las dinámicas coercitivas, y hegemonía para las comunicativas, visión bidimensional que habría que completar igualmente con la perspectiva compensatoria añadiendo la desigualdad como sinónimo de asimetría. Por otro lado, ambas tríadas serían totalmente compatibles con la distinción de Johan Galtung entre violencia directa, violencia cultural y violencia estructural en la teoría que es conocida como la pirámide de la violencia (Galtung, 1985). La violencia directa recogería dinámicas instrumentales de las que surge la violencia, y haría referencia al uso de la fuerza física para cometer un daño. La violencia cultural sería las

dinámicas comunicativas puestas en marcha para legitimar esa violencia directa mientras que la violencia estructural hace referencia a todos aquellos factores que limitan las potencialidades del ser humano. Este concepto recoge por tanto dinámicas compensatorias que se basa en la distribución asimétrica de recursos de forma que unos determinados actores sociales se quedan sin poder de negociación frente a los actores que monopolizan esos recursos y les niegan su acceso.

Figura 3.2: La pirámide de la violencia de Galtung



Estas dos últimas formas de violencia, la cultural y la estructural, serían formas invisibles de violencia en cuanto por un lado posibilitan la violencia directa creando un paradigma de legitimación social, y por otro generan daño y sufrimiento mediante mecanismos estructurales o sistémicos de distribución asimétrica de recursos. La perspectiva de Galtung es no sólo que la desigualdad sea una forma de imponer poder y generar una dominación, sino que además esta asimetría genera un daño en los colectivos dominados, que no pueden ya sólo negarse a colaborar con la dominación, sino si quiera desarrollarse plenamente como personas. La pobreza y la violencia se legitiman en el paradigma dominante mediante procesos de hegemonía cultural que llevan a la normalización y el disciplinamiento que él denomina violencia cultural, por lo que, como veremos más adelante, el proceso de liberación cognitiva que rechace tanto la legitimación de violencia

directa como la estructural será un requisito fundamental y previo al surgimiento de una posible acción política en respuesta.

En el ejemplo de la subordinación indígena en Colombia podemos detectar claramente tanto los componentes como los actos de poder que han estructurado una dominación duradera. En primer lugar a los pueblos nativos se les ha aplicado la fuerza (acción violenta) en un proceso de coerción que generó tanto el sometimiento inicial como el desarraigo y la pérdida de su sistema político tradicional (Correa, 2005). También se les persuadió de que su lugar en el orden cósmico era la subordinación al colono europeo mediante la sustitución de su sistema de valores por una versión racista del cristianismo colonial, que pregonaba un consenso moral en torno al concepto de raza, y su clasificación jerárquica (Correa, 2005). Finalmente los grandes terratenientes se han ido apoderando de las tierras ancestrales indígenas gracias a procesos de negociación individual sobre las parcelas en los que los grandes propietarios, monopolizadores de la propiedad, imponían sus condiciones y expulsaban a los indígenas de sus propias tierras, haciéndolos trabajar para ellos mediante la institución del terraje en concepto de pago del arrendamiento (en trabajo, en vez de en especie o en moneda). No sólo se abusaba por la desproporción en los recursos monetarios, sino también al forzar la negociación individual de las parcelas aprovechándose de procesos previos de coerción e imposición de consenso (García, 2007).

Figura 3.3 Mecanismos de poder y dominación

Tipos de Dinámicas	Instrumentales	Comunicativas	Compensatorias
Mecanismo del poder	Soberanía	Disciplina	Asimetría
Mecanismo de dominación	Fuerza	Hegemonía	Desigualdad
Tipo de violencia	Directa	Cultural	Estructural

3.2 Las aportaciones desde el feminismo

La teoría de género nos da además otras dos tríadas más o menos coherentes con la teoría tridimensional del poder pero que nos proporcionan sobre todo nuevas maneras de interpretar la acción de los procesos compensatorios. Una cosa que tienen en

común con las teorías de Foucault, Gramsci y Galtung que acabamos de ver más arriba, es que tratan de superar la visión que prima la violencia directa como elemento único o primordial de las relaciones de poder y buscan otras formas de poder sutil que se utilizan por los grupos privilegiados para imponer la dominación sobre los grupos marginales. Precisamente, una primera tríada que nos aporta el enfoque feminista es la distinción entre poder visible, poder invisible y poder oculto (Weneklasen y Miller 2002, págs. 47-50). El poder visible trata de los aspectos perceptibles del poder político: normas formales, estructuras, autoridades, instituciones y procedimientos de toma de decisiones y tiene dos mecanismos principales para discriminar o excluir del mismo a los grupos marginales. Una es la ejecución de políticas discriminatorias que excluyen directamente a estos grupos marginales, aunque muchas veces se presenten con la apariencia de neutralidad al no responder a las necesidades o características de estos grupos acabarán excluyéndolos. Un ejemplo de esto puede ser la ejecución de políticas de salud que no satisfacen las necesidades de mujeres (u otros grupos sociales marginales, como por ejemplo, indígenas) o el establecimiento de requisitos para el empleo en base a criterios de género, edad o formación (Weneklasen y Miller 2002, pág 47). El otro mecanismo del poder visible para excluir a los grupos subordinados es el del uso de estructuras de toma de decisiones cerradas que no recogen las voces de estos colectivos excluidos. Como podemos ver, el poder visible refleja dinámicas instrumentales en cuanto se refiere a formas de imponer dominación basadas en el uso de instrumentos que transforman la realidad directamente. Esta idea de poder visible permite superar la idea que la violencia directa es la única forma instrumental de imponer la dominación, y habla de los mecanismos que Foucault describió como soberanía.

Frente a este poder visible se situarían otras dos formas de poder más sutil, como son el poder oculto y el poder el invisible. Este último alude claramente a los procesos comunicativos de disciplinamiento mediante hegemonía cultural señalados por Foucault o Gramsci y considerados por Galtung como violencia cultural al legitimar otras situaciones de violencia directa o de discriminación e exclusión de determinados grupos o colectivos marginales. Esta forma de poder no actúa solamente creando

consensos que legitiman o normalizan la dominación, sino que también implican el control al acceso de la información o directamente el falseamiento de la misma por parte de las instituciones que la distribuyen, por ejemplo negando la toxicidad de contaminantes que afectan a determinadas comunidades (Weneklasen y Miller 2002, pág. 49).

Finalmente el poder oculto sería el que determina los asuntos a discutir en la agenda política, haciendo que los asuntos que conciernen a los grupos excluidos queden incluso fuera del debate político. El poder oculto hace por tanto referencia cierto tipo de dinámicas que facilitan la asimetría en las negociaciones, y que hacen por tanto que los mecanismos de compensatorios para imponer el poder actúen para garantizar condiciones asimétricas. Esto nos lleva a ampliar el concepto de dinámicas compensatorias a más allá que el propio acto de negociar la colaboración o no, sino que implicarán también el desenvolvimiento de las circunstancias para generar asimetría o condiciones de negociación favorables para una u otra parte. Más adelante veremos precisamente que esta idea nos llevará a que gran parte de la acción política y la acción noviolenta se base en la mejora de las condiciones de negociación mediante procesos de participación y empoderamiento colectivo.

La segunda tríada que la teoría feminista ha elaborado para entender la aplicación del poder y la dominación es la diferenciación entre los ámbitos o esferas pública, privada e íntima, también expresadas a veces como reinos de poder (Weneklasen y Miller 2002, pág. 51). La esfera pública hace referencia a la cara visible del poder, por lo tanto se corresponde con las dinámicas instrumentales del mismo, y cómo afecta éste a las personas en diferentes aspectos de su vida tal y como ésta se muestra a los demás. En este sentido no es una idea de poder muy diferente a la de soberanía de Foucault, la de violencia directa de Galtung o la de poder visible de la teoría de género. Lo interesante de esta tríada, como en las otras, es que señala otras dos esferas de la vida de las personas donde el poder actúa de forma menos evidente, la privada y la íntima. La esfera privada hace referencia a las relaciones personales que no están expuestas al público, principalmente dentro de la familia pero también dentro del círculo de amistades más o

menos estrechas, en actividades de ocio. En este ámbito también existen relaciones de poder que se estructuran cuajando formas de dominación estables y rutinarias. La esfera íntima por el contrario tiene que ver con la identidad, la autoestima, la psicología o la relación con el propio cuerpo y la salud. Si reinterpretemos estas esferas en términos del tipo de dinámicas de dominación que las afectan vemos que la esfera íntima sería la que es gobernada por dinámicas comunicativas que hacen que la persona adapte su identidad y sus pensamientos más íntimos a los intereses de los grupos dominantes o hegemónicos. De la misma manera, se puede considerar que las dinámicas compensatorias que se derivan del monopolio de los recursos la forma de hacer que la dominación llegue a la esfera privada, no sólo ya por parte de las élites que dominan la sociedad, sino también por parte de las personas más cercanas que se dotan de poder en el ámbito privado y excluyen a otras en para garantizar su papel subordinado.

Es importante señalar, no obstante, que esta tríada referida a los ámbitos donde actúa el poder, las esferas de poder, no tiene una correspondencia unívoca con los tres tipos de dinámicas, ya que en realidad se pueden observar como las dinámicas instrumentales, comunicativas y compensatorias pueden afectar a los ámbitos público, privado e íntimo. Por ejemplo en la esfera pública puede haber control de la información sobre ciertos elementos, o una legitimación de ciertos roles que acompañan estatus privilegiados o subordinados, a la vez que una asimetría social en la distribución del acceso al conocimiento, la propiedad, el trabajo u otros recursos fundamentales. De la misma manera la esfera íntima se puede ver afectada no sólo por procesos comunicativos que conformen la definición de la realidad, sino que los procesos instrumentales tales como la violencia, o la amenaza de la misma, también influirán en esta esfera al generar emociones de temor y sumisión que serán reforzadas por la ideología, a la par que la exclusión a ciertos recursos sociales también serán fundamentales a la hora de conformar la visión de la propia posición en el esquema del mundo y las relaciones personales. Finalmente, la esfera privada también se puede ver afectada por dinámicas instrumentales, especialmente de violencia, pero también de noviolencia, negando la habitual colaboración, y por dinámicas

Las dinámicas de poder y dominación ■

comunicativas que legitiman la posición de la persona en ese ámbito familiar o de relaciones de amistad del ámbito privado.

Por tanto todas las dinámicas de poder pueden afectar a todas las esferas de poder, y la conexión unívoca que se produce entre dinámicas y esferas afecta tan sólo a las relaciones preponderantes a la hora de establecer un sistema estructurado de dominación social, sin que por ello se quiera negar la importancia de otro tipo de dinámicas que afectan con igual saña a las diferentes esferas de la vida de las personas. Se trata por tanto de tres dimensiones que se producen en paralelo a las dinámicas instrumentales, comunicativas y compensatorias que hemos recopilado más arriba porque son ámbitos diferentes donde se desenvuelven las personas. A estos tres ámbitos personales habría que añadirle otros tres ámbitos sociales, como son el local, el regional y el global, en los que a su vez afectarían cada una de los tipos de dinámicas de dominación.

En esto hay que señalar que una de las virtudes de la teoría de género ha sido la de posibilitar la identificación de este tipo de sistemas de dominación en el ámbito privado e íntimo, cosa que será fundamental para poder establecer una teoría de la liberación integral, como pretende ser la teoría de la acción noviolenta que estamos estableciendo en este trabajo.

Figura 3.4 Tipos y esferas de poder

Tipos de Dinámicas	Instrumentales	Comunicativas	Compensatorias
Tipo de poder	Visible	Invisible	Oculto
Esfera de poder preponderante	Pública	Íntima	Privada

En el ejemplo de la subordinación de la comunidad indígena en el Cauca colombiano se pueden observar cómo los diferentes tipos de poder actúan para posibilitar la dominación que se ejerce sobre ella. Por un lado se ejerce sobre ella un poder visible, en forma de leyes, sanciones y acoso violento por parte de diferentes grupos armados, a la vez que por otro lado, tal y como vimos más arriba, habría un poder invisible que legitima todas esas dinámicas instrumentales, tal y como habían señalado ya las teorías de

Foucault, Gramsci y Galtung. Lo que aporta de novedoso el análisis del tipo de poder que aporta la teoría de género es la constatación de que las tradicionales demandas sobre las tierras que ha efectuado la comunidad indígena se sacan de la agenda política al negárseles durante tanto tiempo el reconocimiento a las formas colectivas de propiedad de la tierra o la especificidad de la problemática indígena, subsumida en el planteamiento individualista que se elabora desde los intereses de los terratenientes, así como en el de clase social que plantea la insurgencia comunista. Como veremos más adelante, la acción no violenta se puede interpretar como un acto no sólo ya de empoderamiento del actor que la pone en marcha, sino una forma de sacar a la palestra los asuntos que le interesa que sean debatidos y que de otra manera quedarían excluidos del debate público mediante las dinámicas de poder oculto.

De la misma manera, sin nos acercamos a las esferas de poder vemos cómo las personas de etnia indígena en las Américas o las castas inferiores en India y Sri Lanka son marginadas en la esfera pública por las políticas que se ponen en marcha para asegurar su subordinación al orden poscolonial europeo, criollo o británico. También se puede comprobar que existe una legitimación de esa marginación que es asumida por la propia comunidad indígena o las castas inferiores en su esfera íntima, llevándola al disciplinamiento en conductas subordinadas que llevan a normalizar y aceptar ese orden social. Es no obstante en la esfera privada donde se produce una dominación más directa, al dar importancia los individuos a la “raza” o la casta (conceptos que son construcciones sociales) a la hora de establecer relaciones interpersonales y considerar la existencia de una jerarquía racial en la que la “indígena” y la “paria” son las categorías inferiores. Esto hace que en las relaciones personales se margine al indígena o las castas inferiores en interacciones de la vida cotidiana.

La jerarquización está presente también en las formas de relacionarse dentro de la familia, de manera que las mujeres indígenas o parias viven una doble subordinación como indígenas/parias y como mujeres. Esa subordinación la podría impedir dotarse del poder suficiente como para organizarse para participar en la lucha

por la liberación colectiva de la comunidad indígena o la casta intocable, que si no tuviera en cuenta que el empoderamiento de la mujer indígena o paria implica empoderamiento de la comunidad indígena o la casta intocable, perdería muchas oportunidades para su propia lucha colectiva. De ahí la importancia de los grupos de mujeres en todas las luchas de liberación, de especial relevancia a la hora de buscar alternativas pacíficas a los conflictos armados, como es la situación de Colombia.

3.3 Las fuentes del poder y la gobernanza

La siguiente tríada haría referencia a las fuentes del poder, es decir, a los elementos que proporcionan poder a un individuo u organización. En el ámbito de las dinámicas instrumentales de poder, la fuente del mismo sería la posibilidad de actuar ya sea violenta o no violentamente para coaccionar otro individuo o colectivo, concepto que se puede resumir en el término “capacidad”. Esta propuesta nos permite superar la vieja y errónea idea de que la violencia es la única fuente de poder instrumental, ya que como veremos más adelante detenidamente, la coerción se puede realizar también mediante mecanismos no violentos, por lo que la fuente de poder no es sólo la capacidad para ejercer la violencia, sino también la capacidad para ejercer la no violencia. En el ámbito de las dinámicas comunicativas la fuente del poder sería la credibilidad, como concepto que recoge las posibilidades de persuadir de tiene un actor social. Esta propuesta nos permite igualmente superar la idea de que el conocimiento o la información en sí mismas son fuentes de poder, ya que de poco servirán en manos de sujetos sin credibilidad social. No obstante, la información y el conocimiento pueden servir para otorgar credibilidad a los sujetos sociales ya que proporcionan por un lado capacidad de acción, y por otro credibilidad al generar coherencia entre el discurso emitido y la realidad experimentada. Como veremos más adelante, la falta de coherencia entre ambos será uno de los mecanismos que lleve a la búsqueda de paradigmas alternativos que eviten esa disonancia entre la experiencia y la explicación.

Finalmente en el ámbito de las dinámicas compensatorias la fuente del poder serían los recursos que se disponen para negociar

la colaboración y que serán los que determinen el poder de negociación de un determinado actor social. En el ámbito de las relaciones sociales el principal recurso sería la propiedad o control de esos recursos negociables, de manera que los podemos ofrecer como contraprestación a la colaboración. Sin embargo también hemos visto que, desde nuestro enfoque tridimensional, las dinámicas compensatorias serían más bien una interpretación de las dinámicas instrumentales y comunicativas como formas de empoderamiento para dotarse de mejores posibilidades en la negociación de colaboración. En este sentido, la fuente del poder en el caso de conflicto político sería la capacidad de acción legítima, ya que agruparía la idea de capacidad con la de credibilidad. Podemos distinguir por tanto entre fuentes de poder social, que serían la capacidad, la credibilidad y control de los recursos negociables, y las fuentes de poder político, que serían igualmente la capacidad y la legitimidad pero en el ámbito compensatorio no sería la propiedad sino la capacidad para realizar acción legítima, o simplemente esta última como síntesis de las otras dos.

Figura 3.5 Fuentes del poder

Tipos de Dinámicas	Instrumentales	Comunicativas	Compensatorias
Fuente del poder social	Capacidad Social	Credibilidad	Control de los recursos (propiedad)
Fuente del poder político	Capacidad Política	Legitimidad	Capacidad de acción legítima

Esta idea será de radical importancia a la hora de entender el mecanismo por el cual la acción no violenta adquiere su lógica de conflicto ya que nos lleva directamente al concepto de gobernanza, que es entendida normalmente como suma de efectividad (dimensión instrumental) y legitimidad (dimensión comunicativa) y a la que hemos de añadir un componente que atienda a la dimensión compensatoria de la acción social, y que se podría resumir bajo la idea de reciprocidad. De esta manera la idea de gobernanza recogería uno de los elementos fundamentales del buen gobierno, como es la necesidad del gobierno de proporcionar contrapartidas a cambio de la colaboración con el mismo, ya sean privilegios económicos o meramente sociales en forma de status.

Figura: 3.6 La gobernanza y la quiebra de la gobernanza

Tipo de dinámicas	Instrumentales	Comunicativas	Compensatorias
Componente de la gobernanza	Efectividad	Legitimidad	Reciprocidad
Mecanismo de resistencia	Disrupción	Deslegitimación	Empoderamiento
Mecanismo de éxito	Coerción noviolenta	Persuasión noviolenta	Acomodación

Dado que el desafío que establece la acción noviolenta va a asentarse sobre una pugna en la gobernanza, cada uno de los elementos de esta llevará asociado un mecanismo que la acción política del actor político que laza el desafío pone en marcha para combatir el funcionamiento normal del gobierno. En el ámbito instrumental el proceso de bloquear el eficaz funcionamiento del sistema social se conoce como disrupción, y es una propiedad que existe tanto en la acción noviolenta como en la acción violenta. En el ámbito comunicativo se puede hablar de un proceso deslegitimación del sistema como proceso que quiebre la gobernanza por la parte de la legitimidad. Y, he aquí la novedad del enfoque, también existirá un proceso de empoderamiento de unos actores y desempoderamiento de otros que lleve a obtener recompensas a los actores que se impliquen en el desafío y a bloquear las contrapartidas que el Estado pueda dar a los que colaboren con la dominación, cooptando para la causa del desafío a actores sociales que antes apoyaran al status quo. El empoderamiento individual y social se convierte por tanto un uno de los factores claves de la acción noviolenta, en igual o mayor medida que los de disrupción y deslegitimación que eran hasta ahora los únicos considerados como tales.

3.4 Los mecanismos de la acción noviolenta

La interpretación tridimensional de la dominación que hemos visto en las páginas precedentes, será de vital importancia para la consideración estratégica que tenga que hacer un movimiento político que la pretenda desafiar, porque cada una de estas dimensiones, y no por casualidad, está relacionada con un mecanismo por el cual se puede conseguir el éxito del mismo y

dicho mecanismo por el que se opte ha de ser un elemento central de toda consideración estratégica. En esta investigación vamos a tratar de hacer una revisión crítica a los planteamientos clásicos formulados por Sharp al respecto (Sharp, 1973), con la idea de que se basan en una epistemología deficiente, de manera que al aplicar las ideas que sobre el poder o la acción hemos ido recopilando a lo largo de los párrafos precedentes podamos no sólo hacer un análisis más certero sobre el funcionamiento histórico de la acción noviolenta, sino también ayudar a realizar planteamientos estratégicos más atinados. No sólo trataremos de superar la teoría del poder de Sharp y la visión que ha transmitido a la corriente pragmática acerca del funcionamiento de la acción noviolenta, sino que también trataremos de hacer una teoría de la acción noviolenta compatible con la teoría del conflicto y la teoría de género, y supere las limitaciones al respecto que supone aceptar ideas estratégicas de Clausewitz o Liddle Hart, basadas como es sabido en la idea de derrotar al oponente en vez de en transformar el consenso social al respecto.

La teoría de la acción noviolenta clásica anterior a Sharp había distinguido tradicionalmente entre sólo dos mecanismos, denominados desde los años 20 como conversión y coerción noviolenta (Case, 1923¹, pág. 397; Gregg, 1935, Shridharani, 1939; Boundurant, 1958, pág. 11). Como se puede ver, estos mecanismos recogerían las dinámicas instrumentales y comunicativas de la acción social en un momento en el que en el plano teórico es estaba empezando a constatar la importancia de estas últimas en las relaciones de poder (Castañar, 2013). Paralelamente a la propia reflexión teórica sobre la existencia de dinámicas compensatorias, en los años 60 se empezó a considerar la acción noviolenta como una forma de forzar el diálogo cuando el oponente se negaba a atender las demandas de un grupo social (King, 1963, Dellinger, 1970; Deming 1970), lo cual le llevó a George Lakey a promover la idea de la existencia de un tercer mecanismo, que no obstante

¹ Clarence Marsh Case sería uno de los pocos que usaría el término persuasión noviolenta, pero su obra es anterior a la de Gregg .

denominó “persuasión” para distinguirlo de los procesos de conversión de tipo gandhiano pero que hubiera sido más afortunado si hubiera denominado como “colaboración” o el que se usó después “acomodación” (Lakey, 1968). Para Lakey, el proceso de persuasión no hacía referencia a procesos comunicativos, que para él estaban recogidos en la idea de conversión, sino que hacía referencia a los procesos surgidos cuando el oponente no había cambiado sus puntos de vista sobre la cuestión, no había sido convertido, y todavía mantenía intactos los medios para gobernar pero accedía a la demandas del actor no violento (Lakey, 2013). Poco después Sharp incluiría esta visión tridimensional (a pesar de que fuera contradictoria con su propia teoría del poder de carácter monodimensional) y estableció la distinción ya clásica entre conversión, coerción no violenta y acomodación (Sharp, 1973, págs.705-775). Esta distinción entre tres tipos es totalmente coherente con la epistemología que hemos desarrollado para el estudio de la acción no violenta al equiparse los procesos de conversión con las dinámicas comunicativas, los procesos de coerción no violenta con dinámicas instrumentales y los procesos de acomodación con dinámicas compensatorias. No obstante, a pesar de esta coincidencia, será fundamental revisar estos conceptos a la luz de los diferentes enfoques que hemos señalado más arriba para poder asegurarnos de que los mecanismos reflejan fielmente las dinámicas de poder presentes en la acción no violenta ya que deberemos hacer bastantes ajustes a los mismos para poder reflejar toda esa epistemología que Sharp no tuvo en cuenta.

La cuestión de los mecanismos de éxito es muy importante para una teoría de la acción no violenta entre otras cosas porque as diferentes corrientes que han propuesto o utilizado la acción no violenta como práctica política se diferencian entre sí en la valoración que hacen de cada uno de estos métodos. Sharp lo explicaba así:

“Defensores y activistas de la no violencia no están de acuerdo en sus actitudes hacia estos mecanismos (conversión, acomodación y coerción). Con demasiada frecuencia sus actitudes se han simplificado, centrándose primariamente en los extremos de la extrema conversión o la coerción no violenta

total. Así, exponentes de una noviolencia derivada de convicciones religiosas que enfatizan la conversión ven frecuentemente la coerción noviolenta como más cerca de la violencia que a sus propias creencias. Partidarios de la coerción noviolenta (por ejemplo, de usar la huelga general para lograr la revolución social) a menudo niegan incluso la posibilidad de conversión del oponente. También hay posiciones medias. La elección del mecanismo preferido influenciará en la conducta de la lucha, incluyendo la estrategia, tácticas y métodos usados, las declaraciones públicas hechas, el “tono” del movimiento y las respuestas a la represión del oponente” (Sharp, 1973, pág. 706, traducción del autor).

Así pues, si profundizamos un poco en los mecanismos de éxito vemos que en el caso de la coerción noviolenta “el oponente no ha cambiado sus ideas acerca de los asuntos y quiere continuar la lucha, pero es incapaz de hacerlo, las fuentes de su poder y medios de control le han sido arrebatados sin el uso de la violencia. Esto puede haber sido efectuado por el grupo noviolento por oposición o bien por la no-colaboración de su propio grupo, o alguna combinación de ambas” (Sharp, 1973, págs. 741). Esto implica el éxito absoluto de la dimensión instrumental de la acción, de forma que el adversario ha perdido su poder de actuar. Hay que añadir que después de 1989 Sharp añadió una cuarta forma de éxito tras observar la incapacidad de algunos regímenes de la órbita soviética para mantener una legitimidad y capacidad de renovación que les posibilitara hacer frente a una acción del tipo “poder popular”. Denominó a esta forma de éxito de la acción noviolenta como desintegración del oponente, interpretando que éste había colapsado. Creemos, sin embargo, que esta idea no aporta nada nuevo al concepto de coerción noviolenta, y que éste ya recoge la incapacidad del oponente para hacer uso de sus fuentes de poder y la desintegración de su sistema de mando, o lo que es lo mismo, recoge igualmente dinámicas instrumentales. Nuestro enfoque no implicará una gran transformación de la concepción del funcionamiento de la coerción noviolenta, que ha sido explicada con detalle por autores de la corriente pragmática (Sharp, 1973, Sharp, 2004, Akerman & Kruegler 1994, Helvey 2004, etc.)

Por otro lado, mediante la conversión “el oponente ha sido tan cambiado internamente que él mismo desea hacer los cambios deseados por los activistas no violentos” (Sharp, 1973, págs. 707). Se trata del éxito absoluto de la dimensión comunicativa de la acción, encuadrado en el aspecto conativo de la función expresiva, mediante la cual se convence al adversario para que cambie su actitud amoldándose a la perspectiva del actor no violento. La conversión del oponente no significa que todas las personas cambien su opinión al respecto del conflicto, sino que la opinión dominante sí, y se considera impropia la antigua opinión discordante.

El concepto de conversión tiene claras evocaciones de la ética gandhiana y genera grandes dudas en cuanto al proceso comunicativo puesto en marcha que tan extensamente describiera Richard Gregg utilizando principios psicológicos de su tiempo que pronto quedaron desactualizados (Gregg, 1935) Por estos motivos y por ajustarse más a la realidad del proceso que queremos describir, utilizaremos el concepto de persuasión no violenta en vez de conversión, y lo entenderemos no como un proceso de transformación psicológico ni como un proceso de transformación de los puntos de vista del oponente, sino como un proceso de transformación del paradigma hegemónico. Esta diferencia no es en absoluto banal porque se pasa de un punto de vista orientado al actor a un punto de vista estructural en el cual más que la transformación del oponente como tal se produce una dinámica de influencia en diferentes sectores sociales que son las claves de la fuente del poder del oponente (Burrowes, 1996). En este mecanismo por lo tanto el cambio de paradigma es radical en el enfoque que vamos a proponer.

Finalmente, mediante el tercer mecanismo de éxito, la acomodación “el oponente no está de acuerdo con los cambios (no ha sido convertido) y puede continuar la lucha (no ha sido coaccionado no violentamente), pero, a pesar de ello, ha llegado a la conclusión de que es mejor conceder algunas o todas las demandas. El oponente puede ver que los asuntos no son tan importantes a fin de cuentas, que los activistas no son tan malos

como había pensado o puede esperar perder más continuando con la lucha que cediendo” (Sharp, 1973, pág. 733): Se trata por tanto de un cálculo de coste/beneficios en el que el adversario ha superado un punto crítico en el que no le es rentable continuar resistiéndose a las demandas de los actores noviolentos. Sin embargo, este desbordamiento del punto crítico no se produce por dinámicas ajenas al resto de mecanismos, sino por una interpretación desde el punto de vista del poder compensatorio de las dinámicas instrumentales y comunicativas a las que nos hemos referido al hablar de coerción noviolenta y persuasión noviolenta.

FIGURA 3.7 Teoría tridimensional de la dominación

Tipo de dinámicas	Instrumentales	Comunicativas	Compensatorias
Componente del poder	Coerción	Persuasión	Negociación
Actos de poder	Castigo	Influencia	Trueque
Actos de dominación	Amenaza	Control social	Monopolio
Mecanismo del poder	Soberanía	Disciplina	Asimetría
Mecanismo de dominación	Fuerza	Hegemonía	Desigualdad
Tipo de violencia	Directa	Cultural	Estructural
Tipo de poder	Visible	Invisible	Oculto
Esfera preponderante	Pública	Íntima	Privada
Fuente del poder social	Capacidad Social	Credibilidad	Control de los recursos (propiedad)
Fuente del poder político	Capacidad Política	Legitimidad	Capacidad de acción legítima
Componente de la gobernanza	Efectividad	Legitimidad	Reciprocidad
Mecanismo de resistencia	Disrupción	Deslegitimación	Empoderamiento
Mecanismo de éxito (Sharp)	Coerción noviolenta	Conversión	Acomodación
Mecanismos según el modelo tridimensional	Coerción noviolenta	Persuasión noviolenta	Negociación noviolenta

De esta manera esta crisis que posibilita el cambio puede darse por las grietas construidas en torno a su legitimidad creadas por las dinámicas comunicativas puestas en marcha por la persuasión noviolenta, junto con el entorpecimiento de la efectividad de su sistema de mando debido a las dinámicas de coerción noviolenta derivadas de las acciones de no-colaboración o intervención noviolenta. La acomodación se puede interpretar por tanto como un proceso de negociación propio del poder compensatorio descrito por Galbraith, pero también, desde el punto

de vista de Crozier y Friedberg, como una relación de intercambio en la cual las dinámicas instrumentales de la coerción noviolenta y las dinámicas comunicativas de la persuasión noviolenta son los recursos utilizados por la parte débil para obligar al oponente a un diálogo constructivo. Se trata por tanto de un proceso de quiebra de la capacidad de gobierno de un poder establecido en el que se darán dinámicas instrumentales y comunicativas que afectarán a la legitimidad y efectividad de un sistema, por lo que para denotar la diferencia con el proceso de acomodación descrito por la teoría de Sharp, utilizaremos el concepto de negociación noviolenta para referirnos a este tercer mecanismo que recoge las dinámicas compensatorias.

Para nuestro análisis nos interesará resaltar que estos mecanismos para el éxito están relacionados con las dinámicas de poder antes expuestas. De este modo podemos observar cómo la coerción noviolenta vendría dada por el carácter instrumental de la acción noviolenta, la persuasión noviolenta por el carácter comunicativo y la acomodación por el aspecto compensatorio de la negociación. Como se puede comprobar, las tres posibilidades implican cierta quiebra de la gobernanza, en el caso de la persuasión desde el lado de la legitimidad, en el de la coerción noviolenta desde la efectividad, mientras que en la negociación mediante acción noviolenta se altera la reciprocidad mediante el empoderamiento. Así pues, parece conveniente utilizar y los estudios de Sharp y otros teóricos de la acción noviolenta para analizar la coerción noviolenta, las teorías sociológicas sobre la formación del consenso junto con algunos aspectos del análisis de marcos para analizar los procesos de persuasión. Por el contrario, para el caso de la negociación noviolenta, en vez de adaptar los factores que se han propuesto para la acomodación, deberemos encontrar los procesos de ajuste de la gobernanza por efecto de las dinámicas instrumentales y comunicativas puestas en marcha en los procesos de coerción noviolenta y persuasión noviolenta.

En los capítulos siguientes vamos a buscar los elementos que influyen en cada uno de los tres mecanismos uno por uno para luego detenernos a buscar los factores inherentes a cada racionalidad y unirlos construyendo un modelo triangular,

estructurando de esta manera un modelo analítico integral que nos sirva como herramienta a su vez para estructurar un modelo estratégico.

Esta tarea empieza con una revisión de las teorías de la coerción noviolenta a partir de las aportaciones de los propios teóricos de la noviolencia para así recoger las dinámicas instrumentales que influyen en la acción noviolenta y que darán lugar a los factores de éxito que buscamos. La referencia fundamental a nivel epistemológico será precisamente la primera obra sistemática sobre noviolencia, el clásico *“Nonviolent Coercion”* de Clarence Marsh Case (Case, 1923) a lo que habrá que añadir las puntualizaciones que desde otras perspectivas de las teorías de la noviolencia se le ha hecho. De esta manera partiremos de los factores que Sharp señaló como decisivos sobre la coerción noviolenta (Sharp, 1973) y los completaremos con los señalados por otros estrategas de la acción noviolenta, ya que han aportado el punto de vista de los movimientos, es decir, cómo afrontan o deben afrontar la problemática relativa a estrategias de coerción del oponente. Luego los asignaremos a cada uno de los vértices del triángulo de nuestro análisis, el actor noviolento, el oponente o el entorno.

En el estudio de la persuasión noviolenta hemos partido e las aportaciones de teóricos clásicos de la noviolencia como Richard Gregg, que sistematizó a principio de los años 30 del siglo XX el punto de vista gandhiano orientado a la conversión del oponente, pero tendremos que tener en cuenta los estudios sociológicos de la formación de consensos sociales y la hegemonía para poder matizar y transformar los factores señalados por Sharp como claves del éxito de este mecanismo. Esto nos llevará a centrarnos en la persuasión noviolenta, en vez de la conversión, y a tener en cuenta las teorías de construcción social de la realidad de Alfred Schutz desarrolladas por Peter Berger y Thomas Luckman (Berger y Luckman, 1968), el análisis de los sistemas simbólicos de Pierre Bourdieu (Bourdieu, 2001), la teoría de marcos de Erving Goffman (Goffman, 1975) Robert Snow y Robert Benford (Snow y Benford, 1988) o la teoría de las identidades colectivas de Alberto Melucci (Melucci, 1998). Uniendo todas estas aportaciones tendremos que

construir una teoría con la que se puedan matizar y completar los factores señalados por Sharp para el éxito de la conversión del oponente.

Para el análisis de la negociación no violenta como un intercambio de poder hemos utilizado la concepción de la acción directa no violenta de Martin Luther King y los teóricos del movimiento de los derechos civiles y el pacifismo radical norteamericano de los años 50 y 60 del siglo XX, que la ven como una forma de obligar al oponente a tomar parte en una negociación (Castañar, 2013, pág. 239). Esto hace que todo el proceso de la acción no violenta se pueda interpretar desde el punto de vista de poder compensatorio como un proceso de empoderamiento, tal y como hemos planteado en nuestra epistemología. Una de nuestras hipótesis de las que partimos hace referencia a la pertinencia de la recuperación de estas teorías, que quedaron relegadas al olvido debido a su desaparición en la teoría del poder de Sharp y a su interpretación de la negociación como un proceso de acomodación. Creemos que la superación de este obstáculo a la comprensión de la acción no violenta, junto con la adopción de un punto de vista estructural y no orientado al actor, serán las principales virtudes teóricas de esta investigación.

En el análisis de cada una de estas dimensiones racionales distinguiremos entre los factores que son inherentes al propio movimiento, y los llamaremos factores internos, y las oportunidades culturales, sociales y políticas que influirán en su posible éxito, a las que denominaremos factores externos, eso sí, sin perder de vista las estrategias que los movimientos no violentos pueden desarrollar para crear oportunidades a su favor. Tendremos en cuenta los avisos que se han hecho sobre los abusos del concepto estructuras políticas al confundirlo con otros procesos colectivos (culturales, marcos de referencia, etc...) o con recursos a disposición de los movimientos (McAdam, Macarthy y Zald, 1998, pág. 275). Por lo tanto, entre los factores externos distinguiremos a los factores relativos al entorno que como tal pueden ser susceptibles de ser transformados por la acción de los movimientos no violentos y factores relativos al oponente, sobre los que el actor no violento tan sólo tendrá una pequeña influencia de forma indirecta.

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

CAPÍTULO 4

LAS DINÁMICAS INSTRUMENTALES DE LA ACCIÓN NOVIOLENTA

Para entender el funcionamiento de las dinámicas instrumentales que se ponen en marcha con la acción noviolenta vamos a hacer un repaso de los estudios que se han hecho sobre la coerción noviolenta, como mecanismo que las aglutina. No obstante, es fundamental no perder la pista de que la racionalidad instrumental cuando se utilizan como forma de coerción, es decir, cómo forma de establecer una dominación estable en el tiempo, o de luchar contra ella, se interpreta por las partes desde una racionalidad de tipo compensatorio. Desde esta dimensión se interpreta la acción instrumental como un indicador de la capacidad de fuerza o presión que un actor político puede ejercer, tanto para la violencia como para la noviolencia, para que exista una amenaza siempre presente de que esa fuerza se va a emplear si no se accede a sus demandas. Esta interpretación de la fuerza como compensación en la negociación la estudiaremos más concretamente en el capítulo sexto, pero es importante tener en cuenta que existe porque esa es una de las diferencias de la propuesta de esta investigación con la teoría de la coerción noviolenta de Gene Sharp, que aunque admite la acomodación como mecanismo compensatorio, tiende a dar prioridad a los aspectos meramente instrumentales. No obstante, estos, por muy disruptivos que sean, no pueden interpretarse como coerción sin tener en cuenta la racionalidad compensatoria ya que sólo coaccionarían realmente si logran el éxito final.

Desde nuestro punto de vista, las acciones instrumentales que paralizan el sistema social del oponente tienen valor por sí mismas porque desde una racionalidad compensatoria se interpretan como indicador del poder de negociación, como una forma de empoderarse. Además, esta será acompañada de una lucha en el plano simbólico que se interpretará como una lucha por la legitimidad desde la racionalidad compensatoria. No se pueden por tanto separar las racionalidades instrumental de la comunicativa para establecer mecanismos de cambio independientes entre sí, la racionalidad compensatoria las une y hace que los casos de éxito de un movimiento por uso exclusivo de racionalidades instrumentales, como defiende Sharp, o comunicativas, como defiende Gandhi, sean meras entelequias analíticas. No es sencillamente que sólo exista realmente el mecanismo de la acomodación, en términos de Sharp, sino que tanto la coerción noviolenta como la conversión (o mejor, la persuasión noviolenta), se pueden interpretar desde una racionalidad compensatoria como recursos de una negociación, es decir, factores que influyen en la acomodación, lo cual tiene importantes consecuencias estratégicas.

De esta manera, un primer acercamiento intuitivo al concepto de coerción nos puede llevar a la idea falsa de que esta implica necesariamente el empleo de la violencia, aunque un examen un poco más entretenido nos proporcionaría numerosos ejemplos de casos en los que se coacciona sin empleo de la violencia. Esto es así porque el concepto de coerción tiene que ver, en realidad, con la idea de quiebra de la voluntad, es decir, hacer que alguien haga algo en contra de su voluntad, de forma que uno de los medios empleados puede ser la violencia; pero no necesariamente, puesto que existen otros medios para ejercer presión, uno de ellos será aplicando técnicas de acción noviolenta. Acudamos a los diccionarios para ver la significación exacta del concepto coerción:

Según el diccionario de la RAE “coerción” es aquella “presión ejercida sobre alguien para forzar su voluntad y su

conducta”, de forma que queda claro que esta “presión” puede efectuarse mediante fuerza física o moral. De igual modo, en el diccionario sociológico la coerción se equipara con la coacción, siendo ésta definida como “fuerza o violencia que se ejerce sobre alguien para obligarlo a actuar de una manera determinada. En sentido más amplio, coacción es toda presión de origen social, vaya o no acompañada de violencia.”¹. Al compararse por tanto la coerción con la violencia o la mera fuerza se obtienen los matices que las distinguen quedando claro que mientras violencia es un concepto sociológico que se centra en el daño² (a veces intencionado) y la fuerza se centra en el proceso físico, relativo a la realización de presión (moral o física) independientemente de la intención o el resultado, mientras que la coerción se centra más en la quiebra y sometimiento de la voluntad. Parece claro entonces que puede haber violencia sin coerción, y coerción que sea ejercida por medios que no sean violentos.

Por otro lado, mientras que la violencia depende sólo de la decisión del actor violento, para el sometimiento de la voluntad también influye la participación de la persona a la que se trata a someter, y de los recursos de que disponga para someterse a ella. Evitaremos posiciones voluntaristas como las de algunas teorías de la no violencia que tratan de considerar que solamente se necesita de la voluntad de resistirse a la subordinación (Sharp, 1973, Vinthagen, 2015, pág. 193) ya que, tal y como hemos visto en nuestra epistemología, esta se puede interpretar como un proceso compensatorio en el que los actores en conflicto se dotan de recursos para compensar o ser compensados por la otra parte. No

¹Ramón Ramos en la voz “Coacción”, equiparada con la de “coerción” en Salvador Giner, Emilio Lamo de Espinosa, y Cristóbal Torres (Eds) *“Diccionario de Sociología”*. Alianza Editorial Pág. 118.

²Véase la voz “Violencia” escrita por Fernando Reinares en Salvador Giner, Emilio Lamo de Espinosa, y Cristóbal Torres (Eds) *“Diccionario de Sociología”*. Alianza Editorial Pág. 821.

se trata por tanto de querer o no querer, sino de que hay mecanismos y barreras que nos impiden u obligan a elegir.

Asimismo, la violencia, o más bien, la amenaza de violencia, se suele utilizar en la mayoría de sistemas sociales como coerción tan sólo como último recurso contra aquellos que no se han sometido utilizando estas formas de dominación sutil basadas tanto en la compensación como en la legitimación social de la distribución de poder. Al mismo tiempo la violencia directa se relega a momentos de crisis como son las guerras en los que las circunstancias del conflicto (amenaza de otra violencia como reacción) anulan los anteriores límites a su uso legítimo. Tal y como ha señalado Foucault, se ha ido sustituyendo los procesos de violencia directa de los procesos coercitivos por procesos de disciplinamiento de los procesos comunicativos (Foucault, 1975). Eso no significa que no haya coerción en las sociedades modernas, sino que ésta permanece latente como amenaza subyacente para aquellos que no se adapten a las formas de dominación sutil de carácter disciplinario, que, sin dramatismos y de forma naturalizada consigue la participación voluntaria en la subordinación, que se convierte en una conducta automática. Cabe distinguir por tanto entre sistemas políticos más propensos a usar la violencia, como son las dictaduras, y otros sistemas de representación electoral, a los que no vamos a denominar democracias, en los que la dominación se establece de forma sutil mediante la imposición de consensos sociales favorables a los intereses de las élites. Esto será fundamental a la hora de articular una teoría de la resistencia no violenta pues no serán las mismas herramientas las que tenga que usar contra una dictadura basada en la represión violenta que contra una república o monarquía constitucional en la que las grandes corporaciones controlan la información y la economía.

A la hora de dar el salto hacia el análisis de la coerción no violenta, como forma de dotarse de recursos negociadores desde el punto de vista instrumental, tenemos que tener en cuenta por tanto a la otra parte del binomio, la no violencia, y su origen como una teoría de la coerción sin violencia. Hemos de recordar aquí que

el concepto mismo de noviolencia fue desarrollado por Gandhi, quien desde 1907 había promovido campañas de desobediencia civil en Sudáfrica y ya en la India en 1922 había publicado un artículo con ese nombre *non-violence* (Gandhi, 1958, págs. 24-27) para adaptar el concepto religioso del *ahimsa* (literalmente noviolencia) al ámbito de su filosofía política. Si bien Gandhi para entonces ya había desarrollado por completo su teoría de la acción directa noviolenta, conocida como *satyagraha*, había tenido que paralizar las movilizaciones de 1920 y 1921 por que habían degenerado en violencia (Castañar, 2013, págs. 148-149). Necesitaba, por tanto, un concepto que explicitara con más contundencia la necesidad de eliminar la violencia en las manifestaciones. Una de las claves del éxito del término fue precisamente que expresaba mucho mejor que “no resistencia” o “resistencia pasiva” las posibilidades como técnica de acción política y que era más amplio que *satyagraha*.

4.1 La coerción noviolenta según Case

La unión de los dos conceptos (coerción y noviolencia) en el nuevo término, coerción noviolenta, surgió casi al mismo tiempo que la propia idea de noviolencia, ya que apenas un año después, en 1923, tenemos un tratado sobre el tema, como fue el del norteamericano Clarence Marsh Case titulado precisamente *Non-violent Coercion* (Case, 1923). Esto quiere decir que desde los primeros momentos de desarrollo del concepto de “noviolencia” se tuvo en cuenta las dimensiones coercitivas de la acción noviolenta, pues los conceptos equivalentes de “no resistencia” o “resistencia pasiva” que, en tratados anteriores, utilizaban autores como William Lloyd Garrison, Adin Ballou, no habían quedado claras (Castañar, 2013, págs. 70-74). Case justificaba con estas palabras la conexión entre coerción y noviolencia:

Tal y como se usa en este estudio, la coerción social se mantiene entre la coerción privada por un lado y la pública por otro, por ejemplo, coerción gubernamental o política. Es

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

llamada social porque la aplicación de sus sanciones no comprende el uso de la fuerza ni la apelación a la autoridad política formal apoyada en la fuerza, pero comprende la manipulación de las relaciones sociales ordinarias de la vida diaria. Su trato en conexión con la resistencia pasiva está explicado por el hecho de que al considerar su esencia desde un punto de vista social, se puede constatar que consiste al final en el rechazo de los medios violentos, cosa que lleva a preguntarnos cuánto sea pertinente para la realización de los propósitos sociales e ideales por parte de aquellos que rechazan el uso de la violencia física. Esto lleva a un examen de la huelga, el boicot y la no cooperación, particularmente a un esfuerzo de entender su modo exacto de operar cuando se desconecta de los excesos de la violencia que demasiado a menudo la acompañan. Analizados de esta manera, estos métodos revelan el hecho de que su efectividad cuando tienen éxito, se debe realmente a la forma de presión colectiva que es más acertadamente denominada con el término de coerción no-violenta, o social. (Case, 1923, págs. 413-14, traducción del autor).

Hay que recordar, que ya desde mucho tiempo atrás había un debate en torno al uso de medios violentos o pacíficos, pero también sobre el uso de medios coercitivos o persuasivos. El centro de la discusión se establecía en torno a la legitimidad de la huelga como herramienta de transformación social, al ser esta el método más claramente coercitivo. Case resumía así la postura contraria a la misma de los pacifistas:

Los opositores a la huelga sacan a la palestra que esta está mal sencillamente porque es un método de coerción, no porque esté prohibido matar, como los primeros no-resistentes tanto en Oriente como en Occidente habían previsto, no porque no está permitido usar la fuerza física cruenta, de acuerdo con Ballou y sus colegas de la sociedad de paz a mediados del siglo XIX, sino por su “convicción de que la coacción no es camino de Dios ni el método que él desea que

los hombres usen, sino la persuasión”. Esto es lo que pone a los pacifistas en el primer lugar entre aquellos que toman hoy la postura antihuelgista. En realidad la objeción pacifista a la fuerza física está considerada como “doctrinaria” mientras que la maldad de los métodos coercitivos se acentúa y se declara al rechazo de toda forma de coerción como la esencia de la filosofía de la no-resistencia. (Case, 1923, pág. 297, traducción del autor).

Vemos por tanto que en esos tiempos el aspecto coercitivo era rechazado por los pacifistas partidarios de la no-resistencia al considerarlo como algo cercano a la violencia, mientras que, por el contrario, había sido ensalzado por autores de las corrientes noviolentas del movimiento obrero, como el antimilitarista holandés Domela Nieuwenhuis, el laborista escocés Keith Hardie o el anarquista norteamericano Benjamin Tucker (Castañar, 2013, págs. 61, 64, 130). Case procedía de la tradición cuáquera, que había apoyado estas luchas sociales más que ninguna otra secta cristiana y criticaba esa oposición a la coerción, que encabezaría el mismo Gandhi. Case justificaba con las siguientes palabras el error de vincular coerción a violencia:

Para muchas personas, quizás la mayoría, la palabra coerción tiene un ominoso y odioso sonido, y es especialmente cierto para aquellos que podrían sentir un especial interés en procedimiento noviolento que no fuera coerción. De hecho, hemos visto en páginas anteriores el argumento de aquellos que condenan la huelga por sí misma, no importa cuán justa o pacífica sea, por la simple razón de que es una forma de coerción. Más allá, incluso entre aquellos a los que no preocupa mucho distinguir entre una conducta pacífica y conciliatoria y, hay tendencia a pensar que toda coerción necesita necesariamente la aplicación de la fuerza física. Esta no es la interpretación correcta, incluso en el uso común reflejado en el diccionario. El diccionario Webster habla de coerción como la “aplicación a otra persona de una fuerza

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

física o moral para inducirla a hacer contra su voluntad algo que no habría hecho. (Case, 1923, pág. 403).

La actitud pasiva de estos pacifistas ya había sido cuestionada por Tolstoi, que legitimó la desobediencia al Estado como forma de acción política, principalmente mediante la objeción de conciencia, que él denominó insumisión (Tolstoi, 2009, págs. 197 y siguientes). Tolstoi al apostrofar la doctrina de la “no resistencia al mal” con la coletilla “con violencia”, estaba abriendo la posibilidad a otras formas de acción que, sin caer en las trampas de la violencia, permitieran la resistencia contra el Poder. Sería, por tanto, uno de los primeros en situarse entre las críticas a la coerción de los no resistentes como William Lloyd Garrison o Adin Ballou, y los excesos revolucionarios del movimiento obrero, hallando un camino intermedio, la desobediencia civil que planteaba Thoreau, autor al que cita a menudo (Thoreau, 1997).

El libro de Case, además de popularizar el término gandhiano de “no violencia”, fue uno de los primeros intentos que ha habido de estudiar los métodos de la acción no violenta desde una perspectiva científica, más concretamente de psicología social, mientras la mayoría de los tratados sobre el tema son obras más centradas en legitimar la acción no violenta que en estudiarla. Case, además de una revisión histórica de las actividades de sectas pacifistas como cuáqueros y menonitas (Case, 1923, págs. 46-146) hizo un estudio de las movilizaciones de los objetores de conciencia durante la Primera Guerra Mundial, en el que llega a la conclusión de que, en contra de la opinión generalizada, los practicantes de la resistencia pasiva (es decir, de la acción no violenta), no eran santos ascetas sino que eran personas totalmente normales, de diferentes bases sociales y profesiones y con los mismos defectos y virtudes que otros seres humanos (Case, 1923, págs. 251-284). También hacía un análisis de diferentes técnicas de acción no violenta en el que el análisis de la coerción cobraba especial relevancia, especialmente el boicot nacionalista, la no-cooperación y la desobediencia civil (Case, 1923, págs. 285-346) y además ofrecía una interesante explicación al fracaso de las movilizaciones de

Corea en marzo 1919 y al éxito de las mismas en China en mayo de ese mismo año, ambas contra el imperialismo japonés. La clave residía en que en Corea no se habían llevado a cabo estrategias para la coerción no violenta, mientras que en China el boicot y la no-colaboración con los japoneses había ejercido presión sobre ellos (Case, 1923, págs. 294). En su análisis de la acción política, Case partía de la distinción entre tres formas diferentes de resistencia, como eran la persuasión, la coerción no violenta y la violencia:

Obviamente, hay dos o tres posibles tipos de respuesta a las actividades de otras personas cuando ellas afectan a nuestros propios intereses. Aparte de esas en las que uno coopera activamente, o mantiene una actitud de indiferente neutralidad, surgen incontables situaciones en las que hay que elegir entre la sumisión y la resistencia. La última es el tipo de conducta que nos concierne aquí, y a su vez presenta dos aspectos. El primero es el caso donde el sujeto resiste o repele las agresiones de otros, el segundo es cuando trata de modificar la conducta de otros con el propósito de promover sus propios ideales. Mientras que usualmente esto tiende a confundirse con alguna forma de coerción, no es necesariamente el caso, ya que para uno que resiste o busca activamente controlar la conducta de otros hay tres, y si nuestro análisis es correcto, sólo tres, procedimientos: Están la persuasión, la coerción no violenta y la violencia. (Case, 1923, pág. 397).”

Al distinguir entre persuasión y coerción no violenta, Case llamaba la atención sobre una segunda dimensión de la acción no violenta hasta entonces minusvalorada. Así pues, consideraba que existía una dimensión comunicativa que se orientaba hacia la persuasión y consideraba dos formas diferentes en la misma, ya fuera de forma racional a través de los argumentos esgrimidos por los activistas o irracional al producir simpatía la voluntad de aceptar el sufrimiento de la represión sin recurrir a la violencia. Pero, por otro lado, al llamar la atención sobre otra forma de acción

noviolenta, la coerción noviolenta, estaba fijándose en los aspectos instrumentales de la acción. De este modo llegaba a la conclusión de que la coerción noviolenta se basa en el cese de cooperación necesaria para el funcionamiento normal de las relaciones sociales.

Las formas de la coerción noviolenta descritas en los últimos capítulos de este libro constituyen el más puro y típico ejemplo de acción indirecta en el campo de la conducta social. Estas son la huelga, el boicot y la no-cooperación, siendo esta última una extensión de los dos precedentes a relaciones no económicas. Un principio subyace bajo todas estas manifestaciones, y es el reconocimiento estratégico la importancia fundamental e indispensable de la cooperación en cada forma y fase de la vida en sociedad. Más vital incluso que esto es el reconocimiento de que esta cooperación es necesaria de forma más o menos voluntaria en cada situación y proceso social, sin excluir las formas más burdas de explotación, opresión y tiranía, las víctimas siempre llevan sus propias cadenas, incluso ellos mismos ayudan a forjarlas. (...)

Era, por consiguiente, una forma de acción instrumental cuya presión funcionaba independientemente de las variables comunicativas (la racional y la irracional). Case lo expresaba de la siguiente manera:

En todos estos casos el procedimiento consiste en el acuerdo de retirar contactos sociales o relaciones que están en el control de los agentes sociales. La huelga, como todo el mundo sabe, corta las relaciones entre patrón y trabajador, mientras que el boicot suspende el contacto entre comprador y vendedor. En todas estas situaciones a los sujetos contra los cuales la presión está siendo dirigida se le presentan un par de alternativas reales cuando la huelga o el boicot están correctamente concebidos y son llevados a cabo en el momento preciso. Para ir a un caso concreto, al patrón se le da la opción entre acceder a las demandas de los trabajadores o sufrir la interrupción de sus operaciones productivas llevadas

a cabo mediante la retirada de su fuerza de trabajo. Ninguna de esas alternativas proviene de sus deseos o sus decisiones, sino que ha sido empujado a la obligación de elegir entre ambas. En el ejemplo se asume que ningún acto o amenaza de fuerza física o violencia se usa contra él, por un lado, ni es persuadido por la bondad de las alternativas, por el otro. Él está absolutamente en contra de acceder a las demandas de los trabajadores, pero frente a la interrupción de sus operaciones productivas se contempla como un mal menor. Elija la alternativa que elija no está convencido, ni por el asentimiento de su juicio a hechos y razones dados por argumentos o por un cambio de su estado emocional, de su actitud o sentimiento, mediante la contemplación del sufrimiento pasivo soportado. Él ha sido coaccionado, no violentamente coaccionado es verdad, pero a pesar de ello coaccionado. (Case, 1923, págs.. 401-02).

En el caso que pone de ejemplo se puede observar claramente como una situación se puede interpretar de forma diferente dependiendo de la forma de racionalidad con la que la mires. Lo que Case describe como un proceso de coerción se puede interpretar también como un proceso de negociación, dimensión racional que Case no tenía en cuenta al no haberse desarrollado una teoría de la misma en esa fecha.

No obstante, la experiencia nos dice que las huelgas acaban negociando las condiciones de la desmovilización a cambio de las demandas planteadas por lo que surge una paradoja a la hora de cómo interpretar los procesos en los cuales se fuerza una negociación, pues parece que hay tanto coerción como acomodación simultáneamente. El caso es que, normalmente, en las huelgas (indefinidas) pueden acabar cediendo unos u otros partes de sus posiciones iniciales, sin que se llegue a hacer efectiva la coerción de forma absoluta (obligar a aceptar todas las demandas) o el fracaso total en la consecución de las demandas exigidas. En este caso no se puede interpretar como una acción sólo

de poder coercitivo y se debe atender a la dinámica de poder compensatorio que la interpreta la coerción como un recurso que favorece la negociación al exigir una compensación para que se abandone.

El ejemplo sirve para llamar la atención sobre el hecho de que la coerción no violenta hace en realidad referencia no a una situación final en la que ha producido el éxito por un proceso de coerción, sino a un tipo de dinámica que influye en el mismo. Esa será una de las particularidades del modelo de estudio de la acción no violenta que vamos a proponer en este trabajo: entender la coerción no violenta no como el resultado de la acción política, sino como una fuerza en una dirección (el sometimiento o la liberación), un recurso que se empleará como base para negociar pero que difícilmente llegará a darse en solitario sin que influyan otros procesos. En esto seguimos a Barbara Deming y su doctrina de las dos manos, la que empuja y la que abraza, la que coacciona y la que persuade (Deming, 1970). Esto es así porque entendemos el poder como una relación en la que se negocia constantemente la cooperación, es decir, como un proceso de subordinación participativa en el cual la coerción es sólo un recurso más. No obstante, el valor de la aportación de Case fue el de reconocer la existencia de coerción en la acción no violenta en un momento en que se negaba sistemáticamente, lo cual permitió avanzar hacia una teoría de la compulsión, en un esfuerzo por reconocer la coerción desde un paradigma contrario a toda forma de coacción.

4.2 El debate coerción y compulsión

A pesar de lo certero del análisis de Case, los autores sobre teoría de la no violencia posteriores no tendrían en cuenta sus presupuestos al estar muy influenciados por la teoría y práctica de Gandhi en el subcontinente indio. La idea de la no violencia fue recogida principalmente por pacifistas, que como hemos visto más arriba, tenían sus propias ideas sobre la coerción y preferían entender la no violencia como un proceso de persuasión. (Castañar, 2013, págs. 141-144). Sin embargo, el pensamiento de Gandhi al

respecto de la coerción noviolenta fue siempre un tanto ambiguo, y trató siempre de evitar el concepto de “coerción noviolenta” ya que prefería hablar con los eufemismos de “compulsión” (“*compulsion*” en inglés, con un matiz algo diferente en nuestro idioma) o “cambio irresistible” cuando se refería al tema, ya que su doctrina teórica se fijaba más en los procesos de persuasión del oponente, lo que él denominaba “conversión mediante el sufrimiento” y que desarrollaremos más en capítulo siguiente.

Tal y como ha resumido David Cortright, para Gandhi, la acción política debía establecerse en tres etapas de actividad, que denominaba de persuasión, sacrificio y no-cooperación (Cortright, 2008). La primera etapa sería en la que se plantearían las demandas mediante argumentos racionales (lo que Case denominaría persuasión racional); en la segunda la persuasión se trataría de convencer mediante argumentos irracionales tratando de llegar al oponente y a terceras partes mediante la voluntad de acatar el sufrimiento derivado de la acción noviolenta. En la tercera etapa se trataría directamente de coaccionar al oponente mediante acciones masivas de no-cooperación. Así pues, en realidad, la teoría de Gandhi y la de Case coincidían en los aspectos fundamentales, como era la existencia de tres formas diferentes de acción noviolenta, a saber, persuasión con argumentos racionales, persuasión con acción noviolenta no-coactiva (es decir, argumentos irracionales derivados de la muestra del sufrimiento), y coerción noviolenta. Pero Gandhi no estaba analizando la acción noviolenta tal y como se presentaba en el mundo, como hacía Case, sino proponiendo una nueva forma de acción política, el *satyagraha*, que se basaba en el uso de la acción noviolenta con propósitos persuasivos, no coercitivos, y camuflaba la coerción presente en su metodología política porque era contraria a sus principios filosóficos, pero entendiéndola como la tercera fase de su propuesta.

A pesar de ello, la versión que llegaría a Occidente de las doctrinas de Gandhi no serían las del propio Gandhi, sino la reelaboración que de su pensamiento hicieron los movimientos

pacifistas, que eran los más interesados en la acción noviolenta pero que tenían su propio posicionamiento en torno a la coerción. La más importante fue la que hiciera Richard Gregg en 1935 en el clásico “*The Power on Nonviolence*”, (El Poder de la Noviolencia), libro en el cual se centraba en explicar los procesos de persuasión noviolenta, dejando por completo de lado el papel de la coerción (Gregg, 1935). El libro de Gregg sería una influencia fundamental en los movimientos pacifistas de varias décadas, como el PPU de Inglaterra o FOR en Estados Unidos y Europa (Castañar, 2013, págs. 191-196).

Dos años después Bart de Ligt publicaría en holandés, y luego en inglés, “*The conquest of violence*”, un libro en el que defendía la acción noviolenta desde un punto de vista anarquista. Esta obra sería el contrapunto a la de Gregg porque, en cuanto conectaba con la tradición antimilitarista de acción coercitiva del movimiento obrero, sirvió de influencia para un sector más radical del pacifismo, con su axioma de “a mayor violencia menos revolución” (De Ligt, 1937, pág. 162). Sin embargo, no hacía un análisis del funcionamiento de la coerción, tal vez por considerar útil el de Case, y se centraba más en criticar la inoperatividad del pacifismo burgués, la ineficacia de la acción violenta como forma de revolución y en ensalzar la eficacia de la noviolenta (De Ligt, 1937). Así pues, el pacifismo de la Internacional de Resistentes a la Guerra, IRG, en la que militaba Bart de Ligt, no recogió un postura clara en torno a la coerción y la persuasión y tuvo que esperar a un cambio generacional en los albores de la Segunda Guerra Mundial para que se rebatiera la interpretación que de Gandhi se hacía desde los grupos pacifistas (Castañar, 2013).

En 1939 Krishnalal Shridharani, un joven indio que había participado en la Marcha de la Sal con Gandhi y que al emigrar a los Estados Unidos se había encontrado con una interpretación del mismo que pasaba por alto sus aspectos más revolucionarios, los relativos a la fase coercitiva, publicó “*War Without violence*”, la guerra sin violencia (Shridharani, 1939). Shridharani al igual que Gandhi, hablaba de *satyagraha*, es decir, de un tipo específico de

acción directa noviolenta en la que existen unas fases primeras de persuasión y se recurre a la coerción cuando esta falla. Sin embargo, Shridharani, aunque se basaba en Gandhi, realizaba su propia interpretación del proceso basándose en su experiencia en el movimiento noviolento indio. Para él una campaña de *satyagraha* tenía que tener las siguientes fases: 1) negociación y arbitraje, 2) agitación, 3) manifestaciones y ultimátum 4) autopurificación, 5) acciones de masas en varios frentes (huelga, piquetes, sentadas, boicot económico, no pagar impuestos, emigración, ostracismo y desobediencia civil) 6) *satyagraha* asertivo (instituciones alternativas) y 7) gobierno paralelo (Shridharani, 1939, págs. 27-62). Se trata de una expansión de la teoría gandhiana y tal y como se puede comprobar existían unas primeras fases de mayor importancia de la persuasión, otra de autopurificación antes de lanzarse a las acciones de coerción, que serían rematadas con la creación de instituciones alternativas y un gobierno paralelo. Con estas fases quedaba claro que aceptaba el modelo gandhiano de tres fases en la acción noviolenta (persuasión, purificación y coerción), pero corregía a Gandhi criticándole la negativa de éste a incluir la coerción en su sistema filosófico con las siguientes palabras:

El punto crucial aquí es la cuestión de si *Satyagraha*, como la guerra, es también una fuerza coercitiva. Gandhi mismo repetidamente ha rechazado ver un elemento de coerción en la acción directa noviolenta. A la luz de los eventos en India durante los veinte años pasados así como de ciertas actividades del propio Gandhi, no obstante, se hace claro que *Satyagraha* contienen el elemento de coerción, aunque en alguna forma modificada. La palabra coerción tiene muchas connotaciones, y hay en ella algo de castigo. La fase de autopurificación y autosufrimiento de *Satyagraha* por otro lado, no permite el castigo como parte del poder de la acción directa noviolenta. El *Satyagraha*, como Gandhi lo definió: “conociendo que el remedio descansa en sí mismo, cesa el espíritu de venganza y aprende a estar satisfecho con una

reparación del daño que se busca remediar”. Se observa aquí el rechazo de Gandhi a reconocer el elemento de coerción como una parte de su ideología de la noviolencia. Es erróneo no obstante describir Satyagraha como una forma de coerción noviolenta como el señor C. M. Case ha hecho en el libro de igual título. Pero es igualmente erróneo por otro lado considerar el Satyagraha como un simple proceso de conversión como Gandhi y algunos de sus seguidores harían. Hay un elemento en ello de lo que, por buscar un término mejor, llamaríamos compulsión, no coerción, en cuanto ésta última conlleva venganza y castigo.

No obstante si no hay espíritu de castigo o venganza, la compulsión no llega a ser coerción, pues esta se anula realizando lo que Gandhi llama “un cambio de corazón” y la consecuente “reparación del daño”. Como resultado, el oponente no es derrotado pero la victoria llega a los dos lados. El Satyagraha, por lo tanto, no implica entrar en el círculo vicioso de la derrota y la venganza, y zanja la cuestión de una vez para siempre mediante un acuerdo amigable.

A pesar de todo, está bien recordar que hay un elemento de coacción en el *Satyagraha* como ha sido empleado en India. Desde un estudio cuidadoso y desde la experiencia personal, parece que el *Satyagraha* no será un sustituto de la guerra de forma satisfactoria si no tiene ese elemento de compulsión. El ajuste de la línea de separación entre la coacción del Satyagraha y la coerción empleada en la guerra, entre acción directa noviolenta y violencia, permanecerá siempre como una cuestión sujeta a discusión a no ser que la distinción se haga sobre la base de lo físico y lo no físico. La compulsión en este sentido especial, debe excluir y excluye daños al ser físico del oponente. También debe dejar y deja sanas y salvas las condiciones necesarias para la satisfacción de las necesidades primarias del oponente. Esta distinción es, sin duda, cruda, como toda distinción que no es meramente teórica pero que tienen una influencia en la

conducta de millones de hombres debe ser (Shridharani, 1937, págs.. 249-251, traducción del autor).

Hay que decir, no obstante, que Shridharani no hablaba exactamente del mismo fenómeno que Case. Mientras que el poeta indio se refería a la acción noviolenta encuadrada dentro de una campaña de *Satyagraha* en la que se eliminaban los aspectos coercitivos y agresivos de la misma, Case hablaba de coerción noviolenta atendiendo, sobre todo, a procesos de boicot, huelga y no-colaboración de diferentes partes del mundo, incluida la campaña de Gandhi de No-colaboración de 1920, pero no la de desobediencia civil de 1930 (al estar su texto escrito en 1923). De este modo Shridharani (al igual que Gandhi) se fijaba más en el “debe ser” al proponer una forma de acción noviolenta particular (el *Satyagraha*), Case atendía más al “ser”, gracias a su estudio de boicots masivos como los de Corea o China en 1919 (Case, 1923).

Estos matices de Shridharani harían que la coerción noviolenta fuese aceptada y adoptada por una nueva generación de activistas pacifistas que buscaban adaptar el *Satyagraha* gandhiano al contexto occidental, y que, como veremos más adelante, concibieron a la noviolencia como un proceso de acomodación en el que tenían cabida tanto procesos de coerción noviolenta como de persuasión noviolenta (Castañar, 2013, pág. 230). Se trata por tanto de una aportación fundamental desde la teoría que tuvo una influencia fundamenta en los jóvenes objetores de conciencia a la II Guerra Mundial, que fueron los que desarrollaron posteriormente el movimiento de derechos civiles en Estados Unidos, y las campañas antinucleares, tanto en Europa como Estados Unidos y contra la guerra de Vietnam en este último país (Tracy, 1996).

Entre los teóricos actuales, Kurt Schock ha señalado que la efectividad de la noviolencia, en su variable coercitiva, viene de su capacidad de disrupción, de paralización del sistema, característica que comparte con la violencia (Schock, 2008, pág. 111). De esta manera cabe considerar que las dinámicas instrumentales de la

acción noviolenta son igual de potentes que las dinámicas instrumentales de la acción violenta, ya que ambas se basan en la disrupción del sistema. En este sentido, la gran ventaja de la acción noviolenta sobre la acción violenta es que las dinámicas comunicativas son totalmente diferentes en cuanto cambia totalmente la valoración que se hace de la acción tanto por el oponente y quienes le apoyan como por terceras partes que participan en el juego de alianzas cuyo trastoque puede influir definitivamente en el desenlace favorable del conflicto.

Vemos, por tanto, que los límites entre la coerción y la acomodación se hacen confusos, porque en un caso de acomodación en el que se fuerza a negociar al oponente no se tiene claro cuál es el papel de su voluntad. Se da la paradoja de que, si se fuerza al oponente a algo, sería un caso de coerción, pero, si está negociando lo es de acomodación. En esta coyuntura nos será muy útil el poder interpretar la acomodación como una negociación en la que hay algo de coerción y algo de persuasión. La hipótesis que vamos a mantener en este estudio es que las dinámicas compensatorias combinan la influencia de las dinámicas comunicativas con las instrumentales, y que los casos puros de coerción noviolenta y persuasión noviolenta van a ser raros, más bien tipos ideales. Así pues la coerción noviolenta en estado puro será el caso extremo descrito por Sharp como desintegración, y, a pesar de que lo ha considerado un cuarto mecanismo de cambio, lo entiende igualmente como un caso extremo de coerción noviolenta (Sharp, 2004, págs. 418-421). En el apartado correspondiente veremos cómo los procesos de persuasión pura serían los de conversión, en los que el oponente cambia su punto de vista sobre el asunto en litigio y no hacen falta, por consiguiente, una negociación que ponga en marcha dinámicas compensatorias.

4.3 La coerción noviolenta según Sharp

Con respecto a la coerción noviolenta, Gene Sharp señaló dos diferentes dimensiones de la misma. Una sería, en sentido positivo, como capacidad para actuar con el fin de hacer cumplir los

propios deseos en la acción de terceras personas y otra, en sentido negativo, como la capacidad de bloquear los deseos del oponente a pesar de sus esfuerzos por imponerlos (Sharp, 1973, pág. 742). Dicho en términos de estrategia militar, hay un tipo de coerción de carácter defensivo y otro ofensivo. Esto es importante para una teoría de la coerción noviolenta, pues dado que, desde la perspectiva de transformación social con coherencia de fines y medios, podría parecer contradictorio emplear la coerción, aunque fuera noviolenta, para imponer los propios deseos. De este modo, para mantenerse dentro del campo de lo que se considera legítimo, la acción noviolenta se ha propuesto habitualmente, desde los teóricos de la revolución noviolenta, como un medio de bloquear la coerción del oponente, es decir, como instrumento defensivo principalmente. Esto enlaza totalmente con el concepto gandhiano de *Satya* (Verdad) que hacía explícita esa intención coherente de no presentarse como dueño de la verdad absoluta y buscar formas de acción que no desencadenaran una nueva injusticia ante el hecho evidente de que la verdad es un concepto relativo.

Sin embargo, sería una total equivocación plantear que la coerción para ser realmente noviolenta debe de ser defensiva, es decir, encaminada solo a anular el poder del oponente, ya que el carácter defensivo u ofensivo de la acción política se establece por los movimientos conforme a parámetros puramente estratégicos, no por criterios morales. Además no sería justo decir que ejercer coerción noviolenta ofensiva sea comparable a una acción violenta porque trate de imponer los propios deseos, ya que no se pueden comparar los efectos a nivel instrumental (daño) como simbólico (amenaza) con los de una acción armada o de violencia incruenta ya que si se ha mantenido una campaña de acción noviolenta significa que se ha mantenido un respeto por la humanidad del oponente, aunque se le haya coaccionado o tratado de coaccionar, respeto que, a todas luces, se pierde en una campaña violenta.

Por otro lado, Sharp realizó un estudio de los principios que operan en los procesos de coerción noviolenta basándose en un

análisis del poder bidimensional. Para este autor “la capacidad de las técnicas no violentas para cortar las fuentes del poder es lo que las da el poder de coerción” (Sharp, 1973, pág. 745). Será, por tanto, esencial la discusión epistemológica sobre cuáles son las fuentes sociales del poder y que, según Sharp, eran la autoridad, los recursos humanos, las habilidades y conocimiento, factores intangibles, recursos materiales y sanciones (Sharp, 1973, págs. 11-12). De esta manera Gene Sharp elaboró la teoría de la acción no violenta como una técnica de acción política que emana precisamente de la negación del consentimiento, idea que recogía directamente de Boétie, Tolstoi y Gandhi (Sharp, 1973, págs 8-62). La teoría del poder de Sharp se basa, por tanto, en una división entre gobernantes y gobernados, en la que el poder de los gobernantes deriva del consentimiento de los gobernados. Para Sharp, la acción no violenta consiste en el proceso de retirar el consentimiento que se da a los gobernantes, de forma que ya sea por conversión a sus ideas, negociación (acomodación) o coerción no violenta, el oponente se ve obligado a aceptar las demandas de los activistas o, incluso, puede llegar a ser privados del ejercicio del poder.

La acción no violenta afecta, según Sharp, a la autoridad del oponente al generar un posible traspaso de lealtad hacia otras autoridades paralelas (no tiene que ser necesariamente un gobierno alternativo, sino que puede ser una ideología, un sistema religioso o unos valores éticos) (Sharp, 1973). Por otro lado la expansión de la resistencia no violenta a gran escala puede generar la retirada de la obediencia no sólo de los que se han movilizado, sino también de los grupos que normalmente apoyan, y acabar, por tanto, con los recursos humanos del oponente (Sharp, 1973). Además, el rechazo a colaborar con el régimen por parte de sujetos clave puede impedir desarrollar políticas apropiadas para el oponente, privándole de la supremacía que le da el disponer de las habilidades y conocimientos de esos sujetos (Sharp, 1973). Igualmente, la extensión de la no violencia puede acabar con hábitos de obediencia ciega y desarrollar una conciencia sobre la elección de obedecer o no, cambiando, por tanto, perspectivas y creencias políticas, mostrando,

por ejemplo, que la violencia del oponente es omnipotente y que puede ser vencida con estrategias no violentas. Por supuesto, la acción no violenta puede bloquear, además, los recursos materiales con los que cuenta el poder: medios de transporte, de comunicación, financieros, materias primas etc. Finalmente para Sharp, incluso la capacidad para imponer medidas represivas se puede contrarrestar mediante la acción no violenta fomentando la desobediencia de quienes las tienen que poner en marcha (Sharp, 1973). A pesar de describir procesos instrumentales, todas estas acciones sólo se pueden conseguir gracias al efecto de dinámicas comunicativas que el propio Sharp denomina como *jiu jitsu* político, un proceso basado en la racionalidad dramática derivado de cómo contemplan terceras partes a un actor pacífico enfrentándose a otro violento.

Pese a la importancia de esto, Sharp se centra más en los efectos instrumentales del desafío al Estado mediante la no colaboración, por lo que describe al poder con serie de estructuras organizadas jerárquicamente de forma piramidal que dependen de la colaboración para funcionar. Cuando responde a la pregunta de por qué la gente obedece, dice que “por hábito, miedo a sanciones, obligación moral, interés propio, identificación psicológica con el gobernante, indiferencia o ausencia de autoconfianza” (Sharp, 1973, págs. 16-24). Para él, todas estas formas de poder dependen de la obediencia y cooperación, pero las considera como algo individual y voluntarista, por lo que bastaría con la retirada voluntaria del consentimiento para desafiar al poder. Esto hizo que su teoría de la acción no violenta adoleciera de un aspecto fundamental que él ya da por supuesto, y es el proceso de formar un consenso social que lleve al movimiento no violento a poder plantear estrategias de no colaboración o intervención no violenta que cuenten con el número necesario de participantes como para poder plantear un desafío político. Por eso, cuando se habla de cohesión, de unidad, de participación masiva desde la teoría de la acción no violenta de Sharp, así como de otras que llevan implícita su misma teoría del poder y de la acción política, como la de Ackerman y Kruegler (Ackerman & Kruegler, 1994), se parte de situaciones en

las que ya existe ese consenso, como pueden ser la lucha contra una dictadura o contra una invasión militar u ocupación extranjera. Esta carencia no es banal, puesto que hace que no sea herramienta válida para muchos movimientos sociales que buscan la transformación social mediante métodos no violentos pero no cuentan con un consenso amplio en la sociedad y se han de orientar previamente a cohesionar apoyos sociales en torno a un paradigma alternativo al hegemónico.

Igualmente, sorprende mucho que posteriormente Sharp, cuando habla de mecanismos para conseguir el cambio (los ya mencionados conversión, coerción no violenta y acomodación), no haga una teoría coherente con su propia teoría del poder y que la acción no violenta, a la cual considera no una forma de poder en sí misma sino una forma de contrarrestar el poder existente, necesite de una tercera dimensión que recoja las dinámicas de intercambio surgidas mediante la acción política como implica, al fin y al cabo, la necesidad del mecanismo de acomodación (Sharp, 1973, págs.. 705-794). Llegamos de esta manera a los dos componentes principales de las críticas que se han hecho a la teoría del poder de Sharp, una desde una perspectiva estructuralista que niega la voluntariedad del sujeto y se centra en los procesos de normalización de la dominación, y otra, desde una perspectiva de la teoría de las organizaciones, que entiende el poder como una relación de intercambio desigual, en el que la asimetría configura la estructura de la dominación.

Dado que para el análisis de la coerción no violenta vamos a partir de los factores relativos al éxito de la misma señalados por Sharp, nos hemos de detener ahora en un análisis crítico de su teoría de la acción no violenta. Su análisis epistemológico del poder le ha llevado a considerar la acción no violenta como una forma de coacción cuando actúa cortando las fuentes de poder del oponente, lo cual es, en definitiva, el mismo planteamiento de Case o incluso Thoreau, que ya lo centraron en la no-cooperación. El problema de este análisis es que no tiene en cuenta otros mecanismos coercitivos ajenos a la no-cooperación, como pueden ser los

relativos a la intervención noviolenta, que también ejercen presión coercitiva de carácter instrumental, por ejemplo con acciones de obstruccionismo o interposición noviolenta.

4.1.1 Las críticas a la teoría del poder de Sharp

Tal y como ha resumido el profesor Kurt Schock, si bien las aportaciones estructuralistas a la teoría del poder y del consenso se hicieron independientemente de la teoría de Sharp, que dicho sea de paso pasó bastante desapercibida en el ámbito académico, pronto empezaron a utilizarse para lanzar tres críticas fundamentales a sus planteamientos (Schock, 2008, págs 106-108). Algunas de estas críticas provenían de activistas comprometidos con la acción noviolenta desde un punto de vista ideológico a la hora de elaborar teorías de la acción noviolenta más acordes con los puntos de vista de los movimientos sociales de larga tradición noviolenta, como el pacifismo de Brian Martin o el ecologismo de Robert Burrowes (Martin 1989; Burrowes, 1996).

Primero, la cooperación y consentimiento, fundamentales en la teoría del poder de Sharp, no tendrían ese carácter individualista y voluntarista que él les achaca, sino que estarían mediados por estructuras sociales que se imponen colectivamente a los individuos (Burrowes 1996, pág. 90). Esta crítica estructuralista provendría de una interpretación no cultural de Gramsci, similar a las presentes en la teoría de las configuraciones de Norbert Elias o la de hábitos de Pierre Bourdieu que hemos visto en el capítulo segundo y que habla de individuos sometidos por procesos de control y dominación en los que intervienen la tradición, la ideología, la socialización, patrones de comportamiento etc. que limitan mucho la capacidad de elección del individuo (Schock, 2008, pág. 106) y lo llevan a un estado de indefensión aprendida que lo impide revelarse. Además, autores del campo de las teorías de la noviolencia, como Brian Martin y Wendy Varney, han añadido y sintetizado estas críticas alegando que, por un lado, en muchos sistemas sociales no existe esa distinción clara entre gobernantes y gobernados, y las personas tienen roles de

ambos en su vida diaria, cosa que se acentúa en los sistemas políticos en los que no existe una idea clara de donde están los verdaderos opresores (Martin y Varney, 2003, pág. 84). En cualquier caso, no habría que perder la pista en todo momento de que cada sociedad es única, y las relaciones de poder que se dan presentan una proporción de coerción y consenso determinada y, sobre, todo, que estas no son homogéneas, sino que se distribuyen de diferente manera en los estratos de población.

El descuido de estos aspectos hace que Sharp no tenga en cuenta el principal problema al que se enfrentan la mayoría de los movimientos no violentos, que es nada más y nada menos cómo movilizar a las masas para conseguir realizar una acción no violenta masiva. Sharp, por el contrario, por su concepción voluntarista del consentimiento, parte siempre de una situación en la que las masas ya están movilizadas ya que la justicia de su causa se impone al individuo, y no se preocupa mucho por ese aspecto, sino que se centra en problemas estratégicos posteriores. Shock ha señalado la utilidad de la teoría de marcos y de la estructura de oportunidades políticas como instrumentos analíticos capaces de superar estas limitaciones (Schock, 2008, pág. 107). Desde el punto de vista que vamos a defender en este trabajo, este problema se supera más acertadamente con la teoría de las identidades colectivas, que tienen en cuenta aspectos cognitivos previos de carácter irracional.

Otra versión de esta crítica a la teoría del poder de Sharp es la proveniente de una interpretación cultural de la hegemonía de Gramsci o de visiones estructurales basadas en procesos de normalización como los descritos por Foucault o Arendt, que hemos visto más arriba, los cuales llevan a la elaboración de consensos colectivos que promueven el sometimiento. Al no hablar de consentimiento sino de consenso y disciplina, necesitaremos de teorías sociológicas que nos permitan entender cómo se elaboran el discurso hegemónico y los discursos de disenso previos a la acción política, por lo que, en el capítulo relativo a la persuasión no violenta, nos serviremos de las teorías de Foucault y Bourdieu para completar el enfoque de la teoría de marcos. De este modo, Sharp puede

explicar acertadamente el funcionamiento de la acción noviolenta y su teoría encaja perfectamente en situaciones extremas tales como dictaduras, guerra o genocidio, pero no entra a analizar cómo se establece el consenso en torno al cual se otorga o se niega el consentimiento, aspecto en el que más se habían detenido a analizar autores del enfoque ideológico o del campo de la teoría sociológica. Vinthagen expresa esta crítica interpretando a Foucault con las siguientes ilustrativas palabras:

El poder tiene que ver con cómo las acciones, independientemente de las intenciones de los actores, pueden estructurar el espacio de otras acciones. De acuerdo con Foucault, el poder es un acto productivo de dominación. El individuo que actúa no controla la actividad, sino que es la actividad la que controla al individuo y forma su personalidad. Un conjunto de técnicas domina a aquellos que ponen en práctica esas técnicas, independientemente de si son “líderes” o “subordinados”. El individuo no ejerce el poder, sino que es el poder el que se expresa a través de los individuos. Foucault mantiene el punto de vista contrario a Sharp. El activista noviolento no puede permanecer fuera del poder, hacer la decisión de resistir, y en consecuencia actuar contra el poder. La resistencia existe como una posibilidad, por los filamentos del poder se han infiltrado el pensamiento, lenguaje, métodos y cultura de los y las activistas noviolentos. Para Sharp, la lucha por el poder se desenvuelve entre participantes, mientras que para Foucault, la lucha crea a los participantes. (Vinthagen, 2015, pag.176)

La tercera crítica hace referencia a que contrariamente lo que se expone en la teoría del poder de Sharp, el poder del gobernante no depende siempre de la cooperación y obediencia de los gobernados, o al menos no sólo de esto (Schock, 2008, pág 108). Para otros autores, este también puede depender de fuentes ajenas a la sociedad, como otros Estados extranjeros (neocolonialismo), capital internacional y otros factores

transnacionales (Burrowes, 1996, págs. 87-88). La conclusión a la que lleva considerar estos factores es que la no cooperación de los oprimidos puede ser requisito necesario para el éxito de la acción no violenta, pero no es condición suficiente ya que las élites cuentan con el apoyo de otras élites. Es decir, no basta con la no cooperación para lograr el éxito que dependerá también de la acción de terceras partes que bloqueen o nieguen esos apoyos y el actor no violento deberá desarrollar estrategias hacia esas otras fuentes de poder del oponente. Al respecto cabe señalar que Sharp realizó un análisis sobre los factores que inciden en el éxito o fracaso de la acción no violenta en el cual incluía variables relativas a los factores internos de los propios movimientos, pero también incluía factores externos, lo cual quiere decir que consideraba otras variables ajenas a los propios movimientos que inciden en las posibilidades de éxito del mismo. Estas serán tenidas en cuenta en este estudio, pero daremos primacía al enfoque de Burrowes para no menospreciar el papel de terceras partes no sólo como aliadas del actor no violento, sino como aliadas del oponente.

Desde un punto de vista social, resulta evidente que lo que Sharp tiene en mente son formas de derrocar dictaduras y sistemas opresivos que gozan de poca o ninguna legitimidad entre sus súbditos. Por el contrario, los movimientos sociales luchan contra relaciones sistémicas como el patriarcado, el militarismo o el capitalismo, y por cambios sociales más allá de los cambios políticos y, por tanto, no les es útil un planteamiento estratégico sólo político. Además, se tienen que enfrentar a procesos elitistas de formación de consensos políticos a consecuencia de su hegemonía en la producción simbólica, con lo que parten de una situación de normalización del problema político al que se enfrentan. . Es por eso que la tarea de estos movimientos tiene un gran componente de labores de contrainformación, de forma que la lucha por la definición de la realidad (obviada por Sharp) cobra especial importancia ante la desigual capacidad de producción de noticias y opiniones. De esta manera se puede considerar que la acción no violenta tal y como la plantea estratégicamente Sharp está orientada hacia un cambio meramente político que no tiene en cuenta el desafío a otros tipos

de instituciones sociales o relaciones sistémicas que busquen transformaciones más allá de la toma del poder y pero sí afectan a la hegemonía de las élites. Esta reflexión la recuperaremos más adelante, a la hora de analizar los problemas de un enfoque excesivamente centrado en el actor, al buscar la derrota del oponente, para justificar un enfoque más estructural más centrado cambios sociales.

Por otro lado, este excesivo enfoque político de Sharp le lleva a olvidar en su teoría del poder otros aspectos de su propia teoría de la acción no violenta y ahonde en una teoría del poder centrada sólo en aspectos de la no colaboración olvidando los métodos de protesta y persuasión destinados a romper la hegemonía ideológica por un lado y los medios de intervención no violenta que no se basan en la no colaboración por otro; sino también en la disrupción, la capacidad para interrumpir el funcionamiento del sistema y que no encajan tan claramente en la teoría del poder de Sharp. Habría que añadir además los métodos no violentos de carácter asertivo que se basan en la creación de instituciones alternativas que no encajan tampoco mucho en la teoría del consentimiento de Sharp.

Todas estas razones hacen que la teoría de Sharp sirva para ser aplicada al estudio de movimientos no violentos producidos en dictaduras; donde estas existen se utiliza la represión violenta para mantener las estructuras de poder, pero no para los sistemas de opresión en los que la violencia abierta no se utiliza tanto. También habría que tener en cuenta que estas reflexiones sobre la creación social del consentimiento (o consenso, o normalización) restan importancia a la coerción como forma de poder, porque se han diseñado teniendo en mente sociedades postindustriales en las que, sin duda, los procesos de coerción han sido sustituidos por procesos de construcción de consenso. Se puede considerar, por tanto, que, como teoría general del poder, la teoría del consentimiento de Sharp no tiene gran fuerza, pero sí la tiene como teoría de desafío a regímenes autoritarios en los cuales está más clara la división entre

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

gobernantes y gobernados y no operan tanto las restricciones estructurales a la libertad mediante la hegemonía cultural que impone el consenso. No obstante, la taxonomía, catalogación y buena parte de la reflexión estratégica ha sido sumamente útil para activistas que operan en otros contextos donde existen sistemas de poder complejos. De hecho, sus técnicas han sido ampliamente utilizadas en movimientos antisistémicos de países democráticos, aunque sus esfuerzos se hayan dirigido a dotar de herramientas de acción a activistas demócratas en dictaduras.

Una vez hecha esta valoración crítica sobre el análisis de Sharp vamos a tomar lo que nos interesa de su enfoque, principalmente su visión de los medios coercitivos y los factores que recopila para cada uno de los mecanismos para el éxito de la acción noviolenta que nos darán el punto de partida para hallar los que, según nuestra epistemología, operan en la acción noviolenta. Estos serán analizados y completados más adelante, en el capítulo relativo a los factores instrumentales relativos a la acción noviolenta, antes iremos viendo las dinámicas comunicativas y compensatorias para poder establecer una teoría de la resistencia en la que enmarcar estos factores.

CAPITULO 5

LAS DINÁMICAS COMUNICATIVAS DE LA ACCIÓN NOVIOLENTA

De los tres mecanismos descritos por Sharp para conseguir el éxito utilizando la acción noviolenta (coerción noviolenta, conversión y acomodación) la que se encuadra dentro de un ámbito más claramente comunicativo es la conversión (Sharp, 1973). No obstante, tenemos que puntualizar que desde la teoría de la acción comunicativa de Habermas se entiende que lo que en esta investigación hemos denominado “dinámicas compensatorias” obedece a una lógica comunicativa en cuanto se equipara a la negociación noviolenta con un diálogo (Vinthagen, 2015). Nuestro enfoque es totalmente coherente con la idea de que la negociación noviolenta tiene esa perspectiva comunicativa, pero entendemos que el rasgo principal de la misma es la compensación dentro de un entorno de negociación. Dado que necesitamos una categoría para recoger al conjunto de dinámicas que influyen en la expresión o interpretación de un lenguaje, entendemos que el concepto de comunicativo es el que mejor recoge esa idea. De esta manera queda mucho más claro si calificamos como comunicativas a las dinámicas relativas a los procesos de influencia social y como compensatorias a las relativas a las negociaciones y los términos en los que se produce ese diálogo.

De la misma manera, en los párrafos siguientes vamos a justificar por qué preferimos utilizar el término de persuasión noviolenta en detrimento de la terminología habitual de las teorías de la acción noviolenta de “conversión” (Sharp, 1973, 707-733). Este término creemos que puede ser confuso en cuanto da a

entender un proceso de transformación total del oponente que no tiene por qué producirse para que cambie su esquema cognitivo. El concepto de conversión viene del lenguaje gandhiano y es empleado en este sistema filosófico precisamente para referirse a esa idea de transformación total del oponente que queremos evitar en esta investigación. No todas las perspectivas de la acción noviolenta suscriben los principios del *satyagraha* gandhiano, y ni siquiera todas las perspectivas del enfoque gandhiano, aspiran a tal transformación del oponente.

La teoría de conflictos de autores como Galtung, o Lederach prefiere evitar un enfoque orientado a la derrota del antagonista u oponente para centrarse en estrategias de acción encaminadas al cambio estructural (Burrowes, 1996). Desde este punto de vista se entiende que el proceso de persuasión noviolenta alude a fenómenos puramente comunicativos que abarcan dinámicas que no se tienen presentes en la idea de conversión, ya que la idea de persuasión noviolenta está basada en interacciones sociales de mucho mayor rango al implicar la participación de terceras partes y estructuras sociales en el proceso. De hecho, fueron estas dificultades en torno al proceso de conversión lo que llevó a George Lakey a proponer en los 60 una distinción precisamente entre la conversión y la persuasión, aunque esta última fuera entendida como un proceso de diálogo en un sentido más cercano a dinámicas compensatorias de negociación que a procesos puramente expresivos o comunicativos (Lakey, 1968). Es por ello por lo que fue posteriormente bautizada por Sharp como “acomodación”, pero cuya propuesta no recogía el enfoque de Lakey, surgido a raíz de la interpretación de la acción directa noviolenta movimiento de derechos civiles y que recuperaremos en el siguiente capítulo.

El hecho de calificar como “noviolento” al proceso de persuasión, ya que no hablamos de procesos de persuasión, sino de persuasión noviolenta, responde a la necesidad de quedar claro que estamos hablando de un proceso cognitivo basado en la interpretación de la acción política sin violencia, con las

consiguientes dinámicas comunicativas que ésta activa al eliminar expresamente la violencia del repertorio de acción política. Incluso en los casos en que la dimensión instrumental es muy evidente, como en procesos de desobediencia civil o boicot masivos, los procesos comunicativos también tienen su importancia a la hora de interpretar la acción como un mensaje que busca fomentar la adhesión en miembros tanto del propio grupo, como de círculos cercanos de terceras partes o incluso entre algunos grupos más afines dentro del propio oponente.

Por lo tanto, en nuestro modelo, tendremos que distinguir entre los diferentes tipos de interpretaciones que de un mismo hecho se realizará por cada uno de los actores sociales implicados en la acción noviolenta. Estas diferentes racionalidades las vamos a estudiar como si de un triángulo se tratase, en cuyos vértices situaremos al actor noviolento, al oponente y al entorno. En el capítulo 2 avanzamos la existencia de un triángulo comunicativo en el cual una acción noviolenta se interpreta con respecto a tres lógicas racionales diferentes: la autorreferencial, establecida por el grupo de referencia del actor que la pone en marcha, la normativa, la que se establece por el oponente y se debate en términos de legitimidad, y la dramática, que afecta a la interpretación que puedan hacer terceras partes que, al contemplar una acción política, asumen el papel de testigos de la misma al no ser actores directamente implicados en el proceso. Por ello, creemos necesario añadir el epíteto de noviolenta para hablar de persuasión no sólo para señalar que se trata una forma de persuasión sin violencia, sino para indicar que se trata de convencer atendiendo a dinámicas comunicativas puestas en marcha por la acción noviolenta, y que tendrán como objetivo tanto la influencia en el propio grupo, como en los del oponente y terceras partes.

Se pueden encontrar precedentes a las ideas acerca de la persuasión noviolenta en las teorías de los socialistas utópicos de la primera mitad del XIX, que pretendían expandir su socialismo por el ejemplo de sus experiencias alternativas (la difusión por contagio

decían), aunque con poco éxito en la práctica (Castañar, 2013, págs. 50-60). Así mismo la idea de persuasión fue una idea muy importante en los teóricos de la “no-resistencia” del siglo XIX como los norteamericanos Willian Lloyd Garrison o Adin Ballou y a través de Tolstoi pasó a Gandhi (Castañar, 2013, págs. 97-109). No obstante, tal y como hemos señalado en el capítulo anterior, el primero en expresar claramente la idea fue Clarence Marsh Case en su análisis de la coerción noviolenta en 1923, precisamente para diferenciar ambos conceptos:

La persuasión es esa forma de acción social que procede por medio de convencer a otros de la justicia y conveniencia de una determinada línea de conducta. Se puede transmitir con argumentos, que es el procedimiento reconocido cuyo nombre es comúnmente aplicado, o puede buscar convencer mediante el sufrimiento propio. La persuasión mediante el sufrimiento presenta dos tipos. El primero ha sido abundantemente ilustrado en la resistencia pasiva del antiguo estilo ortodoxo. Tal vez nada ha destacado más en nuestra visión de los grandes resistentes pasivos que su voluntad y capacidad para sufrir. Este sufrimiento puede ser pasivo, propiciado a manos de otros o autoinfligido, como en lo que recientemente se denomina “huelga de hambre”. En ambos casos, el método es producir en la mente del otro un cambio de la actitud mental sin usar la coerción. En la persuasión ordinaria se convence por una serie de ideas o cadena de razonamientos. En persuasión por sufrimiento se hace por la vista de la angustia que una palabra o un simple acto de resistencia o consentimiento de su propia parte podría evitar. Cuando el sufrimiento es autoinfligido por el propósito expreso de producir tal dilema en la mente del sujeto, como en la huelga de hambre, esta forma de persuasión participa de la naturaleza de la coerción noviolenta, como se ha explica más abajo. Pero en la típica situación, donde el sufrimiento, en tanto que no es creado por uno mismo, es soportado de forma pasiva, el sujeto es persuadido y desviado de su

intención por una conjunción de admiración, gratitud, compasión, remordimiento u otra emoción poderosa, mientras que a veces su actitud hostil y amenazante se cambia en una benevolencia activa. (Case, 1923, págs. 397-98, traducción del autor).

Vemos por tanto que hay una estrecha relación entre la forma de percibir la violencia y la forma de percibir la noviolencia, en cuanto son formas de interpretar el sufrimiento, y la causa del mismo. Hay que tener en cuenta, no obstante, que esta idea de sufrimiento como motor de la conversión del oponente ha sido muy criticada por la perspectiva feminista de la noviolencia, que considera que ese sacrificio enfatiza la fuerza individual y el martirio, por lo cual se inserta en el contexto de relaciones patriarcales de afirmación de la fuerza del hombre sobre sus sentimientos (Vinthagen, 2015, pág. 214). Además esta idea choca con la idea de empoderamiento mediante la creación de autoconfianza y la mejora en el uso de las propias habilidades de forma individual o mediante la conexión con el grupo, ya que enfatiza el individualismo varonil. Esto hace que la idea de conversión por sufrimiento no haya servido a las mujeres y otros colectivos sistemáticamente subordinados, como indígenas o castas inferiores, ya que tanto el oponente como algunos sectores del entorno obvian su sufrimiento, el cual ha sido previamente normalizado en el orden social y necesita de un proceso de empoderamiento personal y grupal paralelo al de deslegitimación de la subordinación.

No obstante, el poner atención sobre la fuerza de la percepción del sufrimiento como motor de influencia social nos lleva a una distinción fundamental en la comunicación como es la distinción entre dos formas de persuasión, la racional y la irracional, la que apela al *logos* y la que apela al *ethos*, la que busca establecer argumentos la que busca crear sentimientos de empatía. Tal y como lo explica Joan Ferrés:

A la hegemonía de uno u otro de los factores que

influyen en las decisiones y comportamientos, los razonamientos y las emociones, le corresponden dos grandes vías de comunicación persuasiva, la vía racional y la emotiva, que se caracterizan a su vez por el uso preferente de uno de los dos tipos de pensamiento, el primario y el secundario, el lógico y el asociativo. La vía racional, que se rige por el pensamiento lógico, actúa por argumentación. Va de causa a efecto o de efecto a causa. La vía emotiva, que se rige por el pensamiento asociativo, obedece a otros parámetros: no actúa por argumentación sino por transferencia. Actúa por simple contigüidad, por proximidad, por similitud, por simultaneidad, por asociación emotiva o simbólica. La vía racional pretende convencer, es decir, ofrecer razones o argumentos que lleven al persuadido a asumir el punto de vista del persuasor. La vía emotiva, en cambio, pretende seducir, atraer al receptor desde la fascinación. La vía racional y la emotiva se mueven, pues, en esferas mentales distintas. Una persona que gusta desde los parámetros del pensamiento lógico es una persona que convence por su forma de pensar o de actuar. En cambio, una persona que gusta desde los parámetros del pensamiento asociativo es, por ejemplo, una persona cuyo físico recuerda, de manera consciente o inconsciente, a alguien a quien se aprecia; o una persona a la que se asocia con un momento feliz de la propia vida, aunque ella no tuviera nada que ver con esta felicidad. (Ferrés, 1996, págs. 68-73)

Esta particularidad dual del hecho comunicativo es la que se busca intencionadamente mediante el uso de la acción no violenta, ya que mediante la misma se trata no sólo de lanzar un mensaje racional acerca de la justicia de las demandas exigidas, sino que se busca también aprovechar los sentimientos de empatía que se generan al contemplar una acción pacífica o la represión violenta de la misma desvinculándose por completo de cualquier violencia asociada. Es decir, la persuasión no violenta busca aprovechar la influencia que las emociones tienen en la definición de los esquemas cognitivos para favorecer una asimilación favorable entre

el actor noviolento, la causa que defiende y los métodos que usa. Incluso en la huelga de hambre, donde se produce una agresión contra uno mismo, la causa de la misma se desvincula con el actor noviolento y la percepción de la responsabilidad queda en manos de aquel contra el cual se dirige la acción.

Desde el enfoque ideológico de las teorías de la acción noviolenta se considera que buena parte de la eficacia comunicativa de la misma se basa en que el mensaje debe ser congruente con la forma que se elige para transmitirlo para que tanto oponentes, como terceras partes, o miembros del propio colectivo puedan interpretar el mensaje desde un plano que emocionalmente no lo distancie. Jurgen Johansenn y Brian Martin hablan de la siguiente manera acerca de esta necesidad estratégica de congruencia, desarrollando el aforismo del teórico de la comunicación Marshall McLuhan y que dice “el medio es el mensaje”:

En el mundo del activismo, también, el medio -es decir el método usado para la intervención- es el mensaje. Según una perspectiva de la psicología llamada teoría de la «inferencia correspondiente», el público hace suposiciones sobre las motivaciones de alguien según las consecuencias de sus acciones. Cuando los activistas usan la amenaza o la violencia, por ejemplo, con bombas, asesinatos, o secuestros, muchos observadores creen que el objetivo de los activistas es destruir la sociedad. El método, es decir, la destrucción, se asume que refleja el objetivo. Por ejemplo, después del 11/9, mucha gente en los Estados Unidos creyó que el objetivo de Al Qaeda era destruir la sociedad de los Estados Unidos. Era una interpretación errónea. Muy pocos ciudadanos de los Estados Unidos sabían que los objetivos clave de Osama Bin Laden tenían que ver con la política del gobierno estadounidense en el mundo musulmán.

Lo mismo vale para situaciones de menor relieve. Si un trabajador en un piquete escupe a un encargado, el mensaje

que se da es de desprecio y de falta de respeto, lo cual puede distraer al público del auténtico mensaje: que el sueldo es insuficiente o que las condiciones laborales no son seguras. Las intervenciones tienen más fuerza cuando el método usado –el medio– está de acuerdo con el mensaje. En el movimiento norteamericano de los derechos civiles, negros bien vestidos entraron en restaurantes reservados para blancos y se sentaron con gran educación y tranquilamente en las barras de comidas, sin responder al abuso y provocaciones de la policía. Su presencia, y respetuoso comportamiento, mandó un convincente mensaje que estaba en línea con su objetivo a corto plazo (igualdad de oportunidades en el restaurante), así como con su objetivo a largo plazo de igualdad racial. Por otro lado, el abuso de los clientes blancos y la intervención agresiva de la policía, dirigida sólo a los negros en el restaurante, mandó el mensaje de que la segregación es un sistema de racismo, exclusión, y agresión. Estos convincentes mensajes ayudaron a desacreditar la segregación entre el público en el resto de Estados Unidos y del mundo.¹

El ejemplo ilustra las diferentes racionalidades que hay a la hora de interpretar un acto. Si sólo se prima la racionalidad autorreferencial, destinada a afianzar posiciones de liderazgo dentro del propio grupo o sociedad de referencia, el mensaje será interpretado de forma totalmente diferente desde la racionalidad normativa o la dramática. Esa es la gran diferencia de la acción no violenta con respecto a las formas de acción violenta, ya que la

¹Jurgen Johansen y Brian Martin: "*Emitiendo el mensaje de protesta. Creando una acción efectiva.*" en Manual para Campañas No violentas. IRG. Londres 2009, pag 60. Disponible en internet en www.wri-irg.org y la versión completa en inglés del artículo en:

<http://www.uow.edu.au/arts/sts/bmartin/pubs/08gm.html> .

noviolencia busca cierta empatía con el oponente y terceras partes para que puedan entender el mensaje que se está lanzando.

En esa misma línea camina la muy conocida teoría de la comunicación noviolenta de Marshall Rosenberg, aunque desarrollada en el ámbito de las relaciones interpersonales. Básicamente, la comunicación noviolenta, como la interpreta Rosenberg, se basa en preparar emocionalmente al receptor y al locutor para poder tanto formular adecuadamente las necesidades y pedir acciones concretas. Los cuatro componentes que señala serían: observación del hecho conflictivo, reconocimiento de los sentimientos que genera, identificación de las necesidades asociadas y formulación de una petición concreta (Rosenberg, 2006). Se trata por tanto un método de reflexión empática como fase analítica previa para poder elaborar un mensaje con probabilidades de éxito a la hora de influir en destinatario, en el sentido de persuadir a otra persona para cambiar determinadas actitudes. Al igual que en las relaciones interpersonales, en el ámbito social en el que se desenvuelve la acción noviolenta nos encontramos con sentimientos y necesidades generados por una situación social que pueden ser malinterpretados sino se expresan de una forma comprensible. Como la acción noviolenta se desenvuelve en un ámbito en el cual el sistema sociopolítico no permite la expresión de esos sentimientos y necesidades de los grupos sociales afectados por esa situación, ya que son grupos excluidos, estos necesitan dotarse de herramientas para que cuando se lancen a la acción política no convencional no se malinterpreten sus acciones y sean calificados como antagonistas. Este sería uno de los principales frenos comunicativos que la acción noviolenta busca evitar, ya que la valoración de las acciones de otros grupos siempre estará precedida por una categoría previa en la que cognitivamente se ha encuadrado a ese grupo, si esta categoría es sinónimo de antagonista, sus acciones serán percibidas como amenazas y se invisibilizarán sus motivaciones, esto es, los sentimientos y necesidades generados por una situación social previa sobre la que ese grupo tiene control.

5.1 La conversión como proceso de reordenamiento cognitivo

La idea de la conversión del oponente puede ser considerada como un antecedente de las ideas de la psicología cognitiva en cuanto hacía referencia a la transformación de los esquemas cognitivos del oponente por medio de la exposición del mismo a sentimientos morales que le supusieran un conflicto interior. Dentro del concepto gandhiano de acción directa no violenta, el *satyagraha*, el impacto moral que se ejerce sobre el oponente ejerce el papel fundamental en la conversión del mismo, ya que se hace para motivar su conversión, es decir, su transformación. Así lo explicaba él mismo:

La *noviolencia* no consiste en <<abstenerse de todo combate real contra la maldad>>, por el contrario, veo en la no violencia una forma de lucha más enérgica y más auténtica que la simple ley del talión, que acaba multiplicando por dos la maldad. Contra todo lo que es inmoral, pienso recurrir a armas morales y espirituales. No deseo embotar el filo del arma que me presenta el tirano, utilizando un tajo más cortante todavía que el suyo; procuraré apagar la mecha del conflicto sin ofrecer ninguna resistencia de orden físico. Mi adversario tiene que quedar sujeto por la fuerza del alma. Al principio quedará desconcertado; luego tendrá que admitir que esta resistencia espiritual es invencible. Si se pone de acuerdo, en vez de sentirse humillada, saldrá de ese combate más noble que antes. Podría objetarse que es una solución ideal. Estoy totalmente de acuerdo. (Gandhi, 1995, pág. 137, traducción del autor).

Uno de los grandes introductores de Gandhi en Estados Unidos, Richard Gregg profundizó en la explicación sobre los mecanismos de persuasión, para lo que utilizó las ideas de su época

sobre la existencia de energías emocionales que actuaban como fuerzas psicológicas de gran importancia (Gregg, 1935). Estas se basaban en la idea de que la ira consume más energía que los sentimientos sin ira de la acción noviolenta (es decir, que estos son más eficientes energéticamente), o que existían ciertos estímulos para motivar la desobediencia o deserción de las tropas del oponente (sugestión, imaginación, imitación, comunicación no verbal...). No obstante, también describía el proceso de conversión en términos muy similares a los de la actual psicología cognitiva:

El efecto total de estas fuerzas en la mente y el corazón del oponente violento se puede describir mejor con la palabra conversión. El proceso se puede explicar como sigue: cada persona civilizada posee tanto en su mente consciente o subconsciente un almacén de memorias morales elementales. Algunos de estos son mitos, fábulas, cuentos u otros eventos que, desde niño, se ha tomado como realidad. Algunos son relaciones morales o tipos impresos en el individuo en varias fases de su desarrollo. Algunas de ellas han sido reprimidas porque no eran consistentes con posteriores conductas. Otras han sido olvidadas simplemente por falta de uso, por falta de atención. Cada residuo de anteriores creencias o impresiones está compuesto por factores representacionales, emocionales o motores asociados en una unidad, y cada una de esas unidades parece tener más o menos energía física.

Durante una lucha prolongada entre un resistente noviolento y su oponente, los procesos psicológicos que hemos descrito, junto con una perturbación emocional y moral causada, aparentemente atrae al consciente algunos de los fragmentos elementales de memorias morales, disociados de los complejos que han estado controlando la conducta del oponente, transfiere su tono emocional y su energía física hacia alguna de sus experiencias revividas y forma nuevas combinaciones.

Junto con este cambio en los factores representacionales, emocionales y motores de las unidades psíquicas, y su reasociación en nuevas “constelaciones”, las experiencias de la lucha también tienden a inducir en el atacante una sublimación de sus deseos y energías, acercándolos a un nivel más social, redirigiéndolos hacia una más exclusiva síntesis en al cual se pueden reconciliar con los ideales de la asociación humana. (Gregg, 1935, pág. 56, traducción del autor)

En la actualidad han quedado obsoletos los términos psicológicos de los años 30 en los que se expresaba Gregg (energías emocionales), aunque el principio lógico del análisis psicológico que hemos citado más arriba no sólo sigue vigente sino que se ha convertido en el paradigma hegemónico en la ciencia psicológica.

No obstante, hay algunas limitaciones en el planteamiento inicial de la conversión, ya que tal y cómo se planteó en su origen era un enfoque que estaba excesivamente orientado al actor, es decir, a la conversión del oponente como persona, en vez de estar orientado a la transformación del paradigma como estructura, la cual es la propuesta que vamos a elaborar en este capítulo. Desde el punto de vista del enfoque *satyagrahi*, cuando se hace resistencia pasiva frente a la autoridad armada competente, lo que se busca es romper esos mecanismos que convierten al activista movilizado en objetivo de la represión violenta, y forzar al agente de la represión a realizar una elección moral entre desobedecer o cometer una injusticia. En este sentido está claro que hay que distinguir entre las personas encargadas de ejercer físicamente la represión y las que toman las decisiones, que serán más afectadas por mecanismos indirectos de pérdida de legitimidad para ordenar la respuesta violenta. También hay que distinguir entre las personas, y los esquemas cognitivos colectivos que utilizan para conocer y participar en el mundo, y esa será la base del planteamiento de la persuasión no violenta, no tratar de cambiar a las personas sino a

sus esquemas cognitivos, o paradigmas.

Con respecto a la influencia personal en los agentes encargados de reprimir con violencia a los activistas noviolentos, ahora sabemos que existen mecanismos cognitivos por los cuales una persona puede cometer las mayores atrocidades sobre otras sin que su conciencia tenga problema alguno. Así pues, los psicólogos sociales que han investigado sobre el tema han señalado que la deshumanización de la víctima, la traslación de responsabilidad, la existencia de impunidad o la rutinización de la violencia pueden llevar a crear unas condiciones cognitivas tales en las que cualquier persona podría convertirse en verdugo sin problemas de conciencia (Milgram, 1980). Cuando se consigue que un agente de la represión se niegue a ejercer la violencia sobre un activista o grupo de activistas, en realidad no se ha convertido al adversario a la causa de la noviolencia, como pretendían Gandhi o Gregg, sino que simplemente se han desactivado los mecanismos cognitivos que posibilitan esa violencia. Convertirlo sería algo más, hacerlo participe de la causa de forma que no solo se negara a aceptar las órdenes, sino que incluso abandonara el cuerpo o el grupo armado, un grado superlativo de persuasión al que no renunciaría el Mahatma. Desde nuestra epistemología, aunque no neguemos esta posibilidad, entendemos que los procesos persuasivos no van por esos derroteros y que son más importantes los procesos de influencia en terceras partes para que actúen como aliados a la causa.

En este sentido, el estudio de Thomas Weber² sobre la campaña de *satyagraha* de Gandhi de 1930 arrojó como

²Weber, Thomas: “*The marchers simply walked forward until struck down: nonviolent suffering and conversion*. Peace and Change. N° 18(3) 1993. págs 267-289. Citado por Martin, Brian & Wendy Varney: “*Nonviolence and communication*” Journal of Peace Research n°40, Sage Publications London 2003. Pág. 214-215

conclusiones que el éxito del Mahatma no vino de la transformación moral de sus oponentes, como él pregonaba, sino de otro tipo de procesos comunicativos, como fue la influencia en la opinión pública británica y norteamericana de los informes que sobre la campaña elaboraba el periodista Webb Miller. De hecho, a pesar de la fama con la que cuenta, las grandes campañas de Gandhi por la independencia de la India (la de no colaboración de 1920, la de desobediencia civil de 1930 y la de desobediencia total de 1943) en realidad fueron sonados fracasos, una tras otra, por diferentes motivos. La primera fue paralizada por el propio Gandhi al extenderse la violencia; en la segunda Gandhi negoció anticipadamente la desmovilización al ser invitado a unas negociaciones en Londres en las que a la postre no se satisficieron las propuestas independentistas y la tercera fue desarticulada por la represión británica gracias a medidas extraordinarias propias del tiempo de guerra en que se vivía (Castañar, 2013, págs. 145-161). La independencia simultánea de Ceilán, donde no había habido movilizaciones no violentas contra el colonialismo británico, muestra cómo la independencia de la India se produjo por razones geopolíticas y no por una campaña desactivada seis años antes.

El caso es que Gandhi, aunque había tenido en cuenta una teoría de la acción social que considerara la dimensión simbólica de la acción violenta o no violenta, no había incluido en su filosofía, aunque sí en su praxis, la importancia de terceros actores, y en especial de la opinión pública británica, cosa que, en cambio, sí fue tomada en cuenta por Gregg. Éste último utilizó una analogía con el arte marcial *jiu jitsu* que utiliza la fuerza del adversario para desequilibrarlo, acuñando el concepto de "*jiu jitsu moral*" en el que "la no violencia y la buena voluntad de la víctima actúa del mismo modo que la falta de oposición física en el que ejerce *jiu-jitsu* físico, haciendo que el atacante pierda su balance moral" (Gregg, 1935, pág. 44). De este modo el uso de la fuerza por parte de oponente le hace perder legitimidad ante la opinión pública, y por tanto el necesario apoyo social para continuar con sus actividades. En este sentido para Gregg es clave la importancia de cómo es contemplado

el conflicto por terceras personas.

Por esta razón, en una lucha entre una persona violenta y un oponente noviolento, si hay testigos o público, el noviolento gana una gran ventaja de su reacción. Cuando el público ve el coraje y fortaleza de la persona amable, no su generosidad y su buena voluntad contra el atacante, así como sus repetidas ofertas de zanjar el asunto de forma limpia, pacífica y transparente, se llena de sorpresa, curiosidad y maravilla. Si habrían sido hostiles a su víctima anteriormente, al menos se parará a pensar. Su buen humor, justicia y amabilidad irradia confianza. Más tarde o más temprano su conducta consigue la simpatía del público, su admiración y su apoyo, así como el respeto del mismo oponente violento. Una vez que el respeto del oponente se ha conseguido, un gran paso se ha dado hacia la solución satisfactoria de la controversia, no importa si esta era pública o privada (Gregg, 1935, pág. 48)

Si bien Gregg, aunque desarrollara el concepto de conversión, prefirió usar el concepto de “persuasión” para referirse a las dinámicas puestas en marcha por la acción noviolenta al considerarlo más apropiado y menos radical a la hora de interpretar cómo afecta a la persona. Sin embargo, los teóricos posteriores como Lakey y Sharp optaron por recuperar el de conversión queriendo tal vez con ello recoger la tradición gandhiana de influencia mediante el propio sufrimiento en la práctica de la noviolencia (Lakey, 1968, Sharp, 1973, págs. 717-725). No obstante, hay que tener en cuenta que, cuando Sharp piensa en acción noviolenta, lo hace teniendo en mente grandes movilizaciones masivas, donde existe un gran consenso previo. Es por eso por lo que en su teoría del poder o de la movilización no tiene muy en cuenta suficientemente la necesidad que todo movimiento tiene de influir en la opinión pública de su propia sociedad o de generar nuevos consensos sociales en torno a sus propuestas. Es verdad que Sharp utiliza la idea de “jiu jitsu moral” de Gregg para describir

un efecto similar que él denomina “jiu jitsu político”, con lo que tiene en cuenta aspectos relativos a la legitimidad de la represión que se ponen en evidencia mediante la acción noviolenta. Sin embargo, no tiene en cuenta aspectos comunicativos relativos a la transformación de las estructuras cognitivas con las que el público aprehende y percibe la realidad que le rodea. Entendemos que esta transformación, proceso fundamental para un cambio social, no le interesa ya que está solamente interesado en el análisis del mero cambio político, por lo que tenemos que desarrollar un enfoque que sí tenga en cuenta ese tipo de dinámicas y procesos.

Creemos por tanto que el término de “conversión” no hace referencia a los verdaderos procesos comunicativos que se ponen en marcha mediante la acción noviolenta, aunque ese haya sido el término tradicional entre los teóricos de la misma. La forma de convencer al oponente no es meramente un proceso de conversión o transformación del mismo, sino que se trata más bien de un proceso de persuasión colectivo, es decir, de cambiar el esquema por el cual éste define la realidad, un esquema que se construye socialmente. Pero este proceso comunicativo no se establece únicamente entre dos actores sociales, sino que existe un tercer actor, múltiple, que nosotros vamos a considerar dentro del entorno y que juega un papel esencial: el público, ya que será este el que realmente tenga el poder de transformar la visión del oponente sobre el asunto en cuestión. Es decir, nuestro enfoque va a ser un enfoque que prime la importancia de la opinión pública, por lo que la influencia en la misma deberá ser el objetivo fundamental del movimiento de resistencia civil que pone en marcha las estrategias noviolentas, y no limitarse a tratar de convertir al oponente haciéndole contemplar el propio sufrimiento porque este tiene unas estructuras cognitivas que invisibilizan ese sufrimiento.

Para poder hacer esto tenemos que fundamentar el hecho de que cualquier estudio sobre las dinámicas comunicativas presentes en la acción noviolenta deberá reflejar estos tres vértices del triángulo comunicativo: actor noviolento, oponente y público. Ya que

esa va a ser la hipótesis fundamental sobre la que se basa nuestro análisis.

5.2 El enfoque orientado a la estructura

Desde nuestro enfoque la opinión pública va a ser considerada como parte de esta última racionalidad dramática, ya que resume la fuerza que puede llegar a ejercer indirectamente. El tema de la opinión pública ha sido tenido en cuenta desde las tradiciones más antiguas de la noviolencia. Ya a principios de siglo XX, Lev Tolstói había hablado sobre el poder que ejerce las terceras partes, y más concretamente la opinión pública, sobre el gobierno como medio para la transformación social que evitara las trampas de la lucha armada o la acción institucional.

(...) sólo se plantean dos cuestiones, y las dos están cerradas. Una es destruir la violencia por medio de la violencia, por el terrorismo, bombas de dinamita y puñales, como nuestros nihilistas y anarquistas han intentado hacer para destruir esta conspiración del gobierno contra las naciones; la otra es llegar a un acuerdo con el gobierno, haciéndole concesiones, participando en él, con la intención de gradualmente desenredar la red que atrapa al pueblo, y así liberarlo. Ambas propuestas están agotadas. La dinamita y el puñal, como la experiencia ha mostrado ya, sólo causan represión, y destruyen el poder más importante, el único a nuestra disposición, que es la opinión pública. La otra propuesta también está agotada, porque los gobiernos han aprendido cuanto pueden permitir la participación de las personas que quieren reformarlos. Admiten sólo lo que no transgrede, lo que no es esencial, y son muy sensibles con respecto a las cosas que les pueden hacer daño, sensibles porque les concierne a su propia existencia. Admiten hombres que no comparten sus puntos de vista, y que desean reformas, pero no para satisfacer las demandas de estos hombres, sino sus propios intereses o los del gobierno. Estos

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

hombres son peligrosos para el gobierno si permanecen fuera del sistema y organizan revueltas contra él, oponiendo contra el gobierno el único instrumento efectivo que posee, la opinión pública. Deben entonces neutralizar a estos hombres, atrayéndolos por medio de concesiones, para volverles inocuos (como los cultivos de microbios), y luego hacerles servir a los objetivos del gobierno, por ejemplo, oprimiendo y explotando a las masas.

Si ambas propuestas están firmemente agotadas, y son estériles, ¿qué queda por poder hacer? Usar la violencia es imposible, porque sólo causa reacción. Unirse a las filas del gobierno es también imposible, porque uno convertirá en su instrumento. Un camino no obstante permanece abierto, combatir al gobierno por medios de pensamiento, discurso, acciones vida, sin ceder al gobierno ni unirse a sus filas incrementado su poder.

Sólo esto se necesita para tener éxito. Esa es la voluntad de Dios, la enseñanza de Cristo. Sólo puede haber una revolución permanente, la moral; la regeneración del hombre interior. ¿Cómo tendrá lugar esta revolución? Nadie sabe cómo tendrá lugar esta revolución en la humanidad, pero cada hombre lo ve claramente en sí mismo. En nuestro mundo todo el mundo piensa en cambiar la humanidad y nadie piensa en cambiarse a sí mismo. Tosltói, 1990, págs.. 69-70, traducción y subrayado del autor)”

Por otro lado, uno de los autores contemporáneos que más esfuerzos ha hecho por dejar claro a las terceras partes en las dinámicas comunicativas de la acción noviolenta ha sido el francés Jean Marie Muller:

La estructura de la lucha no-violenta es tripolar. Se crea lo que llamo una “triangulación” del conflicto. El tercer polo del conflicto es la opinión pública. Hay, por lo tanto, tres

actores: los resistentes, los que toman las decisiones y la opinión pública. Y la batalla decisiva es la de la opinión pública. Convencer a quienes toman las decisiones será muy difícil, en particular si se trata de los poderes públicos. Ciertamente, quienes toman las decisiones son mujeres y hombres y, no digo esto por principio, quienes, como cualquiera, están en capacidad de comprender las exigencias de la justicia. Pero, al mismo tiempo, tienen el riesgo de encontrarse prisioneros de su propio poder, de ser los rehenes del sistema que tienen por función defender. Si no se dejan convencer por lo justo de nuestra causa, posiblemente se vean obligados por la presión de la opinión pública (Muller, 2006).

Este punto de vista tiene en cuenta las fuentes del poder sobre las que se asienta el dominio del oponente y asume que los procesos de conversión directa son extremadamente dificultosos, pero pone de manifiesto la gran importancia de las dinámicas comunicativas de carácter social en los procesos de persuasión.

Otra visión de la importancia comunicativa de la acción noviolenta es la elaborada por Johan Galtung en lo que se conoce como “Gran Cadena de la Noviolencia”, en la que la acción comunicativa de un actor noviolento influye en terceras partes que, a su vez, influyen en otros colectivos más cercanos cada vez al oponente hasta que se puede producir esa comunicación que es imposible de forma directa, por partir de sistemas simbólicos diferentes o por la distancia social construida en el paradigma hegemónico (Galtung, 1989). Esta visión de Galtung es totalmente coherente con el análisis de marcos, y el concepto de marco de ligazón que desde esta perspectiva se propone como eslabón que conecta el marco de referencia propio del movimiento con los de la sociedad. Ambos enfoques hacen referencia a una aproximación indirecta en los mecanismos de persuasión, pero, desde la perspectiva de la cadena de la noviolencia, se pone más énfasis en los actores y en la del análisis de marcos de ligazón priman más los elementos simbólicos de los discursos, paradigmas o marcos.

Hay que señalar que Brian Martin y Wendy Varney, que han sido las personas que se han encargado de recopilar y aplicar las teorías de la comunicación al campo de la acción noviolenta, han señalado que los efectos comunicativos de la misma van un poco más allá, pues consideran que tiene cinco dimensiones, cuatro de las cuales se pueden asimilar a los diferentes tipos de racionalidad que vimos en el capítulo 2: 1) Diálogo con el oponente (racionalidad normativa), 2) Preparación del diálogo con el oponente (racionalidad compensatoria), 3) Movilización de terceras partes (racionalidad dramatúrgica), 4) Diálogo dentro del propio grupo (empoderamiento colectivo o racionalidad autorreferencial) 5) Diálogo interno (empoderamiento individual) (Martin & Varney, 2003a).

Lógicamente la racionalidad instrumental, que por definición se establece en un ámbito no social y por tanto no comunicativo, no se considera en esta propuesta, que no obstante si considera el empoderamiento individual como parte de la misma. Desde nuestro enfoque el diálogo interno lo vamos a tener en cuenta no como una dimensión racional en sí misma, sino como parte de la racionalidad autorreferencial en la cual el individuo va aprendiendo las habilidades necesaria para llevar a cabo acción política. Entenderemos por tanto el empoderamiento individual como algo que se consigue gracias a la conexión con otras personas y la participación en colectivos, por lo que la lógica de la racionalidad autorreferencial también recogerá esos aspectos. No obstante, en nuestro modelo sí que dejaremos un espacio al desarrollo personal propiamente dicho, y lo situaremos en las fases previas a dar el paso del pensar la realidad desde el punto de vista del yo a pensarlo desde el nosotros. Ese proceso estará reflejado en la adopción de una identidad colectiva que permitirá canalizar afectos y miedos (emociones) en la percepción e interpretación de la realidad social. En el capítulo 7, en el cual se habla de la fase de preparación para la acción noviolenta, hablaremos de ello. Por otro lado, entendemos la preparación del diálogo como una forma de racionalidad compensatoria porque, tal y como veremos en el siguiente capítulo,

se busca empoderar al actor con recursos con los que pueda compensar en el acuerdo al que se busca llegar dialogando.

Por otro lado, al hablar de acción noviolenta, vemos que desde los autores y activistas de la corriente ideológica se ha apostado por una idea universalista que tiende a considerar a todas las personas como hermanas o iguales (ya sea desde tradiciones religiosas o socialistas/anarquistas). Sirva, como ejemplo, el título de la antología de textos de Gandhi *Todos los hombres somos hermanos* (Gandhi, 1995). Este universalismo tiene gran importancia a la hora de entender y gestionar el conflicto ya que buscará deliberadamente evitar esa dualidad amigo/enemigo que tiende a primar en la acción violenta. Gregg se refería a esta idea con las siguientes palabras:

La violencia se basa en el miedo y la ira, y los usa hasta el extremo. Hemos visto que estas dos emociones se basan en la idea de separación, de división. La resistencia noviolenta, por otro lado, se basa en la idea de unidad. La hipótesis de los resistentes noviolentos es que el factor más fuerte en los seres humanos, a largo plazo, es su unidad, que ellos tienen más en común como una familia humana que como individuos separados. El supuesto básico del que parten esos hombres de paz creativos es que sus oponentes, no importa como externamente parezcan o cual sea su pasado histórico, son en el fondo decentes y tienen en sus corazones al menos una chispa de buen espíritu que puede sacado y reforzado en la acción. Los resistentes noviolentos tienen evidencias biológicas, psicológicas e históricas de esta creencia. Si no fuera verdad, la raza humana habría dejado de existir hace mucho tiempo. (Gregg, 1935, pág. 71)

Más allá de la posible ingenuidad o no de esta última afirmación, o que muchos teóricos y activistas hayan optado por la acción noviolenta por motivos prácticos más que morales, lo importante es que en el enfoque ideológico de la acción noviolenta

hay un esfuerzo por evitar orientar el conflicto hacia la derrota del oponente. De ahí la propuesta de conversión del mismo mediante estrategias comunicativas basadas en la visualización del propio sufrimiento voluntario acompañado de la negativa a infringirle daño. Esta idea moral de respeto a la humanidad del oponente no existe, no obstante, en las teorías o movimientos pragmáticos, que entienden la conversión como una forma de derrotar al oponente en vez de como un medio de superar la dicotomía victoria-derrota. Sin embargo, esta idea de universalismo incita al no considerar el conflicto como algo orientado al actor, es decir, a la derrota del oponente, sino a la transformación estructural del entorno en el que ambos, actor noviolento y oponente, se mueven. Esa es la interpretación que, desde la perspectiva gandhiana, ha recopilado Robert Burrowes aplicando avances de la perspectiva de Investigación para la Paz o de la teoría de la resolución de conflictos (Burrowes, 1996), haciendo con ello coherente la idea de conversión del oponente con la de transformación estructural al recuperar el universalismo presente en ambas.

Burrowes se basa en la consideración de que es falso el supuesto que afirma que las sociedades nacionales son un todo perfectamente integrado en el que no hay exclusión social por concepto de minorías étnicas o culturales, clase, género, edad u otro tipo de discriminación (Burrowes, 1996). Esto implica que tanto las teorías que conciben la sociedad como una asociación voluntaria de gente que comparte ciertos valores y crean instituciones para facilitar la cooperación son falsas y lo mismo con las que consideran a la coerción como el elemento que cohesiona la sociedad. Según la teoría del conflicto de John Burton, la apariencia de cohesión despista, y los individuos y grupos tienen muchos valores divergentes, e incluso esos valores que se consideran como compartidos frecuentemente impiden la satisfacción de las necesidades humanas universales para todos los grupos o personas de la sociedad, dando lugar a conflicto (Burton, 1990). Esta idea del conflicto, compartida también por el gran referente en la investigación para la paz Johan Galtung, (Galtung, 1985), es, por

tanto, estructural y la propuesta de Burrowes se traduce en que una estrategia de acción noviolenta debe de ser coherente con esta visión y no limitarse al enfrentamiento con el oponente, sino tratar de atacar las causas estructurales del conflicto (Burrowes, 1996). Esto no ocurre en las teorías pragmáticas de la noviolencia, especialmente en el campo de la defensa civil, que se centran en meras estrategias para vencer al oponente. Por lo tanto, para Burrowes la estrategia empleada debe estar en total consonancia con una teoría del conflicto que sólo conciba la posible resolución del mismo si se involucra a todos los individuos y grupos implicados y si se actúa sobre las causas estructurales del mismo.

Encuadrar la persuasión noviolenta dentro del ámbito simbólico/comunicativo de la acción social implica tener en cuenta los tres tipos de racionalidades del triángulo comunicativo: la racionalidad normativa, que busca deslegitimar al oponente o “convertirlo”, la autorreferencial, que busca cohesionar al grupo de referencia en torno a la propuesta estratégica, y la dramaturgica, que busca cambiar la actitud hegemónica con respecto a ese tema, lo que a su vez puede provocar el cambio político. Mediante la acción noviolenta, por tanto se trata no sólo de persuadir al oponente, sino que es mucho más importante un cambio en la actitud hegemónica, en los esquemas por los cuales la sociedad define la realidad, en la opinión pública al respecto, ya que el oponente tendrá que obrar de acuerdo con la legitimidad que le proporcione ésta.

Se trata, pues, de una estrategia comunicativa indirecta, en el cual se intenta crear un nuevo consenso social a través de la influencia en sectores sociales claves para ello. Esta opción por una estrategia comunicativa indirecta implica que se deje de lado la vieja idea de conversión del oponente, ya que lo que se propone es una concepción del conflicto que evite basarse en el actor y se centre más en el cambio de estructuras, en este caso cognitivas. Se trata, de un análisis mucho más realista de lo que realmente implica un proceso de persuasión social, ya que no se trata de “convertir” a tu

causa a una persona determinada, sino cambiar la manera de pensar hegemónica respecto a un asunto, lo que vamos denominar más abajo como “paradigma hegemónico”. Una vez que se cambie el paradigma hegemónico se producirá paulatinamente un realineamiento en los marcos de referencia que llevará a la transferencia de lealtades de algunos individuos. Estos dejarán de apoyar al oponente al ponerse de manifiesto las contradicciones de su discurso con el descrito por el paradigma hegemónico, que es el que acaba dando la legitimidad social. El oponente habrá quedado dividido (y por tanto debilitado) gracias a la persuasión indirecta de algunos de los miembros de las organizaciones que lo sostienen.

En este sentido hay que decir que algunos autores sobre noviolencia han utilizado términos bastante similares al de paradigma hegemónico que vamos a utilizar aquí. Burrowes empleaba el término “cosmología social” para hablar de esa relación que existe entre la sociedad y el paradigma hegemónico, constanding la importancia de lo que llama patrón de uso de materia y energía (es decir, el uso de modelos económicos sostenibles o insostenibles) y la concepción del conflicto y sus formas de abordarlos, dentro y fuera de las normas y canales establecidos, como la clave que conecta el mundo de las ideas con la realidad social. Lo describe de esta manera:

Tal como se define en esta investigación, una cosmología social de una sociedad consiste en cuatro componentes que se refuerzan mutuamente: el patrón de uso específico de la sociedad de energía y materia, su particular conjunto de relaciones sociales, su filosofía prevaleciente sobre la naturaleza de la sociedad (que incluye una concepción de la naturaleza humana), y sus estrategias para lidiar con conflictos. Estos componentes se describen como "que se refuerzan mutuamente" porque cada uno contribuye a dar forma, así como refleja la cosmología social en que se desenvuelve. Por ejemplo, una filosofía de la sociedad (que normalmente se expresa como un conjunto de creencias espirituales, religiosas

o ideológicas) justificará el patrón de uso de energía y materia, el conjunto de relaciones sociales y las estrategias para abordar los conflictos que son características de esa sociedad. Mientras las primeras cosmologías sociales se desarrollaron en respuesta a la interacción entre tres elementos primarios –las fuerzas evolutivas inherentes en los seres humanos, la naturaleza del entorno local de energía y materia, y el carácter de las relaciones entre las primeras sociedades-, muchas cosmologías posteriores han sido también moldeadas por imperativos culturales profundos: aquellas características de cosmologías anteriores que, por diversas razones, han sobrevivido para convertirse en hegemónicas. Aunque ha sido reconocida la conexión entre la ideología y las relaciones sociales, este estudio sostiene que un patrón de uso de energía y materia de la sociedad, así como sus estrategias para abordar los conflictos, son tan importantes como las relaciones sociales y la filosofía en la determinación de la naturaleza de esa sociedad. A su vez, esta cosmología forma otras características de una sociedad, incluyendo su concepción de la seguridad. (Burrowes, 1996, págs.. 1-2, traducción del autor)”

Cabe constatar, por tanto, que al hablar de persuasión noviolenta estamos moviéndonos en el ámbito de lo que unos actores definen y consideran como realidad y cómo convencer a los otros para cambiar su propia definición de la realidad, y que para ello se emplean dinámicas comunicativas en las que se interviene decisivamente en las relaciones sociales (sistema sociopolítico), en la producción y distribución de recursos (sistema económico), en el sistema de valores (sistema cultural) y en los canales habituales de resolución de conflictos (sistema político-judicial) así como las pautas sociales acerca de los canales de transmisión de información alternativos. Vamos a necesitar, por tanto, un análisis sociológico sobre los procesos cognitivos de estructuración de la realidad para poder comprender como afecta a los mismos la elección de una estrategia de acción noviolenta y obtener un modelo en el que poder ubicar las dinámicas de acción interpretadas desde una racionalidad

comunicativa. Comprobaremos así que el conflicto político en el ámbito comunicativo se establece entre construcciones enfrentadas de la realidad en la que en el proceso de elección de estrategias un actor político debe siempre de justificar el por qué rechaza las vías institucionales para resolver el conflicto así como por qué rechaza la tradicional vía no convencional, la violencia, al construir un repertorio nuevo de acción política para empoderarse.

Por otro lado, desde la óptica de la opinión pública, la persuasión puede confundirse con los procesos de acomodación en los que el oponente cede a las demandas del actor no violento sin estar convencido de ello, como resultado de un mero cálculo utilitario al perder legitimidad. Aparentemente en este supuesto, el oponente cede a la presión de la opinión pública sin estar convencido de la justicia de las demandas, por lo que, en realidad, se acomoda ya que no ha cambiado su punto de vista y lo que ha hecho ha sido aceptar un cambio ante el desgaste a su legitimidad que supone el proceso de acción no violenta. Sin embargo, hay que recordar que desde nuestro enfoque las dinámicas comunicativas puestas en marcha por la acción no violenta serán uno de los recursos del actor no violento para dotarse de poder negociador y obligar al oponente a ceder ante sus demandas. Así pues, la persuasión no violenta no hará referencia a un cambio en la forma de ver el problema por parte del oponente, lo cual será un caso extremo de persuasión no violenta, la conversión propiamente dicha, sino un proceso de transformación de las tendencias del paradigma hegemónico y el institucional producido a raíz de las dinámicas comunicativas puestas en marcha por la acción no violenta. Desde nuestra perspectiva, que no está centrada en el actor, no será tan importante esa conversión personal, y por tanto no nos interesa tanto si el oponente está convencido o no de la aceptación de las demandas, sino que lo que nos interesará será el análisis de la transformación del paradigma hegemónico y el institucional. Por eso tampoco consideraremos que el mecanismo de la acomodación sea un mecanismo válido para entender los mecanismos compensatorios de la acción no violenta, tal y como desarrollaremos

en el siguiente capítulo. En nuestro análisis queremos sustituir los tradicionales conceptos de coerción noviolenta, conversión y acomodación por la idea de que los mecanismos de la acción noviolenta responden a dinámicas instrumentales, comunicativas y compensatorias que intervienen en los procesos de acción política, a las que interpretaremos como factores presentes en un proceso de negociación efectuado desde el punto de vista del poder compensatorio. De esta manera consideraremos que los movimientos noviolentos ponen en marcha dinámicas que podremos interpretar como instrumentales o comunicativas que influirán en la interpretación desde una racionalidad compensatoria del poder que tienen a la hora de presentar sus demandas.

Vamos a centrarnos ahora en cómo se forman los consensos sociales para poder interpretar después los procesos que influyen a la hora de persuadir mediante la acción política.

5.3 La teoría de paradigmas

Al aproximarnos a los diferentes estudios sobre la construcción social de la realidad, lo primero que llama la atención es que existen diferentes líneas de pensamiento en cuanto al análisis del poder que pueden ejercer de los sistemas simbólicos, que son al fin y al cabo los elementos que conforman los esquemas cognitivos de la persona (Bourdieu, 2001, págs.. 87-99). Hay una primera perspectiva, de carácter cognitivo y proveniente del idealismo neokantiano, que considera a los sistemas simbólicos como sistemas de conocimiento que estructuran la realidad social mediante el establecimiento del sentido inmediato del mundo. Este sería el punto de vista que entiende los sistemas simbólicos como una construcción social de la realidad, y que incide en el carácter de estructurante de la realidad social que tienen los sistemas simbólicos. Así como se narra en muchos relatos míticos la creación del universo, incluido el bíblico Génesis, nombrar el mundo es crear el mundo, tal es la fuerza de los sistemas simbólicos para los que lo

que no tiene nombre no existe. Dicho de otro modo, lo que consideramos como existente es aquello que podemos nombrar, de ahí la necesidad de poner nombres a todo lo que nos rodea, o la necesidad de renombrar procesos políticos que satisfacemos con esta investigación.

Si profundizamos en esta primera perspectiva, la kantiana, deberemos tener en cuenta que el marco de la misma ha sido establecido principalmente por la psicología cognitiva de autores como Chomsky, Bruner, Vygotsky o Piaget, que estudia cómo los humanos entienden el mundo en el que viven, procesan la información y adaptan su conducta con forme a esquemas cognitivos previos que a veces tienen que ser adaptados ante disonancias producidas por nueva información recibida. En las teorías de la construcción social de la realidad que desarrollaron primero Alfred Schutz y posteriormente Peter Berger y Thomas Luckman, en la vida cotidiana los constituyentes esenciales de la aprehensión de esta realidad son el simbolismo y el lenguaje simbólico (Berger & Luckman, 1968). De este modo, a través de la construcción de la realidad que es posible mediante sistemas simbólicos (como el mito, el arte, la ciencia, la religión, las noticias periodísticas...), se construyen esquemas cognitivos, que aquí vamos a denominar paradigmas, y se otorga un sentido inmediato del mundo que nos rodea.

Existe, además, otra perspectiva de carácter estructuralista que se centra en la función de estructuras estructuradas de los sistemas simbólicos, es decir, se centra más en el *opus operatum* que en el *modus operandi*, más en el "quién" que en el "cómo" o el "qué". Así se parte del punto de vista de que los sistemas simbólicos sólo pueden ejercer un poder estructurador en tanto que ellos mismos están estructurados de alguna forma concreta. Es una visión que complementa la primera, pues, analizando los sistemas simbólicos en cuanto procesos en sí mismo estructurados, podemos averiguar cómo estructuran la realidad social. De esta manera cada uno de estos sistemas de símbolos o paradigmas establecerá por sí

mismo una definición de la realidad dotada de sentido propio, articulada mediante la lógica interna de los símbolos que emplea y los significados que transmiten.

Finalmente, la tercera perspectiva, proveniente del análisis marxista y del weberiano, se centra en los sistemas simbólicos en su papel de instrumentos de dominación de unos grupos sobre otros. Es decir, se centra en las funciones políticas de los sistemas simbólicos y deja de lado el estudio de su estructura lógica y su función de conferir el sentido al mundo. Desde esta perspectiva se entiende que existe en toda sociedad una cultura hegemónica que define la realidad para el resto de la sociedad pero que sin embargo, tan sólo contribuye a la integración de la élite ya que disimula y legitima las subordinaciones, de forma que obliga a todas las subculturas a definirse por su distancia respecto a esa cultura hegemónica (Gramsci, 1978). De esta manera, los sistemas simbólicos hegemónicos al estructurar una realidad normalizan la dominación de un determinado grupo social sobre el resto, es decir, la presentan como un hecho natural, como si fuera inherente al propio funcionamiento del mundo, pero que en realidad ésta ha sido definida por sistemas simbólicos elaborado por agentes de producción al servicio de esas élites . Como dijimos en capítulo 2, Michel Foucault denominó "disciplina" a esta mecánica de poder basada en la normalización, y consideraba que en la modernidad este era el mecanismo principal de dominación (Foucault, 2002, págs. 33-47).

Estas tres perspectivas se pueden sintetizar en la siguiente frase: "En tanto que instrumentos estructurados (con una lógica específica) y estructurantes (pues definen la realidad) de comunicación y conocimiento, (los sistemas simbólicos) cumplen la función política de instrumentos de imposición o de legitimación de la dominación que contribuyen a asegurar la dominación de un grupo social sobre otro" (Bourdieu, 2001).

Desde nuestra perspectiva de análisis de la resistencia civil,

esto nos lleva a la idea de una pugna entre el paradigma hegemónico y los diferentes sistemas simbólicos de los paradigmas alternativos que compiten con aquel a la hora de dar sentido al mundo. Esta idea es muy similar a lo que Thomas Kuhn denominó como paradigmas científicos para referirse a las distintas formas de plantearse la relación con el objeto de estudio en las distintas ciencias y cuyo uso se ha extendido ya a ámbitos no científicos (Kuhn, 2004). Para este autor las revoluciones científicas consistían en la sustitución de un paradigma científico hegemónico por otro diferente de los muchos alternativos al cambiar las preguntas que se hacían en el proceso de investigación. En el ámbito social cabe constatar un comportamiento similar, aunque cada paradigma se establece entre los sistemas simbólicos encargados de dotar de sentido al mundo y define por sí mismo una realidad social. Nosotros utilizaremos el concepto paradigma para referirnos a definiciones de la realidad social, se tratará por tanto de un marco cognitivo que describe la realidad social, diferente a los paradigmas científicos aunque similares en muchos aspectos, ya que ambos establecen diferentes definiciones de la realidad que pueden ser incluso contradictorias dependiendo del relato que se haga del mismo hecho social. Por lo tanto, en el sentido en que lo vamos a usar, el paradigma es sinónimo del concepto de marco de referencia del análisis de marcos. Si preferimos el concepto de paradigmas es solamente por su mayor uso en el ámbito coloquial con ese mismo sentido.

Utilizando este bagaje epistemológico, Melucci señaló la existencia de una distribución de la información asimétrica a través de la sociedad, lo que genera nuevos conflictos relacionados precisamente con la lógica de la distribución social de la información (Melucci, 1988, págs. 361-381). Para este autor, estos conflictos están relacionados con la aparición de una nueva forma de movilización social que proviene de la expresión de las contradicciones percibidas por el contraste entre la experiencia vivida y una distribución social de la información que refrenda la lógica de la dominación. Esto implica la idea de que es necesario

una nueva definición del problema para que se puedan conformar los actores políticos (los que ponen en marcha esa movilización social). Esta perspectiva es totalmente coherente con el concepto de enmarcado (*framing*) que surge de la propuesta del análisis de marcos y que describe el proceso de inscribir agravios en marcos globales (paradigmas) que identifican una injusticia, atribuir la responsabilidad de la misma a otros y proponer soluciones.

Según el análisis de marcos, los movimientos sociales utilizan significados culturales existentes dentro de los paradigmas más extendidos a la vez que crean otros nuevos en la confluencia existente entre la cultura de la población hacia la que se lanza el mensaje y sus propios valores y fines percibidos directamente por su experiencia vital. Este es el proceso que Snow y Bedford denominan “alineamiento de marcos”. Si se adaptan demasiado bien a la cultura hegemónica pierden la fuerza de su oposición y el apoyo de sus activistas más militantes, si se alejan demasiado no lograrán movilizar a la población al no encontrar nexos de unión con ella (Snow & Benford, 1988). El simbolismo empleado por el movimiento será, por tanto, el objeto de estudio principal para ese enfoque, pero siempre en relación con las formas de producirlo por parte del movimiento, como, por ejemplo, el papel de los medios de comunicación y cómo afectan estos a las formas de movilización y también a la elaboración de los símbolos. Schock resume de la siguiente manera las aportaciones del análisis de marcos al estudio de los movimientos no violentos:

“El proceso a través del cual los movimientos vinculan intereses y orientaciones individuales con sus actividades, fines e ideologías es llamado marco de alienación; hay cuatro tipos de estos marcos: de ligación, extensión, amplificación y transformación. Los marcos de ligazón equivalen a ligar una organización de movimiento social con conjuntos de sentimientos no movilizados. Los de extensión implican extender las fronteras de los primeros marcos del movimiento, para abarcar intereses que son incidentales con los fines

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

primarios pero muy sobresalientes para atraer potenciales adherentes. Los de amplificación implican activar valores o creencias latentes que son inherentes a las poblaciones oprimidas pero que hasta ahora no han inspirado acción colectiva. Los de transformación ocurren cuando un nuevo conjunto de creencias gana ascendencia, funcionando como una nueva clase de marco de referencia dominante. (Schock, 2008: 82-83)

Una característica de los paradigmas sociales o marcos de referencia, que se puede dar también entre los paradigmas científicos, es que las personas normalmente no se manejan por un único paradigma con el que otorgan sentido al mundo, sino que utilizan los realizados por las diferentes estructuras en las que depositan su confianza, como por ejemplo, ciertas instituciones públicas, ciertas organizaciones religiosas o iglesias, ciertos partidos políticos, ciertos medios de comunicación y sobre todo, comunidades o colectivos en las que se escucha la opinión de terceras personas por las que afectivamente se siente respeto. La teoría organizacional ha dejado patente cómo los diferentes grupos sociales conforman sus propios paradigmas y cómo se establecen dinámicas de cohesión de grupo para generar un pensamiento grupal coherente con la propia estructura y entorno de la organización (Crozier y Friedberg, 1977), de ahí que una persona pueda utilizar un paradigma cuando está en el trabajo, y otro cuando está participando en otra organización. Brian Martin y Wendy Varney han resumido del siguiente modo la conexión entre organización y definición de la realidad:

La comunicación dentro de cualquier organización está conformada por la estructura de la propia organización: ciertas cosas se dicen fácilmente y otras no se expresan en absoluto. En una organización jerárquica, es difícil expresar puntos de vista que desafíen los intereses de las elites o cuestionen la propia estructura jerárquica. Además, las elites de la organización pueden tener acceso a información no disponible

para los demás y tener además control sobre las declaraciones oficiales de la organización. La comunicación se forma también por el entorno, dependen especialmente de otras organizaciones y los que controlan una parte interesada en la propia organización. Las prácticas de comunicación tienden a desarrollarse para reflejar lo que ayuda a la supervivencia de la organización en su forma actual y en su entorno. En el caso de una organización jerárquica esto significa interactuar a través de élites, que existe control sobre la transferencia de información no oficial y una extrema sensibilidad a lo que se requiere para mantener el poder y la influencia. Dentro de las limitaciones y las influencias de la estructura de la organización y su entorno, las formas estándar de entender el mundo desarrolladas en cualquier organización persisten mientras son gradualmente modificadas por distintas influencias, tales como nuevo personal, cambios ambientales o cambios estructurales. Estas formas estándar de comprensión del mundo constituyen una realidad socialmente construida. A nivel general, a un marco coherente de ideas y prácticas se le puede llamar paradigma, mientras que, en el contexto de la toma de decisiones sobre un propósito en particular, a la cohesión se le suele denominar pensamiento grupal. Aquellos que desafían los paradigmas o el pensamiento grupal son comúnmente ignorados, despedidos o atacados.

Como resultado de estos procesos, se puede decir que las organizaciones actúan como filtros de la comunicación. De la gran diversidad de información que llega a la organización a través de canales, sólo una pequeña porción es tratada como relevante o importante. La información creada desde las organizaciones refleja paradigmas y estructuras organizativas. En el caso de organizaciones jerárquicas, las elites controlan la nueva información clave, especialmente los que son tratados con respeto por la mayoría de los otros. Quienes se comunican haciendo caso omiso de la cadena de mando, como los “chivatos”, son atacados sin piedad. (Martin & Varney, 2003,

pág. 130, traducción del autor)

De este modo, queda claro que los paradigmas se elaboran colectivamente por grupos u organizaciones, pero tal y como señala la semiótica, todas las personas son capaces de manejar diferentes esquemas simbólicos que se elaboran en cada uno de estos ámbitos atendiendo a una valoración subjetiva de la credibilidad que se otorga a la fuente y adaptar su comportamiento y discurso a cada circunstancia. Por supuesto, las élites se pueden encargar de que haya cierto monolitismo entre los diferentes paradigmas o marcos de referencia principales que a pesar de mostrar variedad de puntos de vista, al no tener fisuras entre sí y provenir de instituciones y medios de comunicación de masas con gran difusión, acabarán conformando un paradigma de tal capital simbólico que será hegemónico y se impondrá al resto.

Resumiendo, , entre los muchos paradigmas que las personas manejan cotidianamente, sobresalen algunos dotados de un capital simbólico de tal magnitud, es decir, de gran credibilidad y gran extensión social, que hace que el resto de paradigmas tengan que medirse con respecto a ellos. De este modo se establece un paradigma hegemónico por consenso entre los distintos paradigmas dotados de capital simbólico suficiente como para que el resto de paradigmas de su propio ámbito se definan conforme a la distancia que mantienen respecto a ellos. Es decir, esta hegemonía no parte de un consenso social que recoja las perspectivas dotadas de menor poder de influencia, sino sólo las del consenso elaborado por las élites que en algunos contextos mostrará falsamente una apariencia de diversidad.

Así, el paradigma hegemónico define por sí mismo una realidad que se impone a la naturaleza, es decir, que la interpreta calificando como "naturales" o "normales" ciertos elementos de la misma pero que en realidad son resultados del orden social que privilegia a los grupos que han impuesto su definición de la realidad. Este paradigma hegemónico, cumple las funciones señaladas por

Bourdieu como establecedoras de un orden social que, a su vez, estructura a los demás paradigmas. En este sentido, las instituciones públicas, por poner un ejemplo, se presentan a sí mismas, en un tipo de paradigma que vamos a denominar institucional, con unos objetivos que deberán estar de acuerdo con el consenso establecido por el paradigma hegemónico para que puedan ser consideradas como instituciones legítimas pero a la vez definen lo que es legítimo y lo que no. Esto lleva a que en los ámbitos institucionales todos los sistemas simbólicos están adaptados a esa visión, es decir, están estructuradas por el paradigma hegemónico, mientras que a la vez están contribuyendo a estructurarlo debido a su gran capacidad de influencia social. Por lo tanto, las estructuras simbólicas estructuradas por el paradigma institucional son a la vez los principales elementos simbólicos estructurantes del paradigma hegemónico, que está elaborado precisamente por una conjunción de diferentes paradigmas dotados del suficiente capital simbólico como para imponer su visión. Y esta es precisamente la dificultad que tienen que superar paradigmas secundarios que proponen definiciones de la realidad alternativas a la proporcionada por el paradigma hegemónico, ya que tienen que incluir elementos simbólicos discordantes en un sistema de símbolos cerrado, con lo cual es muy difícil introducir críticas al sistema institucional que delimita y define el propio paradigma hegemónico.

Por tanto, el paradigma hegemónico es un sistema de comunicaciones cerrado y estructurado por los paradigmas dotados de gran poder de comunicación (capital simbólico), entre los que destacan los paradigmas institucionales, en el cual se bloquea la entrada de significados críticos, pues necesitan de una traducción al sistema de símbolos del paradigma hegemónico. Dicho de otra forma, el idioma simbólico que habla el paradigma hegemónico es completamente distinto del que hablan las críticas desde fuera del sistema, por lo que no se pueden llegar a entender jamás. Esto implica una dificultad muy grande para que los paradigmas alternativos, en cuanto a marcos de referencia que se separan del paradigma hegemónico como pueden ser los elaborados por

movimientos noviolentos, puedan extender su problematización con el paradigma hegemónico y traten de buscarse la forma de dotarse de capital simbólico. Si un movimiento lo que pretende es influir en la opinión pública como forma de llevar a cabo un proceso de persuasión noviolenta, tiene que tener en cuenta estos problemas de incompatibilidad simbólica que harán que sus acciones sean interpretadas de forma totalmente diferente por parte del paradigma de cada actor, ya que cada uno parte de esquemas cognitivos diferentes. De ahí la importancia de la hipótesis de que partimos de sociedades heterogéneas con diferentes grupos de identidad que establecen diferentes paradigmas que interpretan la realidad.

Esto nos lleva, siguiendo a Michel Foucault, a conceptualizar a los paradigmas alternativos como sistemas de saber minoritarios, que establecen definiciones de la realidad que nacen de un contacto directo con las circunstancias históricas y entran en conflicto con el paradigma hegemónico cuando este contradice esta realidad alternativa más empírica (Foucault, 2002, págs.. 22-24).

Hemos por tanto de incidir de nuevo en la idea de los sistemas simbólicos como sistemas de dominación y la existencia de filtros creados en la transmisión de la información que hacen que se conforme un paradigma hegemónico establecido tanto por las organizaciones del gobiernos como por los medios de comunicación de masas (es decir, corporaciones empresariales con ánimo de lucro en el entorno capitalista u organizaciones estatales en países donde se controla por el gobierno). Este paradigma logra establecer como verdad indiscutible y natural el orden establecido por la dominación, lo cual a su vez lleva a considerar la obediencia o la subordinación como un deber moral, necesario y legítimo, y a que insubordinarse requiera grandes esfuerzos para legitimar una conducta que no se puede explicar desde los parámetros definidos por el paradigma hegemónico.

Se puede constatar, por tanto, que cualquier definición de la realidad alternativa a la impuesta por el paradigma hegemónico se

tienen que medir con éste, pues este conforma lo que llamamos opinión pública. Esta está compuesta por la intersección de muchos paradigmas diferentes que, a su vez, dependen no sólo por variables racionales derivadas de la existencia de filtros en el proceso comunicativo, sino por emociones vinculadas a la identidad de cada individuo o actor social. Por lo tanto, el paradigma hegemónico no es patrimonio del oponente, por muy poderoso que sea, sino del entorno, ya que recoge la totalidad de las relaciones sociales que generan visiones de la realidad que pueden ser contradictorias entre sí. Por consiguiente, lo que tendremos que evaluar como factor que incide en las posibilidades de éxito del actor no violento será tanto la capacidad del oponente como la suya propia para influir en el paradigma hegemónico.

A pesar de la tremenda capacidad de influencia del paradigma hegemónico, siempre existirán esos paradigmas alternativos que partirán de experiencias colectivas diferentes, de ciertas disonancias cognitivas que parten de una experiencia vital individual o colectiva que contradice la definición de la realidad elaborada por el paradigma hegemónico con la que entrarán en conflicto. De esta manera, estos paradigmas minoritarios tendrán que medirse con respecto a su distancia con la descripción de la realidad efectuada por el paradigma hegemónico, y efectuarán un discurso más o menos elaborado que describirá la realidad de forma totalmente evidente para los miembros del colectivo que la realiza. Es por eso que estos paradigmas, que denominaremos alternativos, serán fundamentales en nuestro análisis de la acción no violenta, ya que serán los que elaboren los actores no violentos como parte de su desafío político. En este sentido es muy importante destacar que este no es un proceso enteramente racional, sino que las variables afectivas tienen una importancia clave, al tratarse de nada menos que la elaboración de la identidad personal, la cual no es una entidad monolítica, sino que se conforma gracias a los diferentes grupos sociales con los que se interactúa (Melucci, 1989). Tenemos, por tanto, además del concepto de paradigma hegemónico y opinión pública, otro elemento clave a la hora de entender los procesos de

definición de la realidad, como es el de identidades colectivas, ya que el paradigma puede ir asociado en mayor o menor medida con una identidad en la que los componentes afectivos tendrán una importancia igual o mayor con los componentes meramente racionales derivados de la experiencia vital. La identidad colectiva nos proporcionará el elemento irracional que existe en la aprehensión de la realidad, ya que en esta priman las variables emocionales sobre las racionales. Asimismo, nos proporcionará la referencia para el tipo de racionalidad comunicativa que se ponga en marcha, al establecer cuál es el grupo de referencia sobre el que actúa la racionalidad autorreferencial, los grupos del entorno sobre los que actúa la racionalidad dramática y el grupo oponente sobre el que actúa la racionalidad normativa.

5.4 La diferente percepción del conflicto violento y noviolento

Al aplicar a la teoría de la acción noviolenta el análisis de la estructuración de la realidad mediante paradigmas (o marcos de referencia), observamos que, tal y como nos muestran el análisis de marcos y la teoría de las identidades colectivas, el conflicto político, en general, consiste también en una lucha por la definición de la realidad. Cada movimiento político, incluidos los partidos políticos, elabora una definición moral de la realidad en la que se parte de una descripción del mundo que tiende a presentar los propios intereses como buenos o naturales, es decir, a legitimarlos. En todos estos paradigmas o marcos se define como justo lo que conviene a los grupos que los elaboran, creando con ellos una lógica ética que permite legitimar esos intereses. Cuando el paradigma resultante está integrado dentro del consenso establecido por el paradigma hegemónico y la opinión pública, no existe conflicto y el grupo se adaptará a las normas establecidas también por el propio sistema. Por el contrario, cuando, por sus diferentes intereses o experiencia vital, desde algunos grupos minoritarios se elaboren paradigmas o marcos de referencia que contradigan la visión del paradigma

hegemónico, se producirá una disonancia cognitiva que puede generar conflicto si se articulan formas de acción política para propiciar un cambio político o social.

No podemos considerar, no obstante, como conflictiva la existencia de dos paradigmas contradictorios si a pesar de la disonancia cognitiva producida entre ambos no existe una negación de la realidad definida por el otro. De este modo el conflicto político se activa no cuando un colectivo establece una definición de la realidad que pugna con el paradigma hegemónico, sino cuando empieza a actuar para conseguir un objetivo político. Sobre este proceso hablaremos en el capítulo 7, relativo a las dinámicas de resistencia, por el momento lo que nos interesa es entender que cuando un colectivo actúa, tiene que elegir su estrategias (describiéndolas en su relato de la realidad), bien violentas, incruentas, institucionales o no violentas, y una vez que elige su estrategia, cada tipo de acción elegido transmitirá un tipo de mensaje u otro, legitimando o deslegitimando sus demandas a los ojos del resto de actores.

Podemos observar por tanto que hay una valoración, de carácter moral, que todo paradigma lleva implícito consigo, y es su posicionamiento con respecto a las condiciones para considerar legítima la violencia en general que permite juzgar cada tipo de violencia en particular. Por supuesto, cualquier reflexión acerca de la legitimidad o no de algo, tema central de la racionalidad normativa, será siempre una reflexión moral, pues legitimidad implica una idea de justicia, bondad, naturalidad o bien. podemos comprobar cómo el paradigma institucional tiende a establecer un marco normativo por el cual se legitima el uso de la violencia en determinados casos, y este en sistemas políticos que cuentan con legitimidad es aceptado por el paradigma hegemónico. Si se trata de una sociedad estatal, se definirá el monopolio de la violencia por las distintas instituciones estatales creadas a este fin, y se legitimará este monopolio en base a unos presupuestos morales apoyados en la idea de bien común. Cualquier otro paradigma que pugne por el monopolio de la violencia

implicará competencia en la racionalidad normativa, ya que matizará estos presupuestos de legitimación si está de acuerdo con ellos o elaborará una teoría de la guerra justa o de la revolución violenta que considere apropiada. De la misma manera, si en vez de ello elige formas de acción no violentas estará asumiendo la falta de legitimidad de las formas de acción institucionales, con lo que también estará participando de un conflicto en el contexto de la racionalidad normativa. Asimismo, aunque no estará pugnando por legitimar su propia acción violenta, ya que los medios que usa serán por definición sin violencia, ello no le eximirá de tener que legitimar sus acciones pues estas se saldrán igualmente de las establecidas por el sistema institucional, que son las que el paradigma hegemónico considerará legítimas. Así pues tendrá que librar una batalla en el ámbito de la racionalidad normativa de la dimensión comunicativa, que es como hemos visto, una dimensión con tres racionalidades.

Así pues, parece claro que para elegir una estrategia de acción violenta será necesario enmarcarse en un paradigma que legitime esa violencia, a pesar de que el resto de componentes del triángulo comunicativo no realicen esa misma valoración ya que se estarán moviendo dentro del marco de otro paradigma en el que adoptarán la visión de víctimas o testigos. Del mismo modo, para elegir una estrategia de acción no violenta será necesario dotarse de un paradigma que la legitime, bien por deslegitimación moral de la acción violenta proveniente de una ideología universalista en caso de partir de una perspectiva ética, o por una valoración de la ineffectividad de la violencia o mayor probabilidad de éxito de la acción no violenta si la perspectiva es pragmática, o por una mezcla de ambas. En cualquier caso el paradigma deberá proveer también descripciones de otras experiencias tanto de movilizaciones violentas como no violentas junto con una valoración de la moralidad y la efectividad de las mismas. De ahí la importancia de los estudios históricos sobre movimientos no violentos y la necesidad de un modelo analítico que estudie con rigurosidad los problemas relativos a la acción no violenta a la hora de romper el discurso hegemónico

de la violencia que describe la no violencia como algo poco realista, efectivo o práctico.

De la misma manera, la elección de estrategias violentas, incruentas o no violentas tendrá un importante efecto sobre el propio paradigma, el marco de referencia del endogrupo, al conformar incluso su identidad en un sentido o en otro. Se trata en este caso de la racionalidad autorreferencial de la dimensión comunicativa. Si bien frente a terceros actores un determinado grupo social puede parecer un actor homogéneo, está claro que cara al propio grupo las cuestiones estratégicas serán los elementos diferenciadores de las identidades políticas aun cuando se compartan los objetivos. Por ejemplo, el movimiento sufragista de finales del XIX y principios del XX puede ser contemplado como un único movimiento, pero había en el mismo, al igual que en casi todos los movimientos políticos, diferentes organizaciones cuyas diferencias radicaban precisamente en las diferentes estrategias y tácticas desarrolladas. Estas diferencias estratégicas entre los diferentes actores sociales del grupo social de referencia serán valoradas por los miembros del endogrupo, que decidirán a quién dan su respaldo y poco a poco adaptarán sus esquemas cognitivos a la propuesta de narración que el actor con el que se identifican haga. Por lo tanto, en la dinámica autorreferencial lo que prima es una competencia por el liderazgo de ese grupo de referencia.

Tal y como veremos cuando hablemos de los factores relativos, la cohesión grupal del grupo de referencia será no sólo un factor determinante para el éxito de la resistencia civil, sino también será un elemento necesario incluso para facilitar la propia existencia de acción no violenta, ya que se necesita un alto grado de capacidad organizativa para llevar a cabo. Por eso en los primeros estadios de resistencia, lo que prima es la racionalidad autorreferencial, y por eso muchas veces actores políticos sin grandes apoyos ni posibilidades instrumentales se lanzan a campañas de violencia terrorista. La poca efectividad instrumental del terrorismo (efectuado en una posición de asimetría) y sus desventajas comunicativas en

cuanto a racionalidad normativa o dramatúrgica, que condenarán esa violencia y considerarán a todo el colectivo como un antagonista, se compensarán con los beneficios en cuanto a racionalidad autorreferencial, ya que su interés es en el liderazgo del endogrupo, no en el éxito de la resistencia. También por eso es vital el ensayo de la acción noviolenta en estas primeras fases, así como la elección de objetivos intermedios realizables, para que así se ganen apoyos necesarios para la campaña principal al primar en el inicio una racionalidad autorreferencial.

Por otro lado, y atendiendo a una racionalidad dramatúrgica, la elección de estrategias noviolentas también tendrá influencia sobre el resto de paradigmas del entorno. Estos interpretarán los actos del actor noviolento, así como sus declaraciones políticas, pues todos tienen un criterio definido sobre los casos en que la violencia es legítima y se posicionan automáticamente ante los actos realizados. Si se elige actuar con violencia, el oponente y el público elaborarán un juicio moral sobre esos hechos violentos, probablemente condenatorio, ya que lo primero que se valorará es un acto de violencia cometido sobre el propio grupo por otro grupo que se declara con ello antagonista. Sin embargo, si se actúa sin violencia se elaborará otro en el cual la valoración moral al hecho particular no tendrá tanta importancia, ya que se habrá eliminado la percepción del movimiento como una amenaza, con lo que será más fácil dirigir el debate hacia las demandas que plantea el actor noviolento. Esto permitirá ampliar la red de aliados necesaria para la transformación del paradigma hegemónico, cuyos valores, al estar definidos entre otros por el monopolizador del poder, elaborará siempre una crítica a toda violencia que no venga del mismo. De ahí el esfuerzo que hay en los medios de comunicación por manipular la información y disfrazar como hechos violentos o amenazas sucesos que no han tenido ese carácter, porque así refuerza la imagen antagonista del actor que la protagoniza. De ahí la importancia no sólo de actuar sin violencia, sino de explicitar la noviolencia o el carácter noviolento del movimiento, y repetirlo hasta que se filtre una imagen no antagonista del actor que pueda permear en los filtros

simbólicos puestos como barrera al cambio social por las élites dominantes.

La negativa a usar la violencia creará por tanto unas condiciones más favorables a la resolución favorable del conflicto (Dellinger 1970; Muste 1940; Zunes, 1999), no sólo incidiendo en un posible cambio de actitud del oponente como dicen los autores clásicos (Gregg, 1935; Lakey 1968; Sharp 1973), sino favoreciendo el juego de alianzas a favor del actor noviolento al permitir que sectores del público e incluso del oponente se conviertan en aliados del actor noviolento (Sharp, 1973; Ackerman & Kruegler, 1994, Burrowes, 1996, Galtung, 1989). Esto nos lleva a plantearnos la persuasión noviolenta no como un mero proceso de conversión del oponente, sino como un proceso indirecto de transformación del paradigma hegemónico mediante la participación de terceras partes. Este proceso influirá también en el oponente, pero no “convirtiéndolo”, sino simplemente adaptado las posiciones de algunos de sus componentes, los que no se sientan amenazados por las demandas planteadas por el actor noviolento, al nuevo paradigma hegemónico redefinido gracias a la acción noviolenta que ha puesto en marcha el actor movilizad.

Se trata, por tanto, de un enfoque menos orientado hacia el actor (el oponente), no ya sólo como individuo sino incluso como colectivo, que pone énfasis tanto en las causas estructurales del conflicto como en las vías estructurales de resolución del mismo. Así evita, además, caer en la trampa de negar la posibilidad del oponente para cambiar o rectificar su actitud. De esta manera se podrá incluir en el análisis la racionalidad dramaturgica sin olvidarse de la normativa ni la autorreferencial.

Así pues, mientras que, tal y como hemos visto en el capítulo anterior, las dinámicas instrumentales de la acción noviolenta son igual de potentes que las dinámicas instrumentales de la acción violenta, ya que se basan en la disrupción como fuente de poder, las dinámicas comunicativas son totalmente diferentes en cuanto el uso

de métodos violentos o noviolentos cambian totalmente la valoración moral que se hace de la acción política y con ello la posibilidad de tejer alianzas con terceras partes. En este sentido las dinámicas comunicativas establecidas por la acción noviolenta generan un marco más favorable para la transformación del conflicto de forma que se puedan garantizar la satisfacción de las necesidades a todas las partes, en consonancia con la teoría del conflicto de John Burton (Burton, 1990).

Como consideraremos al paradigma hegemónico como algo relativo al entorno, esto nos llevará a entender que el oponente tiene su propio paradigma, que denominaremos paradigma institucional si es el Estado, así como el propio actor noviolento tendrá su marco de referencia, el paradigma alternativo. Esto será de especial utilidad para poder centrarnos en las contradicciones que existen entre el paradigma alternativo con el institucional y el paradigma hegemónico y cómo estas pueden aprovecharse en una campaña noviolenta. También puede explicar cómo una campaña orientada a la conversión del oponente puede fracasar al no tener en cuenta los problemas de comprensión del mensaje derivados del uso de símbolos con significados diferentes, o la irracionalidad de los procesos que lo conforman. Cualquier estudio analítico de un movimiento noviolento histórico tendrá que tener en cuenta por tanto las relaciones establecidas por estos tres tipos de paradigmas entre sí, y analizar cómo las acciones noviolentas afectan a la descripción de la realidad de cada una de las partes atendiendo a las diferentes racionalidades que operan en cada una de ellas: normativa, dramática y autorreferencial. Es lo que hemos llamado el triángulo comunicativo, en el cual serán muy importantes tanto los aspectos racionales (sistemas simbólicos que elaboran discursos lógicos que conforman marcos cognitivos) como los irracionales (percepción de miedos y amenazas a la propia identidad colectiva que influyen igualmente en esos marcos cognitivos).

CAPITULO 6

LAS DINÁMICAS COMPENSATORIAS DE LA ACCIÓN NOVIOLENTA

La tercera forma de conseguir el éxito mediante la acción noviolenta era, según Sharp, la acomodación, en la que el oponente cede a todas o algunas de las demandas sin haber sido coaccionado o persuadido, sino simplemente por un cálculo utilitario, es decir, por propia voluntad, pero sin estar de acuerdo con las demandas Sharp, (1973, págs. 733-741). Sin embargo, cuando el oponente se acomoda, no cede simplemente sin más, sino que espera algo a cambio, generalmente el cese de las movilizaciones noviolentas. Es decir, la acomodación no es un proceso mediante el cual simplemente el oponente cede a las pretensiones, pues por definición no ha sido convencido de la conveniencia de satisfacer las demandas del actor noviolento, sino que se trata del resultado de un diálogo en el que se han puesto en marchas dinámicas de poder compensatorio mediante las que ambas partes se han ido dotando de una capacidad de negociación, para que se ceda en todas o algunas de las reivindicaciones. Nuestro enfoque se va a separar del de Gene Sharp y otros teóricos de la noviolencia que consideran que el verdadero resultado de unas negociaciones no va depender de debates sobre legitimidad, sino de un análisis en términos de poder instrumental de las capacidades políticas del adversario. En sus propias palabras:

Una negociación no significa que las dos partes se sientan juntas, como iguales, y conversan hasta resolver el

problema que se produjo entre ellas. Es necesario recordar dos verdades. Primera, que en las negociaciones no es la relativa justicia de los puntos de vista en conflicto y sus objetivos lo que determina el acuerdo negociado. Segunda, que el contenido de éste lo determinará la capacidad de poder de cada parte. Se deben considerar varias preguntas difíciles. ¿Qué puede cada una de las partes hacer después si la otra decide no llegar a un acuerdo en la mesa de negociaciones? ¿Qué puede hacer cada una de las partes, después de alcanzado el acuerdo, si la otra rompe su palabra y usa de la fuerza de la que dispone para conquistar sus objetivos a pesar del acuerdo.

En las negociaciones no se llega a un acuerdo sobre lo bueno y lo malo de las cuestiones sobre el tapete. Aunque sobre esto pueda discutirse mucho, los verdaderos resultados de las negociaciones se derivan de una evaluación realista de las situaciones de poder absoluto y relativo de los grupos contendientes. ¿Qué pueden hacer los que luchan por la democracia para asegurarse de que un mínimo de sus declaraciones no serán denegadas? ¿Qué pueden hacer los dictadores para mantenerse en control del poder y neutralizar a los demócratas? En otras palabras, si se llega a un acuerdo, lo más probable es que sea el resultado estimado que cada parte haga de la capacidad de poder de ambas, y, en consecuencia, calcule cómo podría terminar la lucha abierta entre los dos. (Sharp, 2003, pág. 12).

No obstante, tal y como hemos visto en nuestro análisis de las dinámicas instrumentales y comunicativas de la acción noviolenta, en el caso del actor noviolento, su capacidad de negociación viene derivada de la su capacidad de disrupción, es decir, para interrumpir el normal funcionamiento del sistema, pero también de lo legítimo que se contemplen sus pretensiones a ojos de la opinión pública. Es decir, tiene un componente instrumental derivado de la capacidad de coerción noviolenta que pueda hacer (o

se prevea que pueda hacer) mediante las dinámicas instrumentales de la acción noviolenta, al resultar más cómodo para el oponente ceder a las pretensiones del actor noviolento que continuar con el enfrentamiento ante la interrupción o pérdida de eficacia de sus actividades. Por otro lado, tiene un componente comunicativo que depende del poder simbólico acumulado, o lo que es lo mismo, la capacidad para influir sobre el paradigma hegemónico (proceso que se traduce en presiones de la opinión pública), en un proceso en el que al oponente le tiene más cuenta ceder a las demandas ante la pérdida de legitimidad que le ocasiona no hacerlo. Podemos hablar por tanto de un capital instrumental (que denominaremos capacidad instrumental) como de un capital simbólico que se convierten en los recursos del actor noviolento cara a la exigencia de demandas al oponente que entendemos según nuestra epistemología como un proceso de intercambio en el que se negocian atendiendo a esas capacidades.

Tal y como vamos a entender el proceso de acción política en este estudio, tanto la coerción noviolenta como la persuasión noviolenta son casos extremos en los que no ha dado tiempo al oponente a acomodarse a una negociación. La eliminación de sus fuentes de poder (desintegración), la disrupción puesta en marcha por la acción noviolenta (coerción noviolenta), por un cambio de opiniones respecto al asunto en su propio seno (conversión) o por la presión de la opinión pública (lo que aquí hemos denominado persuasión noviolenta), cuando no llegan al extremo de otorgar el éxito al actor noviolento, se pueden interpretar también como dinámicas de poder compensatorio que pueden ayudar equilibrar la balanza hacia un lado o hacia otro. Esta visión del poder como intercambio entiende que es imposible separar los procesos de coerción y persuasión, y que deben integrarse en un modelo teórico que recoja cómo influyen los procesos instrumentales y comunicativos en la acomodación del oponente.

Así, el modelo de estudio de la acción noviolenta que vamos a proponer, la negociación noviolenta refleja las dinámicas de poder

compensatorio (derivadas de la interacción de las dinámicas instrumentales y comunicativas) que se ven envueltas en todo el proceso de movilización no violenta. Pero lo que algunas veces se entiende por negociación (los actores implicados sentados en una mesa entablando diálogo), no será más que una fase que puede darse o no darse en el proceso, que, en realidad, es un asunto a largo plazo en el que primará la interpretación que se hace de las diferentes acciones políticas de cada contendiente en clave de poder de negociación.

Como se puede suponer intuitivamente, cuando en un conflicto surge un actor que emplea la acción no violenta, el propio conflicto se transforma notablemente y se hace necesario transformar determinados parámetros con respecto a cómo se interpreta la negociación entre actores armados (para un resumen de este tema ver Fisas, 1998, págs. 191-205). Es por eso por lo que al igual que se ha hecho necesario para nuestro análisis denominar coerción no violenta y persuasión no violenta a la coerción y a la persuasión ejercidas por la acción no violenta, se nos hace necesario añadir el calificativo "no violento" a la palabra "negociación", para con ello llegar al concepto de "negociación no violenta", que nos va a servir para entender los procesos compensatorios que se ponen en marcha cuando uno de los actores está empleando la acción no violenta. Se trata por tanto de un proceso de negociación en el cual una de las partes en vez de usar el diálogo directo, usa la acción no violenta para dotarse de poder, para empoderarse, y conseguir arrancar las concesiones gracias al cambio en el balance de poder. La negociación no violenta muchas veces tomará la forma de una concesión o un cambio en las políticas del oponente como resultado de su valoración del poder propio y del resto de actores, y tendrá la apariencia de una acomodación, pero será siempre resultado de un estudiado cálculo de coste beneficios derivado de las dinámicas de poder compensatorio.

La diferencia fundamental entre los procesos de negociación no violenta y los procesos de negociación en los que las diferentes

partes cuentan con grupos armados radica en que este caso la negociación acaba siendo una legitimación de las conquistas conseguidas mediante la fuerza (Sharp, 2003, pág. 12). En estos casos de negociación entre actores armados, el conflicto se produce con actores dotados de capacidad para ejercer una violencia que, además de imponer poder coercitivo de carácter instrumental, tiene la misión de dotar los actores armados un poder negociación frente a su oponente en el caso de que no se produzca una victoria definitiva y las partes se vean abocadas al diálogo (Riches, 1988). Se usa la violencia para compensar la debilidad del grupo, el desempoderamiento, pensando que va a empoderarlo, pero no lo hace, sino que lo condena a unas formas de poder que no liberan, sino encadenan. Es decir, en el caso de negociación entre grupos armados, no interviene para nada la cuestión de la legitimidad de las demandas que motivaron la acción violenta, sino tan sólo la capacidad de mantenerlas por la fuerza (Muller, 1983). No queremos decir con esto que no influyan los factores comunicativos en este tipo de negociación, sino que se negociará atendiendo principalmente a criterios ajenos a la legitimidad o no de los actores, legitimidad que vendrá dada por las dinámicas comunicativas de sus acciones.

Por el contrario, en un proceso de negociación noviolenta (recordemos, sin mesa de negociaciones), al entrar en juego dinámicas de poder compensatorio, el debate se establecerá por un lado en términos instrumentales ligados a la capacidad de realizar y mantener un proceso coerción noviolenta, pero, por otro, también se produce en términos comunicativos que hacen referencia a la legitimidad tanto de las reivindicaciones como de la actuación del oponente. Este es precisamente el terreno en el que le actor noviolento quiere que se desenvuelvan la contienda, ya que su principal baza es precisamente la legitimidad de sus reclamaciones, legitimidad que le lleva por coherencia a elegir como estrategia la acción noviolenta. Precisamente, nuestro enfoque considera que una de las ventajas de la noviolencia sobre la violencia es que esta última forma de acción permite incorporar elementos relativos a la

legitimidad de las demandas en el debate político (Muller, 1983).

El punto de partida de la negociación noviolenta se produce por tanto cuando un actor social opta por la acción noviolenta como estrategia de lucha y se convierte en actor político, con lo que inicia un proceso de empoderamiento que se puede analizar desde el punto de vista del poder compensatorio e interpretarse como una negociación constante, o una presión para cambiar las condiciones en las que se mantiene el diálogo con el oponente para con ello forzar un acuerdo. En esta negociación, que hemos denominado negociación noviolenta, el actor noviolento mediante sus estrategias instrumentales y comunicativas estará a la vez lanzando mensajes sobre su capacidad de negociación que serán tenidas en cuenta ante la posibilidad del oponente de acomodarse a sus exigencias o mantenerse en sus posturas y articular respuestas represivas o comunicativas como las señaladas por Piven y Cloward que veremos en el capítulo siguiente (Piven y Cloward, 1979, págs. 27-30).

De hecho, la acción noviolenta ha sido también interpretada como una forma de dotarse de poder de negociación, de forzar al adversario a negociar, a hacer concesiones, tal y como se esforzó en recalcar Martin Luther King¹ en su conceptualización de la acción directa noviolenta (King, 1963). En este sentido cabe señalar que recoge aportaciones de los principales autores y autoras de la tradición noviolenta norteamericana, que adaptaron a Gandhi al contexto occidental de ese país. Los más difundidos fueron Richard Gregg, Krishnalal Shridharani o Jean Boundurant, y en todos ellos la negociación (o más bien el intento de diálogo) estaba presente en los primeros estadios de la movilización y se pasaba a las fases de acción directa noviolenta cuando se constataba la negativa del

¹Así lo ha resaltado Joan Gomis: “*Martín Luther King, un hombre que tuvo un sueño de igualdad*”. en Enrique Prat (ed): “*Pensamiento Pacifista*”. Icaria. Barcelona 2004. págs 121 a 133.

oponente, situado en una posición de poder, a negociar con el actor no violento (Gandhi, 1995, Gandhi 2001; Gregg 1935, Shridharani 1939, Boundurant, 1958). Un aspecto clave del *Satyagraha* de Gandhi era la voluntad para emprender negociaciones en cualquier momento, disposición que fue duramente criticada a nivel estratégico por otros miembros del Congreso Nacional Hindú, especialmente al desmovilizar la campaña de desobediencia civil al inicio de los años 30 sin haber conseguido los objetivos planteados, sino tan sólo una invitación a una mesa de negociaciones (Castañar, 2013, págs. 149-153). De este modo, el *satyagraha*, aunque en su retórica hable de la conversión del oponente, en su desarrollo práctico se basa en realidad en formas de acción que sirvan para “empoderar” al actor, es decir, darle poder para que pueda negociar sus demandas ante un oponente asimétricamente asentado en el poder.

En este sentido, el autor que añadió al esquema del *satyagraha* un componente más claramente enfocado hacia la negociación no violenta fue Martin Luther King, que era un activista que no buscaba tomar o destruir el poder, sino que luchaba por arrancar derechos políticos y civiles para un importante sector de la población que no los poseía (King, 1963). Por ello no le interesaba tanto los aspectos relativos a instituciones alternativas cómo conseguir forzar a sus poderosos oponentes a concederles los derechos inalienables que exigían. Es por ello lógico que entendiera la acción directa no violenta y la desobediencia civil como formas de forzar la negociación y a ésta como el objetivo último de la movilización. Lo explicó con las siguientes palabras:

Ustedes podrían preguntar, ¿pero por qué la acción directa? ¿Por qué las sentadas, marchas, etc.? ¿No es la negociación un camino mejor? Ustedes tienen toda la razón al desear la negociación. De hecho, éste es el propósito de la acción directa. La acción directa no violenta busca crear una crisis tal (y establecer una tensión creativa tal) que una comunidad que constantemente se niega a negociar se vea

abocada a enfrentarse al tema. Busca dramatizar la cuestión para que no pueda seguir siendo ignorada. Acabo de referirme a la creación de una tensión como parte de la resistencia no violenta. Esto puede resultar chocante. Pero debo confesar que no tengo miedo a la palabra tensión. He trabajado y dado sermones honestamente en contra de la tensión violenta, pero existe un tipo de tensión constructiva no violenta que resulta necesaria para el crecimiento. (...) Por lo tanto el propósito de la acción directa es crear una situación tan crítica que inevitablemente abra la puerta a la negociación. Por eso estamos de acuerdo con ustedes en que es necesario negociar. Durante demasiado tiempo nuestro amado Sur nos ha sobrecargado con el intento trágico de vivir en un monólogo en lugar de un diálogo.²

A pesar de lo originalidad del planteamiento de Luther King frente a los arriba mencionados de décadas anteriores, en realidad recogía con estas palabras la visión que de la acción no violenta se había ido desarrollando en Estados Unidos por los integrantes de una generación anterior, curtida en las cárceles norteamericanas durante la Segunda Guerra Mundial y que ya incluso durante la misma empezó a aplicar sus principios en las luchas por los derechos civiles de los afroamericanos y de resistencia a la guerra (Castañar, 2013, págs. 229-250). No está de más recordar que el propio Shridharani fue durante los años 40 una influencia decisiva en activistas como Bayard Rustin, James Peck o George Houser, objetores de conciencia encarcelados varios años durante la Segunda Guerra Mundial y que fundaron CORE (*Congress of Racial Equality*, Congreso de Igualdad Racial), la primera organización en aplicar tácticas de acción no violenta en la lucha por los derechos civiles afroamericanos (Tracy, 1996). Esta generación entendería la

²Una versión de este texto se puede leer en Staughton Lynd y Alice Lynd Alice (Editores): *“Nonviolence in America, a documentary history”*. Orbis Books. Nueva York 1995. Pág 256-257. Texto original de 1963,

acción noviolenta con su doble dimensión de persuasión-coerción y enlazaría con la anterior, la de la Primera Guerra Mundial, más centrada en la persuasión (con el término de conversión), gracias a la labor de veteranos activistas como A. J. Muste, que participaron con entusiasmo en la nueva estrategia de acción directa que estos planteaban. Muste ya en 1940 había escrito otro clásico de la teoría de la noviolencia: *Non-violence in an aggressive world*, en el que optaba también por una solución intermedia en este debate entre persuasión-coerción (Muste, 1940).

Así pues, la combinación entre coerción y persuasión se recogía desde tiempo atrás entre los textos teóricos de otros activistas que habían llevado un estudio más sistemático de la acción noviolenta y que asesoraron en numerosas ocasiones al reverendo King, como hizo el propio Muste en numerosas ocasiones (Tracy, 1996). Entre los componentes de esa generación de objetores de conciencia de la Segunda Guerra Mundial que dinamizó la praxis de los movimientos sociales proponiendo nuevas formas de hacer y entender la acción noviolenta, uno de los más preocupados por aspectos teóricos fue el conocido pacifista radical Dave Dellinger, editor de la revista *Liberation*, y posteriormente conocido líder contra la guerra de Vietnam. Este activista hablaba de esta mezcla entre llamamientos (persuasión) y presiones (coerción) como forma de articular y conseguir las demandas políticas de un movimiento (en este caso el de los derechos civiles).

La noviolencia puede empezar, como empezó con el joven Gandhi o como empezó con muchos negros americanos, como una técnica para combatir a un desagradable opresor por el que no se tiene ningún cariño. Pero en algún lugar a lo largo de la línea, si un movimiento noviolento tiene que hacer frente a profundos miedos y privilegios, su estrategia debe fluir de un sentido de la unidad subyacente a todos los seres humanos. Por lo tanto, para bien o para mal, deben emerger las acciones cruciales, semi-espontáneas e imaginativas, en el medio de la crisis.

Esto no significa que los negros, por ejemplo, deban amar de una forma emocional o sentimental a aquellos que les están encarcelando, disparando, golpeando o empobreciendo. No es necesario que sientan afecto personal por los complacientes blancos liberales. Pero no es suficiente con abandonar sus puños, palos, cócteles molotov y armas de fuego. La auténtica no violencia requiere una conciencia de que los opresores blancos y las víctimas negras están mutuamente atrapados en un conjunto de relaciones que violentan los mejores instintos de todos. Un camino ha de encontrarse para escapar de la trampa y liberar a ambos conjuntos de víctimas. Los llamamientos a la razón o la decencia tienen poco efecto (excepto en casos aislados) a menos de que vayan acompañados de presiones tangibles (en el bolsillo, por ejemplo) o por las inconveniencias asociadas a sentadas, ocupaciones, huelgas, boicots u obstruccionismo no violento. Pero para que la lucha tenga alguna ganancia duradera debe apelar al hombre completo, incluido su incrustado sentido de decencia y solidaridad, sus anhelos para recapturar la inocencia perdida cuando los seres humanos eran personas para ser amadas, no objetos para ser gobernados, obedecidos o explotados. (Dellinger, 1965, págs. 90-96, traducción del autor).³

La feminista Barbara Deming encontró en la necesidad de este equilibrio, al que con la metáfora de la “doctrina de las dos manos” (una con la que se abraza y otra con la que se empuja) la esencia de la acción no violenta. Con estas palabras discutía los argumentos de Fanon y otros abogados de la acción violenta de esa

³El texto aparece también en la antología: Staughton Lynd y Alice Lynd (Editores): *“Nonviolence in America, a documentary history”*. Orbis Books. Nueva York 1995. Pag 401.

época de apogeo del movimiento de los derechos civiles en Estados Unidos (años 50-60):

Este es el meollo de mi argumento: podemos poner más presión en el antagonista por el cual mostramos preocupación humana. Es precisamente la solicitud por la persona en combinación con una interferencia obstinada con sus acciones lo que puede darnos un grado especial de control (precisamente en nuestros actos con cariño, si prefieres -en el sentido que respetamos sus derechos humanos- y veracidad - en el sentido que representa plenamente nuestras objeciones a su violación de nuestros derechos). Ponemos sobre él dos presiones, la presión del desafío a él y la presión de nuestro respeto por su vida, y sucede que en combinación estas dos presiones singularmente eficaces.

Un efecto conseguido es elevar el “nivel de conciencia” para aquellos envueltos en la lucha, en ambas partes. Porque los derechos humanos del adversario son respetados, a través de sus acciones, y sus prácticas políticas, esas acciones, esas políticas y su naturaleza real se convierten en el centro de la atención. El asunto no puede ser evitado. El antagonista no puede tomar la interferencia con sus acciones como algo personal, porque su persona no está amenazada, y se le fuerza a empezar a tomar conciencia de la realidad del agravio contra él. Y aquellos en la rebelión comprometidos con la disciplina de respeto por todas las vidas humanas, y capacitados por su disciplina para evitar el trance que Fanon describe como “donde el rostro de otro me llama al vértigo” está capacitado para ver más y más claramente lo que Oglesby dice: el enemigo no son unos cuantas personas, sino el sistema entero” y estudiar ese sistema.

Cuanto más se dramatizan los asuntos reales y cuanto más se saca la lucha del ámbito personal, más control se empieza a ganar a los adversarios por parte de aquellos en

rebelión noviolenta. Se trata de ser capaz al mismo tiempo de interrumpir todo el funcionamiento habitual del oponente, haciéndole imposible operar dentro del sistema como hace habitualmente, pero también de moderar su respuesta, haciéndole imposible simplemente contraatacar sin pensar o usar toda su fuerza. Es como si se pusieran dos manos sobre él, una calmándole, haciéndole formularse preguntas, y la otra haciéndole moverse”⁴.

Como podemos ver, esta visión es totalmente coherente con la propuesta que queremos hacer en este estudio de no contemplar por separado los procesos de conversión, coerción y acomodación e integrarlas dinámicas instrumentales y comunicativas bajo la mirada del poder compensatorio como factores que influyen en procesos de negociación noviolenta que generan la acomodación del oponente. Se podría argumentar contra esta visión que existen casos evidentes tanto de éxito de la acción noviolenta tanto por efectividad de la coerción como de la persuasión noviolenta en los que no es necesario este punto de vista. No obstante, como hemos ido viendo en los apartados anteriores, tanto los procesos de coerción como los de persuasión normalmente no son procesos instrumentales puros (desintegración), o comunicativos puros (conversión), y mientras que en los procesos de coerción intervienen dinámicas tanto instrumentales como comunicativas, ya que la deslegitimación del orden institucional es fundamental para procesos instrumentales que necesitan gran participación o el apoyo de sectores del oponente, en los procesos de persuasión sucede igualmente que intervienen también dinámicas instrumentales, por ejemplo ante la necesidad de

⁴Este texto fue publicado en la revista “Liberation” en febrero del 68, y aparece también en Staughton Lynd y Alice Lynd (Editores): *“Nonviolence in America, a documentary history”*. Orbis Books. Nueva York 1995. Pag 405 en adelante, la cita es de la página 415-6.

canales de información efectivos para contrarrestar la hegemonía (Martin & Varney, 2003a). En general todo hecho instrumental siempre será interpretado también con respecto a distintas racionalidades comunicativas (autorreferencial, dramática y normativa), y servirá como indicador de la capacidad de compensación que pueda ejercer ese actor social o político.

Por otro lado existen ciertos casos en los que pueden surgir dudas acerca de si se han de clasificar como coerción, persuasión o acomodación. Este sería el caso de una negociación a la que se ha llegado contra la voluntad del oponente, que se ve obligado en la misma a ceder a todas o parte de las demandas del actor no violento. Si el oponente no quiere negociar, pero es obligado a ello, se podría tratar de una coerción no violenta, ya que en esa negociación tendrá que acceder a todas o parte de las demandas y como tal fue interpretada por Clarence Marsh Case (Case, 1923, pág. 402). Sin embargo, en la visión de King, Dellinger o Deming, claramente lo que se pretende no es coaccionar al oponente, sino hacer que se acomode, es decir, hacer que ceda a todas o parte de las demandas voluntariamente merced a la presión, instrumental o comunicativa, que se haya ejercido sobre él. Se trata de una brillante solución al problema moral que tenían los pacifistas que se oponían a la coerción no violenta como forma de acción política. No existiría coerción en cuanto el oponente acepta por propia voluntad acceder a todas o parte de las demandas, pero al no haber sido persuadido para ello ha tenido que acomodarse.

El propio caso de la campaña contra la segregación de la población de color en los autobuses de Montgomery en la que se inició Luther King como activista político es un ejemplo de las dificultades ante las que nos encontramos. Esta campaña, basada sobre todo en el boicó, se solucionó con una resolución del Tribunal Supremo de los Estados Unidos que consideraba ilegal la segregación (Sharp, 1973, págs. 95-97). Sin embargo, esta sentencia no hubiera sido suficiente por sí misma sin la campaña de acción no violenta, como muestra el hecho de que ya hubiera una sentencia en ese sentido con respecto a los autobuses interestatales

que los activistas de CORE habían tratado de evidenciar en los años cuarenta (Tracy, 1996). Sin duda alguna, los blancos de Montgomery no fueron persuadidos para acabar con la segregación de los autobuses de su ciudad (Sharp, 1973 pág., 97), pero los procesos comunicativos puestos en marcha durante la movilización fueron esenciales para que no se cuestionara la decisión del Tribunal Supremo y poco a poco fue cambiando el paradigma hegemónico hasta aceptar el hecho como algo normal aunque su alcance no fue tan grande como para eliminar el racismo y la discriminación institucional (McAdam, 1982, pág. 232). Otras campañas parecidas, conocidas como *Freedom Rides*, se tuvieron que poner en marcha para hacer valer la sentencia en otros lugares, enfrentándose igualmente a grandes dificultades hasta que se logró cambiar el paradigma hegemónico (Tracy, 1996, Ackerman & Kruegler, 2000).

Vemos por tanto que la distinción entre éxito mediante la coerción noviolenta o éxito mediante la acomodación del oponente en realidad lo que añade es confusión a la hora de plantear estrategias coherentes con los mecanismos de cambio elegidos por el movimiento, principio propuesto por Peter Ackerman y Christopher Kruegler como orientación estratégica fundamental (Ackerman y Kruegler, 1994).

Igualmente vimos que existían dudas en los casos en los que el Estado se acomoda a la opinión pública sobre debe encuadrarse dentro de procesos de persuasión noviolenta, en los que hemos incluido mecanismos indirectos que permiten tener en cuenta dinámicas comunicativas relacionadas con la formación de consenso social. Si la opinión pública presiona al oponente para que acceda a las demandas del actor noviolento surge la duda de si considerar ese proceso como una forma de persuasión noviolenta o una acomodación derivada de procesos comunicativos.

Con ello se tendría en cuenta el hecho de que, en una sociedad democrática, el oponente no es simplemente el que toma las decisiones, sino que toda la sociedad participa de las mismas

mediante el sistema representativo, con todas las limitaciones de este, por lo que el proceso comunicativo no se dirige sólo hacia el gobierno, sino hacia la sociedad (Muller, 1983). Si el oponente aceptara las demandas porque ha habido un cambio de gobierno tras unas elecciones en las que ha resultado vencedor un partido político más afín a las reivindicaciones del actor no violento, parece claro que se trata de un proceso de persuasión no violenta en el que ha funcionado la división de las élites (lo que vamos a llamar factor DIVISIÓN). Pero si el gobierno cediera simplemente como estrategia electoral para no distanciarse mucho de la opinión pública, entonces parece más bien que el gobierno se ha acomodado. En sociedades regidas por dictaduras sucederá igualmente que el gobierno necesitará del apoyo de las élites, y aunque su fuente de poder tenga una base de coerción más potentes, también necesitará de legitimidad en sectores clave de la población, que podrán presionar en pro de las demandas del actor no violento, puede haber casos que hagan dudar acerca de si se trata de procesos de acomodación o de persuasión. Vemos, por tanto, que al igual que pasaba con los límites entre la coerción y la acomodación, los límites entre la conversión/persuasión y la acomodación también generan dudas, y aportan poco de cara a los debates estratégicos que se establecen a la hora de optar por unas formas de acción no violenta u otras. Está claro por tanto que la persuasión no violenta se refiere al cambio del paradigma hegemónico mientras que la negociación no violenta lo que busca es la acomodación del adversario, que ceda a las demandas, sin valorar por qué lo hace.

El terreno resbaladizo de la coerción, la persuasión y la acomodación será superado si, en vez de pensar las estrategias no violentas en estos términos, pensamos en términos de dinámicas instrumentales, comunicativas y compensatorias que influyen mediante procesos de coerción o persuasión en las posibilidades de éxito de la acción no violenta al dotar de mayor o menor poder de negociación al actor no violento.

6.1 La negociación noviolenta como diálogo y consenso

Por lo tanto, según la perspectiva del poder compensatorio, que contempla el poder como una relación de intercambio desigual, es difícil interpretar una posible mesa de negociaciones como la única forma de negociación posible, sino que toda acción política se puede interpretar en torno a dinámicas que muestran la capacidad y la voluntad para la negociación hasta que esta finalmente se produce, sea de la forma que sea. Al actuar noviolentamente en realidad cada petición que se hace al Estado, cada acto de desobediencia, cada manifiesto público se puede interpretar en sí mismo como un acto de dotarse de poder de negociación en cuanto son formas de plantear demandas. Vinthagen, siguiendo a Habermas, lo entendía como una forma de reestablecer las condiciones ideales para que exista un diálogo en la que todas las partes tengan igual oportunidad de ser escuchadas, de forma que se tengan en cuenta las necesidades de todas ellas (Vinthagen, 2015, pág. 128). La acción noviolenta es por tanto desde este punto de vista una forma de dotarse de voz para los colectivos marginados o subordinados en el orden existente, de empoderarse para revertir esa situación de infravaloración.

Al igual que evitábamos en el capítulo anterior caer en las trampas de un enfoque orientado al actor, en las dinámicas compensatorias tenemos que tener en cuenta que la trampa es caer en un enfoque orientado a la victoria. El objetivo de la acción noviolenta no es derrotar al oponente, sino llegar a un acuerdo para que ceda a las demandas, y esto se hace poniendo presión sobre él en forma de coerción noviolenta (en forma de disrupción de su sistema social mediante procesos de no-colaboración e intervención sin violencia) y persuasión noviolenta (creando un marco de legitimidad en el paradigma hegemónico). Esto no significa que no exista la posibilidad de poner el objetivo en la coerción noviolenta o la conversión del oponente, sino que el mecanismo compensatorio que actúa va a tener en cuenta los dos tipos de dinámicas. Con esto nos estamos separando notablemente de las propuestas

estratégicas de Gene Sharp o Peter Ackerman (Sharp 1973, 2004, Ackerman & Kruegler, 1994) y del resto de teóricos que proponen distinguir entre los diversos mecanismos de cambio para orientar estratégicamente el movimiento hacia uno de ellos.

En la acción violenta se manifiesta ante todo una voluntad de antagonismo y la forma de negociar en términos de dinámicas compensatorias es atendiendo sólo a la capacidad para ejercer la violencia, sin tener en cuenta aspectos relativos a la legitimidad de las demandas planteadas. De esta manera se pierde la posibilidad de usar efectivamente las dinámicas comunicativas y los mensajes que lanza la acción política estarán dirigidos sólo hacia los miembros del endogrupo del actor, ya que al emplear la violencia estas pasan a un segundo plano en la visión de víctimas y espectadores. Es decir, en la acción violenta se pierde el poder compensatorio que puedan tener los mensajes que se lanzan con la propia acción política. Es por ello que los análisis estratégicos de la teoría de la acción noviolenta basados en la estrategia militar, como son los de Sharp y Ackerman & Kruegler, basados en Clausewitz o Liddle Hart, tienden a menospreciar la importancia de los aspectos comunicativos relativos a la legitimidad ya que parten de situaciones en las que los actores monopolizan la producción simbólica.

En cambio, en la acción noviolenta, aunque se mantiene una actitud de confrontación, la voluntad que se muestra es precisamente de negociación, al mantener el respeto por la humanidad del oponente, y, además de tener en cuenta los aspectos instrumentales de la coerción noviolenta que se está ejerciendo, se tienen en cuenta también aspectos relativos a la legitimidad de las demandas, lo cual es, sin duda, una notable ventaja sobre la acción violenta. Ya vimos en el apartado correspondiente cómo los teóricos de la noviolencia, desde Tolstói, usualmente han tenido en cuenta esta necesaria coherencia entre medios y fines, no sólo en sentido estratégico o ideológico (recordemos la frase de Gandhi, "el fin está contenido en los medios, como la semilla en el árbol"), sino también como estrategia

comunicativa (Tolstói, 1990; Muller, 1983; Case, 1923, Gregg; 1937, Shridharani; 1939, Muste 1940; Boundurant, 1958; Deming 1970; Dellinger 1970; Ackerman & Kruegler, 1994; Burowes, 1996, etc.).

De este modo, el conflicto generado por la acción política noviolenta se puede interpretar como un proceso de negociación constante en términos de gobernanza (legitimidad y efectividad/coerción) en la que se produce por tanto un juego de desgaste en las dos partes. En la parte noviolenta el desgaste vendrá por el agotamiento que produce la movilización así como los efectos que la represión que puedan ejercer los grupos armados, y en el oponente, por la quiebra de su propia legitimidad al ejercer violencia contra población desarmada y desde el punto de vista instrumental a los propios problemas que la coerción noviolenta ejerza sobre ellos. Así pues el quid de la cuestión consiste en llegar al punto crítico tras el cual el oponente considera más beneficioso acceder a las demandas de los actores noviolentos, por efecto de suma de las dinámicas instrumentales y las comunicativas, o el punto crítico en el cual se agotan los movimientos noviolentos.

Como se puede comprobar, el enfoque que mantenemos en esta investigación que considera a las dinámicas compensatorias como las dinámicas fundamentales en el desarrollo de la acción noviolenta, es por tanto totalmente coherente con la propuesta de Vinthagen de considerarla como un tipo de acción orientado al consenso, de manera que la acción noviolenta lo que hace es buscar unas mejores condiciones de superar una situación de bloqueo comunicativo (Vinthagen, 2015, pág. 128). Desde nuestra perspectiva lo que se busca mediante la acción noviolenta, por tanto, es encontrar una síntesis entre dos puntos de vista separados mediante una interacción dialéctica en la que para llegar a nuevo consenso la acción noviolenta deba continuar hasta que los procesos comunicativos y coercitivos lleven el conflicto a un ajuste de las posiciones (Vinthagen, 2015, pág. 325).

CAPITULO 7

LAS DINÁMICAS DE RESISTENCIA Y EMPODERAMIENTO

Una vez analizado el funcionamiento general de las dinámicas instrumentales, comunicativas y compensatorias podemos hacernos una idea cómo funcionan las dinámicas de resistencia en torno a las cuales se establece el conflicto político en el cual se puede desenvolver o no la acción no violenta. Así, antes de empezar a analizar las dinámicas que influyen en el devenir exitoso o fallido de la acción no violenta hay que preguntarse por el origen mismo de la propia movilización política, y cuáles son las dinámicas que influyen para que se produzca el rechazo a la violencia en la misma. Estas dinámicas de resistencia serán las que nos informen de por qué en unos conflictos existe acción no violenta y en otros no, por lo que debemos recuperar las teorías que se sitúan en los procesos previos al propio establecimiento del desafío no violento. Esto será de vital importancia para entender por qué hay movimientos que a pesar de sus esfuerzos y experiencia no logran convertirse si quiera en actores capaces de lanzar un desafío y cuáles son las herramientas de las que estos necesitan dotarse para lograrlo.

Este es un tema que desde la literatura de las estrategias de la acción no violenta se ha pasado de largo, ya que parten del supuesto de que el movimiento ya se ha movilizó, a pesar de la importancia que tiene para los movimientos incipientes que pretenden averiguar cómo empoderarse para poder llegar siquiera a movilizarse. Ha sido no obstante desde los estudios de los movimientos sociales donde se han analizado las particularidades

especiales de estas fases previas de la acción noviolenta, aunque sin tener en cuenta las especificidades propias que una forma de movilización sin violencia requiere. Para su recapitulación vamos a utilizar como base la síntesis propuesta por Kurt Shock, que resume los estudios que se han hecho sobre estos procesos que posibilitan a la acción política en una serie de pasos previos a la acción política, ya sea noviolenta o violenta (Ver figura 7-1) (Schock, 2008: 62-66). Tras recapitularlas deberemos elaborar una teoría que sea coherente tanto con estas aportaciones como con la epistemología tridimensional del poder que hemos elaborado en capítulos precedentes.

De esta manera, para hablar de las dinámicas de resistencia a la dominación habría que empezar recuperando la distinción entre situación potencialmente conflictiva, problema político y conflicto político propiamente dicho que efectuara Charles Tilly para facilitar el análisis de los movimientos políticos, que son los colectivos encargados de llevar a cabo esa resistencia una vez definen el conflicto al que se enfrentan (Tilly, 1998). Así se puede entender que para este autor la situación potencialmente conflictiva es la combinación de factores que puede provocar potencialmente un problema o un conflicto, pero en la que no existe acción colectiva por parte de los actores, ni una definición de interés o identidad colectiva. El problema político es por el contrario la situación en la que, aunque sí que existe una definición de interés o identidad colectivo/a, no existe una acción colectiva que inicie el conflicto. Así pues, el punto clave para entender cuándo se pasa de una situación potencialmente conflictiva a un problema político es la definición de un interés o identidad colectiva, o lo que es lo mismo, el paso de una forma de pensarse individual (yo, mi) a una forma de pensarse colectiva (nosotros, nuestro/a). Además, según Tilly, para que exista conflicto político es necesario que exista una acción colectiva que a su vez no puede existir sin una definición de identidad colectiva previa (Tilly, 1998).

7.1 Los procesos de reconocimiento y rechazo del problema político

Así pues, los estudios de los movimientos sociales han

mostrado cómo los dos primeros procesos previos a la acción política serán el de reconocer la existencia de una situación política conflictiva o injusticia, o lo que es lo mismo, de un problema, y rechazarlo, es decir, considerarlo un agravio (Schock, 2008, pág. 62), lo que la teoría de marcos ha denominado liberación cognitiva. En la terminología de Tilly esto equivaldría al paso de una situación potencialmente conflictiva a un conflicto político, lo cual es por tanto un proceso relacionado con la formación de la identidad colectiva que define el interés puesto en cuestión por esa situación. Si no se produce este proceso de identidad que lleva al reconocimiento y rechazo del problema, simplemente se contempla la situación como el estado normal (o natural) de las cosas, el orden legítimo no es cuestionado y ni siquiera se plantea la posibilidad de conflicto o disenso, aunque la situación potencialmente conflictiva esté ahí igualmente. La clave de la acción política, ya que es un proceso previo a la misma, es por tanto el paso de pensarse individualmente a pensarse colectivamente, para lo cual es necesaria una identidad colectiva de referencia con la que el individuo se identifique y con la que pueda problematizar la situación y visibilizar las dinámicas de poder oculto e invisible que subyacen tras la dominación.

Estos procesos se pueden interpretar desde el punto de vista de la teoría tridimensional del poder como una forma de contrarrestar la lógica de la dominación, entendiendo esta como una situación estructural en la que se distribuye asimétricamente el poder de cada actor. De esta manera, vamos a entender el conflicto político, del cual la acción no violenta es una de las formas que puede tomar parte, como un complejo tridimensional en el que cada actor pone en marcha dinámicas instrumentales y comunicativas que son interpretadas desde una racionalidad compensatoria como formas de dotarse de poder de negociación frente a lo que los otros actores imponen o reclaman. Es decir, desde este punto de vista, todo el proceso de gestión, resolución y transformación del conflicto que se pone en marcha mediante la acción política se ha de contemplar como un proceso de empoderamiento, lo cual influirá decisivamente en la oportunidad o no de ciertas decisiones políticas, estratégicas o tácticas que podrían llevar hacia un debilitamiento del actor, en vez de a su fortalecimiento. La teórica y activista india Srilatha Batilwala define con las siguientes palabras el proceso de

empoderamiento:

El término empoderamiento se refiere a un rango de actividades desde afirmación individual a la resistencia colectiva, protesta y movilización para desafiar relaciones de poder de carácter básico. Para individuos y grupos en los que la clase, la casta, el etnia y el género determina su acceso a recursos y poder, su empoderamiento empieza cuando no ya sólo reconocen las fuerzas sistémicas que los oprimen, sino cuando actúan para cambiar las relaciones de poder existentes. El empoderamiento, por lo tanto, es un proceso, dirigido a cambiar la naturaleza y dirección de fuerzas sistémicas que marginalizan tanto a las mujeres como a otros sectores excluidos en un contexto dado (Battiwala, 1994, citada por Weneklasen y Miller, 2002, pág. 53, traducción del autor)”.

Vemos que esta definición por un lado identifica empoderamiento con acción colectiva y pone como requisito previo un proceso de liberación cognitiva similar a los dos procesos recopilados por Shock y que como veremos en los párrafos que siguen, hacen referencia a la dimensión comunicativa de la acción. Es importante resaltar cómo el concepto de empoderamiento hace referencia a procesos tanto individuales como colectivos. El grupo se convierte en el vehículo de participación en la sociedad y el instrumento básico para el empoderamiento individual. Por un lado proporciona a la persona las herramientas necesarias para hacer frente a situaciones específicas de dominación en el ámbito íntimo, contrarrestando dinámicas de poder invisible, disciplinamiento o hegemonía cultural merced a la identificación con un sujeto colectivo. Por otro en el ámbito privado sana las relaciones personales al proporcionarle recursos para interactuar de forma horizontal (no subordinada). Finalmente en el ámbito público permite afrontar como parte de un grupo a las dinámicas de la dominación estructuradas socialmente, y vencer con ello los miedos que generan la represión o las tentaciones de recompensas individuales que el sistema pueda ofrecer a los que colaboren con la dominación.

La aceptación de la dominación en el ámbito íntimo, o, dicho de forma más concreta, la aceptación individual de la situación que

genera el agravio origen del conflicto político, se podría explicar como consecuencia de presiones en las tres esferas de poder.

1) En la primera dimensión racional del poder, la coercitiva, la fuerza y la represión violenta, actuaría directamente contra aquellos que protesten o se movilicen contra el sistema. Golpear, secuestrar (detener, encarcelar), bloquear, inmovilizar o paralizar, serían algunos recursos que se emplean. La dimensión instrumental hace que se obligue a aceptar el orden o situación injusta por temor a una posible violencia de reacción. El aforismo que resume el sometimiento sería algo así: “esto es injusto pero no puedo evitarlo porque me lo impiden por la fuerza”. Para vencer esta coerción a lo largo de la historia muchos colectivos en resistencia han buscado el camino fácil, recurrir a la lucha armada, tratar de ejercer una violencia que contrarreste la violencia del opresor. Todo ello a pesar de todos los problemas que ello conlleva, tanto logísticos derivados del alto coste de la misma (se puede pagar con la propia vida en la mayoría de los casos), como comunicativos (desde una racionalidad normativa se desfigura el mensaje político al presentarse ante el oponente como un antagonista amenazante). Es por ello que muchos movimientos no violentos han llegado a la resistencia civil tras haber fracasado en insurrecciones armadas. La resistencia civil no violenta implica por el contrario una compleja labor organizativa para lograr que multitud de individuos puedan coordinar una estrategia de resistencia pacífica que sea efectiva para bloquear al oponente. Es por ello que Wendy Pearlman ha llegado a la conclusión de la cohesión organizativa es un requerimiento previo a la acción no violenta (Pearlman, 2011). Lo que nos interesa en este momento es que esta cohesión organizativa no se podrá organizar sin poner en marcha dinámicas comunicativas que permitan que una identidad resistente sea adoptada por los miembros del endogrupo. Por lo tanto consideramos que es un error estratégico el tratar de poner en marcha acciones con objetivo instrumental (como cuando se recurre a la lucha armada o a ciertas acciones no violentas no masivas) sin tener o fomentar el colchón social de una masa que apoye la causa.

Además de esta violencia directa, el uso de la violencia por la dominación suele implicar el lanzar además un mensaje en forma

de amenaza de violencia para usarse como forma de poder compensatorio al convertirse en un medio disuasorio hacia el individuo que quebrante el orden establecido por la dominación. La posibilidad de eludir la represión, se convierte por tanto en el premio que se da por mantener conductas subordinadas y la capacidad para reprimir, así como el ejemplo de represión en quienes, en la amenaza constante de que ese castigo puede recaer sobre los que mantenga conductas contrarias al orden establecido. “esto es injusto pero no puedo hacer nada porque soy totalmente incapaz de vencerlos, y me encarcelan o me matan”).

2) En segundo lugar, la dominación se puede aceptar por efecto de la dimensión comunicativa del poder, en la cual ciertos actores dotados de capital simbólico ejercen una hegemonía cultural que define la realidad y normaliza la situación, encuadrándola dentro del orden natural de las cosas (“el mundo es así, es la naturaleza del ser humano y no se puede hacer nada”).

Cuando la dimensión comunicativa de la dominación actúa sin cortapisas, la hegemonía es tan fuerte que se puede llegar incluso a ocultar la existencia misma del agravio a la propia víctima, como les sucedía a los indígenas colombianos que habían llegado a aceptar su sometimiento (es decir, el robo de sus tierras) como una situación normal por efecto del discurso de la inferioridad racial de las etnias no europeas efectuado por la minoría criolla americana (Correa, 2005). Así pues, para contrarrestar la hegemonía que normaliza la situación y disciplina a los individuos en la lógica de la dominación, es necesario un proceso de tipo cognitivo surgido de la experiencia personal (aunque mediada por la participación en un grupo) y su contraste con el paradigma hegemónico, que dicta una realidad incongruente con esta.

Se trataría de la manifestación de una disonancia cognitiva de índole moral derivada de constatación de la falsedad de la verdad descrita en el paradigma hegemónico que contradice los propios valores o experiencias del grupo de referencia (Elias 1939, Foucault 1975, Foucault 1987). Tal y como ha señalado el interaccionismo simbólico, nuestra propia identidad se ha de relativizarse necesariamente en cuanto para poder conformarse

necesita contemplarse a sí misma desde la posición de los otros (Vinthagen, 2015, 116-117), lo cual implica que el colectivo cercano con el cual nos identificamos es nuestro referente y nuestro modelo para interpretar el mundo. Por lo tanto, dado que estos valores y experiencias se perciben e interiorizan dependiendo del colectivo en el que se integra el individuo, la identidad colectiva en la que se insertan las subjetividades y que lleva a los individuos a percibir el mundo desde una perspectiva propia de su grupo, se convierte en el elemento primordial a la hora de interpretar emocionalmente el mundo que nos rodea, incluido su orden social establecido. Esto a su vez se hace a través de paradigma grupal propio que se elabora mediante mecanismos alternativos de distribución de la información, redes sociales que ponen en contacto directo o mediatizan de una manera diferente la información que al ser contrastada con la versión hegemónica produce una disonancia cognitiva que lleva al reconocimiento de un problema (Melucci, 1989, Touraine 1981). Así pues, dotarse de una identidad colectiva cuya definición de la realidad sea capaz de identificar el problema sería el primero de los procesos señalados por Shock en su resumen de los enfoques acerca del proceso previo a la acción noviolenta, el de reconocimiento del problema.

Si reflexionamos expresamente sobre el segundo proceso señalado por Shock como requisito previo a la acción noviolenta, el cual hemos visto que era rechazar esa situación que se ha identificado en el primer proceso de reconocimiento, o lo que es equivalente, considerarla como ilegítima, inaceptable, (Schock, 2008, pág. 63). Desde el punto de vista del poder tridimensional que hemos visto más arriba, este proceso de rechazo se ha de entender por un lado como una continuación de las dinámicas comunicativas puestas en marcha al activarse el reconocimiento cognitivo del problema en cuestión, ya que el rechazo sería un añadido moral al reconocimiento del problema. De hecho, la simple consideración de un hecho como un problema ya sería una forma moral de calificarlo negativamente y por tanto de rechazarlo. Sin embargo vemos que muchas veces, aunque se reconozca el agravio, se puede aceptar y colaborar con la injusticia u opresión que se percibe y no intentar resistirse a la misma. La distinción entre el proceso de reconocimiento y el proceso de rechazo es importante sobre todo

ante la posibilidad de aceptar el problema no porque no se identifique como tal, sino por buscar estrategias individuales para superarlo como forma de adaptarse al mismo, entrando en juego así las dinámicas compensatorias del poder.

3) En cuanto a las dinámicas compensatorias que se ponen en marcha, las teorías de la organización hablan de esas estrategias individuales de colaboración entendiendo esta como un proceso de intercambio desigual en el que cada actor tiene sus recursos y colabora dependiendo de su poder negociador (Crozier y Friedberg, 1977). Se activarían así las dinámicas compensatorias del poder, que premian con privilegios de diversa índole a los individuos que colaboren con el sistema o estructura que crea la situación de dominación. Es decir se negocia el aceptar ciertos agravios al colectivo a cambio de otro tipo de compensaciones individuales, generalmente económicas o sociales (estatus, privilegios etc.) pero que también puede ser simplemente eludir el castigo, como vimos más arriba. El aforismo que resume esta postura es: “esto está mal, pero no es asunto mío, yo tengo que aprovechar esta oportunidad para mejorar económica o socialmente”.

Lógicamente habría que distinguir entre la situación en la que no ha habido la liberación cognitiva posibilitada por el primer proceso, el de reconocimiento, de forma que el poder compensatorio actúa como un refuerzo de la misma creando no ya directamente una compensación por la colaboración, sino un sistema de recompensas a la que sólo pueden acceder los individuos que colaboren con el mantenimiento de la situación. La clave está en que este mecanismo de dominación funciona mejor con individuos pero no tan bien con colectivos cohesionados que por principios de identidad consideran el sistema de recompensas inapropiado por insolidario con su grupo, de ahí la importancia de la cohesión grupal en cualquier movimiento de resistencia. En cambio puede que existan sujetos entre el grupo marginal que colaboren con la dominación aunque sea capaz de percibirla, ya que claramente obtiene de ella ciertos privilegios, reales o ficticios, que le lleven a acomodarse a la misma, e incluso puede aceptar un paradigma que de coherencia a su posición normalizando la situación para evitar la disonancia moral de colaborar con algo con lo que se rechaza.

Hay que tener en cuenta que no nos referimos aquí a las élites, grupos privilegiados social y económicamente, que imponen la dominación, que aunque sean capaces de percibir el problema lo considerarán como algo ajeno, ya que a fin de cuentas el problema no afectaría a su grupo de referencia. Para este colectivo se trata de un problema que atañe al grupo social dominado, ajeno al propio, al que no dudarán de responsabilizar de su propia subordinación en la descripción de la realidad que realizan desde el paradigma hegemónico (“son unos vagos”, probablemente razonarán). Nos referimos a los propios miembros del grupo dominado que, aunque se sepan parte del colectivo agraviado, buscarán estrategias individuales para obtener privilegios de la dominación, aunque estos sean, simplemente, no ser objeto de más violencia.

Lo importante es que nuevamente nos encontramos aquí con la importancia de la creación de identidad y acción colectiva, ya que la parte compensatoria de la dominación se basa por tanto en ofrecer recompensas individuales para aquellos que colaboren con la misma. Dado que la situación de reparto de recursos es asimétrica, no faltarán en el colectivo dominado personas que a título individual eludan las consecuencias de la situación problemática colaborando con ella y eludiendo con ello gran parte de las desventajas de la misma. Estos colaboradores se pueden llegar a ver hasta en situaciones de dominación étnica flagrante en las que el colectivo agraviado ejerce una gran presión sobre sus miembros para evitar su cooptación por el grupo privilegiado, incluso con métodos de extrema violencia como los usados en Sudáfrica en los 80 contra los colaboradores con el régimen del apartheid (linchamientos mediante “necklacing”), o en Palestina con los colaboradores del régimen sionista (ahorcamientos por los grupos armados palestinos) En el caso de la resistencia indígena nasa estos serían indígenas que apoyaban los proyectos políticos de los partidos conservador y liberal, en todas sus distintas fases de las luchas fratricidas que ambos partidos mantuvieron a lo largo del siglo XX.

Así pues, cuando se producen los dos primeros procesos, el de identificación y el de rechazo, todavía estamos en una fase en la

que no existe acción colectiva. Simplemente se habría reconocido el problema y se rechazaría la situación que genera la dominación, así como las recompensas que otorga el sistema a aquellas personas que colaboren, lo cual no es suficiente para impulsar la resistencia puesto que las acciones de resistencia individual tienen su castigo, ya sea con formas de represión dentro y fuera de la ley (dinámicas instrumentales) o con la privación de las recompensas con las que se premia a la sumisión (dinámicas compensatorias).

Así, cuando existe rechazo de la situación sin acción política ni acción apolítica puede producirse también resignación, sumisión y aceptación sin más de la situación. Esta se debería contemplar al igual que los procesos de influyen en el reconocimiento y rechazo de la situación conflictiva como un resultado del proceso de dominación que crea sobre los individuos a los que se pretende subordinar un estado de indefensión aprendida, siguiendo la terminología del psicólogo Martin Seligman. Este fatalismo con respecto a los posibles resultados de un intento de resistencia se produce tanto por la aceptación de discursos de desmovilización omnipresente en el discurso institucional, como por ejemplo culpabilizando de la situación injusta a las propias víctimas, como por experiencias derivadas tanto de prácticas de socialización en el subordinación como por vivencias de fracasos reiterados a la hora de tratar de controlar el entorno (Martín-Baró, 1998). La indefensión, es decir, la actitud de sometimiento, se aprende por efecto de dinámicas instrumentales y comunicativas que no sólo llevan al individuo al sometimiento, sino que marcan caminos, inefectivos, para cuando quieran tratar de resistirse y controlar su destino. Al conformismo con la situación habría que añadir una tendencia a la pasividad, ya que la experiencia indica que cualquier esfuerzo es inútil, y otra tendencia a carecer de pensamiento estratégico, es decir, a pensar en términos temporales limitados al presente sin tener en cuenta memoria histórica de éxitos pasados y planificación para organizar acciones a medio y largo plazo (Martín-Baró, 1998).

En el siguiente apartado vamos a ver cómo desde diferentes perspectivas se ha analizado el conformismo, la pasividad y la indefensión, así como el empoderamiento necesario para superarla. En este momento nos interesa recalcar que para poder empezar un

acto de resistencia debe primero imaginarse ese acto de resistencia, y para poder imaginarse ese acto de resistencia se debe empezar recuperando la memoria histórica, ya que esta nos da la perspectiva estratégica necesaria para trascender esa falta de perspectiva temporal. De ahí la conexión que pretendemos hacer en esta investigación entre modelos históricos para el estudio de la resistencia civil con modelos estratégicos que doten de herramientas a los activistas que quieran poner en marcha acción no violenta.

7.1-2 El empoderamiento necesario para llegar a la acción colectiva

Vemos por tanto que la creación de una identidad colectiva que problematice con la situación social de dominación es fundamental en las tres esferas del poder, que tienen fuerza para actuar sobre individuos pero que pierden efectividad al tratar de someter a un colectivo que plantea cara a la dominación. Lo cual concuerda con la idea de que la identidad común del movimiento es previa a la acción colectiva (Melucci, 1988). Esto se ve claramente para el caso de conflicto étnico, en el que las propias cuestiones de identidad étnica son las que dinamizan el proceso, pero en otros conflictos cuesta más de evidenciar y los movimientos pueden fracasar al no lograr articular una cohesión importante entorno a su proyecto político. Aunque el público simpatice con sus objetivos y estrategias, puede no participar en la acción colectiva o tan siquiera sentirse incluido en el mismo. Cuando se produce esta concienciación en un grupo de personas reducidas, de carácter minoritario, uno de los usos que dan precisamente a la acción no violenta es la de tratar de visibilizar el problema para situarlo en la agenda política tratando de vencer las dinámicas de poder oculto que lo excluyen del debate público. Sin embargo, para poder lanzar una campaña de desafío significativa necesita previamente articular una identidad que pueda cohesionar a un grupo significativo de simpatizantes. Llegamos por tanto a la conclusión por tanto de que el primer proceso que debe darse para la movilización política es la creación de una identidad colectiva que problematice con el paradigma dominante respecto a algún asunto, lo cual sería objeto de estudio de la Teoría de las Identidades Colectivas y la de los Nuevos Movimientos Sociales.

En el caso del movimiento antimilitarista español, esto se evidenció con el éxito del uso del concepto de insumiso para referirse a aquellos objetores que rechazaban también el servicio sustitutorio. Desde nuestro punto de vista sugerimos que esta identidad tuvo éxito porque en el periodo de la transición, y durante los ochenta y noventa, había un gran número de movimientos contraculturales de gran éxito entre la juventud (con especial importancia del rock, que vivía su periodo de eclosión y máxima expansión). Estos exaltaban la rebeldía contra el sistema, cosa que actualmente no ocurre, y posibilitaban un marco cultural para que la propuesta de la insumisión fuera aceptada por su coherencia con los referentes culturales de la juventud. Más recientemente el movimiento 15M y otros afines se articularon en torno a la identidad del “indignado” como respuesta a los problemas políticos que se evidenciaron con la crisis económica posterior a 2008.

En los conflictos étnicos que hemos estudiado en este trabajo se puede evidenciar cómo no es suficiente con tener una identidad étnica propia, sino que esa identidad étnica va sufriendo transformaciones que la pueden llevar a problematizar o no con el paradigma hegemónico. Así pues, los indígenas del Cauca tuvieron que ser convencidos por Manuel Quintín Lame a principios de siglo XX y por el CRIC en los años 60 y 70 de que su desposesión de la tierra era injusta e ilegal, pues la dominación colonial y criolla había legitimado entre los mismos su propio despojo, y tuvieron que crear una ideología de orgullo indígena para poder cohesionar a la comunidad nasa. Esta ideología del orgullo étnico fue también fundamental en la lucha contra el apartheid en Sudáfrica con la aportación de Steve Biko y el Movimiento Conciencia Negra durante los años 70, posibilitando el empoderamiento necesario para que en la década posterior se pusieran en marcha acción no violenta de forma masiva y cohesionada. De la misma manera, en Ceilán, la identidad tamil fue evolucionando hacia posiciones cada vez más antagonistas a medida que se iba evidenciando más la crueldad de las políticas cingalesas hacia las minorías. Lo que en un principio tuvo que hacer el Partido Federal mediante campañas de sensibilización, se evidenció por sí mismo tras el año 58, fecha en la que se pusieron en marcha políticas de discriminación y se

produjeron los primeros episodios masivos de violencia hacia los tamiles.

Lahey hablaba así de la importancia de la sensibilización y la identidad sobre el problema político para poder conseguir un movimiento con posibilidades estratégicas:

La gente tiene a veces carencias en algo más que en términos económicos. En los Estados Unidos, las profesiones de servicios, como trabajo social o enseñanza están cada vez más reconociendo su bajo estatus en el sistema de control social del que forman parte, y su incapacidad para influir sobre él. La gente joven, especialmente estudiantes, saben que la sociedad espera grandes cosas de ellos, incluyendo el riesgo de morir en una guerra. Sin embargo, esas demandas no son correspondidas con la posibilidad para los jóvenes para influir en las instituciones que se benefician de su sacrificio. Cuando se producen tensiones, como cuando la Guerra de Vietnam, los trabajadores por el cambio deben educar ampliamente. La atmósfera para la comunicación es importante para la persuasión. Una situación confusa, donde las viejas imágenes no valen, posibilita la aparición de unas nuevas y más adecuadas imágenes del mundo. La preparación cultural es una fase en la que los agitadores usan estas imágenes para explicar, debatir y preguntar cuestiones. La gente empieza en esta etapa a buscar una identidad común lo suficientemente fuerte como para ayudarles en la lucha. Los individuos ven cómo a frustración y la miseria no son simplemente una cosa propia, sino que es una situación compartida por una generación. Las nuevas identidades de grupo han proporcionado un trasfondo a muchos movimientos. Para los trabajadores, la conciencia de clase debe de existir antes de que los movimientos de masas puedan construirse. La conciencia de género, o feminismo, ha sido indispensable en el movimiento sufragista, y conciencia de raza fue igualmente esencial en los movimientos de negros y chicanos en los Estados Unidos. La mayoría de la gente debe desarrollar un sentido de su destino personal entretelado con el de la colectividad antes de poder actuar juntos, debe cambiar no

sólo su imagen de sí mismos, sino también la imagen del sistema ((Lakey, 2012 págs. 73-74, primera edición de 1973)

Su visión conecta totalmente con los planteamientos del análisis de marcos y la teoría de las identidades colectivas y pone la atención en la transformación de la visión del problema como algo individual a algo colectivo. De esta manera los marcos de referencia de los movimientos políticos los ponen en marcha organizaciones que tratan de activar identidades ya existentes en la sociedad y dotarlas de un contenido de movilización política, como hicieron por ejemplo los movimientos étnicos como el antiapartheid en Sudáfrica, el Nasa en Colombia etc. aunque, tal y como señala Lakey, también puede llegar a crear esa identidad por completo, como ocurrió en el caso de la insumisión o el caso del movimiento de indignados en el estado español.

Es importante, por tanto, señalar la importancia de la superación del individualismo como un requisito clave para enfrentar los procesos de dominación. Tal y como reza el viejo aforismo “la unión hace la fuerza”, o el slogan de lucha “el pueblo, unido, jamás será vencido”, la forma principal de empoderar a los individuos para hacer frente a la dominación a las que les someten las élites privilegiadas del sistema es un proceso progresivo de asociación y alianzas, por lo que la esencia estratégica de la acción política consistirá principalmente en saber ganarse esas alianzas paulatinamente para no sólo transformar la realidad política o social que genera el conflicto, sino también el propio paradigma hegemónico que lo legitima y hace posible.

En este sentido, la teoría feminista ha propuesto la superación de la idea de poder como competencia, expresada como “poder sobre”, para proponer un poder colaborativo que permita el empoderamiento mediante el tránsito de la acción individual a la acción colectiva. Para ello han propuesto tres alternativas que ofrecen formas de expresar poder que crean relaciones más equitativas entre las personas. Estas son el “poder con”, el “poder hacia” y el “poder interior” y que estarían relacionadas con las esferas de poder que vimos más arriba (Weneklasen y Miller, 2002, pág. 45).

El “poder con” se basa en la búsqueda de intereses comunes y la construcción de fuerza colectiva mediante el apoyo mutuo, la solidaridad y la colaboración, y se activa por tanto en la esfera pública de la persona. El “poder hacia” se refiere al potencial de cada persona para dar forma tanto su vida como al mundo, por lo que se articula en la esfera privada, de forma que la conecta con la esfera pública mediante la colaboración. El “poder interior” que emana de la esfera íntima de la persona es la capacidad para imaginar y tener esperanza, para buscar la dignidad propia y la autorrealización, por lo que implica la habilidad de reconocer la propia diferencia individual con el respeto hacia las otras personas. La identidad parte de este poder interior y el proceso de construcción de una identidad colectiva apoyado en el “poder hacia” y el “poder con” será un aspecto fundamental a la hora de movilizar hacia la acción noviolenta y resumen la esencia de proceso de empoderamiento.

Hay por tanto una parte de empoderamiento que es de carácter individual, y tiene que ver con las habilidades personales para desenvolverse en situaciones sociales imprescindibles para participar en colectivos. Este empoderamiento puede ser no sólo relativo a la formación necesaria para poder acceder al conocimiento de la realidad social circundante, en la que habilidades como la alfabetización se tornan herramientas básicas de primer orden, sino también a la capacitación para realizar un análisis crítico de la realidad, cosa para la que hacen falta además herramientas emocionales para sortear las trampas que impone la hegemonía cultural de la élite dominadora. No basta con tener acceso al aprendizaje o a recursos de información y conocimiento para desde el “poder interior” desarrollar ese “poder hacia” o empoderamiento personal, sino que, como hemos mencionado más arriba, hace falta también una identidad colectiva crítica que fortalezca los procesos íntimos mediante la identidad y solidaridad grupal, de forma que permita canalizar ese conocimiento hacia la acción colectiva.

El viejo aforismo feminista “lo personal es político” resume perfectamente la importancia de este empoderamiento personal a la hora de canalizar la desafección personal en acción colectiva

eficiente dentro de un grupo. Mediante el mismo se llama la atención sobre aspectos personales, pertenecientes a la esfera de poder íntima y privada, señalando que son importantes para el devenir político del grupo ya que ese grupo puede reproducir aspectos de la dominación sobre sujetos frágiles que se ocultan e invisibilizan cuando se prioriza la lucha contra otra dominación que es la que da las señas de identidad al grupo. Además, puede servir para resaltar la importancia de otro viejo lema del movimiento pacifista, la necesidad de cambiarse a sí mismo para cambiar el mundo, ya no sólo por dar coherencia entre los fines que buscamos y los medios que usamos al evitar la dominación de las compañeras o compañeros más frágiles, sino por necesidad de empoderamiento personal en la propia lucha, y que este sea coherente.

Por otro lado hay un empoderamiento grupal a la hora de que el movimiento sea capaz de funcionar como colectivo de forma eficiente, gestionando la toma de decisiones y la participación de la forma más inclusiva posible para poder generar no ya un cambio social perdurable en el tiempo, sino simplemente la pervivencia del colectivo como tal. Finalmente habría un empoderamiento social de toda la comunidad de referencia gracias a la conexión de estos grupos en plataformas de acción amplias que coordinan la acción de forma que sean capaces de transformar la realidad social inmediata.

El paso de lo individual a lo grupal se convierte por tanto en una dinámica de resistencia esencial implícita en la creación de la identidad colectiva pero previa a la acción colectiva. Resulta evidente que puede haber colectivos o redes que rechacen la definición normalizadora que de la realidad hace el paradigma hegemónico, pero que no tengan intenciones de transformar la sociedad mediante la acción colectiva, sino que simplemente busquen formas de resistencia apolíticas (por ejemplo, el movimiento hippie, el movimiento punk y otras tribus urbanas de carácter marcadamente anticapitalistas) o se amolden críticamente a ella con actitudes de confrontación individual que no sean susceptibles de ser reprimidas por el sistema. Sin embargo, en estos casos no cabría hablar de un actor político, sino que se trataría de un sustrato crítico o protomovimiento que posibilitaría el sustrato para una identidad de acción colectiva que podría activarse como

movimiento en el momento en el que esa identidad incluyera aspectos relativos a la forma de movilización. Esta es la explicación de por qué los movimientos antisistémicos en Occidente, como el de insumisión antes citado, pero también el anarquista, el okupa, e incluso el ecologista, han solido tener una preponderancia de estéticas hippy-punk, ya que se han construido sobre este sustrato contracultural para generar una identidad de resistencia. No obstante, esto también explica su escaso éxito al expandirse a otros estratos sociales que no parten de esa común identidad colectiva y su éxito cuando la han trascendido, como el caso de los indignados españoles. Por lo tanto, si existe rechazo de la situación pero no existe acción política, o incluso paralelamente a la acción política puesta en marcha por otros actores, pueden darse formas de acción apolítica, entre las que Schock destaca lo que denomina salida, es decir, la migración¹ (Schock, 2011), y la resistencia cotidiana descrita por James Scott como esos actos individuales de resistencia no política que niegan la dominación (Scott, 1985). Tampoco hay que confundir las formas de resistencia cotidiana individuales con el uso político de las mismas si se coordinan colectivamente para utilizarse como protesta política cuando otras formas de movilización se exponen a gran represión como lo ocurrido en 1940 en Dinamarca, cuando los daneses se lanzaron a la calle a cantar cánticos tradicionales como protesta contra la ocupación alemana (Ackerman & Duvall, 2000, pág. 212).

7.2 La organización de la acción colectiva y la elección de estrategias

Resulta por tanto fundamental en la acción política el siguiente paso señalados por los estudiosos de los movimientos

¹ No hay que confundir esta idea de huida, que se refiere a una migración individual, con la forma de retiro colectivo político (éxodo masivo o *hijrat*) descrito por Sharp como uno de los métodos de la acción noviolenta (Sharp, 1973, pág. 211). La huida es un acto individual, mientras que el éxodo masivo es un acto colectivo planificado con una intención política, de la misma manera que la desobediencia civil no es un mero quebrar de la norma, sino una estrategia planificada.

sociales, una vez superados los procesos de reconocimiento y rechazo del problema político, que sería la organización para realizar acción colectiva, y que sería el matiz fundamental para que según Tilly pudiéramos hablar de conflicto político propiamente dicho. Este proceso lo ha estudiado detenidamente el enfoque del análisis de marcos, que parte del supuesto de la existencia de un movimiento concienciado que trata de movilizar a otros sectores de su grupo de referencia influyendo en el discurso que se realiza desde su paradigma o marco de referencia.

Desde este punto de vista, todo el proceso de organización de la movilización se realiza mediante lo que denomina proceso de alineamiento de marcos, que hace referencia a la capacidad para usar elementos simbólicos del paradigma hegemónico en el marco de referencia del actor no violento de forma que encuentre un equilibrio entre las referencias de la población y las que propone el movimiento en base a sus demandas. Es por tanto un tipo de racionalidad autorreferencial y que informa de las posibilidades de liderazgo del actor social dentro del propio grupo o sociedad de referencia del mismo.

De esta manera se favorecerían las dinámicas comunicativas al facilitar la inteligibilidad del mensaje transmitido si se describen esas demandas apelando a valores y creencias propios de la mayoría de la población. Este proceso se ha analizado en profundidad en cuanto ha sido la clave para entender la formación o fracaso de movimientos sociales. Así, desde la perspectiva del análisis de marcos se han propuesto cuatro procesos relativos al alineamiento (Snow, Rochford Worden & Benford, 1986). Por un lado, los marcos de ligazón harían que se vinculara una organización con sentimientos no movilizados, lo cual redundaría en el aumento de la cohesión social al proporcionar una legitimidad conseguida en base a una identidad colectiva previa. Por otro lado, los marcos de extensión aludirían al proceso de extender la demandas hacia otros asuntos más populares, o mejor, menos exclusivos, con el fin de atraer adherentes. Además los marcos de amplificación activarían valores latentes hacia la acción colectiva y los marcos de transformación posibilitarían un nuevo conjunto de creencias críticas como marco hegemónico. Este conjunto de

diferentes tipos de marco configuraría el llamado proceso de alineación de marcos de referencia y se convertirían al sumarse en el principal medio de enfrentar la ideología hegemónica y por tanto de influir en la opinión pública para transformar el paradigma hegemónico. Schock ha resumido en el siguiente párrafo la forma que tiene el análisis de marcos de abordar este problema:

Aunque los procesos de marco de alineación podrían operar en contextos democráticos o no democráticos, los marcos de ligazón y extensión parecen más apropiados para democracias, donde el disenso es tolerado, y, relativamente, hay un libre flujo de la información. En las democracias el marco de ligazón es facilitado por los flujos de información menos constreñidos como consecuencia de medios masivos, correos directos, teléfonos y correos electrónicos comúnmente usados para expandir marcos. Los de extensión son facilitados por la tolerancia del disenso en las democracias, donde los movimientos sociales podrían, de manera gradual expandir sus marcos para aglutinar a tangenciales grupos de apoyo. En los países no democráticos, los marcos de amplificación y transformación tienen más probabilidad de enmarcar el proceso de alienación, a través del cual la gente se adhiere a la causa del movimiento. Por ejemplo, el marco de amplificación atrae valores y creencias existentes pero latentes que podrían haber sido suprimidos por las autoridades. Sin embargo, como se discute más adelante, la capacidad y propensión de un régimen para reprimir varía en el tiempo, así que podrían surgir oportunidades de valores y creencias amplificados, y consecuentemente, facilitar la acción colectiva. Si las poblaciones en los países no democráticos han sido adoctrinadas con la ideología política del régimen, podría ser necesario un marco de transformación para promover el accionar colectivo. Es central para el marco de transformación redefinir la injusticia como intolerable en lugar de tolerable, y atribuir la injusticias a las políticas o estructura del régimen. Dados lo relativamente altos niveles de injusticia y opresión en los países no democráticos, siempre existe potencial para que la ideología hegemónica sea cuestionada y el Estado pierda legitimidad a través de los marcos de transformación. (Schock,

2008, pág. 83)

Una vez que se organiza colectivamente la acción política existe un nuevo dilema ante la opción de elegir formas de acción política convencionales o por formas no convencionales de la misma. De esta manera el cuarto proceso puesto en marcha antes de realizar acción no violenta es el de rechazar la acción política institucionalizada y preferir por otras vías alternativas de acción política.

Sin embargo, aunque las teorías arriba mencionadas de las identidades colectivas y de análisis de marcos de referencia son las que más han buscado una explicación de por qué la gente se somete o participa de formas de acción apolítica como forma de resistencia y por qué se compromete en movimientos políticos, creemos que su enfoque se enriquece sustancialmente al incorporar la teoría tridimensional del poder para explicar el tipo de acción que optará el movimiento y que será un rasgo esencial de la identidad del mismo. No tenemos que perder la pista de que en la elección de estrategias de un movimiento hay una primera elección anterior a la de entre acción violenta-acción no violenta, como es la que se da entre las vías institucionales y las vías no institucionales o no convencionales. En esta decisión influye de forma determinante la percepción estratégica de si el camino institucional o bien está completamente cerrado o bien no acerca al movimiento a los objetivos planteados, se opta por mecanismos de acción no institucional. Es decir, si bien son importantes los factores irracionales que señala la teoría de las identidades colectivas en los primeros procesos de reconocimiento, rechazo y organización, en este momento también son importantes los aspectos estructurales, cognitivos y racionales de la teoría de la hegemonía y de la teorías de la acción no violenta. Dicho de otro modo, se tiene que percibir (problema cognitivo) que la estructuras políticas convencionales (problema estructural) no dan solución a los problemas que se plantean por parte del grupo (problema emocional), lo que lleva a la necesidad de buscar otro tipo de estrategias para dotarse de poder para influir en las decisiones que le afectan (problema de elección racional y moral).

Así, la incorporación de dinámicas comunicativas como las señaladas desde la teoría de la disciplina de Foucault, de la hegemonía Gramsci o de la violencia cultural de Galtung pueden explicar también a la pasividad o la acción no política, al existir también una normalización del proceso político que lleva al escepticismo ante la acción política por percepción de ineffectividad de la convencional, ninguneo de la noviolenta o deslegitimación de la violenta (es decir, una cultura de la pasividad). Como hemos mencionado más arriba, este discurso hegemónico se vería reforzado por prácticas de socialización y experiencias de ineffectividad de la resistencia que llevan a un estado de indefensión aprendida que induce a la pasividad, el sometimiento y la subordinación.

No obstante, a pesar de ello, existen también ciertas formas culturales de acción no convencional tradicionalmente implantadas en una sociedad determinada. Algunos autores, como Sydney Tarrow, hablan de la existencia de un repertorio cultural de acción política no convencional que trata siempre de encontrar nuevas formas disruptivas que superen la institucionalización de las tácticas largamente establecidas que fueron en su día disruptivas en un contexto dado (Tarrow, 1997). Esto hace que se establezca una dicotomía entre viejo repertorio de acción política, institucionalizado, y el nuevo, disruptivo, propio de la acción noviolenta. En este sentido el marco de alineación de un actor noviolento (o el paradigma que proporciona su identidad colectiva) tiene por tanto que recoger también una descripción del rechazo que se efectúa a los medios institucionales o a los violentos, así como una descripción de las posibles estrategias noviolentas que puedan llevar al triunfo. Además será necesario un análisis de la acción noviolenta que trascienda el mero cambio político y sea útil a los movimientos en cualquier circunstancia sociopolítica, ya sean movimientos políticos o sociales (es decir, busquen o no la toma del poder político) porque la noviolencia es un rasgo estratégico de tal calado que afecta a la identidad misma del movimiento.

En este sentido, Charles Tilly consideraba a las identidades políticas, además de relacionales y colectivas, ligadas a los cambios en las redes oportunidades y estrategias a la vez que

dependientes de la validación de otras partes, de modo que estas restringen y facilitan la acción colectiva de los que comparten una determinada identidad (Tilly, 1998, págs.. 25-42). Esta concepción relacional de las identidades sociales trata de romper con otras concepciones de las identidades basadas en la construcción discursiva, los rasgos personales o la psique individual, de forma que, aunque no niega estos aspectos, se centra en las relaciones entre los actores. Se trata de una concepción en la que los individuos disponemos de varias identidades que se activan en diferentes situaciones sociales en las que participamos. Así mismo las identidades se presentan de forma desconexa en la vida social, de forma que da lugar a identidades asentadas en la vida social rutinaria y las segmentadas que se presentan sobre el espacio público. Esta diferenciación entre identidades coincide a su vez con la diferenciación de Tarrow entre nuevo y viejo repertorio de acción colectiva de manera e identifica a las identidades asentadas con el viejo repertorio y las segmentadas con el nuevo (Tarrow, 1997).

Creemos no obstante que las identidades de movimientos étnicos como el tamil, el indígena colombiano, el palestino o el Movimiento Conciencia Negra en la lucha contra el apartheid, rompen con esta dicotomía al activar identidades asentadas con la fuerza de identidades segmentadas. Sin embargo, para poder movilizar hacia las campañas de acción no violenta que pusieron en marcha, necesitaron de un periodo de transformación de esa identidad al vincularla con la estrategia pertinente en cada caso. Además, observando el caso del Movimiento de los Sin Tierra de Brasil (MST), u otros movimientos campesinos de Latinoamérica o Asia, como Vía Campesina, vemos cómo se activan identidades asentadas que utilizan movilizaciones tanto del viejo como del nuevo repertorio. De hecho, desde la revuelta húngara contra el Imperio Austriaco, que se suele considerar como uno de los primeros casos de acción colectiva no violenta masiva exitoso, se han producido numerosos ejemplos en los que se activan identidades asentadas que se movilizan utilizando el nuevo repertorio no violento (Castañar, 2013). Estas evidencias empíricas nos llevarían por tanto a concluir que la elección del tipo de estrategia no está tan relacionado con el tipo de identidad, asentada o segmentada, y sí con otros factores relativos a la construcción de esa identidad que precisamente la vinculen con estrategias disruptivas de acción, como es la

noviolenta.

No obstante creemos que esta distinción entre identidades asentadas y segmentadas nos es útil para distinguir entre viejas identidades de resistencia heredadas por la cultura de movilización de un determinado entorno y las identidades nuevas que activan diferentes movimientos sociales de nuevo cuño que logran conectar no sólo con intereses y expectativas de amplios grupos de gente, sino también de proporcionarles estrategias de acción eficientes y coherentes con su identidad. Se podría considerar por tanto la necesidad de una identidad colectiva de carácter “moderno” que vincule a esa identidad formas de acción del nuevo repertorio de acción no convencional, pero también esa identidad necesitará de un componente “posmoderno” para que supere a su vez los límites de la acción no convencional institucionalizada socialmente y se opte por formas disruptivas de acción noviolenta. Éstas, al ser necesariamente novedosas en el contexto social que se plantean y al ser la parte esencial de una estrategia tan vinculada con la identidad del movimiento, deberán ensayarse previamente en fases tempranas del movimiento hasta que éste se transforma en un movimiento masivo, y como tal, llegar a optar por otro tipo de tácticas más disruptivas todavía por su mayor efectividad instrumental.

Tendremos por tanto tres tipos de identidades: 1) las “premodernas” o “tradicionales” que no cuestionan las formas institucionalizadas de acción política. 2) Las identidades “modernas”, que optan por vías no convencionales de acción institucionalizadas en la cultura de resistencia de la sociedad del movimiento correlativo a ellas. 3) Las identidades “posmodernas” que implican una ruptura con el repertorio de lucha tradicional proponiendo nuevas formas de acción política más efectivas que tras masificarse su empleo pueden llegar a generar el colapso o disrupción total del sistema. La acción noviolenta no necesita de identidades “posmodernas” para lanzar campañas noviolentas, pero creemos que sí para lanzar campañas noviolentas disruptivas capaces de desafiar efectivamente (independientemente de su éxito final) al oponente o simplemente para renovar el repertorio institucionalizado con nuevas tácticas que se ensayan en ciclos de movilización masivos y se añaden al

repertorio.

Una vez rechazada la forma de acción institucional o convencional, merced a la elaboración de un marco de referencia que activa identidades modernas o posmodernas, llegamos, por fin, al proceso de elección de estrategias violentas o noviolentas, que sería el quinto y último proceso previo a la acción noviolenta. En este sentido la teoría de las identidades no distinguiría entre formas disruptivas de acción violentas y formas disruptivas de acción noviolenta.

En este sentido cabe destacar que las aportaciones de la teoría de la noviolencia han considerado este proceso como una elección o bien racional, atendiendo a la mayor eficacia política de la estrategia noviolenta sobre la lucha armada (especialmente cuando la asimetría de fuerzas es clara) o bien moral (Sharp, 1973, Ackerman y Kruegler, 1994), ante la necesidad de dotarse de una coherencia entre los medios que se usan y la justicia del fin que se persigue (Muller, 1983, Lahey 1973, Gandhi 1995).

Desde el enfoque de la noviolencia pragmática, es decir, del que opta por estrategias noviolenta sin participar de la identidad noviolenta, la elección de la noviolencia se produciría cuando la asimetría de fuerzas es tal que se hace inviable una lucha armada con probabilidades de éxito. La conexión con las identidades de resistencia tradicionales, o con los discursos de los marcos de referencia de la cultura tradicional de resistencia, se establece retirando los términos que generan conflicto con estos, para que la elección de estrategias efectivas (las noviolentas), no se vea alterado por prejuicios culturales derivadas de la teorías de exaltación de la violencia heredadas de los movimientos revolucionarios de los siglos XIX y XX. De esta manera se prefiere evitar el término noviolencia y proponen utilizar conceptos similares como “resistencia civil” o “poder popular” para lograr una conexión con este tipo de identidades tradicionales asentadas en sociedades de todo el mundo que rechazarían el término noviolento en su estrategia de acción pero verían con buenos ojos el término resistencia civil, por definirse de forma asertiva en positivo, aunque el concepto de resistencia también implique semánticamente una

oposición previa.

Desde el enfoque de la no violencia ideológica, ese que tienen los movimientos que se sienten no violentos, la solución ha sido crear nuevas identidades en las que el carácter no violento es una condición intrínseca de la misma pero no su principal rasgo definitorio. El caso de la identidad “insumisa” y de la identidad “indignadas”, serían dos ejemplos de identidad de resistencia cuya esencia es totalmente no violenta y que superan los constreñimientos tácticos que imponen las viejas identidades de resistencia, como la de “comunista” o la de “anarquista”, cuyas dinámicas de acción sin disciplina no violenta se manifiesta en la pervivencia de los “black block” en movilizaciones masivas. Ambas mantienen, al igual que el concepto de “resistencia civil”, una definición de la identidad por oposición haciendo valer que es más fácil unir o cohesionar un movimiento declarando a lo que se oponen que por las múltiples alternativas que se puedan ofrecer a ello. Esta identidad por oposición tiene como consecuencia que para la elaboración de una alternativa viable las distintas facciones tengan que aprender a consensuar sus propuestas, convirtiendo por tanto al proceso de toma de decisiones por consenso como un factor fundamental para la cohesión del movimiento, no sólo en cuanto a alternativas políticas sino también en cuanto a la elección de estrategias.

Esto no es banal en cuanto la cohesión del movimiento será un aspecto no sólo fundamental para garantizar la efectividad del movimiento sino para posibilitar la propia elección de la estrategia no violenta del mismo, ante la necesidad de una participación masiva para la efectividad instrumental de la misma. Dentro del enfoque del proceso político ha habido autores que se han fijado en por qué ciertos movimientos recurren a la violencia llegando a conclusiones que chocan directamente con la idea de una elección racional o moral al vincularlas con la capacidad de organización del movimiento. Peter Waldman, en su análisis de las causas y efectos de los conflictos étnicos armados, sintetizaría en cuatro sus presupuestos:

- 1) “La protesta y la violencia no son consecuencia directa de una insatisfacción momentánea en la población. La

predisposición a utilizar la violencia depende más bien de las capacidades y posibilidades de movilización política que tienen los grupos descontentos. 2) Entre las posibilidades de movilización política de un grupo y su capacidad de organización existe una relación estrecha. Por eso hay que buscar los mecanismos con los cuales el grupo recluta a los individuos y obtiene su lealtad. 3) Decisivos para la capacidad de un grupo y organización de realizar acciones colectivas son los recursos que tiene a su disposición; el concepto de recurso en que se basa es amplio y abarca, además de los militares y financieros, factores ideológicos y motivacionales. 4) Los grupos contestatarios dirigen al sistema político reivindicaciones que tienen por objeto mejorar su posición y adquirir bienes colectivos adicionales. Según los recursos de que dispongan, pueden permitirse ejercer presión de una manera suave e invisible (por ejemplo mediante un grupo de presión) o tienen que recurrir a la violencia, medio espectacular por su potencialidad de destruir el sistema. (Waldman, 1997, pág. 30)

De esta manera Waldman vincula la lucha armada a las situaciones en las que no se ha obtenido éxito por movilización institucional y tampoco por movilización pacífica, llamémosla disruptiva o no violenta. Lo que viene a decir que las organizaciones contestatarias recurren a la violencia cuando disponen de pocos recursos para lograr efectuar una movilización no violenta de carácter masiva. Tal y como veremos más adelante, los casos revisados en esta investigación así como otros en los que ha habido conflicto armado simultánea o posteriormente confirman estas conclusiones. Así, el ascenso a la lucha armada del Consejo Nacional Africano en Sudáfrica en los años 60, la creación de del Movimiento Armado Quintín Lame por el movimiento indígena del Cauca colombiano, el surgimiento de los Tigres Tamiiles en Sri Lanka o incluso la presencia de comandos guerrilleros en la Dinamarca ocupada por el III Reich responden al igual que el caso palestino a un fracaso previo de la movilización no violenta o a un momento de debilidad o imposibilidad de la misma.

Desde este punto de vista, por tanto, la opción por la

violencia o la no violencia no dependerá de razonamientos morales en torno a la legitimidad o no de la acción violenta o consideraciones estratégicas acerca de las posibilidades de éxito de una u otra línea de acción, sino que surgen cuando se le han bloqueado otras posibilidades de resolución del conflicto. Huelga decir, que esto lo convierte en un enfoque en cierta manera incompatible con las teorías de la acción no violenta, que se centran precisamente en esos aspectos morales o estratégicos como fundamento de la acción de un tipo u otro, aunque como veremos más adelante, se pueden encontrar puntos en común. Uno de ellos sería la teoría de la mediación organizacional de la protesta de Wendy Pearlman, que también confiere a la importancia de la capacidad para movilizar como el determinante o no de la opción por la acción no violenta, pero desde una perspectiva más conciliadora con las teorías de la acción no violenta (Pearlman, 2011). Más concretamente, señala cómo la cohesión aumenta la probabilidad del uso acción no violenta porque la cohesión proporciona la capacidad organizativa para llevar a cabo este tipo de movilizaciones (Pearlman, 2011, págs. 1-26).

Se entiende por tanto que cuando existe cohesión y capacidad organizativa para llevar a cabo grandes movilizaciones no existen alicientes para recurrir a la lucha armada ya que la disrupción que posibilita se puede conseguir por medios pacíficos menos costosos, con lo que el tema del uso de la violencia queda restringido a una cuestión de disciplina del movimiento. Pero, por el contrario, cuando no existe esa capacidad organizativa para realizar grandes movilizaciones es cuando entran en juego las consideraciones morales para rechazar la violencia o las estratégicas para optar por la violencia como forma de empoderarse como movimiento.

7.3 El proceso de resistencia visto desde el enfoque tridimensional; los empoderamientos

Una vez que tenemos movilizaciones masivas ya tendríamos un actor no violento dotado de la capacidad organizativa necesaria para realizar un desafío político a gran escala, es por ello por lo que los factores internos al movimiento han de ser considerados como

previos en el tiempo a los factores externos, ya que son un requisito para la propia existencia o supervivencia del movimiento.

Figura 7.1: Los procesos previos a la acción política no violenta

PUNTO DE PARTIDA: Situación potencialmente conflictiva

PROCESO 1 (Cognitivo) **RECONOCIMIENTO** (Microsociología)

Si no se produce: normalización. Se considera la situación como el estado normal de las cosas (Foucault, Bourdieu, Gramsci)

PROCESO 2 (Emocional) **RECHAZO** (Teoría de las identidades colectivas)

Si no se produce: adaptación. Se producen estrategias individuales para adaptarse a la situación (Crozier y Friedberg)

PROCESO 3 (Grupal) **EMPODERAMIENTO** (Teoría de género, teoría de conflictos, psicología de la liberación)

Si no se produce: Conformismo. Se produce indefensión aprendida que lleva al sometimiento y la pasividad (Martín-Baró)

PROCESO 4 (Organizativo) **ACCIÓN COLECTIVA** (Análisis de marcos)

Si no se produce: Desorganización. Se producen formas de resistencia cultural de carácter individual y no político (James Scott),

PROCESO 5 (Estructural) **ACCIÓN NO CONVENCIONAL** (Estructura de Oportunidades Políticas)

Si no se produce: Burocratismo. Se producen formas de acción política convencional (partidos, sindicatos, etc.) (Derecho).

PROCESO 6 (Social) **COHESIÓN** (Teoría de las estructuras de movilización)

Si no se produce: Aislamiento. Se produce o bien ensayo de acción no violenta a pequeña escala o bien lucha armada si no ha habido rechazo a la violencia (Pearlman). Si ese ensayo fortalece entonces genera esa cohesión.

Fuente: Elaboración propia.

En los próximos dos capítulos recopilaremos los factores instrumentales y comunicativos que influyen en el desarrollo de la capacidad organizativa al distinguir entre los factores externos e internos que afectan a los diferentes mecanismos para conseguir el éxito de la acción no violenta. Ahora vamos a resumir los procesos previos a la acción política no violenta que hemos recopilado entre las aportaciones de la academia (ver figura 7.1) y a sintetizarlos

teniendo en cuenta las aportaciones para hacer una síntesis que ponga énfasis en los aspectos asertivos. Para hacer esto vamos a seguir dos criterios, el temporal y el inductivo, es decir, vamos a proponer una clasificación en el tiempo de los diferentes procesos y también vamos a seguir un orden que vaya de lo particular a lo general, es decir, del individuo a la sociedad, pasando por el grupo de afinidad, el movimiento, el entorno y la red de alianzas internacionales.

El enfoque temporal lo hemos extraído de dos de los más importantes modelos estratégicos sobre acción noviolenta, el de George Lakey y el de Bill Moyer (Lakey, 1973, con reediciones en 1987 y 2012, Moyers, 1987, Moyer, McAlister, Finley &, Soifer, 2001). Ambos secuencian en diferentes fases las distintas tareas estratégicas que debe afrontar un movimiento para su éxito. Las señaladas por Moyer las veremos más adelante en el análisis de los factores relativos a cada una de las dinámicas, ahora nos detendremos sólo en las del modelo de Lakey, que es heredero de una larga tradición estratégica desarrollado en Estados Unidos desde los años 30 del siglo XX.

George Lakey, un conocido activista blanco cuáquero del movimiento de derechos civiles norteamericano en los años 60, publicó su clásico *Strategy for a Living Revolution* en el mismo año que Gene Sharp publicara su *The politics of nonviolent action* (Lakey, 1973, Sharp, 1973). Ambos se convertirían en una referencia para cada uno de los dos principales enfoques de la acción noviolenta el ideológico en el caso de Lakey y el pragmático en el caso de Sharp. Lakey distinguía entre cinco fases fundamentales para la revolución viva, que de no superarse implicaría que el movimiento caminara en círculos sin llegar a conseguir el éxito. Estas fases supusieron un refinamiento del modelo propuesto por Gandhi, Shridharani, Boundurant o el propio Luther King.

Gandhi había propuesto tres fases, que eran persuasión, sacrificio y no-cooperación (Cortright, 2008), pero Shridharani, activista que había participado en la Marcha de la Sal y que introdujo la idea estratégica de la noviolencia en los Estados Unidos, había

elevado el número de las mismas a trece, haciendo una secuenciación estratégica bastante más detallada (Shridharani, 1939). Para este autor las fases eran: 1) negociación, 2) agitación 3) manifestaciones 4) autopurificación 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11) acciones de masas 12) instituciones alternativas 13) gobierno paralelo. Shridharani influyó notablemente en organizaciones como CORE (*Committee of Racial Equality*) o *War Resisters League*, que fueron las que fueron ensayando formas de acción no violenta que luego se usarían masivamente por el Movimiento de los Derechos Civiles o el Movimiento contra la Guerra de Vietnam.

No obstante, la adaptación estratégica de Gandhi al contexto de movilizaciones de Estados Unidos con más influencia fue la de Joan Boundurant, una antigua espía americana en la India durante la Segunda Guerra Mundial que impresionada por el movimiento Gandhiano tradujo sus principios a la mentalidad americana. Esta autora matizaría estas fases incluyendo preparación del grupo entre la fase de negociación y agitación, y sustituyendo la de purificación por la de ultimátum (Boundurant, 1958). Para esta autora la lista quedaría de la siguiente manera: 1) Negociación y arbitraje, 2) preparación del grupo, 3) agitación, 4) ultimátum, 5) boicots económicos, 6) No cooperación, 7) Desobediencia civil 8) instituciones alternativa y 9) gobierno paralelo (Boundurant, 1958). Finalmente Martin Luther King simplificaría de nuevo el esquema al eliminar del mismo la parte de instituciones alternativas y gobierno paralelo, ya que su punto de vista era de transformación social y no de revolución política (King, 1963). Las fases para el reverendo eran: 1) reunir información, 2) presentar las demandas (intentar negociar), 3) prepararse para el sacrificio (llamada a la acción) y 4) acción directa de masas para volver al punto dos desde una posición de poder. Es decir, en la concepción de Luther King es fundamental la idea de empoderamiento y todo el proceso de acción no violenta lo que busca precisamente es posibilitar ese empoderamiento, que según vimos en el capítulo anterior, es una forma de interpretar procesos relativos a dinámicas instrumentales y comunicativas.

Lahey recogería estas ideas agrupando las categorías (por ejemplo unifica la fase de instituciones alternativas y gobierno

paralelo en una sola fase final) para realizar un modelo coherente en cinco fases estratégicas (Lakey, 1973, 1987). Estas eran las siguientes: 1) Preparación cultural, 2) Construcción de la capacidad organizativa (*organizational strength*) 3) Propaganda por el hecho (o confrontación) 4) No-cooperación económica y política masiva, 5) Intervención e instituciones paralelas.

Como se puede ver su propuesta bebía directamente de la de Shridharani y Boundurant aunque se desviaba de la consideración de las fases iniciales de negociación presentes tanto en estos como en la propuesta de Gandhi o Martin Luther King. En su lugar Lakey, sin duda influido tanto por Boundurant como por su larga experiencia en movimientos, reflexionaba sobre la necesidad de preparar a la sociedad en la que se va a desarrollar el movimiento.

Antes de cada gran movimiento histórico, hay un periodo de fermentación, un tiempo en el que fuerzas objetivas y el trabajo de visionarios cambia la conciencia de las masas. Este estadio de la revolución por la vida necesita que los agitadores hagan conexiones entre síntomas del malestar y las causas, entre los individuos que no son felices y la comunidad que necesitan, entre las identidades parciales y la identidad total de la humanidad. Emerge un programa revolucionario, no como un cianotipo que deba ser copiado sin cuestionar sino como un principio para ser modificado por la discusión con la gente y por la experiencia (Lakey, 2012,pág. 91).

Queda claro por tanto que la primera fase estratégica es, como no podía ser de otra manera, de preparación del propio movimiento para la acción. No obstante, creemos que la primera fase ha de recoger los procesos previos que hemos resaltado en el apartado anterior: creación del marco de referencia o visión, por utilizar términos menos esotéricos, creación de la identidad colectiva, propuesta de la estrategia, ya que estos posibilitan los procesos de reconocimiento del problema, rechazo del problema, organización para la acción política y elección de estrategias noviolentas.

Falta no obstante tener en cuenta la primigenia relación entre el individuo y el grupo, así como el papel del individuo dentro del grupo cuyo análisis aporta la teoría feminista y la teoría del empoderamiento. La teoría feminista ha hecho hincapié en el papel del grupo a la hora de canalizar los procesos emocionales de los individuos, transformando sentimientos que a nivel individual podrían ser destructivos en experiencias de empoderamiento gracias a los procesos de interacción que se producen en los grupos pequeños. Desde un punto estratégico esto lleva a que la estrategia se debe basar en la propia experiencia compartida mediante los procesos de aprendizajes que generan la habilidad y confianza necesaria para poder desarrollar satisfactoriamente campañas no violentas (Vinthagen, 2015, pág. 50).

Esta idea del proceso político como proceso de empoderamiento colectivo permite conectar entre una fase previa, de carácter individual, y la fase ya propiamente colectiva o grupal. La activista norteamericana Johane Sheehan llamaba la atención precisamente sobre esa conexión entre el empoderamiento personal y la participación en campañas políticas:

Una campaña debe llevar a la gente a través de procesos de empoderamiento. Debe ser un fortalecimiento personal en el que la gente descubra y ejerza su propio poder contra la opresión, la exclusión y la violencia, y por la participación, la paz y los derechos humanos. Los grupos que trabajan en una campaña desarrollan un poder colectivo, aprenden a ser organizadores y se convierten en estrategias políticas en el proceso. Una progresión de las campañas nos puede llevar hacia el fortalecimiento social que lleva a la transformación social que estamos trabajando. (Sheehan, 1999, pág. 31, traducción del autor)

Así pues, siguiendo la división entre las esferas íntima, privada y pública propuesta por la teoría de género, podemos distinguir entre tres ámbitos de empoderamiento, como son el individual, el grupal y el social en los que ha de incidir la acción no violenta para poder tener éxito.

7.3.1 El empoderamiento individual: la preparación cultural

En el empoderamiento individual la persona se dota de recursos individuales, tales como la educación, capacidad de oratoria, capacidad de consensuar, capacidad de trabajo en grupo, autonomía económica, etc. No sólo se trataría de conocimientos o habilidades tales como la lectoescritura o la capacidad de análisis crítico, sino también la inteligencia emocional para saber adaptarse a situaciones grupales. El resultado del mismo es la liberación cognitiva posibilitada por la capacidad de análisis crítico. En este proceso el individuo se adscribe a una identidad colectiva previa en la que se reconoce, o varias, dependiendo de los diferentes roles que ejerce en los diferentes ambientes en los que se desenvuelva. Si entendemos este proceso como parte ya del proceso colectivo se ha de entender como una fase de la movilización destinada a la preparación de los individuos para la movilización, en la que hay que dotarles de las herramientas necesarias para participar en campañas de transformación sociopolítica, no sólo ya habilidades o capacidades, sino también un marco de referencia, una identidad y una estrategia clara del movimiento.

Hay otra corriente de la no violencia que considera que este empoderamiento individual no sólo tiene que ver con la liberación cognitiva del individuo hacia el exterior, sino también con la transformación interna del individuo para ser coherente con la transformación externa que quiere conseguir. Nos podemos remontar a Tolstoi cuando este se quejaba de que “todo el mundo habla de cambiar el mundo pero nadie de cambiarse a sí mismo” (Tolstoi, 1900) o el conocido aforismo de Gandhi “ser el cambio que quieres ver en el mundo”. Sin embargo estos planteamientos, a pesar de dar coherencia al individuo con su visión, pueden llegar a perder la pista de que la principal herramienta de empoderamiento es la acción colectiva, la organización de las resistencias en diferentes ámbitos.

La necesidad de los individuos de dotarse de recursos y habilidades sociales a nivel individual es lo que ha hecho que muchos movimientos de resistencia no violentos hayan empezado primero por procesos de regeneración de la educación, ya que es la

educación, más que proporcionar habilidades sociales para desarrollar campañas políticas, lo que permite la liberación cognitiva, la adscripción a un colectivo de referencia mediante la aceptación de la identidad que este propone. Así por ejemplo, la etapa en la que Abdul Gaffar Khan estuvo fundando escuelas en la actual Pakistán permitió que décadas después hubiera activistas formados que pudieron integrar el cuerpo de los *Khudai Khitmargar*, el ejército no violento musulmán que luchó junto a Gandhi en la liberación del dominio colonial de la India. En el caso del movimiento antiapartheid también se evidencia este proceso de educación. De esta manera durante los años 50 las acciones no violentas promovidas por el Congreso Nacional Africano no tuvieron mucha aceptación entre la comunidad negra, cosa que cambió en la década de los 70 con la creación del movimiento Conciencia Negra, que promovió una renovación de la educación y la creación de un nuevo marco de referencia del movimiento negro. Estos jóvenes educados supusieron las masas que activaron los diferentes movimientos de boicot y no colaboración que coordinarían la UDF y COSATU en los años 80 y que acabarían con el cambio de régimen. De la misma manera el movimiento nasa del Cauca desde los años 60 ha incidido siempre en la formación de los indígenas y ha sabido, aprovechar las características de una cultura tradicionalmente ágrafa, con la construcción de relatos orales, símbolos y dando la importancia social al médico tradicional, así como a otras autoridades ancestrales .

A la manera inversa, el movimiento tamil fue sobrepasado por las necesidades de los jóvenes de castas inferiores cuando estos perdieron el acceso a la educación del Estado, con lo que optaron por la lucha armada como medio para conseguir superar su falta de oportunidades ante la ausencia de alternativas laborales para tameses sin formación. Otro ejemplo, aunque con una perspectiva a largo plazo, sería el énfasis que hace el movimiento antimilitarista en desarrollar herramientas pedagógicas de educación para la paz, y de ponerlas a disposición de los pedagogos y pedagogos profesionales para contribuir así a generar una cultura no violenta.

Así pues, en una primera fase de empoderamiento personal

no hay movimiento colectivo, tan sólo individuos empoderados que tratan de organizarse para empoderar a su vez a los miembros de su grupo de referencia, como hicieron Abdul Gaffar Khan en Pakistán, Manuel Quintín Lame en el Cauca, o Steve Biko en Sudáfrica, pero pronto el empoderamiento individual pasa a convertirse en una tarea colectiva, la de empoderar individuos para que luego esos individuos empoderen a los grupos.

De esta manera es ya en este primer proceso de empoderamiento individual donde se produce el paso de lo individual a lo colectivo y donde se genera la identidad. Es en este proceso en el cual se activa la identidad colectiva, que proporciona un marco de referencia en el cual se producen los procesos de reconocimiento del problema político, de rechazo del problema político, organización colectiva (con lo cual surge ya el conflicto político), de rechazo a la acción institucional y rechazo a la acción violenta. El resultado de este proceso de empoderamiento personal es la creación de una nueva identidad colectiva de resistencia activando identidades previas o transformando el marco de referencia de la misma para crear una nueva. ¿Y cómo se crea una identidad? Vinthagen nos da la respuesta: mediante la acción y la interacción.

La identidad surge de interacciones sociales donde lo que importa es tanto la propia imagen de ti mismo como otras definiciones de quién eres. Expresa la diferencia entre el individuo o grupo, y los otros: nosotros y ellos. Basándonos en una teoría constructivista social de la identidad, podemos hablar de identidades reflexivas que son creadas mediante la acción. La construcción de la identidad es una lucha entre percepciones. La policía caracteriza a los activistas como “criminales”, pero se ven a sí mismas como “responsables de mantener la paz”. Para algunos observadores, los activistas son “mártires sacrificados por un buena causa”, para otros simplemente irritantes “problemáticos” que impiden que la gente haga su trabajo legítimo. La identidad se atribuye a través de designaciones explícitas y percepciones expresadas en la acción. Las identidades, por lo tanto, no son algo dado (permanentemente) o que se asumen, sino que son imágenes

individuales autoconstruidas no permanentes y compartidas que algunas veces se ponen en cuestión en relaciones en conflicto. Los activistas no deciden su significado por sí mismos, en cuanto las identidades son negociadas en interacciones. Entonces, la credibilidad de los activistas disminuye entre sus oponentes si actúan de forma contradictoria, por ejemplo, si abogan por relaciones pacíficas e igualitarias mientras actúan como si fueran moralmente superiores o se prepararan para usar a violencia (*Vinithagen, 2015, págs. 91-92, traducción del autor*)

De esta manera, en esta fase de preparación cultural en la que se prepara a los individuos para la acción colectiva, se necesita de una liberación cognitiva que se consigue mediante el desarrollo de una visión o marco de referencia que lleve implícita una estrategia para la resolución del problema político que se define en esa visión y active una identidad colectiva que sirva de referencia. La forma de hacerlo será mediante acción noviolenta que consiga satisfactoriamente la consecución de objetivos intermedios que mejoren la situación del grupo de referencia y que lo lleven a identificarse con el movimiento puesto en marcha por el actor noviolento.

El objetivo en esta fase será conseguir la cohesión social necesaria para apoyar movilizaciones noviolentas. Como síntesis de todo esto, en nuestro modelo analítico/estratégico deberemos incluir un factor, al que podremos denominar COHESIÓN, que recoja todos estos procesos de preparación cultural y generación de marcos, identidad y estrategia, tan necesarios para la movilización noviolenta.

7. 3.2 Empoderamiento grupal: Capacidad organizativa y capital simbólico

La siguiente fase de empoderamiento será el empoderamiento grupal, tanto en los aspectos relativos a la capacidad instrumental para organizarse como movimiento eficiente como a la capacidad comunicativa para dotarse de credibilidad. A la primera la denominaremos Capacidad Organizativa, y a la segunda Capital Simbólico. En nuestro modelo analítico/estratégico estas van

a ser los factores relativos al actor no violento, o factores internos. En los próximos capítulos realizaremos una recopilación de los factores que influyen en cada una de ellas.

7.3.2 Empoderamiento social: oportunidades y alianzas

Finalmente la última fase sería la transformación del medio social en el que se desarrolla el propio movimiento, las oportunidades que el contexto le brinda para triunfo, o lo que es lo mismo, los factores externos al propio movimiento. Es importante tener en cuenta que en nuestro modelo vamos a interpretar las oportunidades no como algo meramente externo al movimiento sino como algo que el propio movimiento puede ir trabajando para igualmente transformar. Tal y como veremos más adelante, no podemos pretender que el movimiento llegue a un nuevo consenso fundando un nuevo paradigma si no ha trabajado previamente la compatibilidad de los símbolos u otros aspectos sociales y culturales. Distinguiremos entre las oportunidades sociales, las culturales y las políticas, y consideraremos estas últimas como las relativas al oponente y por tanto las últimas a las que puede aspirarse transformar, por ser necesaria la transformación previa del ambiente así como un sistema eficaz de alianzas. Tal y como vamos a ver más adelante, vamos a distinguir entre los factores relativos al entorno de la acción no violenta, en el que se darán las oportunidades sociales y culturales, y los factores relativos al oponente, donde se darán las oportunidades políticas. Igualmente relativo al oponente situaremos el factor HEGEMONÍA para reflejar la capacidad del oponente para imponer su definición de la realidad y la capacidad del actor no violento para lograr un nuevo consenso social en torno a las demandas que efectúa.

Figura 7.2 Resumen de los procesos de empoderamiento

Una vez realizado el empoderamiento individual y la preparación cultural los individuos estarán capacitados para participar en un movimiento sociopolítico.

Una vez realizado el empoderamiento grupal el movimiento noviolento se dotará de credibilidad y de capacidad para organizar acciones siguiendo una línea táctica y estratégica.

Una vez realizado el empoderamiento social el movimiento habrá transformado el entorno y aislado al oponente para lograr un nuevo consenso sobre el cambio social o político que demanda.

Figura 7.3 Los procesos de empoderamiento en el desafío noviolento:

1.- Empoderamiento individual, preparación cultural:

COHESIÓN (superación del individualismo)

UNIDAD (superación del sectarismo)

2.- Empoderamiento grupal o colectivo:

2.1 Empoderamiento comunicativo:

CAPITAL SIMBÓLICO (credibilidad).

2.2 Empoderamiento instrumental:

CAPACIDAD ORGANIZATIVA (efectividad).

3. - Empoderamiento social: oportunidades y alianzas

3.1 OPORTUNIDADES SOCIALES.

3.2 OPORTUNIDADES CULTURALES

3.3 OPORTUNIDADES POLÍTICAS.

3.4 SISTEMA DE ALIANZAS

4.- Compensación del paradigma hegemónico:

4.1 NUEVO CONSENSO.

5.- Transformación sociopolítica: cambios sociales y políticos.

5.1 REVOLUCIÓN

(6.- Conciliación postconflicto. Conservación de los éxitos.)

CAPÍTULO 8

LOS FACTORES INSTRUMENTALES DE LA ACCIÓN NOVIOLENTA

Para analizar los factores instrumentales que influyen en el éxito de la coerción noviolenta haremos una primera distinción entre factores externos e internos al movimiento, para luego ubicarlos en el capítulo undécimo en nuestro triángulo de la comunicación política dentro en el actor correspondiente, ya sea el movimiento noviolento, el oponente o como parte del entorno. Nos basaremos en los factores que los teóricos de la acción noviolenta han relacionado con la coerción noviolenta, y que harán referencia fundamentalmente a aspectos instrumentales de la acción social, pero que, al tener en cuenta también las estrategias con las que los movimientos sociales se enfrentan a ellos, puede recoger aspectos comunicativos presentes en las mismas. No obstante, no dejaremos de lado las aportaciones de los enfoques de la estructura de oportunidades políticas ni de movilización de recursos, tratando de conseguir con ello una visión lo más amplia posible del asunto.

Empezaremos, pues, con los siete factores que Sharp mencionó como relativos a la probabilidad de éxito mediante la coerción noviolenta, ya que se trata de una lista más amplia que recoge, además de oportunidades externas, condiciones inherentes a los propios actores que se han de considerar como factores internos a los mismos. Podemos resumir estos factores con la siguiente lista:

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

- 1 Necesidad de alto nivel participación
- 2 El grado de dependencia del oponente en los actores noviolentos para implementar sus propias fuentes de poder
- 3 Habilidad del actor noviolento en la aplicación de las técnicas de la acción noviolenta
- 4 Capacidad para mantener en el tiempo la desobediencia y la no-colaboración a pesar de la represión y del propio desgaste
- 5 Simpatía y apoyo de terceras partes
- 6 Capacidad para ejercer la represión por parte del oponente y la respuesta a ello
- 7 Oposición dentro del propio oponente a las políticas sobre las que se establecen las demandas o a la represión desencadenada en respuesta a las movilizaciones. (Sharp, 1973, págs. 754 y 755)

Estos factores serán esenciales en nuestro modelo ya que una vez nos situemos en el campo empírico conformarán las preguntas que trataremos de responder en los movimientos que estudiemos. No obstante, hay que decir que Sharp no desarrolló mucho estos factores, que explicó en dos breves páginas, de las más de ochocientas que tiene "*The politics of nonviolent action*". Sin embargo, este tema, aunque no con los mismos epígrafes, ha sido desarrollado por otros autores sobre no violencia, muchas veces teniendo en mente cómo mejorar la operatividad estratégica de los propios movimientos, con lo que se incidiría más en los factores internos que en los externos (Ackerman & Kruegler, 1994; Burrowes, 1996; Moyers et alii 2001, Lakey, 2012). Tampoco hay que olvidar que también ha habido debates en los estudiosos de los movimientos sociales sobre cómo inciden los factores externos (por ejemplo, la represión) como muestra el interés por el tema en la propuesta de la estructura de oportunidades políticas. La principal diferencia entre los estudiosos del enfoque político y los de la acción noviolenta es que, para estos últimos, los actores noviolentos pueden desarrollar estrategias para influir o incluso cambiar de signo estos factores (Ackerman & Kruegler, 1994). Es por ello por lo que, mientras analizamos uno por uno estos factores, vamos a hacer un

repasso de las principales obras de estrategia noviolenta, y de los principios o componentes estratégicos que enumeran, para ver cómo se pueden incluir dentro del análisis de factores de Sharp.

8.1 Factor PARTICIPACIÓN. Necesidad de un gran número de personas movilizadas

Según Sharp la coerción noviolenta puede lograr el éxito del desafío político de tres formas diferentes:

- 1 El desafío puede extenderse tanto y ser demasiado masivo como para ser controlado por la represión del oponente.
- 2 La no-cooperación y el desafío pueden hacer imposible para el sistema social, político y económico operar a menos que se consigan las demandas del actor noviolento.
- 3 Incluso la habilidad del oponente para aplicar la represión puede verse dispersa o incluso disuelta por la acción noviolenta (Sharp, 1973, pág. 741; Sharp, 2004, pág. 418)).

Las diferencias entre ellos son matices sutiles: en el primer caso la movilización es tal que desborda la capacidad de represión; en el segundo, independientemente de la capacidad de represión, se logra paralizar la sociedad (se produce una disrupción total del sistema), y, en el tercero, el oponente pierde su capacidad de represión, que no es que esté desbordada, sino que no se llega a ejercer; se trataría del caso de coerción extrema que luego Sharp calificaría como “desintegración”(Sharp, 2004, pág. 415). Como vemos en cada uno de ellos la acción noviolenta ejercitada de forma masiva ha desbordado la capacidad de reacción del oponente, ya sea al desbordar o anular la capacidad de reacción o asfixiando el medio en el que se desenvuelve. En los tres casos se necesita que la acción noviolenta se ejercitada de forma masiva. Este es el quid de la cuestión a la hora de plantear una estrategia coercitiva de lucha noviolenta y el dilema principal de los movimientos noviolentos

será cómo conseguir que las masas secunden las tácticas de acción noviolenta que están poniendo en marcha.

No hay consenso entre los y las estudiosas en torno a cómo abordar la cuestión de la participación, ya que se puede afrontar desde las diferentes perspectivas con las que la academia se ha acercado a los movimientos sociales. Se podría considerar que pueden existir eventos especiales del contexto que sirvan como catalizadores del apoyo masivo a una movilización, por lo que la participación dependerá en buena medida de las oportunidades políticas del momento (McAdam, McCarthy y Zald, 1998; Tarrow, 1997; Tilly, 2009; Zunes 1998; Schock, 2008, Moyer et alii, 2001). Por otro lado con la herramienta de las estructuras de movilización se haría referencia al estudio de formas de organización y acción que posibilitan una mayor participación (McAdam, McCarthy & Zald, 1998).

El análisis de marcos haría referencia a factores comunicativos que posibilitan que el marco de interpretación se expanda por el resto de la sociedad (Snow y Benford, 1988) mientras que la teoría de las identidades colectivas a cómo la población se identificaría con el movimiento (Melucci, 1989). Si combinamos las tres propuestas vemos que las oportunidades políticas, una organización efectiva y el uso acertado de estrategias comunicativas del movimiento serán los detonantes de que haya altos niveles de participación. Estas tres mismas ideas han sido recogidas por los teóricos de la estrategia de la acción noviolenta. Robert Burrowes pondría el énfasis en una organización consistente con una estrategia (Burrowes, 1996), mientras que Ackerman y Kruegler en la definición de objetivos como estrategia comunicativa, pero también en organización coherente (Ackerman & Kruegler, 1994). Bill Moyer pondría énfasis en una respuesta organizativa y una estrategia comunicativa adecuada a las oportunidades políticas, incluso anticipándose a estas (Moyer et alii, 2001).

Sin embargo, el análisis más significativo sobre la

participación en los movimientos noviolentos lo han hecho las profesoras Erica Chenoweth y Maria J. Stephan. No obstante su estudio estaba realizado desde un punto de vista cuantitativo al comparar entre más de trescientas movilizaciones violentas y noviolentas (Chenoweth & Stephan, 2011). Su conclusión es que el factor PARTICIPACIÓN es una de las variables principales del éxito de la acción noviolenta y su hipótesis es que es una variable dependiente cuyo resultado está determinado por el factor DISCIPLINA. Es decir, si la movilización es noviolenta, se eliminan barreras físicas y morales a la participación ciudadana. Vamos a empezar resumiendo su análisis para luego seguir con el de los estrategias arriba señalados.

8.1-1 Las barreras a la participación política no institucional

Para Chenoweth y Stephan las ventajas que tienen los movimientos noviolentos a la hora de posibilitar la participación de la población es la característica principal que hace que los movimientos noviolentos tengan más éxito que los violentos. (Chenoweth & Stephan, 2011, pág. 10). Citan, además, varios factores que influyen en la participación, aunque ellas hacen un enfoque hacia la comparación con movimientos armados, deberán ser tenidos en cuenta a la hora de pensar en factores que facilitan la movilización:

Las barreras físicas. En las movilizaciones noviolentas el repertorio de tácticas y actividades incluye un gran espectro que va, desde acción directa con alto riesgo, a otro tipo de actividades de mucho menor riesgo, como la participación en boicots, mientras que en las campañas violentas los riesgos físicos son mayores y a menudo mortales. En la planificación estratégica de un movimiento noviolento deberá tener en cuenta cuando usar tácticas de alto riesgo que sólo podrán seguir un limitado número de activistas y cuando usar tácticas de bajo riesgos destinadas a movilizar a las masas. Dado que la gente es más proclive a participar en

actividades de protesta cuando esperan un gran número de gente haciéndolo, ya que la percepción de un gran apoyo público hace percibir menos riesgos, no se deben anticipar protestas o campañas con alto riesgo personal si no hay un contexto de movilización masiva que arrope a los activistas que se van a implicar (Chenoweth & Stephan, 2011, págs. 34-35).

Las dificultades informativas. Para reclutar miembros, las campañas deben publicitar sus actividades para demostrar sus objetivos, habilidades y posibles reclutas. Las campañas violentas, por el contrario, necesitan de secretismo, y lanzan su mensaje mediante operaciones militares, mientras que su realidad operativa permanece secreta. Este principio de transparencia es fundamental para la captación de activistas y simpatizantes (Chenoweth & Stephan, 2011, págs.35-36).

El ambiente festivo. Otro elemento que permite una mayor participación en las movilizaciones es el ambiente festivo de las protestas no violentas, con música, teatro, disfraces y humor, mientras que en las revueltas violentas de carácter cruento o incruento se lanzan mensajes agresivos y en la lucha armada no tiene cabida lo lúdico. El ambiente relajado permite, además, rebajar la tensión, la agresividad y, por tanto, los riesgos, o al menos, la percepción de los mismos.

Las barreras morales. Los actos de violencia alejan a segmentos de la población que aunque pudieran simpatizar con el movimiento no trasladan esa simpatía a la violencia (Chenoweth & Stephan, 2011, pág. 36). Por otro lado también existen debates morales en las tácticas no violentas, en torno a las acciones de coerción no violenta por un lado y a los riesgos que implica sobre uno mismo y a la familia o posesiones, pero su grado de profundidad y conflicto ético es mucho menor (Chenoweth & Stephan, 2011, pág. 37). En el primer caso, la adhesión a una visible disciplina no violenta facilita la resolución del debate ético a favor de la participación ya que se evita la inmoralidad del daño a terceros, mientras que, en el

segundo, más que un debate moral se trata de la aceptación de riesgos en el entorno más próximo al activista. Sydney Tarrow describe este proceso con las siguientes palabras:

Enfrentados a la habituación a la protesta y al inminente abandono de sus seguidores, los líderes pueden inventar formas más audaces de confrontación o usar las mismas de modos más radicales. Se recurre a la violencia física y a la retórica exagerada para dar nuevos ánimos a los militantes desalentados, atraer a nuevos seguidores y mantener la atención del Estado. Pero tales prácticas asustan a los observadores, hacen que los posibles aliados se lo piensen dos veces y que muchos que los que se unieron al movimiento en su fase temprana y entusiasta lo abandonen. Al abandonar estos activistas el movimiento, va resultando cada vez más difícil organizar formas pacíficas y masivas de acción colectiva. Los militantes del núcleo del movimiento aprenden a sacar el máximo partido de sus limitadas fuerzas. El resultado más probable de la existencia de un número reducido de militantes es la violencia. (Tarrow,1997, pág. 199)

Vemos, por tanto, que no sólo la acción noviolenta necesita de participación para lograr el éxito, sino que también la falta de participación puede llevar a abandonar la estrategia de la acción noviolenta. Por eso mismo, más adelante tendremos en cuenta esta reflexión en el factor COHESIÓN, que recoge las variantes comunicativas de esta problemática.

Los problemas de compromiso. Las tácticas noviolentas ofrecen varios niveles de compromiso y riesgo a los que los simpatizantes se pueden amoldar. El activista dentro de la lucha armada necesita una especialización y profesionalización en el uso de la violencia, además de implica la aceptación riesgos mortales, lo que reduce el número de gente dispuesta a ello. Esto implica también que cuando las condiciones destruyen el entorno laboral y

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

social (como en el caso de una guerra en la que se ataca a población civil) la gente se puede apegar a la violencia como solución ocupacional, ya que no tienen nada que perder. En una campaña no violenta la gente no tiene que dejar sus trabajos y su familia, o puede retornar a ellos cuando lo decida, por lo que permite una mayor participación (Chenoweth & Stephan, 2011, págs 37-39).

Pero no hay que pensar sólo en la falta de acción no violenta como lucha armada, pues este análisis también sirve para formas de violencia incruenta características de un modelo insurreccional de movilización, que generan los mismos efectos comunicativos que la lucha armada, aunque a menor escala, al no haber muertes. En el otro lado del espectro, las formas convencionales de participación, al tener menos barreras, suelen contar con mayor participación que la acción no convencional propia de los movimientos no violentos, pero, al carecer de intención disruptiva, perdería toda posibilidad de coerción y su estrategia sería simplemente persuasiva. De esta manera, estas autoras consideran que el factor DISCIPLINA es el determinante del éxito del factor PARTICIPACIÓN, el cual a su vez consideran que es la pieza fundamental del éxito de la movilización. No obstante, la investigación empírica en el caso del movimiento Tamil de Ceilán demuestra que la participación sea por sí misma garante del éxito y demostrará que es importante que el movimiento desarrolle una capacidad organizativa tal que le permite superar el desafío de la represión o la demonización del mismo por el oponente y sus medios afines.

8.1-2 La participación como estrategia

Entre los teóricos de la estrategia de la acción no violenta el aumento de la participación en las movilizaciones es un objetivo omnipresente, aunque a veces no se nombre como tal. Hardy Merriman lo considera, con el nombre de unidad, uno de los tres factores que componen la tríada fundamental de la resistencia civil, sin entrar en discusiones sobre cómo lograrlo (Merriman, 2010). Por

otro lado, teóricos como Ackerman y Kruegler orientan varios de sus principios hacia este fin, especialmente en los dos primeros, (Ackerman & Kruegler, 1994, págs 24-30). El primer principio, que ellos nombran es formular objetivos precisos y funcionales y que podríamos renombrar como “principio de optimización de objetivos”, señala la importancia de la definición de las metas en la planificación estratégica. No solo se refieren al fin último, al que constituye la victoria, sino también a los fines secundarios, que también deben ser definidos con precisión. Señalan cinco criterios para definir los objetivos:

- 1) Los objetivos deben ser concretos y específicos asó como conseguibles en un marco razonable de tiempo.
- 2) Los objetivos deben sugerir el uso de una amplia gama de medidas noviolentas.
- 3) Los objetivos deben proteger intereses vitales de los actores noviolentos.
- 4) Los objetivos deben tener el máximo apoyo posible en la sociedad afectada por el conflicto.
- 5) Los objetivos deben concordar con valores de los interés de terceras partes, para atraer su apoyo y potencial ayuda. (Ackerman & Kruegler, 1994, pág. 24, traducción del autor)

Las hipótesis de la que parten es que la mayoría de la gente se sacrificará sólo por objetivos lo bastante concretos como para ser razonablemente obtenidos y que se necesitan victorias progresivas para crecer en confianza y permanecer comprometidos con la estrategia.

El análisis de marcos iría un poco más allá que la mera definición de objetivos concretos, ya que, desde este punto de vista, sería la liberación cognitiva posibilitada por el marco de referencia del movimiento lo que haría que la gente se implicase en el

movimiento (Snow & Benford, 1988). La participación por tanto depende desde esta dimensión racional comunicativa, de la posibilidad de utilizar símbolos de marcos dominantes, pero que, a la vez, contengan la crítica necesaria para la transformación del sistema. Shock resumía así esta idea:

Para que los oprimidos se involucren en la acción colectiva primero deben estar liberados cognitivamente, esto es, lograr una disminución del fatalismo, la cual va emparejada con una percepción de que las condiciones son injustas, aunque sujetas al cambio gracias al accionar colectivo). La liberación cognitiva es facilitada por el desarrollo de marcos de referencia de la acción colectiva, los cuales “resaltan y exageran la seriedad e injusticia de una condición social o redefinen como injusto e inmoral lo que previamente era visto como infortunio y quizás tolerable (Snow y Bendford). Para motivar el accionar colectivo, estos marcos de referencia exitosos deben golpear la fibra más sensible de los individuos de la población oprimida, y deben de superar el dilema simbólico de mediar entre símbolos heredados que le son familiares pero conducen a la aceptación del status quo y unos nuevos que promueven el accionar colectivo pero podrían ser tan extraños que no resultan en acción. (Schock, 2008, pág. 82)

Estas reflexiones no son baladíes, y lo que vienen a decir en nuestro modelo es que una de las condiciones para que haya participación es que debe haber primero un proceso comunicativo de liberación cognitiva que facilite la cohesión del grupo de referencia. Ese proceso lo vamos a recoger en el factor COHESIÓN, pero lo que nos interesa en este momento es que el factor participación va a ser una variable dependiente cuyo resultado favorable obedecerá a que haya habido primero un proceso comunicativo y a que se hayan eliminado las barreras que señalaban Chenoweth y Stephan. Además, Shock también señala la importancia de los marcos de referencia a la hora de disminuir los

miedos que genera la represión y que actúan inhibiendo la participación:

Aunque la acción colectiva implica riesgos en las democracias, esta entraña más riesgos en países no democráticos. Dado el gran peligro asociado con actos de disenso en ámbitos autoritarios, el miedo es un potencial obstáculo que debe ser superado. La represión violenta, por sí misma, no induce a la obediencia y la cooperación, ésta debe inducir miedo con el fin de promover el cumplimiento de las obligaciones. Los regímenes no democráticos han desarrollado elaborados métodos para invocar el miedo y la aquiescencia en sus poblaciones. Así cualquier que sea el marco de alienación, miedo y aquiescencia deben ser disminuidos mediante la puesta en marcha de nuevos marcos de referencia. (Schock, 2008, pág. 84)

Por otra parte, el segundo principio de Ackerman y Kruegler alude a las características de la organización para que el liderazgo sea capaz de movilizar a la población general (Ackerman & Kruegler, 1994, págs.. 26-30). Lo denominan “desarrollar fuerza organizativa” y que podemos sintetizar como “principio organizativo”. Estos autores hablaban de tres estratos organizativos: liderazgo, cuerpos operacionales y la población en sentido amplio, de forma que cada uno de ellos tendría un rol bien definido. La función del liderazgo sería tomar decisiones primarias que den forma al conflicto y sirvan de inspiración, motivando al resto del movimiento. Sin embargo, reconocían que no existe una fórmula adecuada, ya que la mayoría de los casos empíricos demuestran que no se necesitan líderes carismáticos y su papel puede ser realizado por comités o asambleas, ya que los líderes son más vulnerables a la represión.

Tras el término de cuerpos operacionales se recoge la idea de grupos de activistas con experiencia y entrenamiento y que son los encargados de llevar la carga del conflicto. Para estos autores

estos grupos recogen cuatro importantes funciones: 1) Comunicar decisiones e información entre la población. 2) Instruir, nutrir y apoyar a la población en la realización del conflicto no violento, así como imprimir moral, evitar posibles abandonos e identificar a colaboradores. 3) Asesorar e informar al liderazgo sobre el grado de resistencia de la población civil y el oponente. 4) Realizar operaciones especializadas o altamente peligrosas (Ackerman y Kruegler, 1994, pág. 28). También señalan que otra de sus tareas sería desviar las posibles amenazas de elementos internos que hacen perder efectividad organizativa, como pueden ser oportunistas, aprovechados, colaboradores, entusiastas que rompen con la estrategia dominante o que presionan para un acomodación prematura así como labores de ocultamiento (personas, bienes, información, dinero), dispersión (de recursos críticos, de sanciones no violentas) y sorpresa (mantener la iniciativa) (Ackerman y Kruegler, 1994, pág. 28). Los activistas de los cuerpos operacionales tienen que tomar decisiones bajo presión, llevar a cabo lo decidido y motivar a otras personas.

El tercer nivel comprendería el resto de la población civil, se trataría de los posibles simpatizantes a los que se puede convocar para acciones puntuales que exigen participación, como manifestaciones o campañas de no-colaboración, boicot o desobediencia civil (Ackerman y Kruegler, 1994, pág. 29). No obstante, no realizan un análisis de cómo los cuerpos operacionales y el liderazgo son capaces de movilizar a la población, aunque consideran como fundamental en ello la activación de redes y organizaciones preexistentes. Esto nos lleva a centrarnos en otro de los elementos del paradigma del proceso político, como son las estructuras de movilización. Este enfoque distingue entre las organizaciones formales del movimiento (es decir, "una organización compleja y formal que identifica sus objetivos con las preferencias de un movimiento e intenta materializar estos objetivos) (Zald & McCarthy, 1987, pág. 20) y la forma en que realmente se organiza la acción colectiva (organización de la acción colectiva), que puede hacerse autónomamente o bien estar controlada por las

organizaciones formales del movimiento. Como forma de conexión entre unas y otras estarían las estructuras de movilización, que vinculan a los líderes de las organizaciones formales con las bases del movimiento que articulan la acción colectiva. Las estructuras de movilización son, por tanto, los vehículos colectivos a través de los cuales la gente moviliza y se compromete en la acción colectiva. El enfoque se centra en el estudio de estos grupos intermedios, organizaciones y redes informales que componen los elementos de los movimientos sociales y revoluciones.

Esta misma idea también ha sido recogida por el teórico de la acción noviolenta, Robert Burrowes, quien proponía uno de los componentes de su marco estratégico para la defensa noviolenta la organización (Burrowes, 1996, págs. 184-189). Bajo ese epígrafe recoge una distinción entre grupos de identidad, organizaciones comunitarias, colectivos y grupos de afinidad en la estructuración de un movimiento. Los grupos de identidad son grupos religiosos, étnicos, culturales o de clase que muestran gran cohesión social por sus valores, actitudes y creencias compartidas. Los grupos de identidad se pueden organizar de diferentes maneras, pero suponen la base de la participación en cuanto parten de unos altos niveles de lealtad intragrupal. Las organizaciones comunitarias son los sindicatos, cooperativas, asociaciones profesionales etc. preexistentes en la sociedad y que pueden articular la movilización noviolenta, pero en ellas, y en los grupos de identidad, existen ciertas dinámicas sociales que reproducen prácticas de opresión y dominación.

Por ello Burrowes, al contrario que Ackerman y Kruegler, pone énfasis en los grupos pequeños como vehículos para canalizar la participación política noviolenta y a la vez satisfacer necesidades de sus miembros (Burrowes, 1996, pág.188). Distingue entre grupos de afinidad y colectivos. Los primeros son pequeños grupos de gente que se une por su afinidad personal (generalmente amigos en mayor o menor grado), para un determinado evento o tarea política. Este grupo cumple funciones tanto de posibilitar la

participación política así como el apoyo personal. Los colectivos son también pequeños grupos de gente dentro de una organización más amplia y cuyos componentes se han elegido por criterios diferentes al de afinidad personal, normalmente un interés político, siendo mucha mayor la tensión entre las diferentes identidades políticas de sus miembros (Burrowes, 1996, pág.186). Burrowes resalta la importancia de los pequeños grupos ya que estos promueven oportunidades a los individuos para interactuar con el resto del mundo: satisfacer sus necesidades de participación, desafiar la anulación del individuo que se produce por las estructuras organizativas de los grandes grupos, que mantienen privilegios a ciertos miembros, y participar plenamente en el proceso de toma de decisiones que ha de ser horizontal y por consenso para permitir una mayor. En sus palabras, esta forma de organización en redes de grupos pequeños:

... proporciona oportunidades de mayor calidad para todas las personas a la hora de satisfacer sus necesidades. Proporciona la oportunidad para reconocer la diversidad y para aprender a utilizar las diferencias individuales con el fin de construir la fuerza colectiva. Proporciona un marco manejable en que el que personas puedan desafiar la violencia estructural inherente a ciertos procesos de grupo y comportamientos personales como parte de la lucha global contra la violencia estructural. Permite a las personas que participen en las decisiones y actividades que afectan sus vidas. Y por último, reduce al mínimo la vulnerabilidad a la derrota inherente a un sistema de defensa que depende de un liderazgo centralizado, que puede ser destruido. (Burrowes, 1996, pág. 189, traducción del autor)

En resumen, su propuesta es que la organización en grupos pequeños, en los que los activistas individuales pueden participar de la toma de decisiones tácticas, estratégicas e incluso políticas, es la clave para lograr un movimiento masivo. En este sentido hay que

añadir que la teoría de la toma de decisiones por consenso hace también incidencia en que la participación en la toma de decisiones permite que se respeten los acuerdos (al haber sido adoptado por uno mismo) y que la gente participe con más entusiasmo de las propuestas resultantes. No obstante, la existencia de movimientos noviolentos organizados verticalmente que han conseguido la participación masiva y la existencia de movimientos horizontales participativos de carácter minoritario nos lleva a entender que la organización participativa no es un elemento determinante para lograr una participación masiva, y que factores como la preparación cultural de la que se habla en el factor COHESIÓN pueden ser todavía más importantes. Esto no significa que la forma de estructurar el movimiento no sea relevante, sino que la vamos a considerar preferentemente en el factor RESILIENCIA, ya que la organización horizontal permitirá hacer frente a la represión de una forma mucho más eficiente que una organización vertical con liderazgo centralizado, vulnerable al asesinato de sus líderes (Lakey, 1973, 2012, pág. 121).

Bill Moyer ha tenido igualmente muy en cuenta en su Plan de Acción del Movimiento (o análisis PAM) la necesidad de movilizar a la población, que es uno de los vértices de su triángulo político. En su visión por fases tiene muy claro cómo movilizar a la población dependiendo de en qué fase del movimiento se esté (Moyer *et alii*, 2001, págs 42-86). Así, primero hay que activar un rol de ciudadano, para generar confianza en el público, luego un rol de rebelde, para generar un descontento, luego un rol de agente de cambio, para mantener el movimiento y luego otro de reformador para tener la habilidad política de conseguir las demandas planteadas.

Así pues en las primeras fases, de “tiempos normales” y de “demostrar el fallo de las instituciones”, el rol preponderante es el de ciudadano que se ha de ganar el respeto del público para dotarse de credibilidad (Moyer *et alii*, 2001, págs 43-48). En la fases siguientes, condiciones de maduración y despegue del movimiento, pasa a ser

preponderante el rol de rebelde, pero si no se activa posteriormente el de agente de cambio se acabará cayendo en la crisis de la fase cinco (Moyer et alii, 2001, págs 48-58). Luego, en las fases finales, el rol preponderante será el de reformador, para poder tener la habilidad de afianzar las demandas conseguidas (Moyer et alii, 2001, págs. 58-86). Como se puede ver, para Moyer el proceso de ganarse al público es, por lado, un proceso comunicativo, en consonancia con Ackerman y Kruegler, y, por otro lado, un proceso organizativo, en consonancia con Burrowes.

La conclusión que podríamos extraer para cerrar los determinantes del factor PARTICIPACIÓN es que en realidad es una variable que depende de otros factores, como son los factores comunicativos del factor COHESIÓN (teoría de Pearlman) y del factor DISCIPLINA (teoría de Chenoweth y Stephan), y las estructuras de movilización, que, como veremos, hacen referencia al resto de factores de la CAPACIDAD ORGANIZATIVA (Ackerman y Kruegler, Burrowes o Moyers). Esto hace que se pueda considerar más bien a este factor como un indicador de que otros procesos se han desarrollado adecuadamente que un factor independiente en sí mismo. Es importante no obstante no dejar de considerarlo en nuestro análisis, ya que alude a una parte de la estrategia que habrá tenido que seguir el movimiento para ganarse al público, para organizarse de forma inclusiva y para coordinar.

Si bien no lo vamos a considerar como un factor, ya que entendemos que un factor es algo que el actor no violento puede trabajar para conseguir ponerlo a su favor, y en este caso esto se hace de forma indirecta trabajando sobre otros factores, sí que lo vamos a considerar, pero como un vector, que será además uno de los indicadores del nivel de poder que tiene el movimiento. Esto no quiere decir que no vayamos a recoger en un factor la forma de estructurar el movimiento, porque como veremos más adelante, es un elemento fundamental en la capacidad de resiliencia del mismo.

Es importante no perder la pista de que al igual que un

análisis de un movimiento necesita una descripción detallada del escenario donde se desarrolla la resistencia, a modo de introducción al estudio de caso, el análisis de los factores deber ser precedido por una descripción detallada de la forma que tiene de organizarse el movimiento. De esta manera en un análisis histórico podremos entender cómo se articula la toma de decisiones para poder luego interpretar cómo afecta eso a los distintos factores instrumentales. De la misma manera, cuando un movimiento esté planificando su estrategia deberá tener en cuenta que la forma de organizarse será vital para poder resistir a la represión, o realizar una campaña coherente. Normalmente los movimientos, al ser suma de individualidades, cada una con su propia experiencia vital, suelen necesitar experimentar por ellos mismos diversos fracasos hasta llegar a formas de organización coherentes, efectivas y resilientes, pero sin duda alguna si en el imaginario colectivo se pueden tener experiencias históricas de otros movimientos o se entrenan concienzudamente formas de organizarse horizontales y noviolentas, el movimiento puede ser capaz de anticiparse al fracaso. De ahí la importancia tanto de estudios históricos como de entrenamientos especializados, no sólo en acción directa, sino en toma de decisiones por consenso y organización y planificación de campañas.

8.2 FACTOR INTERDEPENDENCIA: El grado de dependencia del oponente en los actores noviolentos para implementar sus propias fuentes de poder.

Hemos visto que Clarence Marsh Case ya había reconocido a principios de los años veinte que la coerción social surge del “reconocimiento estratégico de la importancia fundamental e indispensable de la cooperación en cada forma y fase de la vida en sociedad” (Case, 1923, pág. 401). De esta manera ponía atención sobre el hecho de que mediante procesos de no-cooperación se puede causar la disrupción necesaria para ejercer presión tal sobre el oponente que puede llegar a coaccionarlo.

Sin embargo, la coerción no violenta no basa sólo su efectividad en el ataque a las fuentes de poder del oponente mediante procesos basados en la no-cooperación, sino que también la intervención no violenta puede generar la disrupción necesaria al bloquear una determinada fuente de poder. Si bien mediante la no-colaboración se necesita dependencia del oponente en los actores no violentos, como reza el factor enunciado por Sharp, mediante procesos disruptivos tanto de no-colaboración como de intervención no violenta se puede llegar a atacar otras fuentes de poder indirectamente. Lógicamente, una mayor dependencia del oponente en esas fuentes de poder supondrá una mayor oportunidad para la coerción indirecta. Sharp reconocía esto en el factor juego de alianzas, y Kurt Shock describe este proceso de la siguiente manera:

Para maximizar la influencia de los retadores, las relaciones de dependencia del Estado deben ser el blanco del accionar. Un componente necesario pero no suficiente de una exitosa insurrección no armada, de acuerdo con Ralph Summy, es atacar las relaciones de dependencia del Estado, directa o indirectamente a través de terceras partes. En cualquier sociedad el Estado depende directamente de segmentos de su población para gobernar. Si cualquiera de esos segmentos, tales como los militares, los funcionarios policiales, administradores o los trabajadores en la oferta de energía, transporte, comunicaciones, comercio y otros sectores claves, se rehúsan o amenazan con no ejecutar sus deberes, el poder estatal resulta significativamente minado. (...)

Análogamente, la no cooperación con el Estado podría ser usada para forzarlo a fin de que haga concesiones políticas o para minar sus capacidades de control. Estando así las cosas, minar el poder estatal mediante la disrupción o no cooperación, en especial a través de canales que causan impacto en la relaciones de dependencia estatal, da como

resultado un incremento en el poder de los retadores, lo cual es un mecanismo crucial que debe ser considerado al examinar las trayectorias de las insurrecciones no armadas. Una tarea capital de todos aquellos que retan al Estado es la de acrecentar su influencia en contra de éste por medio del ataque certero a las relaciones de dependencia estatal y mediante la movilización indirecta de la presión de terceras partes.

El montante de poder que los retadores pueden manejar varía dependiendo de cuan directos sean sus vínculos con el opresor. En casos de dependencia relativa con el Estado, donde no hay vínculos directos entre opresores y oprimidos, las terceras partes llegan a ser cruciales para el conflicto. El grado de dependencia estatal del apoyo de terceras partes determina el potencial de poder para hacer contrapeso al Estado de una manera indirecta por parte de los retadores. Los retadores que no tengan dependencia directa de las relaciones con el Estado pueden incrementar su poder de hacer contrapeso logrando el apoyo de terceras partes que tengan relaciones con éste. Esto puede ocurrir mediante los llamados, la presión o la coerción noviolenta de terceras partes que tengan vínculos tanto con los retadores como con el Estado. (Schock, 2008, págs. 116-120)

Este factor por tanto no se debe limitar tan sólo a la relaciones de dependencia entre el actor noviolento y el oponente, sino que también debe recoger la dependencia del oponente con respecto a otros grupos sociales, así como la consideración de si la alteración de la colaboración estos, ya sea por vía coercitiva o persuasiva, se han convertido en objetivo de las campañas noviolentas. Burrowes también opina de forma similar al considerar que hay que distinguir entre los objetivos de la defensa y los de la contraofensiva (dado que su planteamiento es de defensa noviolenta no tiene sentido desde su punto de vista una ofensiva sin una agresión previa). El objetivo estratégico de la defensa será

consolidar el poder y la voluntad de la población para resistir a la agresión efectuada por la élite del oponente mediante la movilización de los grupos sociales clave. El objetivo estratégico de la contraofensiva será el de alterar la voluntad de la élite oponente para llevar a cabo la agresión (dinámicas comunicativas), y socavar su poder para hacerlo (dinámicas instrumentales) (Burrowes, 1996, pág. 210). De esta manera señala tres dominios sobre los que actuar y que se corresponden con los grupos sociales que apoyan la agresión: las tropas de la élite del oponente, la sociedad de la élite del oponente, las sociedades de los aliados de la élite del oponente. Para él, por tanto, el centro de gravedad sobre el que hay que ejercer la presión mediante la acción no violenta está compuesto por los grupos de los que el oponente depende, por lo que para este autor será fundamental actuar sobre ellos.

Vemos, por tanto, dos componentes en este factor; por un lado, el grado de dependencia del oponente con respecto al actor no violento y, por otro, el grado de dependencia en terceras partes sobre las que se actuará indirectamente. En ambos casos se ha de considerar por tanto como un factor externo al propio actor, de carácter estructural, ya que no es algo inherente al movimiento, sino a la estructura social. Podríamos denominar esta factor por tanto como DEPENDENCIAS, para recoger más exactamente la necesidad de incidir en los elementos de dependencia del oponente, ya sea mediante procesos de no colaboración si el oponente depende directamente de ellos, de intervención no violenta si el grupo dependiente no es afín, o procesos de tejido de alianzas si se considera que las fuentes del poder del oponente pueden ser susceptible de cooptación para la causa. Sin embargo, si lo denominamos, INTERDEPENDENCIA, podemos incluir en el análisis la posibilidad de que el actor no violento puede así mismo depender de la colaboración del oponente, con lo que una campaña coercitiva podrá resultar en que este la niegue, causando gran perjuicio para el propio actor no violento. Por lo tanto, este factor recogerá por un lado las relaciones de dependencia del oponente con respecto al actor no violento y por otro lado las relaciones de

dependencia con respecto a terceras partes, cuyo análisis orientará la planificación de la estrategia de alianzas de aquel.

8.3 FACTOR EFICIENCIA: Habilidad del actor noviolento en la aplicación de las técnicas de la acción noviolenta.

Este factor es el de carácter más claramente interno al propio actor noviolento, y el que más tinta ha vertido por parte de los estrategas de la noviolencia, ya que hace referencia a la habilidad para elegir tácticas y métodos, tiempos y lugares, entrenamientos específicos etc. El problema de este factor es que hay tener mucho cuidado en no confundir la causa con la consecuencia y dictaminar tras el fracaso de una movilización que esta se hizo ineficientemente, pues puede haber factores externos imposibles de vencer. La valoración de la eficiencia no debería tener nada que ver con el resultado final del movimiento, sino con la habilidad para planificar y elegir la estrategia adecuada al entorno así como la aplicación correcta de tácticas en el momento óptimo. Vamos a repasar por tanto algunos de los principios y componentes que los estrategas de la acción noviolenta han señalado como clave para la eficiencia estratégica del movimiento y que no hemos incluido en otros factores. Estos serán cuatro, aunque son denominados con diferente nombre dependiendo del enfoque.

1.A) El principio 5 de Ackerman y Kruegler habla de la necesidad de expansión del repertorio de sanciones noviolentas y podemos resumir como principio de diversificación de métodos. Se trata de poner en marcha creativamente diversos métodos y técnicas en una campaña, así como combinar algunos de ellos. Para poder hacer esto Ackerman y Kruegler señalan que es tarea del estratega la labor de crear un inventario de capacidades de la población y su actual repertorio cultural para luego priorizar y expandir el actual repertorio. Muchos movimientos noviolentos han fracasado debido a su énfasis en un solo método de acción, como podría ser la manifestación masiva, técnica fácilmente suprimible

mediante la represión (Ackerman y Kruegler, 1994, págs. 33-35).

1.B) Kurt Shock recogía este principio con el nombre de “innovación táctica”, y lo consideraba como un factor fundamental en el éxito de la insurrección no armada:

Las autoridades, y quienes las retan, tienen que adaptarse al accionar de su respectivo adversario con el paso del tiempo. Si los retadores se adaptan más rápidamente que el Estado, incrementan la probabilidad de enfrentar con éxito la represión estatal. Así, cuando el Estado aprende a adaptarse y a contrarrestar ciertos métodos, el grupo de retadores debe innovar para tomar la iniciativa y evitar el estancamiento del movimiento. La innovación táctica, que corresponde a la creatividad de los activistas en el diseño de nuevas tácticas no institucionales cuando la efectividad de las anteriores es contrarrestada por las respuestas de las autoridades estatales, tiene más probabilidad de ocurrir cuando los retadores están organizados en trabajo en red más que en jerarquías, y cuando se usa un rango de métodos de acción no violenta, dado que implementar una variedad de métodos incrementa la probabilidad de novedosas re combinaciones de las acciones existentes. Dado que la innovación táctica ocurre en los márgenes de los repertorios existentes, cuanto más expansivos sean los márgenes -la expansión está representada por la implementación o el conocimiento de las múltiples técnicas que proviene de variados métodos-, más grande será la probabilidad de innovación.

Por supuesto, la habilidad para implementar tales métodos podría influir en el alcance de los retadores para, de manera exitosa, enfrentar la represión. A mayor diversidad en los métodos y tácticas implementados, más difusas llegarán a ser las operaciones represivas del Estado, que potencialmente disminuirán su efectividad. La incorporación de múltiples métodos también hacen fácil cambiar de una clase a otra de

éstos, si es que le Estado concentra sus capacidades represivas contra un método particular. Además, cada método tiene sus propias virtudes y refuerza también las de otros. La protesta y la persuasión ayudan a superar la apatía, la aquiescencia y el miedo, contribuyen a la elaboración y diseminación de marcos de referencia contra-hegemónicos, y envían señales a terceras partes y a públicos de referencia sobre la existencia de situaciones injustas e intolerables. La no cooperación mina la legitimidad, los recursos y el poder del Estado, y el retiro colectivo de la cooperación a éste promueve la cooperación y el empoderamiento de los oprimidos. La intervención noviolenta disruptiva podría ser usada para apoyar métodos de protesta y de persuasión, al igual que de no cooperación, y la intervención noviolenta creativa socaba la autoridad estatal y contribuye para que los movimientos sean más hábiles para mantenerse a sí mismos, gracias a que provee redes que son alternativas a las instituciones controladas por el Estado. (Schock, 2008, págs. 113-116)

2.A) Por otro lado, Ackerman y Kruegler registran con el número diez el principio que podríamos denominar “principio de planificación estratégica”, lleva por título evaluar los eventos y opciones a la luz de los niveles de toma de decisiones estratégicas. Este principio hace referencia a la necesidad de coherencia entre los niveles de toma de decisiones posible. Estos son el nivel político, donde se enmarcan los principios generales y a los que se han de subordinar el resto. El nivel de planificación operacional, en el que se expone el plan general para el desarrollo del conflicto, y es, por lo tanto, de carácter estático, ya que no cambia a lo largo del mismo. El nivel estratégico que informa de cómo se utilizarán los recursos humanos y materiales en la campaña. Es muy dinámico y se ha de ajustar constantemente a la realidad. Luego está el nivel táctico, en el que se llevan a cabo acciones particulares y un nivel logístico en el que se recogen actividades de apoyo a la estrategia y la táctica (Ackerman y Kruegler, 1994, págs 45-48).

Ajustarse a este principio permite analizar el conflicto y evitar que se pasen por alto tareas importantes, a la vez que otorga el justo valor al significado de cada éxito en su nivel estratégico, táctico o político, encuadrándolo dentro de un marco general y una perspectiva a largo plazo. No ajustarse a este principio conlleva errores como no ser lo suficientemente persistente, producto de la perspectiva a corto plazo, o puede desmotivar a la gente a la hora de participar en las movilizaciones (Ackerman y Kruegler, 1994, pág. 47).

2.B) Burrowes recogería este principio al señalar que los cuatro primeros componentes del marco estratégico que desarrolla en su propuesta (que son análisis político y estratégico, definir demandas y propósito político, definir objetivos estratégicos y la concepción de la no violencia), que serían las reflexiones del nivel político y de planificación operacional, guían al resto de componentes, que serían los de los niveles estratégico, táctico y logístico (Burrowes, 1996, pág. 133). De la misma manera, en los modelos estratégicos por fases de Moyer y Lakey la propia secuenciación lleva implícita la necesidad de planificar la estrategia. Lakey

2.C) Bill Moyer considera que la planificación estratégica es vital para poder llegar a lo que el denominaba fase seis, en la que se consigue el apoyo público de la mayoría, a partir de la cual se requiere a su vez de nuevos modelos organizativos. En ese momento, dejan de ser tan importantes los entrenadores de acción directa no violenta y hace falta otro tipo de estrategias más propias del rol de agentes de cambio (Moyer et alii, 2001).

3.A) Ackerman y Kruegler destacan igualmente, como principio número 11, el “ajustar operaciones ofensivas y defensivas de acuerdo con las vulnerabilidades de los protagonistas”, y que podríamos resumir como *principio de ajuste defensivo* (Ackerman y Kruegler, 1994, págs.. 48-49). Este principio, consiste en actuar en

consonancia con el lugar en que esté situado el movimiento en el continuum ataque-defensa, y alude posibilitar la resiliencia del movimiento. La reflexión que hay detrás es que un movimiento se puede organizar para resistir ambientes de represión extrema, de hecho, una conclusión de los casos que estudiaron estos autores es que en los mismos no había una relación entre la violencia del oponente y el resultado final, siendo el caso paradigmático la resistencia noviolenta a la ocupación danesa por el III Reich.

Vemos, por tanto, que desde el punto de vista del ajuste defensivo se trata de un factor en el que priman los condicionantes organizativos, pero estos van a ser recogidos como tales en el factor RESILIENCIA, ya que existe un extenso debate tanto en la literatura sobre movimientos sociales como de la acción noviolenta acerca del modelo organizativo más útil para desafiar al Estado mediante la acción noviolenta. Dentro del factor EFICIENCIA, no obstante, podemos incluir la adaptación estratégica a posturas ofensivas en momentos de fortaleza y a posturas defensivas en momentos de debilidad o represión.

Una postura ofensiva hace referencia al desarrollo de tácticas que atacan el centro de gravedad del oponente, y, por tanto, la definición de lo que es el centro de gravedad del oponente será un aspecto esencial en el planteamiento estratégico. Se puede pasar a posiciones ofensivas abriendo nuevos frentes, bien aumentando las demandas exigidas o incrementando el número de actores noviolentos que mantienen el desafío con los que el oponente tiene que tratar para mantener el control. Igualmente la resistencia y las sanciones pueden ser concentradas en puntos o asuntos específicos donde el adversario es más débil.

Por otro lado, las posturas defensivas se refieren a acciones que buscan proteger la propia habilidad de estar en el conflicto. Las técnicas empleadas para ellos son la dispersión de movilizaciones, personas y recursos materiales, reducción del número de encuentros tácticos y dedicar la energía a esfuerzo constructivo más

que a conflicto abierto. La posición defensiva se hace en movimientos de debilidad para mantener la movilización, ya que es importante permanecer movilizado para continuar la lucha cuando las oportunidades sean más propicias que no volver a lanzar otra campaña desde cero. Muchos movimientos sociales permanecen de forma latente entre campaña y campaña mediante estrategias defensivas, es decir, orientadas a mantener el movimiento más que a atacar los centros de poder del oponente.

3.B) Kurt Shock también tiene en cuenta este tipo de análisis ofensivo-defensivo cuando habla de las condiciones que el desafío debe cumplir para contribuir a la transformación política. Estas son que debe sobreponerse a la represión y que debe socavar el poder del Estado (Schock, 2008, pág. 112), es decir, debe ser capaz de articularse defensivamente para sobrevivir como movimiento y debe ser capaz de articularse ofensivamente para derrotarlo. De la misma manera, Schock, siguiendo en esto a Robert Burrowes, menciona también de la habilidad para cambiar entre métodos de concentración y métodos de dispersión como factor táctico para resistir la represión y articular una estrategia defensiva coherente (Burrowes, 1996, págs. 224-25). Schock lo resume así:

Los métodos de concentración, con los cuales un gran número de gente está reunida en un espacio público (por ejemplo, una manifestación de protesta), ofrecen al movimiento la oportunidad de construir solidaridad, resaltar los agravios, indicar el alcance de la insatisfacción y, si el Estado responde con represión, muestra el hecho de que éste está basado en la violencia y no en la legitimidad. Sin embargo cuando están enfrentados a una represión sostenida, los retadores deben ser capaces de dar un viraje hacia métodos de dispersión, en los cuales se retira la cooperación, como ocurre con las huelgas y los boicots. Estos métodos no le conceden al Estado un blanco tangible para la represión, y podrían desbordar el alcance efectivo de la misma, debido a la carencia de tal blanco específico. Tanto los métodos de concentración

como los de dispersión son útiles para promover desafíos, pero su efectividad depende de su contexto. (Schock, 2008, pág. 115.)

Esta idea, que se basa, al fin y al cabo, en no exponerse a la represión, también ha sido considerada por Ackerman y Kruegler en el principio 7, por tanto, a aspectos de planificación estratégica como elementos clave para denominado “silenciar el impacto de las armas violentas de los oponentes”, que podríamos resumir como *principio de resiliencia organizada*. Este principio se refiere a las estrategias empleadas para evitar recibir daños, sabotear las armas de los agentes de la violencia y reducir la importancia estratégica de lo que se pueda perder por la violencia del oponente, así como para contrarrestar el impacto a largo de plazo de las pérdidas actuales mediante un sistema de reemplazo eficaz de activistas y un sistema de apoyo a las víctimas y supervivientes.

3.C) Burrowes establece igualmente esta diferencia entre planteamientos ofensivos y defensivos de estos autores, ya que distingue entre la defensa y la contraofensiva (Burrowes, 1996, pág. 210) y también cuando habla, como hemos visto, de la dispersión de métodos como respuesta al contexto político. Sin embargo, su visión es muy crítica con este enfoque, o ciertas conclusiones de este enfoque. Para él, resulta claro que no hay que atacar en los puntos más débiles del oponente, pues hay objetivos que aunque sean más débiles no llevan a un deterioro de la fuente de poder del oponente. Por el contrario considera que hay que centrarse en atacar el centro de gravedad, es decir, las fuentes de poder del oponente, aunque este sea precisamente su punto más fuerte. Es simplemente una propuesta de coherencia con el análisis del poder que se haya efectuado, pues viene a decir que hay acciones tácticas que no llevan a minar el poder del oponente.

4.1) Por otro lado Ackerman y Kruegler también hablan de

concordancia estratégica al proponer en el principio número 12 mantener continuidad entre tácticas, mecanismos y objetivos (Ackerman & Kruegler, 1994, págs. 49-51). Los mecanismos a los que se refiere son las formas de conseguir el éxito de la acción no violenta que estamos poniendo en cuestión en esta investigación, es decir, coerción, acomodación y persuasión, más el de desintegración, que nosotros hemos preferido considerar como una forma extrema de coerción. Este principio lo que viene a decir es que la estrategia debe preguntarse por el mecanismo de cambio hacia el que el plan se está dirigiendo y si es el mejor para conseguir el objetivo final y si las sanciones coinciden con el mecanismo de cambio deseado. Históricamente los movimientos han tenido muy claro el carácter coercitivo o persuasivo su lucha, especialmente desde la entrada en escena de Gandhi y su énfasis en métodos persuasivos. Se podría decir que la opción por métodos coercitivos o persuasivos está muy vinculada con la propia identidad de cada organización, mientras que un movimiento se compondrá de diferentes organizaciones de las que cada una pondrá más énfasis en un tipo de métodos u otros, e incluso por acción convencional y en algunos casos acción incruenta o lucha armada. El desarrollo histórico del movimiento de los derechos civiles demostró que la tercera vía, la de la acomodación, es en la práctica una mezcla de las otras dos, al estar implicados en ella tanto aspectos instrumentales como comunicativos (Castañar, 2013, pág. 229-244).

Este trabajo aborda precisamente la superación de la manera de entender los mecanismos del éxito de la acción no violenta, ya que no tienen en cuenta aspectos sociales de la teoría comunicativa o la teoría relacional del poder. Esto hace que nuestra interpretación de este principio varíe sustancialmente, ya que, desde este punto de vista, puede ser totalmente coherente una estrategia que complemente dinámicas de persuasión con dinámicas de coerción, y no sólo coherente sino tan bien más efectiva. No es posible, por tanto, distinguir entre tácticas que llevan hacia la persuasión o hacia la coerción, sino que las tácticas tienen componentes instrumentales y comunicativos que a su vez son

recursos que influyen en las posibilidades de una posible negociación que resuelva el conflicto. La concordancia estratégica se ha de dar para saber hacer una estrategia compensada entre tácticas coercitivas y tácticas persuasivas, no para orientarla hacia uno de los dos lados en detrimento del otro.

El factor EFICIENCIA hace referencia por tanto a cuatro elementos: 1) uso de métodos noviolentos variados e imaginativos (innovación táctica). 2) si se han lanzado o parado las campañas en el momento adecuado (oportunidad estratégica) o 3) ajustar las tácticas a las circunstancias dependiendo de si se está en momento ofensivo o defensivo (ajuste defensivo) o al uso de métodos que compensen los elementos persuasivos y comunicativos (coherencia estratégica). En resumen se puede decir que este factor hace referencia a un uso de tácticas noviolentas aplicadas coherentemente en el marco de una estrategia a su vez también coherente con los principios y objetivos del movimiento.

8.4 FACTOR RESILIENCIA: Capacidad para mantener en el tiempo la desobediencia y la no-colaboración a pesar de la represión y del propio desgaste.

Hemos visto más arriba que una de las tres variables fundamentales para el éxito de la acción noviolenta detallado por el profesor Kurt Schock era la “capacidad de mantenerse resiliente en un contexto represivo”, es decir, la capacidad organizativa para mantenerse movilizado cuando el oponente reacciona con represión violenta (Schock, 2008, pág. 261). La resiliencia es la capacidad de resistir al dolor o de adaptarse a situaciones extremas. Este concepto se ha utilizado en la literatura de la acción noviolenta en el sentido que indica el factor señalado por Sharp de capacidad de resistir la represión (Ackerman & Kruegler 1996, Schock 2008; Zunes et alii, 1999). Por otro lado, las movilizaciones noviolentas generan desgaste y hace que sea imposible mantenerlas indefinidamente. Así pues, tanto la represión violenta como el

desgaste han de ser previstos y el movimiento deber desarrollar tanto espacios seguros como fuentes de aprovisionamiento. Creemos, no obstante, que estos son dos dimensiones diferentes y este factor debe tener en cuenta dos aspectos distintos, ambos de carácter instrumental: por un lado a la capacidad organizativa para resistir la represión y otro a la capacidad de resistir al desgaste generado por la propia actividad y estaría, por tanto, más relacionado con aspectos logísticos.

8.4.1 Capacidad de resistir a la represión.

Hemos visto más arriba que el uso de tácticas defensivas en momentos de mayor auge de la represión es un factor estratégico que vamos a considerar dentro del factor EFICIENCIA, por lo tanto dentro del factor RESILIENCIA nos vamos a referir exclusivamente a variables organizativas, es decir, formas de estructurar un movimiento que lo hacen menos vulnerable a la represión. Se podría utilizar como sinónimo de ORGANIZACIÓN RESILIENTE, pero ante la preferencia por nombrar factores con una sola palabra preferimos dejarlo simplemente en RESILIENCIA, siempre y cuando entendamos que los factores estratégicos serán analizados en el factor EFICIENCIA, que a su vez también podría entenderse como EFICIENCIA ESTRATÉGICA.

Desde la academia, autores Sydney Tarrow o Kurt Schock, apoyándose en la teoría de las estructuras de movilización, han apostado por el concepto de estructuras conectivas (redes, plataformas, federaciones, grupos “paraguas” compuestas por pequeños grupos de base que se articulan en torno a una campaña) para proponer la mejor opción para, además de evitar el problema de la represión selectiva, mantener una conexión entre liderazgo y activistas (Tarrow, 1999, Schock, 2008, pág. 84). Para Tarrow la organizaciones de los movimientos se enfrentan a la tarea de crear organizaciones robustas como para estructurar relaciones sostenidas con las autoridades, pero a la vez lo suficientemente

flexibles como para permitir conexiones informales que permitan las conexiones interpersonales que permitan tanto sumarse al colectivo como coordinar las acciones el mismo (Tarrow, 1997).

Además esta forma de organización descentralizada ayuda a incorporar gente al movimiento y mantiene su motivación al permitir expresar y formar parte de la toma de decisiones, con lo que mejora el vector PARTICIPACIÓN, como hemos visto más arriba. Las redes se pueden articular mediante “*organizaciones paraguas*” y *federaciones que proveen conexiones entre grupos diversos* (Schock, 2008, pág. 14). Estas organizaciones serían las encargadas de activar los grupos locales ordinarios de la vida social (asociaciones de vecinos, de estudiantes, iglesias etc.) y gracias a los nodos locales coordinar movilizaciones, incluso, de carácter nacional. Esta forma de organizarse en redes descentralizadas evita problemas de la represión ya que la comunicación no se transmite de forma lineal y no puede ser, por tanto, interceptada.

Los autores de la corriente pragmática de las teorías de la estrategia noviolenta que han adaptado teorías estratégicas del ámbito militar al conflicto con actores noviolentos apuestan directamente por un liderazgo vertical, como Ackerman o Kruegler, dejan abierto el debate (Helvey, 2004, pág. 125, Ackerman & Kruegler, 1994). En este sentido tenemos que tener en cuenta los dos mecanismos generales para la toma de decisiones, un modelo vertical y uno horizontal. En el modelo vertical existe un liderazgo, individual o colectivo, que toma las decisiones y el grueso de activistas que las sigue, mientras que en el modelo horizontal las decisiones se toman en asambleas, o comités populares con participación de todas las personas que conforman el movimiento. También podemos encontrar modelo híbridos, por ejemplo, el de los movimientos en los que se toman las decisiones por la gente que participa en las asambleas, pero que en las movilizaciones participa mucha más gente. Es importante tener en cuenta que no existe consenso en el ámbito de los teóricos de la noviolencia en cuanto a si es más efectivo un método u otro. Para algunos autores,

provenientes de la corriente más pragmática, es preferible que sea una persona la que asuma la responsabilidad de la toma de decisiones. Así lo expone el militar estadounidense metido a teórico de la no violencia Robert Helvey:

Una estructura organizacional que no posea las condiciones para mantenerse enfocada en los objetivos fundamentales de una lucha no violenta estratégica, facilita los contaminantes. Como en cualquier guerra, la toma de decisiones por parte de comités es inapropiada. Idealmente, en el plano estratégico, alguien debe ser responsable de decidir cuándo y dónde van a pelearse las campañas, mientras que otras personas deben responsabilizarse a librar esas batallas y campañas. En todos los niveles dentro de un movimiento, las tareas no deben asignarse sin saber quién va a ser la persona responsable de su implementación. La responsabilidad nunca es en plural "nosotros", siempre es en singular "yo". Esto no significa que varias personas no se involucren en la preparación y presentación de recomendaciones para quien toma las decisiones y que esas recomendaciones se estudien cuidadosamente, sino que son individuos los responsables de las decisiones y de su implementación. (Helvey, 2004, pág. 125)

Por el contrario, desde las posturas ideológicas que apuestan por una coherencia entre los medios y los fines, el proceso de toma de decisiones es tan importante como la propia acción. Desde este punto de vista no puede surgir democracia de procesos no democráticos por simple cuestión de coherencia medios-fines: no puede resultar democracia de un proceso que no se ha organizado democráticamente, y la única forma de organizarse democráticamente es mediante redes horizontales de grupos de afinidad (Lakey, 1973, 1987, 2012, Burrowes, 1996, Martín 1984, 1993). La Internacional de Resistentes a la Guerra lo expresa del siguiente modo en un texto elaborado, consecuentemente con lo que se dice, por diversas activistas en la wiki de su página web:

En los movimientos no violentos, y especialmente durante acciones (directas) no violentas, tomar decisiones requiere una atención especial. La no violencia es más que la ausencia de violencia; está muy cercana a los temas de poder, a los métodos de toma de decisiones. Para evitar nuevas formas de dominio en un grupo, las discusiones y los procesos de toma de decisiones deben ser participativos y capacitadores. La toma de decisiones por consenso busca animar a todos a participar y a expresar sus opiniones, tratando de encontrar apoyo para las decisiones en el grupo involucrando a todos sus miembros. Es probable que los miembros del grupo apoyen con más fuerza una decisión tomada por consenso. El consenso se puede usar en muy distintas situaciones del grupo, y es especialmente útil cuando un grupo se prepara colectivamente para llevar a cabo acciones no violentas. Algunos grupos adoptan un sistema en el que primero intentan alcanzar consenso, pero si no lo consiguen dentro de un límite de tiempo razonable, votan. De todos modos, normalmente esto no es necesario en grupos de afinidad pequeños.¹

No obstante, las posiciones no son tajantes en ninguna de las dos opciones, que relativizan sus posturas para determinadas circunstancias extremas. Si bien Helvey analiza ventajas y desventajas de un liderazgo autoritario y otro democrático, no es capaz de establecer la relación entre fines y medios que se hace desde la perspectiva ideológica que entiende el liderazgo como algo que tiene que ser coherente con el fin democrático perseguido. Lógicamente, un militar no puede ver incongruencia democrática en la articulación vertical porque su concepción de la democracia no es la de un proceso político participativo como la que se entiende en los movimientos como “indignados” en España, “okuppy” en Estados Unidos, el mayo del 68 o el más actual “Nuitdebout” en Francia.

¹<http://wri-irg.org/es/node/8363>, editado 7 de agosto de 2009, consultado el 29 de febrero de 2013.

Desde el punto de vista de los propios activistas, las desventajas de una estructuración organizativa de carácter vertical supone un problema grande de incoherencia ya que es precisamente la apertura a estructuras de participación democrática lo que realmente se está demandando por estos movimientos. George Lakey ha señalado varios problemas del liderazgo vertical: principalmente la vulnerabilidad al asesinato o la cooptación de los líderes que ello supone, pero también la negación del desarrollo autónomo de los y las activistas, que permanecen en situación de dependencia, y el inevitable reflejo que el liderazgo ha de hacer del tipo de liderazgo patriarcal presente en la cultura dominante (Lakey, 1973, en la edición de 2012 en la pág. 122).

Lakey también ha expresado las desventajas de tratar de organizar un movimiento de masas desde una estructura clandestina, ya que la clandestinidad favorece el elitismo, las divisiones, la infiltración de agentes, la paranoia colectiva y se hace vulnerable a la tortura (Lakey, 1973, en la edición de 2012 en la págs. 133 a 135). De la misma manera, Burrowes también se posiciona contra un liderazgo clandestino y centralizado alegando tres razones: 1) es importante involucrar a la gente en las decisiones que afectan a sus vidas, 2) existen ventajas estratégicas al visibilizar actitudes que puedan servir como ejemplo y al facilitar que la organización del movimiento no dependa de unos líderes que puedan ser arrestados, 3) tiene que ser coherente con las necesidades de un movimiento de transformación social mayor, y las estructuras descentralizadas serán las que puede satisfacer necesidades psicológicas, económicas y sociales de individuos y grupos (Burrowes, 1996). La articulación de los grupos pequeños no se realizaría de forma óptima por medio de una estructura jerarquizada sino por esas organizaciones que estudia la teoría de estructuras de movilización, es decir: plataformas, federaciones, redes y demás sistema de organización horizontal de colectivos.

Burrowes señala, además, y eso es de vital importancia para el factor RESILIENCIA, que las redes de grupos pequeños,

estructuradas a nivel local, regional e internacional, tienen importantes ventajas a la hora de mantener un desafío en un contexto represivo, ya que facilitan la capacidad de satisfacer las necesidades de los individuos y alientan la participación en las decisiones y a actividades que afectan a los miembros de la organización, de forma que se utilizan las diferencias individuales para construir fortaleza colectiva (Burrowes, 1996, págs. 190-199). En esto recoge las ideas de la teoría feminista sobre el papel de grupos de afinidad a la hora de satisfacer las necesidades emocionales de los participantes, que son activistas que se enfrentan altos niveles de represión, y por tanto de miedo, inseguridad, ansiedad y demás emociones derivadas del peligro en el que viven (Summers-Effler, 2002; McAllister, 1982). Tenemos por tanto que la organización en grupos de afinidad es la forma más racional para que los miembros de un movimiento se cuiden entre sí y establezcan lazos emocionales que les permitan superar esas barreras emocionales que genera el enfrentarse a peligros ciertos, independientemente de si su ideología es más o menos crítica con las estructuras verticales.

Burrowes señala que mediante el trabajo en red se minimiza la propensión a la institucionalización y cooptación, y estar menos sujetas a la represión selectiva del Estado ya que el liderazgo difuso evita la pérdida de líderes insustituibles.

Para Burrowes, por tanto, la forma de organización en red, con pequeños grupos horizontales en los que las decisiones se toman por consenso, supone algo más que una forma de organización con mayor efectividad para resistir la represión, sino que posibilita un entorno afectivo y liberador en el que se combaten otras muchas dinámicas de opresión social. La propia participación en la lucha te libera, independientemente del resultado final de la misma, algo de suma importancia para movimientos con marcado carácter utópico pero también fundamental para movimientos con necesidades de liberación inmediatas, al ser víctimas de opresiones brutales. Podemos hablar de una liberación cognitiva posibilitada por

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

el marco de referencia y de una liberación emocional posibilitada por la participación en grupos pequeños de resistencia no violenta estructurados de manera horizontal, en los que se decide por consenso y se establecen dinámicas de apoyo mutuo. Es la propia resistencia lo que te libera, al menos en el plano emocional te puedes sentir libre si luchas contra la opresión en compañía de personas de confianza. De ahí que en los talleres de acción directa no violenta o de organización de campañas no violentas una parte muy importante de los mismos consistan en ejercicios de confianza para generar conocimiento mutuo y lazos emocionales entre los y las activistas.

Como se puede ver, parece que Burrowes y Lakey tienen en mente transformaciones sociales que van más allá de la mera conquista del poder (revolución política), ya que plantean transformaciones sociales bastante profundas, por lo que los movimientos que no tengan esa visión de transformación integral y se articulen frente a demandas u opresiones políticas más urgentes podrían no aceptar sus premisas estratégicas en aras de priorizar su liberación en ese otro ámbito. En este sentido, cabría preguntarse si el abandono de estos planteamientos afectaría a su posibilidad de éxito o si por el contrario es necesaria una visión de revolución social para que la acción no violenta funcione adecuadamente. El factor RESILIENCIA lo que nos viene a informar es que estos planteamientos son provechosos no sólo para que un movimiento consiga una transformación social mediante su propia forma de hacer política, sino que hace que funcione como movimiento haciéndole más resiliente a la represión. Se puede concluir, en palabras de Shock, con que:

En suma, los retadores que están caracterizados por redes de trabajo dispersas aunque coordinadas, y organizaciones descentralizadas que pueden movilizar recursos mediante canales no directamente controlados por el Estado, y la implementación de diversas mixturas de métodos y respuestas efectivas a las acciones estatales, es más probable

que permanezcan resilientes cuando están enfrentados a la represión. (Schock, 2008, pág. 116)

Hay que señalar que es posible conciliar el modelo en red de grupos de afinidad de Burrowes o Lakey con el principio organizativo en tres estratos de Ackerman y Kruegler que vimos en el apartado dedicado al factor PARTICIPACIÓN. Esto será posible si unificamos el estrato de la toma de decisiones con el de activistas o cuerpos operacionales, de forma que sea el propio cuerpo de activistas (los cuerpos operacionales) los que compongan así mismo el estrato de toma de decisiones. Esto se puede hacer si se considera que el liderazgo puede ser horizontal y ejercido por el propio núcleo de activistas en pequeños grupos mediante el uso de plataformas como las que Tarrow denomina estructuras conectivas y Schock “organizaciones paraguas”. De este modo se enriquecería la perspectiva de Burrowes con la inclusión del tercer estrato, que nos permitiría distinguir entre activistas propiamente dichos (que participan en la toma de decisiones y tienen una participación constante en el movimiento) y simpatizantes (que participan ocasionalmente en acciones de masas propuestas por el movimiento), a los que, no obstante, no hay que confundir con el resto de la población civil. De esta manera el liderazgo no descansaría en una élite de activistas (líderes) que monopolizan cierta información y conocimientos y son los encargados de tomar las decisiones sino por plataformas, redes, asambleas de representantes, comités, comisiones o cualquier otro mecanismo de participación horizontal (estructuras conectivas) que socializan esa información y conocimientos y convierten al movimiento en menos vulnerable a la represión.

8.4.2 Capacidad de resistir al desgaste: el factor LOGÍSTICA

La organización del movimiento deberá enfrentarse no sólo a planteamientos meramente tácticos para vencer la represión, sino

también otros de carácter logístico, como el señalado por Ackerman y Kruegler como el **principio 3**, asegurar el acceso a recursos materiales críticos, y que podríamos sintetizar como *principio de abastecimiento* (Ackerman y Kruegler, 1994, págs. 30-32). Los recursos materiales juegan dos papeles importantes: contribuyen a la supervivencia física y moral de la población y a la realización de algunas medidas no violentas. En este sentido Ackerman y Kruegler aclaran que este principio habla de considerar a los recursos como medios, no como los fines del conflicto ya que, si el objetivo fuera un recurso, se podrían también necesitar otros recursos para conseguirlo.

Este principio se basa en la autosuficiencia en cuanto a necesidades como comida, ropa energía, y medicamentos, reduce los riesgos de rendición o colaboración, pero también considera las comunicaciones y transporte esenciales. No obstante, hay que tener en cuenta que, en tres de los casos estudiados por Ackerman y Kruegler, el principio de abastecimiento no fue operativo debido al gran tamaño de Rusia e India y la rapidez con la que transcurrió la campaña en El Salvador. Todas estas variables nosotros las consideraremos en un factor que denominaremos LOGÍSTICA.

8.5 FACTOR ALIANZAS: Simpatía y apoyo de terceras partes

Sharp consideraba este factor como relativo a los procesos de no-colaboración o intervención no violenta puestos en marcha por parte de terceras partes, por lo que para él lo importante en este caso eran las relaciones de dependencia de estas con el oponente ya que podían cortar las fuentes de su poder (Sharp, 1973, pág. 755). Nosotros hemos incluido esto en el factor INTERDEPENDENCIA, de forma que éste recoge las relaciones de dependencia tanto del oponente con respecto al actor no violento, como al oponente y a los posibles aliados del actor no violento, así

que vamos a entender este factor de una forma diferente, atendiendo a las dinámicas comunicativas, por lo que será analizado en el apartado correspondiente ya que consideramos que conforme a nuestra visión, las alianzas dependerán de los procesos de alineación de marcos y a su vez incidirán en la capacidad de influir en el paradigma hegemónico de los diversos actores del conflicto.

Conviene recordar no obstante que tanto este factor, como los dos restantes que cita Sharp y analizaremos a continuación, al ser factores externos entran dentro de las variables estudiadas bajo el concepto de Estructura de Oportunidades Políticas. Esta idea fue sintetizada por McAdam en cuatro factores que influían en el éxito o fracaso de un movimiento y que habían sido señaladas por Charles Brockett, H. Kriesi, Dieter Rucht y Sidney Tarrow (McAdam, 1994). Estas eran:

- 1) La apertura o cierre relativos del sistema político institucionalizado
- 2) La estabilidad o inestabilidad de los alineamientos de la élite
- 3) La presencia o ausencia de élites aliadas
- 4) Capacidad y propensión del Estado a la represión

En este sentido hay que aclarar que, desde la perspectiva de la teoría de la acción política que hemos desarrollado en el capítulo anterior, el primero de estos factores, es decir, la apertura o cierre del sistema político en el que se desenvuelve la acción política, es en realidad un proceso previo a la acción noviolenta. Este factor influiría a la hora de elegir estrategias institucionales o no institucionales, y si se eligen las no institucionales, todavía se podría optar por estrategias violentas, incruentas y noviolentas, tal y como explicamos en el Anexo II, teoría de la acción política noviolenta. Autores como Gandhi, Shridharani o Bill Moyer se han esforzado en recalcar que una de las labores más importantes en las primeras etapas de la movilización noviolenta consiste en poner de manifiesto precisamente cómo al movimiento se le han negado los cauces

institucionales de acción política y legitimar así el recurso a la acción no institucional (Gandhi, 2001; Shridharani, 1939; Moyer et alii, 2001). Dado que su importancia en cuanto a favorecer o entorpecer el éxito del movimiento se debe a dinámicas comunicativas, no lo tendremos en cuenta en este capítulo, y luego lo agruparemos dentro de un factor que recoja la forma de legitimar el movimiento.

En cuanto a los otros tres elementos, Kurt Schock las sintetizó reduciendo a dos los tipos de oportunidades y limitaciones motivados por la estructura de oportunidades políticas, siendo estas las respuestas de las autoridades a los desafíos no institucionales, y sistema de alianzas presentes (Schock, 2008, págs. 86-91). Ambas las veremos en los apartados siguientes.

8.6 FACTOR DISRUPCIÓN: Capacidad para interrumpir la capacidad del oponente para ejercer la represión

Este factor recoge la influencia de represión en referencia a los medios que el oponente puede usar, por cuánto tiempo puede hacerlo y si es eficiente en su uso, es decir, este factor hace referencia al repertorio de posibles respuestas que el gobierno puede dar a una movilización noviolenta. Es por tanto uno de los elementos clásicos que componen la estructura de oportunidades políticas, tal y como acabamos de ver.

Según el estudio ya clásico de Francis Piven y Richard Cloward, estas pueden ser ignorar, conciliar, reformar o reprimir. A su vez, la represión de la autoridad cae en tres categorías: imposición de sanciones negativas, uso de la fuerza o coerción, y violencia representativa (dejación de acciones de vigilancia) (Piven y Cloward, 1979, págs 27-30; Schock, 2008, págs. 86-91). Mientras que las dos primeras hacen referencia a la represión directa que ejerce el Estado por sus medios institucionales, la tercera hace referencia a la represión que realizan otros grupos con el consentimiento tácito del gobierno. En los siguientes apartados

también tendremos que tener en cuenta los aspectos comunicativos de la represión y su influencia en la legitimidad del oponente, pero al centrarnos en los aspectos instrumentales de la represión, lo primero que hay que decir al respecto es que no existe consenso entre los estudiosos de los movimientos sociales acerca del efecto de la misma en los movimientos sociales. Es lo que Schock denomina el debate entre represión y disenso, y se resumen de la siguiente manera:

Mediante algunos estudios se ha encontrado evidencia para suponer relaciones negativas donde la represión disminuye el disenso, relaciones positivas donde ésta lo incrementa, y una relación en forma de U invertida con la cual se expresa que es probable que haya un bajo disenso tanto en bajos como en altos niveles de represión, y este sea elevado en niveles medios de represión. Generalmente, el enfoque de la oportunidad política asume que la represión creciente supone un constreñimiento que probablemente inhibirá la movilización, mientras que si esta es decreciente, o las autoridades no tienen habilidad represiva, entonces la movilización se facilitará; sin embargo, tal generalización está basada primariamente en los estudios de caso de movimientos sociales en democracias. Otros argumentan que las decrecientes oportunidades o amenazas a los intereses de grupo sirven como catalizadores para la movilización (Goldstone y Tilly). En su análisis de una centena de casos de contienda política, Jef Goodwin encontró que tan sólo once de las movilizaciones emergieron en respuesta a la creciente represión. Estudios que incorporan métodos cuantitativos han tendido a encontrar soporte para las relaciones positivas y negativas de la U invertida, respecto a la relación entre represión y disenso. Lo más probable es que el impacto de la represión sobre el disenso sea influenciado por el contexto político en el cual ésta ocurre, así que la represión podría incrementar o reducir la movilización dependiendo de la

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

presencia o ausencia de otras dimensiones en la estructura de oportunidades. Además del grado de represión, se han examinado los blancos de ésta y su relación con el disenso. Es más probable que la represión selectiva suprima el disenso, que aquella indiscriminada; a esta última le puede salir el tiro por la culata y así incitar a un comportamiento de creciente protesta. De manera análoga, la represión extrema o indiscriminada podría suprimir los desafíos intensificados al pasar el tiempo. (Schock, 2008, págs. 89-90).

Schock añade una crítica a la literatura sobre la represión disenso formulada desde las teorías de la acción noviolenta, como es el que esta asuma que el actor noviolento no puede hacer frente a la represión poniendo marcha sus estrategias para ello. Sugiere además que el que la represión acabe con la movilización o por el contrario sirva como efecto catalizador de la misma puede depender de varios factores, algunos de ellos controlados por el propio actor noviolento, por lo que es necesario tener en cuenta la interacción estratégica o dialéctica entre ambas partes (Schock, 2008, pág. 89-90). Para este autor, un aspecto a tener en cuenta en este factor sería la respuesta que el movimiento dé a la represión, pero que nosotros lo hemos incluido dentro del factor RESILIENCIA para poder distinguir entre factores externos e internos. De esta manera el factor DISRUPCIÓN sólo obedece a capacidades relativas al oponente, en cuanto las estrategias para enfrentarse a ella ya se analizan en otra parte. Esto no quiere decir que el actor noviolento no tenga que poner en marcha estrategias contra él, sino que las estrategias para resistir a la represión se recogen en el factor RESILIENCIA, por lo que las estrategias que caben en este apartado deben de ser las estrategias para bloquear la capacidad para ejercer la represión desde un punto de vista instrumental.

Hay que tener en cuenta además que la represión tiene una dimensión comunicativa, en cuanto puede canalizarse o no hacia la extensión de la legitimidad del movimiento. Si hay víctimas, (personas presas, heridas o muertas), la contemplación de la

violencia del oponente puede ayudar a visibilizar la causa por la que se lucha y generar simpatías en terceros. Ackerman y Kruegler introdujeron esta idea en su principio número 8, separar al oponente de sus bases de apoyo esperadas, y que podríamos renombrar como principio de jiu jitsu político o de reversión comunicativa de la violencia. (Ackerman & Kruegler, 1994, págs.. 40-42). Este principio trata de incrementar el coste de usar la violencia por parte del oponente, pero si esta sucede, emplearla para dañar la estrategia del oponente. Se basa en que dado que la acción no violenta es pacífica, muestra al mundo que no ha forzado la represión violenta, sino que ha sido decisión propia del oponente. Es preciso fijarse en las fuentes de apoyo internas y externas, así como potenciales aliados. Una idea similar estaría presente en la teoría de Sharp bajo el nombre “jiu jitsu político”, refiriéndose a los procesos en los que la represión se vuelve contra el que la ejerce por la deslegitimación del mismo (Sharp, 1973, págs.. 657-704). Creemos no obstante que todo esto ha quedado recogido en nuestro modelo con la existencia de un factor comunicativo que señala la legitimidad de la represión, como es el factor HEGEMONÍA, y que veremos más adelante, por lo que en este factor, deberemos recoger tan sólo los aspectos instrumentales acerca de la eficiencia del oponente a la hora de reprimir. De esta manera, en el factor DISRUPCIÓN deberemos tener en cuenta los medios meramente instrumentales con los que el oponente reprime al actor no violento, ya sean estos medios legales, medios físicos, o estrategias de represión directa o indirecta (mediante dejación de tareas de vigilancia o paramilitarismo) y la capacidad del movimiento para anularlos u obstruirlos. Es decir, valoraremos la capacidad de interrumpir el funcionamiento del sistema del oponente para obtener un indicador de la capacidad de negociación o poder instrumental que desarrolla el actor no violento.

8.7 FACTOR DIVISOR: Oposición dentro del propio oponente a las políticas sobre las que se establecen las demandas o a la represión desencadenada en respuesta a las movilizaciones.

Para Sharp, este factor lo importante a tener en cuenta eran tanto la cantidad de disidentes (el número), como su posición en la estructura (poder), su grado de disidencia, así como la actitud hacia el actor no violento y el tipo de acciones que lleven a cabo (Sharp, 1973, pág. 755). Estos serán de mucha importancia a la hora de lograr el éxito mediante coerción no violenta. Es lo que Shock llama sistema de alianzas, encuadrado dentro de la estructura de oportunidades políticas y hace referencia a las posibles divisiones en la élite e influencia de terceras partes, con lo que se alude tanto a las alianzas del oponente como a las que pueda ganar el movimiento no violento. Tanto la respuesta de las autoridades como el sistema de alianzas han sido factores que se han tenido muy en cuenta por los autores de la estrategia de la acción no violenta, por lo que los veremos recogidos más adelante. Este factor es claramente externo y relativo al oponente, una oportunidad para el actor no violento que puede presentarse o no, pero que también puede cultivarse Kurt Shock lo ha resumido así:

Las divisiones de la élite proveen de oportunidades para los retadores, al incrementar los incentivos para arriesgarse involucrándose en el accionar colectivo. Además, segmentos de la élite que son amenazados con pérdida de poder relativo en relación con otras élites, podrían, probablemente, alinearse con los retadores si al obrar así mejoran su posición. Por ejemplo, en democracias, las coaliciones de control estrechamente divididas podrían incrementar el poder de influencia de quienes hacen el desafío, puesto que los segmentos de las élites divididas buscan apoyo de los retadores

para solidificar su propia posición. También en los contextos no democráticos, la literatura centrada en élites y democratización ha hecho énfasis en que las divisiones entre los militares, y entre éstos y las clases dominantes, son prerequisites importantes para el cambio político. (Schock, 2008, pág. 91)

Lo que pone de manifiesto este factor, por tanto, es que el oponente no es un actor homogéneo y que tiene sus propias dinámicas de grupo, y que algunos componentes del mismo serán más susceptibles a colaborar con el actor no violento. Sin embargo, mientras que la pérdida de apoyos dentro de su propio seno puede ser un factor instrumental favorecido por la coerción, las estrategias para ganarse su apoyo serán estrategias comunicativas, por lo que este factor se debería considerar mejor como parte de los factores comunicativos y lo recogeremos dentro del factor ALIANZAS.

Por otro lado, Ackerman y Kruegler señalaron como principio estratégico número seis “atacar la estrategia del oponente para consolidar el control”, principio que podríamos denominar principio de *anulación de la coerción* (Ackerman & Kruegler, 1994, págs. 35-38). Este principio consiste en el intento por parte del actor no violento de desactivar los mecanismos coercitivos del oponente, en atacar directamente los medios de control del oponente. Si son las tropas, tratar de subvertirlas, promoviendo iniciativas para el motín o la desertión, inducir las a enfrentarse al horror de sus propias acciones, desmoralizarlas mediante aislamiento social, interferir en sus comunicaciones, contramotivarles con alternativas atractivas. La misma lógica se aplicaría para otros medios de control. Esta idea estaría en consonancia con su teoría de que el resultado de un movimiento no depende de la capacidad para ejercer la violencia por parte del oponente. Si distinguimos entre factores internos, relativos al propio actor no violento, y factores externos, relativos al oponente o al entorno tendríamos el siguiente cuadro (ver página siguiente):

Figura 8.1: Adaptación de los factores instrumentales

Factores internos: la capacidad organizativa

- A) FACTOR PARTICIPACIÓN:** Necesidad de un alto nivel de participación.
- Barreras: físicas, informativas, morales... y problemas de compromiso.
 - Objetivos concretos y realizables (SMART)
 - Organización horizontal mediante grupos de afinidad y colectivos.
 - Ajuste de roles de activistas en cada fase de la movilización.
- B) FACTOR EFICIENCIA:** Habilidad del actor noviolento en la aplicación de las técnicas de la acción noviolenta.
- Innovación táctica y diversidad de métodos
 - Oportunidad estratégica: planificación
 - Ajuste defensivo y de concentración-dispersión
 - Coherencia estratégica: compensación comunicativa-instrumental
- C) FACTOR RESILIENCIA:** Capacidad para mantener en el tiempo la acción noviolenta.
- Estructuras de movilización.
 - Liderazgo descentralizado.
- D) FACTOR LOGÍSTICA.** Abastecimiento material.

Factores externos: las oportunidades.

- A) FACTOR INTERDEPENDENCIA :** El grado de dependencia del oponente con respecto a los actores noviolentos y terceras partes.
- Dependencia del actor noviolento: coerción directa
 - Dependencia de terceras partes: coerción indirecta.
- B) FACTOR ALIANZAS::** Simpatía de terceras partes. (Este factor es de tipo comunicativo)
- Estrategias para cultivar asistencia
 - Colchón social
- C) FACTOR DISRUPCIÓN** Capacidad para ejercer la represión por parte del oponente.
- El movimiento articula medidas que paralizan el funcionamiento del sistema social del oponente.
- D) FACTOR DIVISOR:** Oposición dentro del propio oponente.
- Dinámicas de grupo dentro del oponente.

Fuente: elaboración propia

CAPITULO 9

LOS FACTORES COMUNICATIVOS DE LA ACCIÓN NOVIOLENTA

Para construir un modelo de estudio de la acción noviolenta en el que se tengan en cuenta los factores comunicativos que influyen en la persuasión noviolenta del oponente tendremos que tener en cuenta el análisis de dinámicas comunicativas basado en la formación y transformación de esquemas cognitivos que hemos realizado en el capítulo cinco.. De esta manera lograremos superar la laguna existente en los textos de noviolencia a la hora de analizar las posibles estrategias comunicativas de un movimiento noviolento (Martin y Varney 2003, pág. 98). En este sentido vamos a empezar analizando los factores que Sharp elaboró pensando en la conversión del oponente como mecanismo de éxito de la acción noviolenta (Sharp, 1973, 707-733), transformándola a términos de la teoría tridimensional de la acción, más concretamente en base a paradigmas, y luego añadiremos las aportaciones de la teoría de la comunicación que Martin y Varney y otros teóricos destacaron como más significativas para aplicar a las teorías de la acción noviolenta. De esta manera tendremos un cuadro mucho más completo sobre las variables comunicativas que influyen en los procesos de persuasión. Empezaremos por tanto por la distinción entre factores externos e internos que Sharp había propuesto como influyente en procesos de conversión.

Así pues, vamos a hacer un breve análisis de cada uno de estos factores para ver cómo quedan engarzados en la teoría cognitiva de las dinámicas comunicativas de la acción noviolenta, o

dicho de otra manera, en la teoría de paradigmas.

9.1 Los factores externos

La consideración de factores externos es de vital importancia debido a la falta de consideración de los mismos que generalmente han hecho los estrategas de la acción no violenta, centrados en las decisiones que toman los actores no violentos con respecto a los factores internos. Además, la distinción entre factores asociados al entorno y factores asociados al oponente que haremos en el capítulo 11 nos va a permitir considerar una serie de factores externos sobre los que el actor no violento sí que tiene influencia, como son los relativos al entorno, aunque sea de forma indirecta y a base de moldear su propio medio social.

Para Sharp, los factores que afectaban a las posibilidades de éxito de la conversión no violenta eran los siguientes:

- 1) Grado de conflicto de intereses
- 2) Distancia social
- 3) Estructura de personalidad de los oponentes
- 4) Sistema de normas compartidas o diferenciadas
- 5) El papel de terceras partes (Sharp, 1973, 707-733)

9.1-1) El grado de conflicto de intereses.

Este factor hace referencia al hecho de que si el asunto que ha generado el conflicto “tiene gran importancia para el oponente, los actores no violentos podrán esperar razonablemente que será más difícil convertirle a sus puntos de vista que si el asunto tiene relativamente poca importancia para el oponente” (Sharp, 1973, pág. 726). Esto atañe por tanto a la gravedad de los asuntos que se cuestionan como a las consecuencias para el adversario si cede a las demandas. Aunque aparentemente se trata de un factor instrumental, a la luz de las teorías de construcción social de la

realidad vemos que se trata en realidad de un conflicto comunicativo, derivado de la forma de definir la realidad en el paradigma alternativo y el conflicto entre identidades que pudiera surgir de ello.

Esto significa que hay una dimensión del conflicto que se puede contemplar como meramente simbólica, en el que combaten entre sí diferentes definiciones de la realidad acerca de la justicia o legitimidad de una demanda social frente a intereses de ciertas élites u oligarquías. Este factor se podría redactar de la siguiente manera: *“importancia relativa de las demandas del actor noviolento”*, que recogería la idea de conflicto de intereses definido en los paradigmas que entran en conflicto, de ahí que sea “relativa”. Vemos, por tanto, que el grado de conflicto de intereses afectará dependiendo de cómo se resuelva en el paradigma hegemónico. Este factor, no obstante, no tratará de recoger la dinámica de fuerzas del oponente y el actor noviolento para influir en el paradigma hegemónico, ya que esa será recogida por factores relativos al oponente y al actor noviolento, sino que este factor va a responder a las circunstancias del entorno comunicativo en las que se desenvuelve ese conflicto y las va a considerar como un factor importante para el desenlace. Este factor alude por tanto específicamente al grado de conflicto de intereses que define la configuración de paradigmas que influyen en el conflicto, y lo podemos resumir con el término: INCOMPATIBILIDADES, que recoge esta tensión.

9.1-2) Distancia social

Este factor, según Sharp, indica que si el actor noviolento es contemplado por el oponente como parte del mismo orden moral será más probable que sea persuadido por él. Es decir, a mayor distancia social entre actor noviolento y su oponente más dificultad habrá para la persuasión del mismo. Schock se refería con estas palabras y la ponía como único referente posible para posibilitar la conversión:

La probabilidad de conversión se incrementa en la medida en que la distancia social entre opresores y oprimidos decrece. Si los oprimidos son vistos por los opresores como miembros de un orden moral común, la probabilidad de una respuesta de simpatía es grande. Por el contrario, si los opresores ven a los retadores como ajenos o inferiores a su orden moral, lo más probable es que sean indiferentes ante las demandas de los oprimidos. Así, género, raza, etnia, religión y lenguaje podrían ser divisiones que dan fundamento a ideologías deshumanizantes o disminuyen la probabilidad de la conversión. Además de la distancia social, la lejanía física o la carencia de comunicación entre opresores y oprimidos también podría inhibir la conversión. (...) La conversión está comúnmente mal entendida como el único o principal camino para producir el cambio político mediante la acción noviolenta. Aunque, en realidad, es el mecanismo menos probable de cambio. (Schock, 2008, págs. 101-102)

El punto de vista de Vinthagen es diametralmente opuesto, ya que al entender la acción noviolenta como una acción orientada al consenso, resulta fundamental que el actor social sea reconocido como interlocutor válido, por lo que además de trabajar el propio mensaje también tiene que trabajar los elementos del entorno social que influyen al respecto (Vinthagen, 2015, pág. 162). De esta manera, vamos a considerar que la distancia social a la que hace referencia Sharp es un factor que influye en las dinámicas comunicativas que posibilitan el empoderamiento del actor noviolento hacia la solución negociada del conflicto o hacia la transformación del paradigma del oponente. En el caso de conflicto étnico, esto parece algo bastante evidente, ya que la distancia social es extremadamente grande y se visualiza sin problemas (los ejemplos de conflicto entre palestinos/israelíes, criollos/indígenas y tameses/cingaleses así lo muestran), pero si partimos del presupuesto de que la distancia social es una construcción social

inherente al proceso de construcción de la identidad colectiva, obtendremos importantes matices a esta idea ya que, como se esforzaba en recalcar Robert Burrowes, las sociedades no son homogéneas ni conforman un todo social integrado, ya que existen minorías excluidas (Burrowes, 1996, págs. 43-48).

La forma habitual de trabajar con estas imágenes desde la noviolencia ha sido, además de aferrarse a una estricta disciplina noviolenta, mantener una firme voluntad de aceptar el sufrimiento para crear una emoción de empatía simpatía y confianza en el oponente y terceras partes (Vinthagen, 2015, pág. 216). Vinthagen denomina a este proceso como la identificación inclusiva de la noviolencia (Vinthagen, 2015, pág. 238). Sin embargo también señala la importancia de evitar el rol de activista como víctima, ya que eso perpetúa el rol del oponente como enemigo (Vinthagen, 2015, pág. 246).

No obstante, los estudios de caso empleados en esta investigación demuestran que en Ceilán el sufrimiento no se ganó al nacionalismo cingalés, y que en Colombia la estrategia para ganarse la legitimidad social por parte de los indígenas ha sido indirecta, con el apoyo de antropólogos que han dignificado las culturas nativas y organizaciones internacionales. Esto nos da pista de cómo se debe abordar el tema, al igual que otros aspectos relativos al éxito de la campaña, y considerar que la distancia social es algo externo tanto al oponente como al actor noviolento, y por tanto relativo al entorno. Eso implica necesariamente que las estrategias orientadas a ello deben estar orientadas a la transformación del paradigma hegemónico.

Si tenemos en cuenta las teorías de la construcción social de la realidad junto con la de las identidades colectivas, vemos que la distancia social es un fenómeno socialmente construido, ya que no sólo se construye socialmente una identidad colectiva, sino que ésta se construye en referencia a otras identidades colectivas que se rechazan (Melucci, 1989). De esta manera, se llega al grado

máximo de exclusión cuando se califica como “enemigo” al adversario para justificar la acción violenta contra él. Desde las teorías de la no violencia, tanto pragmáticas como ideológicas, han tratado de mantener siempre el respeto al oponente precisamente para romper la distancia social que implica el autodefinirse como enemigo, por lo que se habla de oponente y no de enemigo al describir un conflicto no violento (Sharp, 1973; Ackerman y Kruegler, 1994; Burrowes, 1996). Esto quiere decir que, aunque la distancia social sea un factor de carácter externo, existen estrategias comunicativas basadas en la disminución de la agresividad hacia el oponente y el uso de paradigmas universalistas cuyo objetivo es disminuir la distancia social. En los estudios de caso que hemos analizado en esta investigación, hemos podido comprobar que, mientras en el caso de Ceilán se construyó esa distancia social por parte del esfuerzo deliberado del nacionalismo budista cingalés, en Colombia el esfuerzo conjunto formado por movimientos indígenas, antropólogos, e instituciones de diferente calado lograron reducir la distancia social de las comunidades indígenas en el paradigma institucional, aunque siguiera latente en el paradigma contrainsurgente.

Pero aunque el actor no violento no se defina a sí mismo como enemigo siempre puede ser categorizado como tal por alguno de los paradigmas que conforman el paradigma hegemónico mediante procesos de generalización, achacando al actor no violento características de un grupo social más amplio o utilizando alguna otra etiqueta exclusiva, como puede ser “antisistema” o, a pesar de no usar la acción violenta, “terrorista”. En este sentido el uso de unas determinadas etiquetas puede ser un elemento clave para considerar a un colectivo como antagonico, ya se basen estas en ideologías, o en otros criterios para segregar colectivos, siendo la etnia o la religión algunos de los más recurrentes. Igualmente se puede utilizar el uso de este tipo de etiquetas para calificar al todo (heterogéneo) por las características antagonistas de una parte (violenta), evitando así hacer la distinción entre los grupos violentos,

noviolentos y de otro tipo. Tal y como veremos en los estudios de caso de este trabajo, este proceso será de especial relevancia en el conflicto colombiano, en el que la señalización de activistas como guerrilleros por parte de periodistas o políticos implica convertirlos en blanco de grupos paramilitares que se dedican al exterminio de la disidencia política (Ferrer & Restrepo, 2010)

Vemos, por tanto, que este factor podría resumirse con el siguiente título: *Legitimidad social del actor noviolento en el paradigma hegemónico*, y que en su forma resumida denominaremos simplemente como DISOCIACIÓN.

9.1-3) La estructura de personalidades de los oponentes.

Según Sharp, existen unos tipos de personalidad que son más susceptibles de conversión que otros, por lo que opina que la estructura de personalidades presente en el oponente será clave a la hora de posibilitar su conversión o no. En concordancia con la concepción voluntarista que Sharp hace del consentimiento, la propia conversión se puede ver afectada según el tipo de personalidad individual de cada persona que forma el colectivo al que nos referimos como oponente. Si nos alejamos de un enfoque orientado al actor, y en vez de conversión pensamos en persuasión noviolenta y aplicamos el análisis de marcos y la teoría de las identidades colectivas, vemos que esto no es tan sencillo, puesto que los paradigmas o marcos de referencia se forman colectivamente mediante procesos de interacción social y tan solo evidencias de graves contradicciones entre los paradigmas que se manejan y la realidad empírica pueden llevar a transformar puntos de vista esenciales, es decir, se necesita por tanto algo que genere una reacción emocional.

En la concepción de Sharp resalta que se está empleando la tradición gandhiana de conversión mediante el propio sufrimiento (*self-suffering*) (Sharp, 1973: 709-711, 717-725), que, como hemos visto más arriba, ignora los condicionantes que hacen que a nivel

individual puedan cometerse los actos más atroces de forma racional y legitimada (Milgram, 1980). De este modo el propio sufrimiento sirve como proceso comunicativo en el que se muestra la intención de transformación del conflicto hacia terceros actores que actúan de espectadores, pero es difícil, aunque no imposible, que logre superar los mecanismos que legitiman a nivel individual la violencia desencadenada contra el actor no violento. Nuestra hipótesis en esta investigación es que la persuasión no violenta no funciona como un proceso de conversión del oponente, sino como un proceso comunicativo de transformación del paradigma hegemónico.

No estamos diciendo que no existe capacidad de elección dentro del oponente como para poder rechazar los aspectos del paradigma hegemónico que cuestionan al actor no violento, pero, desde el punto de vista de la teoría de paradigmas, está claro que esta no viene determinada o por la personalidad de cada persona, sino que es parte de procesos en los que los significados compartidos juegan un papel primordial al ser puestos en cuestión contrastándolos con la realidad empírica. En este sentido, existe un debate acerca de la capacidad de la personas para elegir el paradigma o paradigmas mediante los cuales interpretan el mundo, siendo las posturas voluntaristas duramente criticadas por las posiciones estructuralistas de varios ámbitos diferentes, como el feminismo, el marxismo, el anarquismo, o el ecologismo. (Burrowes, 1996, págs.. 43-48). Aquí entran en juego también dimensiones de carácter afectivo que pueden negar cualquier proceso racional de intento de persuasión, ya que son las que conforman la propia identidad de la persona (Melucci, 1989). Así pues, cada persona basa su visión del mundo según las fuentes de información que le son de confianza, que le han ayudado a conformar su identidad colectiva, y estas, establecen una definición emocional del mundo que puede chocar con otras al aceptar ciertos puntos de vista y rechazar otros.

Entendemos, por tanto, que la consideración de la estructura de personalidades del oponente, aunque tenía sentido en la descripción de Gregg del proceso de conversión, que es de donde lo toma Sharp, no es coherente con la interpretación de los procesos sociales que determinan la descripción de la realidad que se efectúa mediante los procesos de enmarcado (*framing*). No obstante, se hace necesario un factor que recoja las características pertenecientes al actor oponente que hacen que sea más favorable o menos a dejarse influir por las dinámicas comunicativas puestas en marcha por la acción noviolenta.

Parece claro, por tanto, que el factor relativo al oponente que realmente facilitará o impedirá el proceso de influencia en el paradigma hegemónico que hemos denominado persuasión noviolenta, será la capacidad del oponente para imponer su propia definición de la realidad, es decir, de influir o incluso conformar el paradigma hegemónico. Esto es lo que Bourdieu denominaba capital simbólico acumulado de un actor social (Bourdieu, 2001). Nuestra consideración es totalmente coherente con el análisis del propio Bourdieu, pero también con el de Foucault y Gramsci. Pero no nos interesará analizar esta capacidad en abstracto, sino que tendremos que aferrarnos a datos tangibles que podamos valorar y que, además, sean pertinentes para la valoración de las posibilidades de éxito del actor noviolento. Por eso lo que interesa del capital simbólico del oponente será su capacidad para legitimar la política que siga hacia las demandas del actor noviolento, así como la estrategia de represión que esté planteando para responder a las movilizaciones. Si no tiene capacidad para legitimar la represión, eso supondrá una erosión a su poder que le llevará a buscar salidas acomodativas.

De esta manera, podremos tener en cuenta los aspectos comunicativos de la respuesta del oponente a la acción noviolenta, una de las variables fundamentales dentro de la estructura de oportunidades políticas, tan importante en el enfoque del proceso político. Consideramos, pues, que observar la represión sólo a la

luz de las dinámicas instrumentales nos haría perder un aspecto fundamental en el que han incidido los autores de las teorías de la noviolencia, como es el proceso de “Jiu Jitsu moral” (Gregg, 1935) , “jiu jitsu político” (Sharp, 1973) opinión pública (Muller, 1983) o “*backfire*”¹, que incide en la deslegitimación que genera la observación de acción violenta sobre activistas noviolentas y que es totalmente consistente con nuestro enfoque de las dinámicas comunicativas basado en la teoría de paradigmas.

De este modo se puede denominar este factor como *capacidad para legitimar la conducta hacia el actor noviolento*, que a su vez dependerá cómo realice instrumentalmente esa represión y de los medios que disponga para crear opinión. El nombre abreviado que utilizaremos será el de HEGEMONÍA, y como es lógico, lo situaremos entre los factores comunicativos relativos al oponente.

9.1-4) Creencias y normas compartidas o diferenciadas.

El cuarto factor que citaba Sharp era la existencia de un “conjunto común de creencias y normas de comportamiento que proporcionarían una instancia superior sobre las partes a la que el actor noviolento podría apelar esperando encontrar entendimiento o tal vez simpatía” (Sharp, 1973, pág. 726). Esta idea puede expresar, al igual que sucedía con el factor distancia social, mediante el concepto de marcos de ligazón (que conecta los objetivos del movimiento con sentimientos no movilizados) o en términos de paradigmas observando si el actor noviolento y el oponente utilizan el mismo sistema simbólico para definir su realidad, de modo que, si comparten no sólo creencias sino también normas y actitudes, el

¹Brian Martin ha estudiado este proceso con el nombre de “backfire”, que se puede traducir como salir el tiro por la culata. En la siguiente web ha recopilado tanto sus propios artículos como documentaciones de estudios de caso <http://www.bmartin.cc/pubs/backfire.html>, visto el 4 de abril de 2015.

proceso de persuasión se verá favorecido. Lógicamente si el actor no violento está utilizando un paradigma alternativo basado en otro código simbólico, es decir, otro cuerpo de tradiciones, creencias o normas, esto dificultará enormemente el proceso de persuasión. Este proceso de buscar símbolos compartidos concurrentes en diferentes paradigmas es lo que en el análisis de marcos han denominado como marcos de ligazón (Snow, Rochford, Worden & Benford (1986).

Este factor lo podemos, por consiguiente, renombrar como *“sistema simbólico compartido entre el paradigma del actor no violento y el paradigma hegemónico”* y que resumiremos con el nombre de CONCURRENCIA. Entendemos que es un factor externo en cuanto depende de factores históricos que no dependerá de las decisiones que tome el actor no violento.

4.1-5) El papel de terceras partes

Según Sharp, podemos interpretar el papel de las terceras partes de dos formas diferentes. Por un lado haciendo referencia a las dinámicas comunicativas que entran en juego en un proceso de persuasión de colectivos de los que depende el oponente para su funcionamiento, de forma que se puedan solidarizar con las movilizaciones y por otro lado extender procesos de no-colaboración a sectores clave que imposibiliten el funcionamiento del oponente (Sharp, 1973, pág. 755). En este caso, podríamos entender que los procesos instrumentales que esas terceras partes pudieran poner en marcha como una extensión de las movilizaciones a otros sectores de la sociedad del grupo de referencia o de colectivos de fuera de ella, implicando por tanto una multiplicación tanto de la capacidad instrumental del actor no violento como de la influencia persuasiva de los mismos.

Con respecto al rol de otros actores en la posible conversión del oponente, Sharp señalaba dos diferentes aspectos; uno sería si el grupo oponente toma en cuenta las condenas de terceras partes y

como responderían éstas a la represión sobre el actor no violento (Sharp, 1973, pág. 727). Como hemos mencionado más arriba, Sharp estaría pensando en formas de persuasión personal, no en dinámicas comunicativas que minan su legitimidad. Si interpretamos en términos de legitimidad su propuesta podemos observar cómo un gobierno, por muy dictatorial que sea, puede gobernar sin legitimidad para gran parte de la población, pero necesitará del apoyo de sectores clave que serán sus fuentes de poder, que será ante los cuales se sienta vulnerable a posibles pérdidas de legitimidad. Estas dinámicas, no obstante, las hemos tenido en cuenta en el factor DIVISIÓN y no vamos a duplicar su consideración. Por otra parte la respuesta de las terceras partes a la represión del oponente será analizada dentro del factor HEGEMONÍA, que hace referencia a la capacidad para legitimar hacia el público la conducta hacia el actor no violento.

Así pues, este factor tiene que recoger el papel de las terceras partes en la influencia tanto de forma comunicativa como instrumental en el resultado de la acción no violenta. Al igual que el vector PARTICIPACIÓN, se trata por tanto no de un factor, sino de un vector, cuyo resultado favorable depende de la correcta satisfacción del resto de factores del entorno. Dado que la forma de influir sobre estas terceras partes dependerá de las dinámicas comunicativas derivadas de una racionalidad dramática, y para simplificar el modelo, lo vamos a tener en cuenta sólo como factor comunicativo pero sin olvidar que genera una potenciación tanto de los efectos comunicativos como de los instrumentales ya que, en realidad, está generando una dinámica de empoderamiento en términos de poder compensatorio que puede ser más que determinante del resultado del conflicto.

Por otro lado, como parte de nuestro análisis del entorno comunicativo deberemos tener en cuenta si las terceras partes favorables al actor no violento tienen capital simbólico suficiente como para influenciar al oponente o al paradigma hegemónico. Esto

ayudará también a conformar un plan estratégico del actor noviolento, que lejos de llevarle a subestimar alianzas con actores poco influyentes deberá plantearse cómo ayudar a empoderar a esos actores aliados y cómo extender poco a poco su red de apoyos basándose en esos apoyos iniciales.

Johan Galtung habla de una manera de superar los problemas comunicativos derivados del uso de un paradigma alternativo al hegemónico mediante el proceso que denomina “gran cadena de la noviolencia”. Esto se logra mediante la reelaboración de las demandas efectuada por terceras partes, creando una secuencia que va haciendo el discurso más próximo al paradigma hegemónico por parte de grupos que usan un sistema de símbolos cada vez más cercano al del propio oponente (Galtung, 1989). Esta cadena de alianzas sería una forma de superar las limitaciones impuestas por el factor CONCURRENCIA, y la justificación de por qué este factor ha de hacer referencia al paradigma hegemónico, y no al institucional. Shock habla de ello con las siguientes palabras:

Johan Galtung se refiere al poder indirecto ejercido contra el Estado a través del apoyo de terceras partes como la “gran cadena de la noviolencia”, donde las dos partes de una lucha están conectadas por una concatenación de grupos intermediarios y terceras partes. En el movimiento estadounidense por los derechos civiles, por ejemplo, la clase media de blancos y el gobierno federal constituían las terceras partes que intervenían de parte de los afroamericanos del sur en su lucha contra la estructura del poder blanco. (...) El proceso global que se intensificó al final del siglo XX creó redes de trabajo que ligaron a oprimidos y a grupos intermedios, cosa que incrementó el potencial de los retadores para invocar el apoyo de terceras partes. Las organizaciones de movimientos sociales transnacionales, tales como Amnistía Internacional, Brigadas Internacionales de Paz y la Organización de Personas No Representadas concatenan a los opresores con los oprimidos a través de individuos

preocupados en otros países e instituciones internacionales. El resultado es un incremento en la fortaleza de los vínculos entre los oprimidos podría tener una gran probabilidad de éxito donde estas redes son invocadas. El hecho de que los retadores estén apoyados por terceras partes podría ser crucial en proporcionarles un gran poder de contrapeso, o en inclinar la balanza del poder a su favor. La probabilidad de una concatenación de redes de trabajo incrementa el grado de solidez que pueda alcanzar la sociedad civil doméstica y global. Por supuesto, la expansión de la sociedad civil doméstica y global es altamente heterogénea, como quiera que los prospectos de influencia de terceras partes varían en todos los países.

En las democracias, los potenciales dilemas que enfrentan quienes desafían al Estado para recibir apoyo de terceras partes incluyen la canalización del disenso en conductos menos disruptivos, el llegar a ser dependientes de fondos institucionales, y la cooptación de los líderes del movimiento. Esto podría ser menos problemático con respecto al apoyo transnacional, donde las fuentes del soporte de terceros usualmente no son parte de la estructura de poder que se está cambiando. De otro lado, surgen nuevos dilemas cuando el apoyo no proviene de la estructura de poder que se está cambiando, pues esto podría reducir los obstáculos para que el movimiento sea reprimido. Además, con el fin de atraer el apoyo de terceras partes internacionales, los retadores deben dar un viraje en los temas de su agenda o emprender riesgosas movilizaciones lo cual, a su turno, podría provocar una violenta represión estatal que las terceras partes no serían capaces de parar. Así las cosas, el creciente apoyo o estímulo internacional deben ser cuidadosamente sopesado contra las oportunidades y los constreñimientos de la nación. (Schock, 2008, págs. 118-119)

Esta vertiente internacional ha sido recogida igualmente por Ackerman y Kruegler como principio número 4, cultivar la asistencia externa, que podríamos renombrar como *principio de asistencia externa* (Ackerman & Kruegler, 1994, págs.. 32-33). Estos autores distinguen entre la influencia externa en términos defensivos y ofensivos. Los primeros consideran al apoyo externo como una forma de dar legitimidad a las demandas del actor no violento aumentando su influencia persuasiva o como una fuente de recursos materiales, lo cual mejoraría su capacidad instrumental. En términos ofensivos, la influencia externa posibilita que puedan sumarse las terceras partes a las campañas del actor no violento aumentando la capacidad instrumental del mismo. Hay que decir, no obstante, que algunos de los casos que estudiaron estos autores este principio 4 no fue operativo. En los casos de India y Polonia no había aliados potenciales y en la campaña contra Martínez en El Salvador la brevedad de la misma hizo que no diera tiempo a entrar en acción a los posibles aliados.

Burrowes ha sido el autor que más ha incidido en hacer coherente una teoría de la acción no violenta con la influencia de terceras partes (Burrowes, 1996). De esta manera, este activista australiano distinguió tres dominios en los objetivos estratégicos de la contraofensiva (es decir, de la parte de la estrategia destinada a minar las fuentes de poder del oponente). Los dos primeros harían referencia al oponente, siendo el primero las tropas del mismo y el segundo los grupos sociales que le apoyan, pero por el contrario, el tercer dominio sería la sociedad de los aliados del oponente, más concretamente los grupos que apoyan la política de alianza (Burrowes, 1996, págs. 264-268). Además Burrowes clasificó las formas de intervención no violenta que puede llevar a cabo un aliado del actor no violento, estas eran las siguientes:

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

- 1) Campañas locales en otros países
- 2) Movilizaciones internacionales
- 3) Asistencia humanitaria no violenta
- 4) Desarrollo y reconciliación no violenta
- 5) Testimonio y acompañamiento no violento
- 6) Intercesión, mediación y protección no violenta
- 7) Solidaridad no violenta
- 8) Interposición no violenta

(Burrowes, 1996, 268-270, sintetizadas por López, 2012, pág. 105-106)

Este vector lo redactaremos, por tanto, de la siguiente manera: “*simpatía e influencia de terceras partes*”, o, de forma abreviada, como ALIANZAS. De esta manera recogeremos la estrategia comunicativa de búsqueda de alianzas políticas por parte del actor no violento así como la capacidad de estos aliados de influir en el conflicto ya sea de forma instrumental o de forma comunicativa.

Creemos, no obstante que conviene distinguir entre alianzas políticas propiamente dichas y el contexto geopolítico internacional que influye para que las potencias o bloques de potencias afines o antagónicas se posicionen a favor o en contra del movimiento para satisfacer sus propios intereses. Así pues, para poder diferenciar estos aspectos de la política de alianzas con actores sociales propiamente dichos que queremos que recoja el vector alianzas vamos a utilizar otro factor, que denominaremos GEOPOLÍTICA, y que recogerá la influencia del contexto de las relaciones internacionales. De esta manera podremos evaluar de forma diferente la política de alianzas a nivel de política exterior y a nivel de sociedad civil tanto interna como externa.

A modo de resumen, en el cuadro 9.1 podemos ver los factores comunicativos externos de Sharp elaborados en términos de las dinámicas comunicativas de la teoría de paradigmas.

Figura nº 9.1 Los factores comunicativos externos

- 1) **FACTOR INCOMPATIBILIDADES:** Importancia relativa de las demandas del actor no violento en el paradigma hegemónico
- 2) **FACTOR DISTANCIA:** Construcción de la distancia social con respecto al actor no violento en el paradigma hegemónico.
- 3) **FACTOR HEGEMONÍA:** Capacidad para legitimar la conducta hacia el actor no violento
- 4) **FACTOR CONCURRENCIA:** Sistema simbólico compartido entre el paradigma del actor no violento y el paradigma hegemónico
- 5) **VECTOR ALIANZAS:** Simpatía e influencia de terceras partes.
- 6) **FACTOR GEOPOLÍTICA:** Influencia del contexto de las relaciones internacionales

Fuente: Elaboración propia

9.2 Los Factores internos

Si repasamos los factores internos que citaba Sharp como condicionantes del mecanismo de la conversión, vemos que procedían de la teoría gandhiana sobre el conflicto:

Factores internos (según Sharp):

- 1.- Contenerse de violencia y hostilidad
- 2.- Intento de ganar la confianza del oponente
- 3.- Contenerse de humillar al oponente
- 4.- Hacer visible el sacrificio por la propia causa
- 5.- Mantener contacto personal con el oponente.
- 6.- Llevar a cabo trabajo constructivo

7.- Demostrar confianza en el oponente

8.- Desarrollo de empatía, buenas intenciones y paciencia hacia el oponente

(Sharp, 1973, págs.. 727-731)²

A primera vista podemos ver que, entre todos estos factores, existe uno, el primero, que aunque relacionado con el resto por su relación con las dinámicas comunicativas, necesita considerarse como un factor con peso suficiente como para considerarle. Le vamos a denominar factor DISCIPLINA, o minimizar la violencia al máximo. Más abajo desarrollaremos la problemática específica que le concierne. Por otro lado, el resto de factores pueden ser agrupados bajo el título “trabajar las condiciones de comunicación con el oponente” y juntos darían lugar a un factor que podríamos denominar DIÁLOGO y que recogiera los factores recopilados por Sharp (excepto, lógicamente, el primero). Esta diferenciación nos ha sido especialmente útil para el caso del movimiento Nasa en Colombia, donde los problemas existentes en la disciplina noviolenta han sido contrarrestados por una excelente disposición al diálogo, trabajando enormemente las condiciones de la comunicación en un contexto de gran represión violenta por parte de todos los actores armados.

9.2-1 DIÁLOGO: Trabajar las condiciones de comunicación con el oponente

Si bien estos siete factores señalados por la perspectiva gandhiana como formas de reducir el conflicto intergrupal estaban

² Estos factores estaban basados en la recopilación del pensamiento gandhiano que hicieran Janis y Katz titulada “la reducción del conflicto intergrupal”, y que a su vez se basaban en el análisis que Arne Naess hiciera de las normas de Gandhi para la acción noviolenta (Naess, 1957, págs.. 140-155).

orientados hacia la mejora de las posibilidades de la conversión del oponente, podemos tratar de interpretarlos desde nuestro enfoque como elementos importantes del proceso de persuasión no violenta como forma de trabajar la comunicación con el oponente en aras a un proceso de influencia en el paradigma hegemónico. Esto a su vez permitirá mejorar la situación de poder del actor no violento de cara al proceso de negociación no violenta.

Así pues, Sharp señala cuatro formas de conseguir aumentar la confianza que desprende el actor no violento: 1) Veracidad, o ajustarse a la realidad lo máximo posible, por ejemplo, evitando descripciones exageradas de los agravios o demandas que se plantean o de los efectos de la represión. 2) Transparencia, o anunciar los planes de acción. 3) Caballerosidad, ofrecer ayuda al oponente o posponer movilizaciones cuando éste esté en dificultades. 4) Apariencia, evitar una aparente conducta ofensiva que crea barreras en la comunicación (Sharp, 1973, págs.. 727-728). Con respecto a evitar la humillación del oponente, está claro que, para convertir al oponente, es necesaria una simpatía previa que se verá contravenida si se le humilla públicamente, pero Sharp añade que esta regla implica evitar movilizaciones masivas y confiar en el poder de un número reducido pero determinado que sea capaz de producir el cambio en el corazón del oponente (Sharp, 1973, pág. 728). A la hora de hacer visible el sacrificio por la propia causa para Sharp será importante que éste sea mostrado por las propias personas que sufren los agravios y no sean otras personas las que asuman los riesgos, pues serán considerados como forasteros que se entrometen en asuntos de terceros (Janis & Katz, 1959, pág. 86). Las malas experiencias con cristianos apoyando intocables en la campaña de Gandhi en a favor de éstos últimos en Vykom o la de blancos apoyando los derechos civiles en el lejano sur apoyarían estas tesis (Sharp, 1973, pág.729). Por otro lado, el trabajo constructivo al que se refiere Sharp está más relacionado con participar en otras actividades sociales para el bien común, tales como trabajo humanitario, cosa que tendrá como efecto comunicativo la reducción de la hostilidad hacia el propio grupo

(Sharp, 1973, pág. 729). El contacto personal se puede hacer mediante cartas o participaciones en conferencias, pero manteniendo el tono amistoso y tratando de empatizar con el oponente para entender sus motivaciones, objetivos e intenciones (Janis & Katz, 1959, pág. 86) y llegar a un proceso de conversión tanto por vías emocionales como por vías racionales (Sharp, 1973, pág. 730). Demostrar confianza en el oponente implica para Sharp dar la oportunidad para solucionar el conflicto sin utilizar la acción noviolenta, atendiendo a todas las solicitudes para negociar que éste haga, aunque se realicen para desviar las fuerzas de la campaña noviolenta (Sharp, 1973, pág. 730). Finalmente, desarrollar empatía, buena voluntad y paciencia hacia el oponente, actitud ya presente en realidad en el resto de factores recuperados por Sharp de la teoría gandhiana.

Desde el punto de vista de una teoría de la acción noviolenta no orientada al actor, como la que estamos desarrollando desde nuestro enfoque, vemos que existe gran confusión a la hora de interpretar quién es realmente el oponente contra el cual se dirige la acción. Sharp menciona casos de intentos de conversión de soldados británicos por parte de *satyagrahis* gandhianos en el movimiento independentista indio o entiende como imposible la conversión de terribles cuerpos policiales como la GESTAPO (Sharp, 1973 pág. 730), sin embargo, desde nuestra perspectiva orientada a la estructuras, estas personas no son el oponente, pertenecen a sus cuerpos de seguridad y pueden ser un objetivo estratégico sobre el que lanzar la campaña de acción noviolenta, pero también pueden no serlo, ya que en realidad son un actor diferente. Burrowes señala precisamente a los cuerpos de seguridad o fuerzas del oponente como uno de los tres dominios sobre los que orientar la acción noviolenta, junto con el conjunto de la sociedad de la élite del oponente y las sociedades de los aliados de las élites de los oponentes (Burrowes, 1996, pág. 256).

Si introducimos el concepto de paradigma hegemónico

como elemento principal de nuestra propuesta de sustituir la idea de conversión por la de persuasión no violenta a esta visión gandhiana sobre los factores que inciden en la conversión obtenemos que estos no funcionan persuadiendo directamente a las tropas del oponente, sino mejorando la percepción colectiva del actor no violento como fuente legítima de información veraz. Dicho de otras palabras, aumenta la credibilidad del actor no violento, y con ello su capital simbólico a la hora de influir en el paradigma hegemónico. Esta diferenciación no será banal, tal y como demuestran los casos de nuestro estudio, pues, mientras que el Partido Federal se aferró a estos principios gandhianos y no logró influir en el paradigma hegemónico, el movimiento indígena de Cauca ha trabajado el diálogo siguiendo principios derivados de su propia percepción del conflicto y sin tratar de convertir a los sicarios contra los que se enfrentan, sino estableciendo diálogos públicos y abiertos directamente con las organizaciones, que son las que tienen que legitimar la conducta de sus tropas. Tal y como veremos cuando abordemos su estudio, el resultado ha sido una gran credibilidad frente al antagonismo agresivo que cosecharon los tamiles con actuaciones mucho más disciplinadas.

9.2-2) DISCIPLINA: Reducir la violencia al mínimo

Kurt Shock ha señalado la divergencia entre el enfoque del proceso político y las teorías de la no violencia en cuanto a este punto mediante el uso del concepto “flanco radical” (Schock, 2008, págs. 110-112). Por un lado, los académicos provenientes del enfoque del proceso político han señalado tanto efectos positivos como negativos de la existencia dentro de un movimiento de una minoría que opta por posiciones más extremas y recurre a la violencia, dividiendo el movimiento entre el flanco radical y el flanco moderado. El efecto positivo se produciría al hacer que las demandas del flanco moderado parezcan más razonables y se resuelvan a su favor las crisis que pudieran provocar desde el flanco radical. Los efectos negativos sucederían cuando el flanco radical desacredita con sus acciones al resto del movimiento e impide el

apoyo de terceras partes. Los teóricos de la noviolencia añaden, además, que el uso de la violencia permitirá la justificación de la represión y favorecerá por tanto al oponente (Schock, 2008, pág. 111). Por otro lado, hay estudiosos de los movimientos sociales que han matizado los posibles efectos positivos del flanco radical alegando que hacen que las acciones del flanco moderado pierdan capacidad de disrupción (Schock, 2008, pág. 110).

El principal problema al respecto señala Shock es que atendiendo a estrategias, no está relacionado ser “radical” con “ser violento”, ya que pueden existir flancos radicales que opten por estrategias noviolentas más disruptivas que las del flanco moderado (Schock, 2008, pág. 256). Con respecto al asunto específico acerca del uso de la acción violenta y la efectividad del movimiento social vuelve a haber división en torno a los estudiosos, si bien se han señalado igualmente efectos positivos en algunos casos, los efectos negativos no han podido ser negados. Sin embargo, y esto es fundamental, Shock matiza, no obstante, que los efectos positivos se pueden achacar tanto a la acción violenta como a la noviolenta, ya que en realidad provienen de la capacidad de ambas para interrumpir el sistema, de ser disruptivas (Schock, 2008, pág. 111) y concluye que la insurrección no armada “no tiene que depender de la existencia de un flanco radical o de la amenaza de violencia para tener éxito” (Schock, 2008, pág. 262).

De forma similar, Burrowes señaló como uno de sus doce componentes estratégicos la concepción de la violencia del movimiento y un código de disciplina (Burrowes, 1996, pág. 179), e igualmente Ackerman y Kruegler señalaron como principio estratégico número nueve “mantener la disciplina noviolenta” y dejaron claro, desde su punto de vista de la noviolencia pragmática, que la acción noviolenta no implica “ser noviolento”, sino “actuar noviolentamente” (Ackerman & Kruegler, 1994, pág. 42). Mantener la disciplina noviolenta consiste por tanto para estos autores en saber qué comportamientos se espera en cada circunstancia y por qué es

esencial para el triunfo estratégico. Los activistas deben encargarse de convencer al público que participa en sus acciones y darles instrucciones para cada acto concreto (por ejemplo, no llevar armas, alcohol, drogas a los actos, hacer resistencia pasiva si hay cargas etc.) y, así como desmarcarse de luchas y actos armados paralelos (Ackerman & Kruegler, 1994, pág. 42).

Por otro lado, es importante señalar que Ackerman y Kruegler también se dieron cuenta de que este principio fue contradicho por la resistencia danesa a la ocupación nazi (Ackerman & Kruegler, 1994, pág. 246). Este episodio se produjo en unas circunstancias excepcionales dentro de la Segunda Guerra Mundial en la que las terceras partes eran favorables al uso de la violencia en cuanto eran actores armados en sí mismos. La resistencia civil al principio se planteó principalmente como violencia incruenta, con comandos de saboteadores poniendo bombas y transformando manifestaciones en disturbios. Pronto se vio que la crudeza del Reich ponía inútilmente en peligro muchas vidas, por lo que se fue optando por huelgas masivas que paralizaban la aportación económica del país al esfuerzo bélico, con mejores resultados y menos riesgos. El objetivo no era por tanto liberarse de la ocupación, ya que esa fue tarea delegada en las fuerzas aliadas, sino evitar la colaboración económica del país con el régimen nazi así como salvar al máximo número posible de personas, especialmente la comunidad judía. Por lo tanto, contra un oponente despiadado es mejor utilizar la acción noviolenta no por los efectos persuasivos que esta pueda ejercer sobre el mismo, sino por las ventajas instrumentales que tiene al exigir menos riesgos (tal y como vimos en el análisis del factor PARTICIPACIÓN). A esa misma opinión llega el militar Robert Helvey:

Para un movimiento noviolento tener un componente militar es una gran desventaja. Interfiere con la dinámica de la lucha noviolenta, hace la captación de voluntarios para el movimiento mucho más difícil, abre la posibilidad de que al movimiento se le acuse de ser un frente terrorista de lucha

armada, hace difícil obtener el apoyo de la comunidad internacional, y propicia una reacción más violenta por parte del régimen. La realidad es, sin embargo, que algunos grupos de la oposición a veces se niegan a "abandonar" esta opción a pesar de saber por experiencia que los costos son muy superiores a las ventajas que representa. Si estos grupos no pueden ser convencidos a pasar a un conflicto no violento sin un componente armado, pero la población bajo su control o influencia se considera esencial, las actividades armadas deben distanciarse del movimiento, y la estrategia debería considerar la posibilidad de la eliminación gradual del uso del componente militar. (Helvey, 2004, pág. 65).

Desde nuestro enfoque, el descuido de la disciplina no violenta o la apología de actos de violencia incruenta o lucha armada implicarían un descuido de consideración de las dinámicas comunicativas basadas en una triple racionalidad (es decir, olvidar la interpretación que hacen de los hechos tanto el oponente como los testigos), así como del potencial de disrupción que puede tener la acción no violenta. Vemos, por tanto, que estas aportaciones de Shock, Burrowes, Ackerman y Kruegler, Helvey y Sharp son totalmente coherentes entre sí con nuestro enfoque y pueden ser sintetizadas con un solo factor que recoja los efectos de estas dinámicas comunicativas. Este se podría denominar: *Reducir al mínimo la violencia* y simplificarse con el título de DISCIPLINA.

9.2-3 COHESIÓN: Un factor relativo a los procesos previos a la acción no violenta

Frente a las respuestas puramente morales o estratégicas que ha dado el enfoque de la acción no violenta (Sharp, 1973; Burrowes, 1996) y que hemos incorporado en nuestro modelo analítico como factor DISCIPLINA y factor DIÁLOGO, hay que tener en cuenta las aportaciones que desde otros enfoques se han hecho a las dinámicas comunicativas puestas en marcha por el actor

noviolento en su accionar político.

Así, la teoría de la mediación organizacional de la protesta de Wendy Pearlman reconoce la importancia de procesos de cohesión previos como condicionantes del tipo de acción violenta o noviolenta (Pearlman, 2011: 1-26). Para esta autora, la dificultad de la organización de la acción noviolenta implica necesarios procesos de cohesión grupal y social que cuando faltan hacen que los grupos activistas opten por la lucha armada. En consonancia con esta perspectiva, la teoría de la movilización de recursos se ha esforzado en recalcar que la predisposición a utilizar la violencia depende de las capacidades (factor interno) y posibilidades (factor externo) de movilización, de manera que se optaría por la lucha armada cuando ven frustradas las vías pacíficas, convencionales o disruptivas (noviolentas). La interpretación que del terrorismo hace Giles Kepel sería totalmente coherente con esta visión, ya que relaciona el auge del terrorismo islamista con su declive político (Kepel, 2002). Desde el punto de vista que aporta Pearlman, la necesaria cohesión para llevar a cabo una movilización noviolenta se convierte en una variable previa que hace que se considere a los movimientos armados como provenientes de grupos que no cuentan con el consenso social necesario para generar un cambio social mediante la acción noviolenta.

En nuestro modelo esto se ha de traducir necesariamente en la existencia de un factor previo que recoja no sólo dinámicas comunicativas relativas al propio actor, sino también organizativas (instrumentales) y las condiciones del entorno político que posibilitan o restringen esa cohesión, es decir, todo el proceso previo que aluda a la capacidad para aglutinar y cohesionar al endogrupo en torno al proyecto político del actor noviolento, y lo vamos a denominar factor COHESION. En el capítulo 7, hemos visto que estos procesos eran los siguientes:

1.- Proceso cognitivo de reconocimiento del problema. Si no se produce resulta en normalización: se considera la situación como el

estado normal de las cosas (Foucault, Bourdieu, Gramsci)

2.- **Proceso emocional de rechazo del problema.** Si no se produce da como resultado la creación de estrategias individuales de adaptación a la situación.

3.- **Proceso de empoderamiento grupal.** Si no se produce el conformismo causa una situación de indefensión aprendida que lleva al sometimiento y la pasividad (Martín-Baró)

4.- **Proceso de organización de la acción colectiva.** Si no se produce la desorganización lleva a formas de resistencia cultural de carácter individual y no político (James Scott).

5.- **Proceso de elección de estrategias no convencionales.** Si no se produce se llega a formas de acción política convencional (partidos, sindicatos, etc.). A partir de este proceso se puede hablar ya de acción no violenta, y por tanto se establecen los tres actores del triángulo comunicativo que el conflicto no violento pone en marcha.

La principal diferencia con el factor PARTICIPACIÓN, radica en el factor COHESIÓN atiende a procesos previos, ya se trata de condiciones necesarias para que exista el propio movimiento, y se refiere por tanto a las causas. El factor PARTICIPACIÓN por el contrario es una consecuencia del correcto desempeño en esos factores internos. Además, una vez puesto en marcha el proceso de acción no violenta, el factor COHESIÓN deberá recoger la necesidad de unidad a lo largo del proceso político, mientras que el factor PARTICIPACIÓN recogerá la cantidad de gente que participa en las movilizaciones, no sólo que simpatice con el movimiento. Es decir, un movimiento con gran cohesión podrá poner en marcha acciones poco participativas, por ser elitistas o exclusivas y, por el contrario, un movimiento con gran capacidad de convocatoria podría dividirse en dos estrategias que compitan por el apoyo del público.

Es importante tener en cuenta por tanto que recoge dos aspectos. Por un lado recoge los procesos previos necesarios para posibilitar la propia existencia de la acción política no violenta a gran escala que acabamos de recodar más arriba. Por otro lado, una vez puesto en marcha el movimiento, este factor atenderá tan sólo a la unidad de la sociedad o grupo de referencia en torno a la estrategia no violenta para poder incluir en el análisis los problemas que surgen cuando un movimiento tiene dos organizaciones que compiten entre sí. En el caso de un análisis histórico de un movimiento no violento, el factor nos será muy útil para centrarnos en el origen del mismo y la capacidad para mantenerse unido conforme la resistencia avanza. En el caso de un análisis estratégico este factor hará referencia igualmente a los condicionantes necesarios para que el movimiento pueda despegar, y logre superar la fase inicial de preparación, así como a la necesidad de unidad posterior. El proceso de identificación del grupo de referencia con los objetivos, estrategias y tácticas del actor no violento y su cohesión en torno a los mismos será pues el aspecto fundamental a tener en cuenta, primando una racionalidad autorreferencial sobre la dramática la normativa, más presente en fases más avanzadas.

9.2-4 TRANSMISIÓN: El canal de comunicación

Hemos visto más arriba que los autores sobre estrategias no violentas han descuidado el análisis de los procesos comunicativos, y en especial el papel de los medios de comunicación de masas en el proceso de persuasión no violenta, en el cual juegan un papel primordial en cuanto suponen un filtro con la realidad que actúa en beneplácito de la defensa del orden establecido, lo cual afecta definitivamente a la actividad de un movimiento no violento. Brian Martin y Wendy Varney son las personas que se han encargado de tratar de rellenar ese hueco al tratar de conjugar las teorías de la no violencia con las teorías de la comunicación, extrayendo conclusiones y sugerencias para ayudar a mejorar las estrategias de los movimientos no violentos (Martin &

Varney, 2003b). Lo que hicieron fue aplicar la teoría matemática de la comunicación, desarrollada en los años 40 por Claude Shannon, que se centra en el problema técnico sobre cuanta información puede ser mandada por un canal de transmisión al contexto de la acción noviolenta. A esta teoría se la conoce como el modelo de transmisión y distingue entre fuente, mensaje, transmisor, señal, ruido, receptor, y destino. Se adapta muy bien a la teoría de la cadena de la noviolencia, que puede ser concebida como una cadena de emisores y receptores, cada uno de ellas sujeta a un emisor, pero hay que tener en cuenta que es más efectiva para tratar con interrupciones en el flujo de información que con temas de contenido. Así pues, la interrupción, desviación o malinterpretación de la información puede venir de problemas con la fuente (en el caso de la acción noviolenta el actor noviolento, y puede deberse a miedo a represalias, autocensura, falta de entendimiento del problema...), problemas del transmisor (falta de tecnología o acceso a ella), problemas del canal (censura por gobiernos u olvido en los medios de comunicación), problemas de mensaje (problemas lingüísticos, problemas culturales, dificultades para explicar procesos complejos) y problemas del receptor (prejuicios). (Martin & Varney, 2003b, págs. 103-05.).

Nuestro enfoque, no obstante, considera un triángulo comunicativo en el que no se transmiten mensajes en sí mismos, sino que se interpretan hechos (la acción noviolenta) atendiendo a tres tipos de racionalidades (autorreferencial, normativa y dramática) determinados principalmente por tres paradigmas cognitivos: el alternativo, el institucional y el hegemónico. En este esquema se ha tenido en cuenta tanto a los actores como a los mensajes, por lo que para falta de introducir un factor relativo al canal y al transmisor. Así pues, habría que añadir a los factores externos los problemas asociados a la transmisión del mensaje. Este podría denominarse: *Existencia de transmisores y canales de comunicación eficientes*, y se podría resumir con el nombre de TRANSMISIÓN. Lo vamos a considerar como parte del entorno de

la acción no violenta, ya que, aunque pueda ser modificado por el actor mediante la construcción de medios de transmisión efectivo, es una característica del medio social en el que se desarrolla la acción no violenta. Curiosamente, lo tenemos que considerar como un factor instrumental en cuanto no es un factor que se refiera a las características del sistema simbólico en el que se desarrolla la acción no violenta en el cual se desenvuelven los factores comunicativos (problemas del mensaje) sino que se refiere a las herramientas para comunicarse.

De esta manera tenemos ya seis factores externos y tres internos relativos a la persuasión no violenta. A modo de resumen estos se pueden ver en el cuadro 9.2

Figura 9.2: Los factores comunicativos

Factores Externos

INCOMPATIBILIDADES: Importancia relativa de las demandas del actor noviolento.

DISOCIACIÓN: Distancia social en el paradigma hegemónico hacia el actor noviolento.

HEGEMONÍA: Capacidad para legitimar la conducta del oponente.

CONCURRENCIA: Sistema simbólico compartido con el paradigma hegemónico.

ALIANZAS: Simpatía e influencia de terceras partes.

GEOPOLÍTICA: Influencia del contexto de las relaciones internacionales

Factores internos

DISCIPLINA: Reducir la violencia al mínimo.

DÍALOGO: Trabajar las condiciones de comunicación con el oponente.

COHESIÓN: Procesos previos al desafío noviolento relativos a la unidad del actor noviolento

Factor instrumental que incide en las dinámicas comunicativas

TRANSMISIÓN. Existencia de canales de transmisión eficientes.

Fuente: elaboración propia

CAPITULO 10

LA ACCIÓN NOVIOLENTA COMO NEGOCIACIÓN Y EMPODERAMIENTO

Sharp señaló cinco factores que afectan al éxito de la acción noviolenta mediante procesos de acomodación del oponente, es decir, procesos que llevan al oponente hacia ceder a las demandas planteadas por el actor noviolento sin llegar a los límites de la coerción noviolenta o la persuasión noviolenta, a los que en este estudio vamos a considerar como dinámicas instrumentales y dinámicas comunicativas. Hay que tener en cuenta que, tal y como vamos a interpretarlos en esta investigación, todos los factores que hemos visto hasta ahora, los instrumentales y los comunicativos, son factores que inciden en la acomodación, que a su vez va a ser considerada como un proceso de negociación noviolenta, ya que entendemos que, incluso en los casos en los que se produce una clara victoria de la acción noviolenta coaccionando o persuadiendo, los procesos de coerción y persuasión que se han puesto en marcha se pueden interpretar desde el punto de vista compensatorio como factores que dotan a los actores de poder, no sólo ya de negociación, sino instrumental o comunicativo (capacidad instrumental o capital simbólico).

10.1 Los factores relativos a la acomodación

Pasamos, por lo tanto, a analizar los factores señalados por Gene Sharp como relativos a la acomodación del oponente y propondremos una redacción alternativa que tenga en cuenta que

son fuerzas que inciden tanto al éxito como al fracaso de la negociación noviolenta. Estos factores eran los siguientes:

- 1.- Se contempla la represión violenta como inapropiada
2. El tema no es de mucha importancia relativa para el oponente
- 3.- Ajuste en la oposición
- 4.- Minimizar pérdidas económicas
- 5.- El oponente se limita a aceptar lo que parece inevitable

10.1.1 Se contempla la represión violenta como inapropiada

Este factor hace referencia a la falta de legitimidad del oponente para poner en marcha estrategias instrumentales de represión violenta que coaccionen al actor noviolento (Sharp, 1973, págs. 734-735). No se refiere a que no tenga capacidad instrumental para poder ejercer la represión, sino a que no tiene legitimidad para ello. Al no poder actuar en esa dirección sin perder legitimidad, los mecanismos para contrarrestar las movilizaciones noviolentas estarán más mermados y el oponente, al verse con menos poder de respuesta, será más favorable a una solución negociada ante la incapacidad para poner en marcha otro tipo de estrategias. Se podría nombrar precisamente de este otro modo: "*Legitimidad o no para poner en marcha estrategias de represión violenta*". Como podemos comprobar, coincide con el factor comunicativo que habíamos denominado HEGEMONÍA y que hace referencia desde un punto de vista comunicativo a otro factor que vimos al analizar los relativos a la coerción noviolenta, como sería la capacidad para ejercer la represión por parte del Estado, que sería su contraparte instrumental. Estos factores se pueden interpretar desde un punto de vista comunicativo hacia la persuasión e instrumental hacia la coerción, pero desde el punto de vista de las dinámicas compensatorias se ha de interpretar como un factor que inciden en que el oponente ceda a las demandas y busque un acuerdo.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que el que se carezca de legitimidad para ejercer una represión violenta no significa que el oponente no vaya a elaborar estrategias para dotarse de ella. Dado que existe un consenso muy extendido en el paradigma hegemónico de muchas sociedades en torno a que es ilegítimo responder con violencia a movilizaciones pacíficas, será, por tanto, de interés para el oponente lograr transformar en violentas movilizaciones noviolentas, ya que le permitirá ejercer estrategias de represión violenta, aunque esto sólo suceda en la forma en que son descritas en el paradigma hegemónico. Es decir, no necesita que la movilización se transforme en violenta para poder establecer una línea de represión, sino simplemente que se considere como violenta, o su equivalente en el subconsciente colectivo, como “maligna”.

La estrategia más habitual que utilizan los gobiernos es la de transformar las movilizaciones noviolentas en disturbios, ya sea mediante la colocación de infiltrados que provocan actos violentos o mediante el uso ineficiente de la policía que pasará a ser contemplada como la agredida, en vez de la agresora. Si tiene a su disposición los medios de comunicación de masas eso será relativamente sencillo de conseguir, pues, podrá manipular el lenguaje con el que se describen los hechos, podrá incitar a acciones puntuales de violencia y podrá incluso utilizar infiltrados violentos para lograr extender una imagen deformada del movimiento y lograr que no sea descrito como pacífico en el relato del paradigma hegemónico (Martin y Varney, 2003a). Esto nos aporta una enseñanza básica, el actor noviolento no sólo tiene que ser pacífico, sino que tiene que parecerlo también.

10.1.2) El oponente trata de librarse de un fastidio, es decir, el tema es de una importancia relativa menor.

Este factor hace más referencia a elementos ideológicos que a económicos, que como veremos a continuación está recogido

en otro factor expuesto más adelante. En este caso, el tema en litigio no es para el oponente lo suficientemente trascendental como para mantener un enfrentamiento con el actor no violento, y sufrir las consecuencias negativas del mismo (Sharp, 1973, págs. 735-736). Como podemos ver, ya hemos recogido esta idea dentro del factor INCOMPATIBILIDADES.

En este sentido cabe recalcar que puede haber disonancias entre los que el oponente dice, que irá en consonancia con el paradigma institucional o el hegemónico, y lo que el oponente piensa realmente desde su paradigma oculto, que puede tener discordancias con el mismo para esconder intereses privados. Por las razones que alegamos en su momento, consideramos que nos es mucho más útil un enfoque menos centrado en el actor que en el sistema, lo cual nos llevará a sospechar que la agenda oculta del oponente deberá ser legitimada de alguna manera para que concuerde con el paradigma hegemónico para poder ser llevada a cabo. Es por eso por lo que consideramos que lo que realmente influye en el proceso es el relato que se haga de la realidad y de la capacidad del mismo para imponerse a la realidad.

Por lo tanto, aunque el oponente tenga intereses ocultos en el asunto, si no es capaz de legitimarlos en el paradigma hegemónico, no podrá establecer políticas que los defiendan abiertamente, por lo que lo que hay que tener en cuenta es la descripción del asunto que se haga en el paradigma hegemónico. Por otro lado, los verdaderos intereses, tanto del oponente como del resto de actores, siempre permanecerán ocultos y no se podrán analizar o demostrar, de hecho, una de las más importantes tareas del actor no violento es precisamente demostrar las incongruencias entre lo que hace y lo que dice el oponente, para evidenciar esa agenda oculta y deslegitimar su acción política. Por lo tanto, al igual que en el caso anterior, este es un factor que ya hemos recogido en los factores relativos a la persuasión.

10.1.3) Se produce un ajuste de la oposición dentro de su propio grupo

Este factor tiene en cuenta las diferentes corrientes de opinión dentro del oponente, recogiendo la falta de consenso dentro del mismo a la hora de ceder o no a las demandas. Esto afecta a las posibilidades de acomodación si el sector del oponente persuadido logra que el resto acepte acomodarse a las demandas aunque no haya sido convencido para ello (Sharp, 1973, págs.736-737). Este factor ya está recogido entre los factores instrumentales con el nombre de DIVISOR.

Se puede añadir además una reflexión acerca de la diferencia entre enfoque basado en el actor (el oponente) o en la estructura (el sistema), de manera que, desde un enfoque centrado en el actor, podría tener relevancia esta cuestión, pero no en un enfoque centrado en la estructura, en el cual no está tan claro qué grupos conforman en oponente, en cuanto todos participan en mayor o menor medida del sistema. Desde la perspectiva estructural, que entiende la persuasión como un proceso global de transformación del paradigma hegemónico, ya se contempla la participación de terceras partes en la persuasión del oponente.

10.1.4) Se trata de minimizar las pérdidas económicas

Este factor reflejaría un análisis utilitario en el cual los perjuicios en términos económicos ocasionados por las movilizaciones noviolentas superarían a los beneficios de mantener sus posturas, y hace que para minimizar las pérdidas se ceda a las demandas del actor noviolento (Sharp, 1973, págs. 737-738). Estamos de nuevo ante un caso que se superpone las dinámicas instrumentales con la acomodación, ya que si bien se cede a las demandas voluntariamente, se puede considerar que ha sido coaccionado a ello por las presiones sobre el bolsillo, con lo que serán dinámicas de tipo instrumental las que se estén activando.

Pero, para poder tener en cuenta el papel del desgaste económico, hay que incluir en el análisis el propio perjuicio económico que las movilizaciones pueden causar al propio actor no violento. El caso de la huelga ilustra perfectamente cómo las movilizaciones pueden afectar económicamente al oponente pero también al propio actor no violento, cuyos activistas se ven privados de su fuente de ingresos. En los estudios de caso que hemos investigado, las movilizaciones del Partido Federal en Ceilán, cuyas huelgas afectan mayormente a los propios tamiles que las llevaban a cabo, muestran también la importancia del asunto.

Es por ello que vamos a considerar este factor como una dinámica instrumental que se adscribe dentro del actor no violento pero que haga referencia al balance económico que arrojen las movilizaciones, con la idea de que pueda implicar más costes, y ser, por tanto, más disruptiva, para una de las partes. Creemos además que este factor puede recoger además los problemas de abastecimiento derivados de la acción no violenta, que brindarán al movimiento la posibilidad de resistir al desgaste de la lucha y que se discutieron en el apartado 8.4.2. Este factor se podría expresar del siguiente modo: "balance económico de las movilizaciones" y ser resumido con el título de LOGÍSTICA. Se trataría por tanto de una variable que puede afectar en doble sentido, bien hacia el agotamiento del actor no violento, bien al del oponente o incluso hacia los dos.

10.1.5) El oponente se limita a aceptar lo que puede parecer inevitable

Este factor recoge la idea de una posible anticipación a una previsible posterior mayor pérdida de poder por parte del oponente. Esta situación se daría en el caso de que la perspectiva sea de que las movilizaciones no violentas vayan a aumentar y el oponente elija voluntariamente ceder a las demandas antes de perder más legitimidad o capacidad de acción (Sharp, 1973, págs.738-9). Este

factor sería el que más puramente describe dinámicas compensatorias que se ponen en marcha mediante el proceso de negociación noviolenta. No vamos a considerarlo, por tanto, igual que las dinámicas instrumentales y comunicativas en las que nos interesará establecer un vector que nos informe sobre la tendencia positiva o negativa de la misma, sino que se está haciendo referencia a la propia clave de nuestro modelo, centrado en la consideración del proceso de acción política como una negociación en la que el poder de negociación actual deberá recoger tanto la presión ejercida por las dinámicas instrumentales y comunicativas puestas en marcha así como interpretar en términos de expectativas las distintas capacidades políticas de cada uno de los actores. Podría argumentarse que las expectativas dependerán a su vez entre otras cosas de las capacidades actuales de cada actor, pero, en realidad, ese proceso de creación de expectativas es lo que hemos denominado dinámicas compensatorias y serán las que finalmente motiven la acomodación del oponente mediante un proceso de negociación noviolenta.

10.2 El funcionamiento de la negociación noviolenta

Desde un punto de vista del poder compensatorio se ha de considerar todo el proceso de resistencia noviolenta como un proceso de negociación en el que ambas partes se dotan de cierto poder de negociación que dependerá de la capacidad instrumental para coaccionar por cada una de las partes y del capital simbólico acumulado (legitimidad) de las mismas. Dado que los actores se dotan de poder de negociación poniendo en marcha acción política, es por ello por lo que la acción noviolenta se ha de interpretar como un mecanismo de empoderamiento para actores sociales frágiles. Así las dinámicas instrumentales y las comunicativas se convierten en los elementos compensatorios que intervienen en ese proceso de diálogo habermasiano, es decir, en los elementos con los que se negocia, que se ofrecen como compensación.

Si un movimiento está poniendo en marcha con éxito dinámicas instrumentales que interrumpan el normal funcionamiento del sistema social del oponente podrá negociar con este el fin de la campaña a cambio de la concesión de las demandas (acomodación) o podrá llegar a directamente forzarlo a que las conceda al haberle arrebatado el poder para mantenerse en sus posiciones. Así pues, la coerción noviolenta pura sería un caso extremo por el cual las dinámicas instrumentales son lo suficientemente fuertes como para conseguir por sí mismas los objetivos del movimiento. No obstante, no es así como funciona la coerción, ya que como hemos visto en el capítulo octavo, tiene un componente de amenaza y cálculo de compensación que lleva a forzar el acuerdo. De esta manera, casi toda forma de coerción se puede interpretar como una acomodación, como una forma de forzar el acuerdo. Únicamente cuando el actor social desaparece como tal, al desmantelarse por completo su estructura organizativa de poder, se puede dejar de entender el proceso como una negociación. Aunque sean casos poco frecuentes, históricamente sí que se han producido, lo que ha llevado a Sharp a proponer el mecanismo de desintegración (Sharp, 2004). Desde nuestro punto de vista, este sería el único caso posible donde el éxito se consigue por coerción pura, pero incluso en este caso, las dinámicas comunicativas también juegan un papel primordial al posibilitar la extensión de las dinámicas instrumentales a otros actores. En esta investigación mantenemos por tanto, que contrariamente a la teoría de Gene Sharp, la coerción noviolenta no es un proceso puro, sino que se tiene que interpretar en el marco de las compensaciones que se ponen en marcha en un proceso de negociación noviolenta que lleve a forzar la acomodación del oponente.

Si ese movimiento por el contrario tiene gran éxito con dinámicas comunicativas que lo legitimen frente a terceros actores y a la vez deslegitime la conducta del oponente podrá negociar igualmente el fin de la campaña antes de que el este pierda todo su

crédito. Si por el contrario esa acomodación no se produce y las dinámicas comunicativas siguen deslegitimando al oponente los grupos sociales que lo apoyan y sobre los que descansa su poder podrían dejar de hacerlo, poniendo en marcha procesos instrumentales de no cooperación que forzarían un similar proceso de coerción noviolenta. Esto sucedería porque las dinámicas comunicativas logran realmente un cambio en el paradigma hegemónico, con lo que cualquier actor, incluido, el oponente, se verá deslegitimado socialmente para actuar en contra del consenso social establecido, convirtiéndose en vulnerable a procesos instrumentales. Es decir, desde este punto de vista las dinámicas comunicativas ejercen como retroalimentación de la fuerza de las variables instrumentales al sumar aliados a la causa del movimiento noviolento.

También podría darse no obstante un proceso de conversión puro, mediante el cual la acción noviolenta transforma tanto al oponente que este por sí mismo cambia sus políticas respecto a la situación que genera el conflicto. No obstante creemos que si consideramos al oponente como un agregado de individuos, y esta conversión se produce parcialmente, produciéndose la división en el mismo, el fenómeno que sucede es el relatado anteriormente y que consiste en realidad en un proceso de instrumental por efecto de la no colaboración de sus propios subordinados, o de la insubordinación de los mismos para forzar una acomodación. También puede pasar que terceros actores se sumen a las presiones y mediante su influencia fuercen la acomodación. Por lo tanto, el éxito de la acción noviolenta merced a la efectividad de los factores comunicativos también se puede interpretar como un proceso de acomodación, en el que ya sea por influencia de terceros o por división en los grupos que lo componen, el oponente acepta las demandas. Una persuasión tan rápida que transforme los puntos de vista del oponente en su totalidad, sin ejemplos históricos que lo confirmen, no nos parece un proceso probable, y por tanto se debe desestimar en una planificación estrategia.

En esta investigación mantenemos por tanto que, contrariamente a la teoría gandhiana, los factores comunicativos tienen una importancia transcendental en el éxito de la acción noviolenta, pero no por la conversión del oponente, sino por la cadena de alianzas que ponen en marcha hasta forzarlo a acomodarse.

Así pues, consideramos que la acción noviolenta puede derivar únicamente en tres procesos finales: 1) el éxito de la acción noviolenta imponiendo todas o parte de sus demandas (ya sea por efecto de mecanismos de coerción noviolenta o de la persuasión de algunos sectores del oponente), 2) la acomodación de ambos actores a un acuerdo pactado o tácito en el que no se tienen por qué satisfacer todas las demandas, y 3) el agotamiento de la acción noviolenta por efecto de la represión o la desorganización.

CAPÍTULO 11

EL MODELO TRIANGULAR PARA EL ESTUDIO DE LA RESISTENCIA CIVIL

Tras conocer ya los factores y las dinámicas que influyen en el resultado de la acción noviolenta, así como el funcionamiento de la acción noviolenta como mecanismo de empoderamiento en una negociación de racionalidad compensatoria, vamos a construir un modelo de estudio en el que, dado que queremos estudiar la inclusión de variables que influyen debido a la existencia de un entorno de conflicto armado, habrá que tener en cuenta, por tanto, uno o más actores violentos, uno o varios actores noviolentos y varios espectadores. Cada uno de ellos definirá la realidad mediante un paradigma o marco de referencia en el que las acciones de los diferentes actores serán legitimadas o deslegitimadas según la lógica interna que proporciona su identidad y su ubicación en el triángulo de la violencia como víctimas, ejecutores o testigos. Lógicamente va a ser necesario agregar y clasificar un número tan grande de actores que influyen en el conflicto para poder clarificar y obtener una visión clara del mismo. Para ordenar este complejo escenario utilizaremos una clasificación triangular que nos permita distinguir claramente entre actor noviolento y oponente, quedando todos los demás actores, violentos y noviolentos, recogidos en el epígrafe de entorno. De esta manera superamos los problemas de pensar el conflicto de forma dialéctica entre un actor y su oponente y queda abierta la posibilidad de incluir todas las variables exógenas o estructurales que sean necesarias y que puedan influir en el conflicto propiamente dicho.

No implica esto que adoptemos un punto de vista orientado

al actor (el objetivo del conflicto es la derrota del oponente), sino que lo vamos a orientar hacia la estructura (la solución al conflicto es una es un cambio en el sistema que permita la satisfacción de las necesidades de todos los actores), para que de esta manera se reflejen tanto las posiciones de fuerza del oponente como las posiciones estructurales que determinan la situación de poder que el conflicto no violento trata de revertir. El conflicto se entenderá por tanto como una lucha de poderes, como un intento de revertir la distribución estructural del poder. Éste se interpretará como una lucha por la quiebra de la gobernanza del poder establecido (el oponente) en base a las variables de legitimidad y efectividad (dinámicas comunicativas e instrumentales) entendiendo el proceso como un intercambio desigual en el que cada acto suma o resta poder negociador a los dos actores.

Este modelo será coherente con el modelo antropológico para el estudio de la violencia, tal y como fue sistematizado por el antropólogo David Riches (Riches 1988) y en el que se distinguen tres actores, ejecutor, víctima y espectador y en el que se tiene en cuenta tanto dinámicas instrumentales como simbólicas de la violencia así como la necesidad de legitimación de la misma. Este modelo lo denominaremos el modelo triangular de la acción violenta para expresar con ello la importancia de los terceros actores en la resolución e interpretación del conflicto. Lo que haremos en nuestro modelo de estudio de la acción política no violenta será aplicar este tipo de relaciones a la acción política, ya sea violenta, incruenta o no violenta. Riches se refiere de esta manera a las relaciones presentes dentro de este triángulo en el estudio de la acción violenta.

“Tenemos que admitir las prácticas de la violencia en la sociedad humana que difícilmente se comprenderían mediante un simple análisis institucional, incluyendo al ejecutor, a la víctima y los testigos de la violencia en tanto roles sociales. Se requiere un modelo superior que capte la tensión fundamental en este triángulo básico de la violencia. El propósito debe ser revelar la dinámica presente en el triángulo.

Veremos que esta dinámica refleja el espíritu de la noción anglosajona (de violencia) tal como y se ha examinado hasta ahora y, sin embargo, ilustra una nueva perspectiva. Esa perspectiva se obtiene enfocando el acto de violencia en sí, más que a los roles del ejecutor, etc. de manera separada. La violencia aparece entonces como un acto de daño físico que el ejecutor considera legítimo y los (algunos) testigos ilegítimos. Una vez expuesta la relación entre el ejecutor, la víctima y los testigos puede abordarse la cuestión vital del poder de la violencia como acto y como imagen.

La tensión en la relación entre ejecutor, víctima y testigos consta de dos elementos: un elemento de competencia política y un elemento de consenso respecto a la naturaleza del acto violento. Deduzco el elemento de competencia del hecho de que en el acto de violencia siempre se cuestiona su legitimidad. Lo que hace cuestionable la violencia es que, conforme se manifiestan los actos de daño físico, se puede esperar que los ejecutores, los testigos, e incluso las víctimas, alteren sus opiniones respecto a la legitimidad. Los testigos pueden llegar a aceptar el punto de vista de los ejecutores o pueden llegar a rechazarlo; los ejecutores pueden llegar a aceptar las opiniones de los testigos detractores y cesar o modificar los actos que estén preparando. Para los antropólogos que han estudiado la acción política, la movilización de recursos e información que producen en la gente un cambio de opinión se conoce como “subversión”¹; acepto la postura de Bailey de que éste es un rasgo universal de la estrategia política.

¹El término subversión que hace más referencia a la persuasión del público para que se una a las movilizaciones, deberemos rechazarlo por haber sido utilizado por dictaduras, especialmente la argentina, para criminalizar y reprimir movimientos políticos revolucionarios, haciendo subversivo sinónimo de insurgencia, y dándole iguales connotaciones que terrorista o antisistema.

El debate y la disputa sobre el tipo de ocasiones en que el uso de la violencia es apropiado y sobre el tipo de relación que puede darse entre el ejecutor y la víctima son indicadores de la posibilidad de dicha subversión. Se pueden esperar acuerdos sociales entre aquellos que posiblemente se encuentran en posiciones totalmente opuestas. Como es bien sabido, pocas sociedades carecen de normas que estipulen cómo debe organizarse la violencia (que especifiquen, por ejemplo, la clase de armas que pueden ser utilizadas contra determinados adversarios.” (Riches, 1988, pág. 24-25).

Para Riches, los hechos sociales, y especialmente, las formas de acción política, pueden tener una intención comunicativa, como puede ser lanzar cierta demanda política por parte de un movimiento social, pero también existirá una interpretación de esos hechos que dependerá del vértice del triángulo desde el cual se observe. Existirá por tanto una interpretación por parte de los ejecutores de la violencia, que quieren mandar un mensaje a su propio grupo generalmente relativo a afirmarse en posiciones de poder dentro del mismo (racionalidad autorreferencial), otra por parte de las víctimas, que interpretan ese antagonismo como una amenaza para ser coaccionados (racionalidad normativa), y otra por parte de los espectadores de la misma, que pueden legitimar o deslegitimar la misma y pueden a su vez presionar de alguna manera a los actores violentos para mantener o cambiar su actitud (racionalidad dramática) (Riches, 1988, Vinthagen, 2015). Lo que proponemos en nuestro modelo es realizar un análisis similar para el estudio de la acción no violenta ya que de la misma manera que existe una diferente interpretación de la violencia por parte de víctimas, ejecutores y testigos, existe una diferente interpretación del hecho y la voluntad de no usar la violencia por parte de esas mismas partes, con todos los matices que la propia acción y la manera de ponerla en marcha proporcionará. En este sentido, el teórico francés Jean Marie Muller ha resumido las diferencias en los efectos simbólicos de la acción violenta y la no violenta sobre la opinión pública:

“Si utilizo la violencia no provocho en la opinión pública un debate sobre la injusticia contra la que lucho, sino sobre la violencia que cometo. Los medios de comunicación no hablarán de las motivaciones políticas que han inspirado mi acción, sino de los métodos que he utilizado para actuar. Para la opinión pública yo sería un destructor, y no solamente aceptará, sino que exigirá que pague por ello. El poder tendrá, así, el placer de utilizar conmigo todos los medios de represión de que disponga. Utilizando la violencia ofrezco a mi adversario los argumentos que necesita para justificar su propia violencia.

Manteniéndome en los métodos de la acción noviolenta, me niego a facilitar la labor de mi adversario. Efectúo un cambio de roles: si utilizo la violencia, me acorralo en una posición defensiva, porque debo justificarme ante la opinión pública que me acusa; si utilizo la violencia acorralo a mi adversario en una posición defensiva, puesto que es él, en este caso, al que le toca justificar su propia violencia ante la opinión pública. Por lo tanto, la represión ejercida contra una acción noviolenta en una causa justa, se queda sin verdadera justificación. Corre entonces el riesgo de desacreditar a mi adversario y de reforzar el eco de mi acción. Y además el debate público provocado por mi acción incidirá directamente en la causa por la que lucho. Si yo soy llevado a los juzgados, puedo utilizarlos como tribunas en las que yo, el acusado, seré quien juzgue a mi adversario” (Muller, 1983, pág. 40-41).

Por lo tanto, el modelo de tres actores es coherente con la propuesta de análisis triangular para la acción noviolenta en la que diferenciaremos los factores relativos al actor noviolento, al oponente y al entorno y que hemos visto más arriba que era una forma de sincretizar el debate entre estructura y agencia existente en las ciencias sociales sobre los factores de éxito de los movimientos sociales. De la misma manera, será igualmente coherente con el conocido enfoque dramático desarrollado desde

el interaccionismo simbólico por Erving Goffman (Goffman, 1959). De acuerdo con esta perspectiva, un conflicto se puede interpretar como una representación teatral con todos los elementos que ello conlleva: escenario, bastidores, público (audiencia) y una serie de roles fijos interpretados por los actores así como un guion en el que se establecen las pautas del conflicto.

Para desarrollar conceptos sociológicos para entender cómo funciona la no violencia, necesitamos primero entender a los movimientos no violentos en términos de drama, un drama entre protagonistas y antagonistas en una competición para ganar la interpretación que la audiencia haga de la justicia y las relaciones de poder. La gestión de la interpretación se realiza mediante la formulación de un guion en el que se prepara la acción, la improvisación durante la acción y posteriores ajustes en el proceso de evaluación. El drama de la acción surge en una intervención planificada en el espacio público, que se reconstruye como un escenario en el que se atribuyen roles a otros actores. La galería de personajes es un aspecto central, especialmente importante tienen aquellos que podrían ser llamados (con un poquito de hipérbole) “ejecutores”, “víctimas” y “salvadores” (Vinthagen, 2015, pág. 228)

Desde esta perspectiva, que resume la racionalidad dramaturgica, el actor no violento rompe con su papel esperado poniendo en marcha conductas que, aunque pacíficas, implican un desafío directo contra el actor dotado de poder. La nueva conducta rompe con el consenso anterior y lleva a la posibilidad de renegociar un nuevo consenso con una distribución de poder diferente. Si la nueva conducta es lo suficientemente fuerte como para romper el orden normal, el resto de actores tendrá que elegir entre adaptar sus propios papeles o enfrentarse a los saboteadores de la obra. Si la nueva conducta es inteligible y regular, será posible predecirla y por tanto se podrán adaptar el guion y la escenografía para responder al cambio en la conducta. Si hay confianza en la nueva pauta de acción, se puede improvisar una respuesta en común (Vinthagen,

201, pág.236). Esa respuesta común, establecida en torno a la racionalidad dramaturgica, será uno de los elementos fundamentales a la hora de que el movimiento consiga éxito en sus demandas o no, por eso es de vital importancia el carácter triangular del modelo.

Desde la perspectiva estructural que vamos a emplear no existe, pues, una oposición antagónica con el oponente, es decir, un deseo de derrotarlo como única forma de conseguir las demandas, sino que existe una dinámica de tipo compensatorio propia de procesos de intercambio y negociación en la que existen además otros actores con otras dinámicas y capacidades. Desde el punto de vista del actor se razona de la siguiente manera: “queremos una cosa y como no nos la das ponemos en marcha estrategias instrumentales y comunicativas para convencerte o forzarte a ello, sin negar tu humanidad al no usar medios violentos y reconociéndote por tanto como oponente, no como enemigo”. No se trata, por tanto, únicamente de vencer al oponente y obligarle a aceptar las demandas propuestas, sino de deconstruir su poder a base de, o bien interrumpir o desintegrar su sistema, o bien de deslegitimar su posición a base de convencer tanto al público como a sectores proclives del propio oponente de que es mejor aceptar las demandas.

De este modo ya tenemos todos los elementos para desarrollar un modelo explicativo que nos permita estudiar adecuadamente procesos históricos de acción noviolenta en contextos de conflicto político. En este modelo habrá, por tanto, uno o más actores violentos, uno o varios actores noviolentos y varios espectadores que a su vez pueden apoyar o no al resto de actores, ya además cada uno de ellos definiendo la realidad mediante un paradigma en el que las acciones de los diferentes actores serán legitimadas o deslegitimadas según su propia lógica interna. La ordenación del conflicto siguiendo la lógica triangular nos permitirá incluir todas estas variables exógenas y estructurales en el conflicto dialéctico entre un actor y su oponente dentro del agregado que vamos a llamar entorno, y que recogerá además variables culturales

y sociales que tienen influencia en el desarrollo del mismo.

Tal y como hemos podido comprobar en las páginas anteriores, normalmente se ha estudiado la acción noviolenta en modelos bilaterales, compuestos tan sólo por un actor noviolento y su oponente (aparte de usar además un modelo bidimensional de la acción social). Hemos visto, además, que el modelo ha de ser triangular al añadirse terceras partes al esquema, ya que pueden ser decisivas en el desenlace de la acción política puesta en marcha. Sin embargo, la situación se complica si nos situamos en un entorno de conflicto bélico con varios grupos armados con los que el actor noviolento también ha de mantener relaciones y que influyen en la forma en que se va a desenvolver el conflicto. El caso de Colombia, con sus múltiples actores armados y bandas criminales es un ejemplo claro de este tipo de escenario complejo en el que se puede desarrollar la acción noviolenta. La solución por la que hemos optado para incluir estas variables de forma coherente con la epistemología triangular desarrollada previamente será incluirlas dentro del entorno, para que podamos mantener en la luz el estudio al desafío que realizan al oponente. En la práctica será un esquema que permita incluir a todas las partes y actores implicados directa o indirectamente, pero, al mantener a las terceras partes en una sola categoría, podremos tener en cuenta que su papel no es como protagonista del hecho político que estamos analizando, sino como un actor con capacidad de influencia indirecta al no participar en el proceso de intercambio de poder que se pone en marcha con la acción noviolenta. Esto no quiere decir que el actor noviolento no mantenga sus diálogos y pulsos con el resto de actores armados, que pueden ser considerados también oponentes, sino que el diálogo que establece con el Estado será el que vamos a considerar en nuestro análisis porque es del que dependen las principales demandas.

En nuestro modelo incluiremos a los terceros actores como parte del entorno armado, entendiendo que pueden poner en marcha dinámicas instrumentales, que denominaremos INJERENCIAS y dinámicas comunicativas, que denominaremos

INTIMIDACIONES, que alterarán el rumbo habitual del conflicto. Los casos nos han enseñado que el factor INJERENCIAS genera una doble represión a los movimientos mientras que el INTIMIDACIONES no sólo limita la acción por efecto de la amenaza, sino que también la existencia de una lucha armada permite al oponente justificar una gran represión violenta e indiscriminada contra todo tipo de disidencia.

11.1 El ensamble del modelo

Tal y como hemos visto, vamos a entender la negociación noviolenta como un proceso de intercambio continuo a modo de pulso entre los actores, consistente más en una interpretación del proceso de movilización desde un punto de vista compensatorio que de una negociación directa en una mesa. Se trata de una lucha de desgaste y empoderamiento en el que cada acción política se puede interpretar como una demanda por parte del actor noviolento que es respondida por el gobierno reinterpretándola desde su propio paradigma explicativo como una muestra del poder de negociación de la otra parte. Esto hace que nos tengamos que separar de los modelos habituales de negociación que consideran que existe una mesa de negociación en conflictos armados en la que unos delegados tienen cierto poder para tomar decisiones en nombre de la organización a la que pertenecen. En el caso de producirse se corresponderá sólo a un momento puntual y no refleja la realidad de la compleja dinámica de las movilizaciones sociales interpretada desde el punto de vista de las dinámicas compensatorias. De hecho, esas negociaciones puntuales serían una de las formas posibles en las que se puede plasmar este diálogo a base de hechos, pero también pueden convertirse en una parte más de un proceso en el que puede que haya muchos momentos y formas de negociar. Nuestro enfoque entiende cada acto (racionalidad instrumental) como un mensaje interpretado por cada actor del conflicto con respecto a tres racionalidades diferentes (autorreferencial, normativa y dramática), pero también como un indicador del poder de

negociación (racionalidad compensatoria).

Nuestro análisis por tanto planteará un análisis cruzado entre los tres elementos principales en un escenario, los dos actores en conflicto y su audiencia, contra las dinámicas comunicativas e instrumentales que dotan de diferente poder a cada actor. Se resolverá desde una dimensión compensatoria en la que se entenderán las dinámicas de la acción puestas en marcha como recursos para dotarse de poder en un proceso de intercambio en el cual se ofrecen a cambio de la satisfacción de las demandas políticas planteadas.

Vamos por tanto a interpretar las dinámicas de las movilizaciones con parámetros relativos al poder compensatorio, en los que cada acción se convierte en un indicador de la capacidad de negociación, es decir, del poder acumulado de cada actor. Sin embargo, trataremos de mantener la idea fundamental sobre la que se sustentan los modelos de negociación en un conflicto armado², como es el hecho de que existen diferentes fuerzas que influyen a la hora de negociar y que determinarán el resultado final, de manera que podemos sacar interesantes conclusiones buscando las fuerzas que influyen sobre los casos que nos interesan. Estas fuerzas las hemos denominado dinámicas instrumentales y comunicativas, y las consideraremos como vectores que pueden influir en una u otra dirección. Dado que nuestro modelo es triangular (3 actores), y en cada actor pueden influir dinámicas instrumentales y comunicativa (2) que van a ser interpretadas desde el punto de vista del poder como relación de intercambio desigual (1), tendremos pues un total de $3 \times 2 \times 1 = 6$ conjuntos de dinámicas que influyen el éxito o fracaso de la acción noviolenta, lo cual simplifica bastante nuestro análisis de cara a ofrecer claves estratégicas a los movimientos noviolentos.

²Para una exposición del modelo de McGrath ver Harto de Vera, Fernando: *“Investigación para la Paz y resolución de conflictos”*. Tirant Le Blanch. Madrid 1994. Págs. 265 a 268.

El primer paso para realizar nuestro estudio será, por consiguiente, distinguir entre varias categorías de actores políticos, y colocarles en el lugar que ocupan en el conflicto, ya sea como protagonista de la acción política, como oponente de la misma, o como terceras partes, de manera que nos ciñamos a la visión triangular que hemos bosquejado más arriba, a las que añadiremos un relato previo de los hechos del movimiento que denominaremos escenario. Estas categorías deberían ser las siguientes:

- **Actor no violento:** colectivos que dentro de un movimiento ponen en marcha acción no institucional de carácter no violento. Se trata de un actor agregado que recoge todas las organizaciones que se unen en el movimiento que lanza el desafío político para dar satisfacción a unas demandas que se plantean y que definen la esencia del conflicto político y la identidad de los participantes.

- **El oponente:** monopolizadores de la violencia legítima, por lo tanto, y por definición, el Estado, lo cual es una de las causas de por qué la acción no violenta es un fenómeno predominantemente moderno (Castañar, 2013). Aunque haya otros actores a los que se dirigen demandas el conflicto se enmarca en relación al Estado, que es la institución que puede resolverlo.

- **Entorno:** en este vértice del triángulo situaremos además de los factores culturales y sociales en los que se desenvuelve el conflicto, a terceras partes a nivel nacional, (sociedad civil, otros actores no violentos), terceras partes a nivel internacional (comunidad internacional y sociedad civil de otros países), grupos armados insurgentes, grupos armados contrainsurgentes, bandas criminales, y los procesos que posibilitan violencia cruenta de grupos desarmados (linchamientos), o violencia incruenta de otros grupos (insurrecciones callejeras, sabotajes sin muertes, etc).

Tendremos ahora pues que ir ordenando coherentemente los diferentes factores que hemos visto en nuestro modelo, y decidir cómo haremos una composición de todo ello con el fin de que sea

útil para entender la acción noviolenta desde un punto de vista histórico y desde un punto de vista estratégico. Primero, nos centraremos en la composición del escenario en el que se desenvuelve la acción noviolenta que vamos a analizar, de manera que quede definido quienes son los diferentes actores que participan y se recoja la visión triangular que propusimos en la parte de epistemología. Luego les asignaremos los diferentes factores que hemos considerado como significantes en los capítulos precedentes y analizaremos las diferentes fuerzas que entran en juego para cada uno de los actores. Finalmente, pondremos todos estos elementos en común para acabar construyendo un modelo teórico que nos permita analizar diferentes casos de acción noviolenta.

11-2 Los componentes del triángulo.

11-2.1 El escenario

Cualquier estudio de caso debe empezar por un análisis del escenario, una recopilación histórica de los hechos más relevantes de forma que podamos obtener un marco adecuado de comprensión de los hechos. Como apuntábamos más arriba, el escenario nos debe proporcionar la definición de los actores del desafío político noviolento que estemos analizando. Se tratará, por tanto, de una introducción al estudio de caso en la que primará el carácter descriptivo del mismo. En nuestra figura geométrica, sería un círculo en el que se circunscribe el triángulo que define el conflicto así como el entorno del mismo.

Para ello, lo primero que tenemos que hacer será acotar claramente las coordenadas espaciotemporales en las que vamos a considerar dicha acción. Por supuesto, el acotamiento es sólo una necesidad teórica para poder encuadrar el fenómeno que queremos estudiar, puesto que tanto en su vertiente temporal como en la geográfica, existe continuidad con otros procesos. De esta manera, se puede decir que históricamente hay una serie de circunstancias que preceden a la acción política y que son fundamentales a la hora de entender las características del movimiento noviolento.

De la misma manera existe una continuación de los acontecimientos en un tiempo posterior al estudiado, ya sean hechos históricos si se trata de un movimiento pasado o se trate de meras prognosis acerca de lo que puede traer el devenir de los tiempos para los casos que se desarrollan en tiempo presente. Acotar la acción política en el tiempo debe hacerse por tanto con flexibilidad, teniendo en cuenta que el conflicto puede haber surgido mucho antes de que comenzara la acción noviolenta, y que puede mantenerse después de que ésta termine como sucedió en el caso de Ceilán/Sri Lanka, donde la guerra civil que sacudió al país fue una consecuencia directa del fallo de la acción noviolenta como forma de resolver el conflicto. Tener en cuenta escenarios posteriores nos llevará también a tener en cuenta que la gestión del conflicto no acaba con la consecución de las demandas planteadas por el actor noviolento, ya que puede tener lugar la creación de nuevas injusticias por parte del actor noviolento o del oponente en un intento por mantener o revertir la situación.

Por otro lado, el entorno en el que se desarrolla la acción noviolenta es un entorno globalizado en el que serán muy importantes las acciones de terceras partes en escenarios diferentes. Acotar el espacio de la acción noviolenta nos servirá no obstante para tener claro a quien consideramos como actor protagonista de la acción noviolenta y a quién como terceras partes en nuestro modelo. Dadas las características del orden geopolítico mundial, lo más fiel a la realidad será delimitar los espacios siguiendo las fronteras de los Estados, que, como entidades que monopolizan la violencia legítima en un territorio, son los que definen las normas del juego político en cada territorio y sirven de referencia del resto de actores políticos. Así pues, para acotar el escenario debemos hacer un repaso de los orígenes del conflicto en el que se desenvuelve la acción noviolenta, así como un desarrollo histórico de los principales eventos de su desarrollo. De esta manera podremos hacernos una idea clara tanto de los actores que intervienen en el proceso político como de los factores que han influido en una u otra dirección.

11.2-2) El actor noviolento

Cuando nos centremos en el actor noviolento, hay que tener en cuenta que en los procesos de movilización noviolenta no intervendrá sólo una organización, sino que serán varias, y su número variará considerablemente, y no será raro que la cifra alcance varias decenas, o incluso supere la centena o el millar si se organiza desde lo local a lo global. En el caso de la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, la UDF llegó a contar con más de 700 organizaciones afiliadas, y no era el único actor noviolento del conflicto, pues la federación de sindicatos COSATU también aglutinaba muchas organizaciones. A pesar de que sea interesante distinguir cada organización por separado, ya que cada uno tiene su propia definición del conflicto, su propio marco de referencia, su propio paradigma alternativo, no resulta operativo poder tener en cuenta a todas las actores, ya que al fin y al cabo cada activista tendrá su propio relato del conflicto y su propia visión de las estrategias que se han de poner en marcha. Se hace necesario por tanto agregar esta diversidad aprovechando las alianzas surgidas entre ellos, redes o plataformas que permitan agruparles, y a la vez distinguir entre las diferentes posiciones o estrategias que elaboran. Como lo que nos interesa es la acción colectiva, los marcos de referencia más importantes (algo así como el paradigma hegemónico dentro de los paradigmas alternativos) serán los que se deban tomar en cuenta, eso sí, siempre distinguiendo que los relatos de una organización no tienen que ser compartidos al pie de la letra por el resto, aunque asumiendo su poder simbólico para conformar ese paradigma alternativo compartido. Hemos visto que el grado de cohesión será un factor de capital importancia previo incluso a la propia acción noviolenta (Pearlman, 2011), por lo que esa disparidad está ya recogida como factor dentro de nuestro modelo en el factor COHESIÓN, que recogerá el proceso de alineamiento de marcos de referencia en torno al paradigma alternativo. Será pues este el primer factor a tener en cuenta en nuestro análisis, pero antes de analizar específicamente los factores relativos al actor noviolento,

será necesario hacer un análisis descriptivo de los objetivos, estrategias y tácticas del movimiento ya que estos serán los elementos que tendremos que valorar en el factor correspondiente. Además, los objetivos serán del movimiento serán la esencia de la identidad colectiva del grupo de referencia del movimiento, mientras que las estrategias usadas definirán la del propio movimiento. Diferentes objetivos políticos muestran intereses diversos y estos a su vez son un reflejo de diferentes identidades colectivas. De hecho, una de las tareas principales en los orígenes de un movimiento es agrupar a un colectivo amplio en defensa de intereses comunes que puedan representar diferentes clases sociales o grupos de presión. La alianza entre las diferentes poblaciones tamilparlantes de Ceilán es un ejemplo de cómo una amenaza, en este caso la supresión del idioma tamil como idioma oficial, es capaz de unir a diferentes colectivos (tamiles ceilandeses, tamiles indios, musulmanes e indígenas veddas tamilparlantes) que de otra manera constituirían grupos de interés diferentes. De la misma manera, diferentes estrategias dentro de un grupo implicarán falta de unidad, y hará que el resto del grupo de referencia tenga que posicionarse al respecto, tal y como se estudiará en el factor COHESIÓN.

De esta manera agruparemos los factores comunicativos bajo el epígrafe de CAPITAL SIMBÓLICO del actor no violento con la idea de que recoja las dinámicas comunicativas puestas en marcha por la acción no violenta, para lo cual tendremos que analizar previamente su marco de referencia o paradigma para entender cómo define el conflicto y la realidad ese actor. El término capital simbólico, tomado de Bourdieu (Bourdieu, 2001) hace referencia al empoderamiento comunicativo que necesita el actor no violento para ganar legitimidad y además del análisis cualitativo del paradigma deberá recoger los factores comunicativos que influyen positivamente. Estos son, tal y como hemos visto en los capítulos precedentes, el factor COHESIÓN, que trata de la unidad del movimiento y la forma de ganar apoyos, el factor DISCIPLINA, que recoge la capacidad de entrega y fidelidad a principios no violentos, y el factor DIÁLOGO, que recoge la creación de puentes con el oponente. Dado que el factor COHESIÓN es un factor necesario

para la propia existencia de la acción noviolenta se debe considerar en primer lugar, pues además de recoger la unidad del movimiento recogerá el proceso de alineación de marcos o lo que es lo mismo, la forma de ganar simpatías para la causa dentro del grupo de referencia del actor noviolento. Si no hay COHESIÓN nos encontraremos con movimientos minoritarios dentro de su propio grupo de referencia que a duras penas podrán realizar acción noviolenta y que deberán esforzarse por ensayar tácticas novedosas y efectivas o conectar con valores arraigados profundamente en la identidad colectiva del grupo de referencia. Si la falta de cohesión se produce una vez puesta en marcha la acción noviolenta, nos encontraremos con un actor debilitado por la falta de unidad en torno a su propuesta estratégica.

Figura 11.1: Las dinámicas relativas al actor noviolento

Objetivos, estrategias y tácticas del actor noviolento

CAPITAL SIMBÓLICO ALTERNATIVO

El marco de referencia o paradigma del actor noviolento

Factores comunicativos

COHESIÓN Capacidad para cohesionar al endogrupo en torno al proyecto político del actor noviolento.

DISCIPLINA Reducir la violencia al mínimo.

DÍÁLOGO Trabajar las condiciones de comunicación con el oponente.

CAPACIDAD ORGANIZATIVA

La organización del actor noviolento

Factores instrumentales

EFICIENCIA Habilidad en la aplicación de las técnicas noviolentas.

RESILIENCIA Capacidad para mantener en el tiempo la resistencia

LOGÍSTICA Balance económico de las movilizaciones.

PARTICIPACIÓN Necesidad de un gran número de personas movilizadas

Fuente: Elaboración propia

De la misma manera denominaremos CAPACIDAD ORGANIZATIVA a las dinámicas instrumentales puestas en marcha por el actor no violento, por lo que tendremos que analizar previamente la forma de organización del mismo poniendo especial atención al modelo de toma de decisiones que utilice. En este apartado se tendrán en cuenta los factores EFICACIA, que informará de la habilidad en la aplicación variada, coherente y constante de las técnicas y tácticas de la acción no violenta, RESILIENCIA, que hablará de la capacidad de organizarse descentralizadamente para resistir represión violenta por parte del oponente y LOGÍSTICA, que alude a los recursos materiales que necesita el movimiento así como a un balance de los efectos económicos de las movilizaciones sobre el propio grupo de referencia. El factor PARTICIPACIÓN será una variable dependiente, por lo que deberá ser considerada en último lugar, ya que aunque el movimiento también tenga que esforzarse en lograr conseguir, será más un indicador del éxito de la capacidad organizativa que un factor a añadir a la misma.

11.2-3 El entorno

Una vez determinados los actores que participan en el caso a estudiar deberemos fijarnos en el entorno donde transcurre la acción política, porque nos proporcionará los contextos adecuados para entender la movilización no violenta. Como hemos mencionado más arriba, se da la particularidad de que queremos estudiar la acción política en contextos de lucha armada y violencia étnica, tenemos que incluir dentro del estudio del entorno los dos factores que aludan a las dinámicas comunicativas e instrumentales puestas en marcha por la existencia de grupos armados o violencia étnica, y que hemos denominado INTIMIDACIONES e INJERENCIAS.

Dado que estamos considerando actores políticos independientes, creemos que a los grupos armados es más útil considerarlos con respecto a la relación que mantengan frente al Estado que frente al propio actor no violento, pues no es con estos

con quien han de medir sus fuerzas. En este sentido la terminología habitual para el conflicto colombiano nos será de gran utilidad. Así pues, los actores armados tendremos que considerarlos insurgentes si su acción militar está encaminada en contra del Estado que es a su vez el oponente de la lucha noviolenta, y contrainsurgentes si se trata de grupos paramilitares que luchan de forma irregular para defender intereses de las élites que controlan el Estado. Por otro lado puede haber otros Estados, que son actores armados, que, sin competir por el monopolio de la violencia legítima en ese territorio, pueden influir igualmente en el conflicto, caracterizándose su participación en el mismo precisamente por estar respaldados por su capacidad para ejercer la violencia. El ejemplo de Estados Unidos como potencia global sería muy ilustrativo de este caso, pero puede haber otras potencias regionales, como el caso de India en Sri Lanka/Ceilán, que pueden adquirir papeles igual de relevantes. De esta manera, entre los actores armados que influyen en el desarrollo del desafío noviolento distinguiremos entre insurgencia, contrainsurgencia y comunidad internacional, que aunque no esté presente con armas en el conflicto buena parte de su presión la ejerce en cuanto a su condición de grupo armado.

Es importante recordar que no existe consenso a la hora de cómo interpretar la existencia de fuerzas insurgentes en paralelo a la acción noviolenta (Schock, 2008, pág. 111). Una importante diferencia entre los enfoques del proceso político y los de la acción noviolenta es el esfuerzo que siempre se ha hecho de esta última perspectiva por diferenciar la acción noviolenta de otras formas de resistencia o movilización. Si repasamos los factores que hemos adscrito a terceras partes vemos que la simpatía de grupos armados no tiene por qué ser beneficiosa para el movimiento noviolento (como muestra el caso de las FARC o el Movimiento Armado Quintín Lame en relación al movimiento indígena Nasa de Colombia, o el LTTE para los movimientos nacionalistas tameses), ya que puede interferir en los procesos comunicativos que este pone en marcha y bloquear significativamente los procesos de disrupción coercitiva que se tratan de conseguir al ejercer violencia hacia el propio grupo por un lado y favorecer la represión de terceros por otro.

Figura 11.2: Las dinámicas relativas al entorno

EL ENTORNO

El contexto de la acción política

OPORTUNIDADES CULTURALES

El sistema de paradigmas: el paradigma hegemónico

Factores comunicativos

INCOMPATIBILIDADES Importancia relativa de las demandas del actor noviolento

DISOCIACIÓN Separación social con respecto al actor noviolento en el paradigma hegemónico

CONCURRENCIA Sistema simbólico compartido entre el paradigma del actor noviolento y el paradigma hegemónico

INTIMIDACIONES Influencias relativas a otros actores políticos del conflicto

ALIANZAS Simpatía e influencia de terceras partes.

GEOPOLÍTICA: Influencia del contexto de las relaciones internacionales

LAS OPORTUNIDADES SOCIALES

Contexto sociopolítico

Factores instrumentales

INTERDEPENDENCIA Grado de dependencia respecto a los actores noviolentos y terceras partes.

TRANSMISIÓN Existencia de canales de comunicación efectivos

INJERENCIAS Violencias cometidas por otros actores políticos del conflicto

Así pues, el análisis del entorno debe empezar con un análisis del contexto social de la acción política que debe preceder al análisis de las dinámicas comunicativas e instrumentales relativas al entorno. Una vez hecho esto deberemos analizar lo que vamos a denominar **OPORTUNIDADES CULTURALES**, que será una combinación entre un análisis del paradigma hegemónico y su contexto con los factores comunicativos que hemos determinado como coherentes con la epistemología que hemos desarrollado en la segunda parte, y que eran: **INCOMPATIBILIDADES**, **DISOCIACIÓN**,

CONCURRENCIA y ALIANZAS, a los que añadiremos INTIMIDACIONES como factor que recoja las variables comunicativas debidas a la presencia de otros grupos armados. Después analizaremos lo que vamos a denominar como OPORTUNIDADES SOCIALES, para poder analizar las dinámicas instrumentales. Estas serán un compendio entre el análisis del sistema político junto con los factores instrumentales que hemos visto como relativos al entorno, que eran: INTERDEPENDENCIA, TRANSMISIÓN e INJERENCIAS, factor éste que recoge la influencia instrumental de la violencia de otros grupos armados.

11.2-4 El oponente

En varias ocasiones hemos mencionado en este estudio que optamos por un enfoque orientado a la estructura más que al actor, pero, lógicamente, eso no significa que no tengamos en cuenta ni analicemos el papel que los diferentes actores políticos cumplen en el proceso. A veces, en este tipo de situaciones multilaterales se hace algo difuso ver quién es realmente el oponente, ya que la acción noviolenta puede ir dirigida contra algunos grupos armados específicos que se consideran agresores (desde un punto de vista pragmático, por ejemplo, las movilizaciones en Palestina contra las fuerzas armadas israelíes), o contra todos ellos (desde un punto de vista más ideológico, al oponerse a la violencia en sí misma, por ejemplo, las comunidades campesinas en resistencia civil en Colombia) o incluso estar orientada simplemente como estrategia de supervivencia (muy común en situaciones de guerra). En estos casos, los actores noviolentos se relacionan (negocian) separadamente con cada uno de los grupos armados, y tienen que hacerlo ejerciendo la única forma de poder de la que disponen cuando la vía institucional se les cierra, la posibilidad de realizar acciones noviolentas, principalmente la capacidad para desestructurar el poder coercitivo que los actores armados tratan de imponer sobre ellos mediante la violencia, ya sea a través de dinámicas instrumentales o de dinámicas comunicativas.

Orientar el enfoque hacia la estructura nos ha servido para no caer en el error de personalizar al oponente y huir de una visión de ganador/perdedor propia de una perspectiva que no tenga en cuenta las aportaciones de la teoría de transformación de conflictos de Galtung (Galtung, 1985) o la teoría de las necesidades humanas de Burton (Burton, 1990) ambas fundamentales a la hora de analizar una situación de conflicto. No obstante, dado que se considera la acción no violenta como una forma de acción política, ésta tiene que estar orientada hacia un cambio en la política del Estado. Esto quiere decir que aunque hay que considerar al Estado como un actor político, el concepto de “opponente” no nos resulta útil, aunque a veces se vea muy claro que las demandas se dirigen contra unas determinadas instituciones. No resulta útil porque el cambio político requerido para la satisfacción de las demandas exige de algo más que la persuasión o coerción de ese grupo social o conjunto de instituciones, al depender de un cambio también en el paradigma hegemónico. Esto no quiere decir que vayamos a dejar de usar el concepto de “opponente” para referirnos al grupo social hacia el cual se dirigen las demandas, sino simplemente que no vamos a basar el análisis del conflicto al modo tradicional sobre el desenvolvimiento de la violencia, es decir, entre dos adversarios, de manera que para su resolución tiene que haber un vencedor y un vencido. Dado que la acción no violenta plantea un cambio estructural, este requiere cambios no sólo en el oponente, sino en el paradigma hegemónico, es decir, cambios culturales además de los meramente políticos o sociales. Valga como ejemplo el hecho de que una revolución democrática contra una dictadura podrá expulsar al tirano, pero no podrá instaurar una democracia como no cambie la forma de entender la política de gran parte de la sociedad, y la forma de hacerlo será ensayando nuevas formas de organización democrática el propio proceso revolucionario.

Así se puede ver claramente que cualquier gobierno se enfrenta a dilemas que ponen en cuestión la gobernanza del mismo al estar sometidos a presiones por parte de poderosos agentes económicos, sociales o políticos. El conflicto que supone la presencia de movimientos no violentos supone un reto de gran

calibre a la gobernanza, dado que implican una dura crítica a la legitimidad de las actuaciones mediante acciones legítimas que quebrantan la eficacia de las mismas y suponen una moneda de cambio para exigir demandas. Frente al movimiento no violento, la insurgencia armada que actúa violentamente, y por tanto, ilegítimamente dentro del paradigma hegemónico, no consigue una crítica de la legitimidad del Estado más allá del endogrupo (racionalidad autorreferencial) y centran su acción en la oposición a la eficacia del mismo al contraponerle otro poder (olvidan las racionalidades normativa y dramática). Los actores no violentos por el contrario no contraponen otro poder coercitivo al ya establecido, sino que limitan la eficacia del mismo y quiebran la legitimidad del sistema sobre la que descansa a la par que influyen sobre el paradigma hegemónico construyendo nuevos consensos (es decir, sólo contraponen poder comunicativo). De esta manera la acción no violenta el conflicto en un asunto de desgaste en el que desde cada parte del conflicto emanan fuerzas destinadas a producir el agotamiento del adversario.

A la hora de analizar los factores que controla el oponente que hemos señalado en la segunda parte, se hace inevitable un análisis previo de la forma que tiene el mismo, ya que no serán las mismas fuerzas las que influyan en un estado democrático, mucho más sometido a la presión de la opinión pública que uno dictatorial, un grupo armado irregular o un grupo social de otra índole. Además, cada sistema de representación parlamentaria tiene sus propias características específicas que influirán en mayor o menor medida al planteamiento y desarrollo del conflicto.

De este modo al inicio del análisis del oponente se han de contemplar las fuerzas que influyen sobre el Estado mismo y sobre el gobierno, como parte ejecutiva del Estado. Después estudiaremos el CAPITAL SIMBÓLICO INSTITUCIONAL del oponente mediante el análisis del paradigma institucional y del factor HEGEMONÍA, y luego analizaremos las OPORTUNIDADES POLÍTICAS mediante un análisis del funcionamiento del Estado y la consideración de los factores FUERZA y DIVISIÓN.

Figura 11.3 Las dinámicas relativas al oponente

EL Oponente

El Estado

EL CAPITAL SIMBÓLICO INSTITUCIONAL

El Paradigma institucional

Factores comunicativos

HEGEMONIA Capacidad para legitimar la conducta hacia el actor no violento

LAS OPORTUNIDADES POLÍTICAS

Funcionamiento del Estado

Factores instrumentales

FUERZA) Capacidad de ejercer la represión

DIVISIÓN) Factor división del oponente

Tenemos ya por tanto todos los elementos necesarios para elaborar un modelo propio que contenga todos los factores que han de incidir en la negociación entre movimientos no violentos y el Estado. Estos están reflejados en la figura 11.4 desplegada al final de este capítulo.

11.2-5) Puntos críticos

Así pues, estamos en condiciones de realizar un análisis sobre las condiciones que se deben dar para que se produzca o bien un triunfo del actor no violento y el consiguiente reconocimiento de todas o parte de sus demandas, o un agotamiento del mismo y el cese de sus movilizaciones. Para ello habrá que realizar un balance de cada una de las dinámicas comunicativas, instrumentales y compensatorias que hemos ido analizando y que se recogen en las fuerzas orientadas hacia el éxito de la persuasión no violenta, la coerción no violenta o la negociación no violenta del oponente

relativas a cada uno de los vértices del triángulo: actor no violento, oponente y entorno. De esta manera podremos ver si los vectores van en la misma dirección o si por el contrario existen tensiones entre los mismos que hacen que no llegue al éxito o al fracaso de la acción no violenta. Esto nos llevará a un análisis de los factores en los que se puede incidir para posibilitar el desenlace del conflicto hacia uno u otro lado. Tendremos así varias hipótesis que ir analizando, primero el de la incidencia los factores del actor no violento, del oponente y del entorno, y luego la de los factores instrumentales, comunicativos y compensatorios de los mismos para poder establecer conclusiones en torno a la efectividad de las estrategias de coerción, persuasión o negociación no violenta.

Este tipo análisis también nos servirá para poder establecer si existe o no una línea de fondo tras la cual al oponente le convenga más acomodarse a las demandas, de manera que pueda establecerse como objetivo estratégico del movimiento forzar la llegada ese punto. Una perspectiva de secuenciación temporal como la propuesta del Plan de Acción del Movimiento de Bill Moyer o las cinco fases de Lakey (Bill Moyer *et alii*, 2001, Lakey, 1973) nos proporcionará un marco cronológico adecuado en el cual encuadrar las diferentes partes del proceso político puesto en marcha por la acción no violenta. Cuando se estudien casos históricos se podrá constatar cual fue la evolución de los factores clave que posibilitaron el éxito o el fracaso de la acción no violenta. En este sentido, la evolución histórica que presentan estos casos de larga duración estudiados nos proporcionarán un marco analítico ideal para entender las posibles fases de evolución de un conflicto, con sus diferentes desarrollos y conclusiones. Así que, una vez hayamos estudiado los casos este modelo nos servirá para definir un plan estratégico en el que se prioricen unos factores sobre otros dependiendo del momento o fase de la acción en la que se encuentre el movimiento.

En la figura 11.4 hemos resumido todos los componentes del modelo triangular, para que a modo de esquema sirva para orientar el estudio de los movimientos no violentos.

FIGURA 11.4 MODELO TRIANGULAR PARA EL ESTUDIO DE LA RESISTENCIA CIVIL

Estudio previo: el escenario

- Antecedentes
- Narración de sucesos y hechos
- Hechos posteriores

ACTOR NOVIOLENTO

Objetivos, estrategias y tácticas del actor no violento

CAPITAL SIMBÓLICO ALTERNATIVO

El marco de referencia o paradigma del actor no violento

Factores comunicativos

COHESIÓN) Capacidad para unir al endogrupo en torno al proyecto político del actor no violento. (VECTOR)

DISCIPLINA) Reducir la violencia al mínimo.

DÍÁLOGO) Trabajar las condiciones de comunicación con el oponente.

CAPACIDAD ORGANIZATIVA

La organización del actor no violento

Factores instrumentales

EFICIENCIA) Habilidad en la aplicación de las técnicas no violentas.

RESILIENCIA) Capacidad para mantener en el tiempo la resistencia

LOGÍSTICA) Balance económico de las movilizaciones.

PARTICIPACIÓN) Necesidad de un gran número de personas movilizadas (VECTOR)

EL ENTORNO

El contexto de la acción política

EL SISTEMA SIMBÓLICO

El sistema de paradigmas: el paradigma hegemónico

Factores comunicativos

INCOMPATIBILIDADES) Importancia relativa de las demandas del actor no violento

DISOCIACIÓN) Legitimidad social del actor no violento en el paradigma hegemónico

CONCURRENCIA) Sistema simbólico compartido entre el paradigma del actor no violento y el paradigma hegemónico

ALIANZAS) Simpatía e influencia de terceras partes (VECTOR).

GEOPOLÍTICA) Influencia del contexto de las relaciones internacionales

INTIMIDACIONES) Influencias relativas a otros actores políticos

LAS OPORTUNIDADES SOCIALES

Factores instrumentales

INTERDEPENDENCIA) El grado de dependencia respecto a los actores no violentos y terceras partes.

TRANSMISIÓN) Existencia de canales de comunicación efectivos

INJERENCIAS) Violencias cometidas por otros actores políticos del conflicto

EL Oponente

El sistema político

LA HEGEMONÍA CULTURAL

El Paradigma institucional

Factores comunicativos

HEGEMONÍA) Capacidad para legitimar la conducta hacia el actor no violento

LAS OPORTUNIDADES POLÍTICAS

Funcionamiento del Estado

Factores instrumentales

DISRUPCIÓN) Interrupción de la capacidad del oponente para ejercer la represión

DIVISOR) Capacidad para dividir al oponente

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

CAPÍTULO 12

LOS RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

El modelo para el estudio histórico desarrollado en los capítulos precedentes no tendría sentido si su aplicación empírica a estudios de caso, que además nos darán una prueba de la utilidad del esquema de análisis propuesto. El movimiento autonomista tamil de Ceilán y del movimiento indígena nasa del Cauca colombiano han sido los dos ejemplos históricos en los que hemos aplicado exhaustivamente este modelo analítico, ya que han sido los que nos han servido para testarlo y adaptarlo. No obstante, también hemos aplicado este modelo de estudio a otros casos históricos más conocidos, como el movimiento antiapartheid en Sudáfrica, el movimiento nacional palestino o algunos de los descritos en mi anterior obra, “Teoría e Historia de la Revolución Noviolenta” (Castañar, 2013).

Nos parecía importante recuperar la memoria de estos dos movimientos, el nasa y el tamil, tanto por el desconocimiento de sus circunstancias por parte de los analistas de la acción noviolenta, como por las grandes aportaciones que a otros movimientos noviolentos pueden hacer. Por un lado tenemos un movimiento aparentemente muy disciplinado en el Satyagraha de Gandhi, como es el autonomista tamil de los años 50-60 del siglo XX, que no obstante fracasó al no tener en cuenta aspectos organizativos orientados a encarar la represión. Por otro lado, un movimiento surgido en un contexto de gran violencia, que por el contrario acaba llegando poco a poco a las formas más organizadas de acción noviolenta precisamente como forma más efectiva de defenderse

ante agresiones sumamente despiadadas por parte de todos los actores armados del entorno. En el análisis veremos qué factores influyeron en cada uno de ellos y la comparación entre ambos casos nos ayudará a discernir planteamientos estratégicos útiles para otros contextos diferentes. Estas conclusiones las desarrollaremos en el capítulo final, en el que construiremos un modelo de estratégico como pauta para planificar la acción política por parte de un movimiento.

12.1.1 Ceilán

Ambos casos son novedosos en el estudio de la acción noviolenta. En el caso de Ceilán, nombre con el que fuera conocido antes de 1976 Sri Lanka, no existe si quiera en inglés un estudio histórico centrado en el proceso de movilización noviolenta del Partido Federal en los años sesenta, aunque sí los hay sobre la situación política en general en ese momento, muy influenciada lógicamente por ese movimiento (Wilson, 1988; Richardson, 2005; Disssanayaka, 2004, De Votta, 2004), así como descripciones detalladas de las movilizaciones como la de S. Ponniah (Ponniah, 1963) o la biografía de Chelvanayakam, líder del movimiento tamil durante el periodo de estudio (Wilson, 1994). Desgraciadamente desconocemos aportaciones que pudieran haberse escrito en idioma tamil o cingalés, pero entendemos que la principal literatura sobre el conflicto se ha escrito o traducido al inglés dada el carácter de *lingua franca* que tiene esta lengua en Sri Lanka y el uso académico de la misma tanto en esa isla como a nivel internacional. El estudio de este caso se ha basado por tanto en las aportaciones de estos libros más otros análisis del conflicto que aportaran luz acerca de los diversos factores que hemos incluido en la investigación. Entendemos, por tanto, que el nuestro será el primer estudio sistemático de este movimiento noviolento como tal, previo a la guerra civil y entendiendo el fracaso de las movilizaciones como uno de los factores que la desencadenaron.

Las movilizaciones no violentas que puso en marcha el movimiento autonomista surgieron como campañas del Partido Federal, de ideología nacionalista tamil y liderado por S.J.V. Chelvanayakam, contra políticas de discriminación que fueron decretando sucesivamente los dos principales partidos cingaleses, el UNP (liberal conservador), y el SLFP (de corte populista). Aunque en un principio estos partidos no tenían una ideología xenófoba, el auge del nacionalismo budista cingalés a consecuencia de las políticas coloniales británicas fue llevándolos hacia esas posiciones como estrategia electoral.

Una de las primeras medidas discriminatorias consistió en negar la ciudadanía a los cientos de miles de tameses de origen indio que trabajaban en las plantaciones de té de las Tierras Altas del centro del país desde hacía varias generaciones. Las huelgas que estos pusieron en marcha fracasaron y tuvieron que aceptar vivir como extranjeros en su país así como un riesgo permanente de deportación. Otra medida discriminatoria fue el establecimiento de colonias cingalesas en la provincia del Este, con mayor división étnica al tener una gran población musulmana, descendiente de comerciantes malayos. Estas colonias se vieron acompañadas de presas, proyectos de irrigación y cesión de tierras a la vez que propugnaban un modelo de desarrollo en el cual se excluía sistemáticamente a la población tamil.

En 1956, el SLFP tras una campaña populista, decretó una ley, conocida como *Sinhala Only Act*, apoyada por el UNP, que decretaba el uso único del lenguaje cingalés en Ceilán, y que por tanto proscibía de la administración pública al inglés y negaba el reconocimiento del tamil. La minoría tamil, extendida por toda la isla pero con zonas mayoritarias en el norte y el este (*Tamil Eelam*), se veía muy afectada por esta medida en cuanto no tenía acceso a tierra y tradicionalmente se había especializado en el prepararse para servir en la burocracia colonial británica. Además otras minorías tamil parlantes se veían afectadas por esta medida, como los musulmanes, los tameses indios de las plantaciones de té del

centro del país o los indígenas vedhas.

El Partido Federal respondió con varias campañas de desobediencia civil inspiradas en el modelo de acción *satyagraha* de Gandhi. La principal tuvo lugar en 1961, en la que se bloquearon las delegaciones del gobierno en las provincias tames y se empezaron a poner en marcha instituciones alternativas, como un servicio de correo propio. Estas movilizaciones fueron apoyadas por una huelga en las plantaciones de te protagonizada por los tames indios, pero esta partía de malas experiencias de la década anterior, y cuando el gobierno les prometió concederles la ciudadanía, a pesar de que no lo cumplió, se desconvocó. De esta manera las huelgas tames de las provincias del Norte y del Este sólo afectaron a la propia economía tamil. Además, el gobierno respondió con la ocupación militar de las dos provincias tames, y encarceló a la cúpula del Partido Federal, cosa que acabó con el movimiento.

No obstante, el Partido Federal no fue ilegalizado y siguió concurriendo a las elecciones, por lo que las esperanzas se depositaron en la participación en la coalición de gobierno cingalés de la UNP. Este acercamiento a los tames fue boicoteado por el principal partido de la oposición, el SLFP, y castigado duramente por electorado cingalés. Cuando en los 70, los partidos cingaleses de izquierda, el LSSP y el Partido Comunista, aliados tradicionales de la causa tamil, entraron en el *United Front*, la coalición de gobierno liderada por el SLFP, la discriminación aumentó. Se puso además en marcha una reforma educativa con un sistema de baremos que prácticamente expulsaba a los tames de la enseñanza pública. Esto generó que los jóvenes y miembros de castas inferiores, que no se veían representados por el burgués Partido Federal y que no podían permitirse pagarse estudios en el extranjero, empezaran sus propias campañas de lucha armada llevando al país a una larga y cruenta guerra civil.

12.1.2 Colombia

En el caso del movimiento indígena nasa, más cercano en el tiempo, existe numerosa bibliografía sobre los diferentes actores noviolentos del mismo, editado muchas veces por ellos mismos, aunque apenas se han estudiado sistemáticamente atendiendo a un modelo teórico previo, sino que son obras meramente descriptivas de los procesos de movilización de algunos grupos. Destaca no obstante el texto de la profesora colombiana Esperanza Hernández Delgado, “Resistencia Civil Artesana de Paz” en el que se da una descripción detallada de buena parte de los procesos estudiados (Hernández, 2004). También ha sido de especial relevancia el estudio del antropólogo Eduardo Andrés Sandoval sobre la Guardia Indígena, que si bien no recoge toda la magnitud del movimiento indígena sí que nos ha proporcionado muchas claves sobre la organización de una de sus tácticas noviolentas más efectivas (Sandoval, 2008). Al igual que en el caso anterior, estos libros se ha completado con numerosa información sobre el conflicto colombiano y sus procesos históricos, los cuales nos permitirán comprender cada uno de los factores analíticos que vamos a considerar. Este estudio de caso, si bien no será, por tanto, el primero que se hace sobre el movimiento de los Nasa caucanos, pero sí que será el primer estudio analítico sobre él, ya que nuestro enfoque irá más allá que la mera descripción de los hechos recogida en estos textos para poder trascender a una explicación sobre los factores que han incidido tanto en su surgimiento, como en su éxito y su evolución desde formas de acción menos comprometidas con la acción noviolenta al rechazo total de la lucha armada y la creación de un cuerpo de choque pacífico.

El movimiento indígena del Cauca, precedido por la acción de toma de conciencia sobre el problema indígena llevada a cabo por el líder de primera mitad de siglo, Manuel Quintín Lame, empezó a organizarse a partir de los años 60 en el Comité Regional Indígena del Cauca, el CRIC. En esta organización no participaban sólo Nasa, que son el grupo étnico más numerosos de Colombia, unos cien mil,

sino que los Guambianos, Coconutos y otras etnias originarias de esa montañosa región del sur colombiano también estaban representadas. En los primeros años el CRIC puso en marcha campañas de recuperación de tierras, mediante acciones colectivas que se enfrentaban a gran represión paramilitar territorios de cultivo de los cuales se habían apropiado los terratenientes criollos y que causó cientos de muertos. En los años 70 también empezó a actuar el Movimiento Armado Quintín Lame, el MAQL, como guerrilla para defender a los indígenas del acoso de los diversos grupos armados, ya que en esa zona de los Andes han abundado las guerrillas que a su vez fomentaban el acoso de los grupos paramilitares financiados por los terratenientes de los llanos.

A partir de los años 80 los Nasa empezaron a crear diversos proyectos de desarrollo local basados en la participación en la toma de decisiones dinamizadas por las autoridades tradicionales, proyectos que casi desaparecen a mediados de la década a consecuencia del asesinato de sus principales líderes, como el padre Alvaro Ulcué, promotor del Proyecto Nasa en Toribío. No obstante, estos se pudieron mantener y la organización, la participación y la educación que desde estos proyectos realizaron continuaron, a pesar de no avanzar.

La constitución de 1991 creó una oportunidad política al movimiento indígena al propiciar el desarme del MAQL y el reconocimiento de algunos de los derechos de los pueblos indígenas. Se empezaron a conformar asociaciones de cabildos como espacios de autogobierno comarcal y un cuerpo de defensa desarmado, conocido como “guardia indígena” desarrollado a partir de la experiencia de estrategias defensivas en los procesos de recuperación de tierras, que volvieron a realizarse. La guardia indígena comenzó a patrullar las montañas armada sólo con walki talkis y bastones de mando. Cuando detecta presencia de grupos armados u otras agresiones convoca a cientos de guardias de las quebradas cercanas (valles) que acuden prestos en una acción de

interposición masiva conocida como “la montonera”. También conforman cuerpos de choque en las mingas, o grandes movilizaciones colectivas que los indígenas realizan en ciudades como Cali o Bogotá para exigir cambios en las políticas del gobierno. La guardia indígena ha llegado a apresar y juzgar guerrilleros de las FARC, recuperar indígenas prisioneros de los paramilitares y expulsar soldados del ejército colombiano. Aunque la filosofía de la guardia es totalmente pacífica, su forma de choque en momentos de tensión no sigue la tradicional disciplina noviolenta de los *satiagrahis* gandhianos, aunque también se basan en la interposición física sin armas.

Además, han desarrollado estrategias de defensa colectiva para enfrentarse al acoso de los grupos armados, como son la asambleas permanentes, espacios públicos equipados (generalmente son las escuelas) para que la población civil se refugie cuando se producen combates o bombardeos. También llevan a cabo políticas de no colaboración con los actores, negándoles comercio o suministro de información y luchando por evitar que los indígenas que se unan a las guerrillas.

Son por lo tanto dos casos que contradicen las propuestas de las teorías de la acción noviolenta, y cuyas especiales circunstancias han motivado la necesidad de buscar explicaciones a dinámicas tales como la conversión noviolenta o la influencia comunicativa de la disciplina noviolenta. El fracaso de un movimiento tan disciplinado como el tamil y el éxito de un movimiento tan poco gandhiano como el nasa hacían necesario encontrar explicaciones a las claves estratégicas que había detrás y que se pudieran generalizar, de ahí que recurriéramos a la sociología para poder entender los procesos y dinámicas que se ponen en marcha mediante la acción noviolenta.

Esta investigación, que no olvidemos empezó como una tesis doctoral, pretende igualmente aportar luz sobre estos dos procesos de resistencia noviolenta tan desconocidos tanto para el

público como para la academia, por lo que se publicarán como monografías independientes para que cualquier persona interesada en estos procesos pueda tener una visión detallada de los mismos. Es por lo que esta obra pretende salir en tres tomos, uno con la presente reflexión teórica que tiene usted entre manos, y los otros dos con las correspondientes monografías de los estudios de caso. Esperamos próximamente ampliar el número de monografías así como realizar los pertinentes análisis comparativos con otros casos de interés para aquella gente que desee estudiar y aprender de los movimientos noviolentos históricos y las enseñanzas estratégicas de nuestro enfoque tridimensional.

12.2 El análisis comparativo

En este capítulo vamos a recoger los resultados de los dos estudios de caso principales, el movimiento tamil y el nasa, para que nos den pistas sobre cómo funciona la acción noviolenta. En este análisis trataremos, en la medida de lo posible, de extraer generalizaciones desde el punto de vista del análisis de los movimientos sociales pero también desde el punto de vista estratégico, con la vocación de que sirva de herramienta orientativa a activistas que buscan mejorar la efectividad de su movimiento. Se tratará por tanto de un análisis de tipo inductivo que buscará sacar a la luz una teoría estratégica basada en una reflexión sobre cuáles de estas variables del esquema epistemológico que hemos trazado en los primeros apartados son dependientes y cuales independientes, y cuál sería el orden adecuado para su puesta en marcha por un movimiento noviolento.

A través de los estudios de caso que hemos realizado en esta investigación tenemos una muestra las diferentes direcciones que tomaron los factores en un movimiento cuya acción noviolenta fracasó, como fue el autonomista tamil, y otro cuya acción noviolenta está consiguiendo poco a poco importantes éxitos, como es el indigenista nasa. En este sentido es importante matizar que no se

puede considerar que el movimiento caucano haya conseguido el éxito total y sólo se puede hablar por el momento de éxito parcial, ya que no ha conseguido el cese definitivo de las amenazas a su plan de vida, cosa que sólo lograrían con una transformación profunda del entorno de violencia en el que se desarrollan esas comunidades. Se podría argumentar que para extraer conclusiones más certeras hubiese sido necesario el estudio de un caso cuyo éxito no hubiera sido simplemente parcial. En este sentido cabe sacar a colación la importancia del carácter de perfectible del movimiento nasa y las consecuencias analíticas que implican de la extensión de esta idea de perfectibilidad al propio concepto de acción noviolenta (Hernández, 2004).

En este sentido, una de las primeras ideas que el análisis de estos casos desarrollados en un entorno de conflicto armado aporta al estudio de la acción noviolenta, es la posibilidad de entender ésta no como un proceso cuyos objetivos sean alcanzables y mensurables de forma que sea posible un análisis claro de su efectividad, sino como una forma de entender la organización colectiva como proceso que garantiza la supervivencia del grupo (Hernández, 2004). Esta forma de entender la acción noviolenta confiere por tanto importancia a estrategias defensivas ante la imposibilidad de conseguir un éxito claro debido a una situación exógena altamente desfavorable. Desde este punto de vista la propia supervivencia del movimiento es ya en sí misma todo un logro y se puede considerar como exitoso al mismo, máxime cuando su objetivo declarado no es la conquista de un logro político, sino la defensa del plan de vida de la comunidad indígena. Es importante porque en realidad la consecución de un logro político, como puede ser la autonomía en el caso tamil o la independencia de un movimiento nacionalista (como podría ser el movimiento palestino) no es un verdadero fin sino en realidad un medio para conseguir una mejora social que se entiende que traerá la consecución de ese objetivo político, pero que el movimiento nasa ha sabido sacar a colación poniéndolo como verdadero objetivo de su proceso. Esto nos lleva a resaltar la necesaria distinción entre objetivos políticos y

objetivos sociales para que un movimiento pueda incluir estos últimos entre sus fines, pero también, aunque no se hayan expresado, para que se tengan en cuenta en los análisis que desde las ciencias sociales se hacen de los movimientos políticos, en especial de los no violentos, dado su especial énfasis en aspectos sociales. Procederemos por tanto al análisis comparativo de los dos casos para poder sacar conclusiones acerca de la identificación y clasificación de los factores que han incidido en el éxito o fracaso de los mismos.

En la figura 12.1 podemos contemplar el resultado del análisis de los dos casos mediante el modelo tridimensional del estudio de la acción no violenta que hemos desarrollado en esta investigación. Como hemos visto, este modelo distingue entre tres vértices de un triángulo comunicativo, que son el actor no violento, el oponente y el entorno, entre dos tipos de factores, los instrumentales y los comunicativos, y entiende el proceso de la acción no violenta como una negociación en la que cada parte se dota de poder paulatinamente.

Como es lógico, en primer lugar resalta la elevada proporción de factores que el movimiento caucano ha logrado hacer favorables, un 73%, frente a la baja tasa del tristemente fracasado movimiento autonomista tamil, que sólo consiguió que un 21% de los mismos fuera a su favor. Este dato aparentemente justificaría el “mito” que recogí en mi estancia en Sri Lanka acerca de la imposibilidad de efectuar una acción no violenta debido a los problemas derivados de los factores externos (la represión) y que obvian los problemas organizativos que tuvo el Partido Federal. Este “mito” creemos que es una creencia muy extendida en el enfoque del proceso político en cuanto puede adolecer de cierto determinismo de las oportunidades políticas (es decir, factores externos), algo que vimos en el primer capítulo como un posicionamiento en la parte de estructura en el debate agencia/estructura.

Figura 12.1: Resumen de la proporción de factores favorables

FACTORES	Ceilán	Cauca
INTERNOS		
Disciplina	Favorable	Favorable
Diálogo	Favorable	Favorable
Cohesión	Favorable	Favorable
Participación	Favorable	Favorable
Eficiencia	Desfavorable	Favorable
Resiliencia	Desfavorable	Favorable
Logística	Desfavorable	Favorable
ENTORNO		
Incompatibilidades	Desfavorable	Favorable
Disociación	Desfavorable	Favorable
Concurrencia	Desfavorable	Favorable
Alianzas	Desfavorable	Favorable
Geopolítica	Desfavorable	Favorable
Intimidaciones	Desfavorable	Desfavorable
Interdependencia	Desfavorable	Favorable
Transmisión	Desfavorable	Favorable
Injerencias	Desfavorable	Desfavorable
OPONENTE		
Hegemonía	Desfavorable	Desfavorable
Disrupción	Desfavorable	Desfavorable
Divisor	Desfavorable	Desfavorable
Total favorable	4	14
Total desfavorable	15	5

No obstante, si consideramos, no lo factores tomados individualmente, sino como parte del conjunto de dinámicas a las que afecta -una de las novedades que ofrece este enfoque epistemológico-, resulta que la desproporción no es tan clara, ya que el contexto de guerra que vive Colombia hace que los factores relativos al entorno se vean contrarrestados por dinámicas surgidas

del contexto de conflicto armado. La figura 4.2, ordenada con relación a los tipos de dinámicas señaladas en el mismo, nos aclara mucho al respecto, ya que muestra que no existe tanta desproporción entre un caso y otro y en el que se pone de manifiesto que la diferencia entre los dos movimientos correspondería precisamente a la capacidad organizativa el movimiento nasa.

Nuestro modelo de estudio por lo tanto pone de manifiesto que la diferencia entre los resultados de Cauca y Ceilán en realidad depende principalmente de la capacidad organizativa del propio actor no violento, lo cual hace que el debate agencia/estructura se resuelva en favor de la primera, la agencia. Dicho de otro modo, aunque la apariencia sugiera que los factores externos han sido los determinantes de las diferentes de resultado entre ambos casos, un examen a la luz de la epistemología desarrollada en esta investigación nos permite concluir que por el contrario la diferencia principal entre uno y otro caso ha sido la resolución favorable del conjunto de factores agrupados bajo el título de “Capacidad Organizativa”, que hace referencia a los factores instrumentales internos y por tanto sitúa al agente como responsable de su propio fracaso, en vez de depender este de causas estructurales externas al mismo. No obstante, dada la incapacidad para lograr el éxito total del movimiento nasa también se puede concluir que la agencia, es decir, los factores internos, permiten la supervivencia del movimiento, pero que no obstante no son suficientes como para posibilitar el éxito del mismo, que necesita venir acompañado de unos condicionantes externos igualmente favorables.

Estos datos nos permiten además plantear un nuevo interrogante. ¿Serán los factores instrumentales internos los suficientemente potentes como para permitir la supervivencia del movimiento o por el contrario éste necesitaría también de los factores comunicativos para sobrevivir? Desgraciadamente, este estudio no nos proporciona nuevos datos al respecto ya que no

tenemos casos en los que se den movimientos que hayan desarrollado sólo los factores instrumentales y no podemos saber si la capacidad organizativa por sí misma, es decir, acompañada de un capital simbólico desfavorable, permitiría igualmente mantener la acción política del movimiento o por el contrario sería necesario para ello que tanto las dinámicas comunicativas e instrumentales internas fueran favorables.

Figura 12.2: Resumen de las dinámicas comunicativas e instrumentales

	Ceilán	Cauca
Actor no violento		
CAPITAL SIMBÓLICO	Favorable	Favorable
CAPACIDAD ORGANIZATIVA	Desfavorable	Favorable
Entorno		
OPORTUNIDADES CULTURALES	Desfavorable	Contradictorio
OPORTUNIDADES SOCIALES	Desfavorable	Contradictorio
Oponente		
OPORTUNIDADES POLÍTICAS	Desfavorable	Desfavorable
HEGEMONÍA	Desfavorable	Desfavorable

Creemos no obstante por un lado que el éxito en el tiempo de movimientos armados del tipo guerrillero es una prueba lo suficientemente contundente en este sentido, como bien ha demostrado la larga trayectoria de las FARC, el ELN en Colombia o el LTTE en Sri Lanka. En este sentido, partimos de la hipótesis de que el movimiento armado no disfruta de las ventajas comunicativas que plantea la resistencia no violenta, a pesar de que las contrarreste con capacidad instrumental de defenderse violentamente. De esta manera, si observamos un movimiento armado tipo guerrillero bajo el prisma del modelo tridimensional vemos que existe una contradicción entre su mensaje vinculado a la legítima defensa, con su praxis política de agresión violenta, lo cual le ha ido llevando a perder capital simbólico cara a un posible proceso de negociación con el oponente y este se realiza solamente atendiendo a las

variables instrumentales puestas en marcha por la disrupción generada por la violencia, sin que afecte favorablemente al paradigma hegemónico, al revés, sus propósitos aparecerán deslegitimados en el mismo. De esta manera, aunque esa pérdida de capital simbólico haya podido dificultar el reclutamiento de nuevos miembros, como le sucedió a las FARC a partir de la campaña de secuestros de los años 90, esto no les ha impedido continuar sus actividades políticas.

Por otro lado existen estudios que han dado cuenta de diferentes movimientos de carácter pragmático que sí que cumplen los requisitos de haber desarrollado la capacidad organizativa sin haber perfeccionado su capital simbólico, ya sea por problemas con el factor disciplina o con el factor diálogo (nótese que todos estos movimientos ya habían triunfado en el factor cohesión, cosa que, tal y como explicaremos más abajo, se explica porque es una variable previa a la acción noviolenta, y por tanto necesaria e independiente). Algunos de estos movimientos son los siguientes:

- El movimiento húngaro contra el imperialismo austriaco estudiado por Tamás Csapody y Thomas Weber (Bartowsky, 2013).
- El movimiento democrático persa de principios de siglo XX descrito por Nikke, R, Keddie (Bartowsky 2013).
- El movimiento egipcio contra el colonialismo inglés que resumieron Abdalla y Jasmien Arafa (Bartowsky, 2013)
- La resistencia danesa a la invasión nazi que analizaron Peter Ackerman y Christopher Kruegler (Ackerman y Kruegler, 1994).
- El movimiento independentista de Ghana sintetizado por Gail Presbeu (Bartowsky 2013), el de Zambia por Jotham C. Momba y Fay Gadsen (Bartowsky 2013) o el de Argelia contra el colonialismo francés por Malika Rahal (Bartowsky 2013).

- La larga y discontinua resistencia no violenta palestina que investigaran Wendy Pearman (Pearman 2011) o Stephen Zunes (Zunes, Kurtz & Asher, 1999), entre otros.
- El movimiento *People Power* o EDSA en Filipinas de 1989 estudiado por Joshua Paulson (Sharp 2005) o Stephen Zunes (Zunes, Kurtz & Asher, 1999).
- El movimiento antiapartheid en Sudáfrica que han descrito entre otros Stephen Zunes (Zunes, Kurtz & Asher, 1999), Tom Lodge, (Roberts & Garton Ash 2012), Peter Ackerman y James Duvall (Ackerman & Duvall, 2000) o Joshua Paulson (Sharp 2005).
- El movimiento contra Milosevic en la exYugoslavia estudiado por Ivan Vejvoda (Roberts & Garton Ash, 2012) o Joshua Paulson (Sharp 2005).

Todos estos casos de movimiento no excesivamente disciplinados o poco proclives al diálogo nos llevan a considerar los factores comunicativos internos como no necesarios ya que la victoria llegó igualmente en estos casos (o la supervivencia de los mismos en el caso de Palestina). La explicación que nos ofrece nuestro modelo explicativo es porque en estos casos ha primado más la coerción o la negociación sobre aspectos instrumentales que la persuasión o la negociación en base a cuestiones de legitimidad.

Estos ejemplos nos podrían llevar a considerar la superioridad de los factores instrumentales internos sobre los comunicativos en lo referente a los aspectos defensivos de la estrategia del movimiento y con ello a desmentir la teoría clásica de la no violencia que incide en la supremacía de los factores comunicativos sobre los instrumentales (énfasis en la disciplina no violenta y el diálogo con el oponente). En este sentido cabe señalar que la experiencia del movimiento nasa sería totalmente coherente con esta idea, ya que su evolución en el factor disciplina y diálogo, desde posiciones desfavorables a otras más favorables, fue precedida por un proceso de organización descentralizado que le

permitió sobrevivir mientras se iba dotando de capital simbólico.

12.3 Primeras fases de la acción noviolenta

Otra aportación importante que pueden aportar a una teoría estratégica los estudios de caso que hemos analizado se produce en torno la temporalización y priorización de los factores. La secuenciación lógica de los factores puede establecer que unos se puedan considerar como variables independientes y otros como variables que dependerán de la satisfacción previa de otros factores. El factor COHESIÓN, mediante el cual se enmarcan las demandas del actor noviolento, tiene que haberse conseguido previamente para que se pueda conseguir poner en marcha si quiera la movilización. Se trata por tanto de una fase previa con dinámicas instrumentales y comunicativas de la que hemos aportado un resumen de los procesos que en ella intervienen en el capítulo 7. Esta visión sería totalmente coherente con la teoría de la mediación de la organización de la profesora Pearlman, que mediante el estudio del caso palestino ha señalado que es necesario un proceso de cohesión previo a la propia acción noviolenta (Pearlman, 2011).

De esta manera, la articulación de las demandas sería uno de los elementos que la precedería en cuanto posibilitaría la cohesión necesaria para generar la participación masiva requerida. Pero es importante tener en cuenta que esta cohesión no se conseguirá sólo mediante una articulación afortunada de las demandas (es decir, de los objetivos del movimiento), sino que serán igualmente importantes para el movimiento la propuesta en torno a los medios que se usarán para la consecución de las mismas. La existencia de demandas no es suficiente para considerar que se ha iniciado un movimiento, sino que este tiene que realizar además acción política, en nuestro caso, acción noviolenta, para lo cual es necesaria una propuesta metodológica sobre los medios que se proponen para conseguir el fin político o social por el que se lucha. De esta manera la propia práctica política

inicial del movimiento se convierte en una forma de realizar el proceso de alineamiento de marcos por parte del movimiento, ya que se convierte en una manera de publicitar no sólo los objetivos del mismo, sino también los medios que propone, es decir, su estrategia. Así, la sociedad de referencia del movimiento se cohesionará o no en torno a él no sólo en base a las demandas que haga, que pueden ser compartidas por un gran número de personas o grupos ajenos al movimiento, sino a la estrategia que proponga para conseguirlos, en nuestro caso, la estrategia de acción no violenta. Esto implica por lo tanto que los factores DIÁLOGO y DISCIPLINA ya deberían incorporarse en ese primer proceso de COHESION porque son los elementos más claramente distintivos de la acción no violenta, es decir, los que definen la estrategia y por tanto distinguen al movimiento no violento de otros movimientos con iguales objetivos pero proponiendo distintos medios, como pudieran ser la participación en las instituciones políticas o la lucha armada.

Así, la propia actividad del movimiento y su capacidad organizativa pueden ayudar igualmente al proceso de cohesión por ejemplo mediante la puesta en práctica de campañas usando tácticas de dispersión que eviten la represión a gran escala y no supongan un desafío total al gobierno hasta que consigan cumplimentar satisfactoriamente el factor participación. En el caso de Cauca, hemos podido ver como ese papel lo jugaron las recuperaciones de tierras, especialmente las de los años 70, que cohesionaron a la sociedad indígena entorno al CRIC que apareció ante ellos como una organización capaz de resolver problemas cotidianos (la usurpación de tierras de los resguardos) que los grupos guerrilleros no podían. Además esto sirvió de entrenamiento y ensayo para crear un sistema de toma de decisiones participativo que ha sido la base de la fortaleza del movimiento nasa. Por el contrario, en Ceilán cabe denotar una incapacidad del Partido Federal para llevar a cabo una acción social que paliara las medidas de discriminación provenientes del gobierno central. Si bien es cierto que se activaron importantes redes de solidaridad en los momentos más duros de la campaña de *satyagraha*, no se pudo responder

adecuadamente a la exclusión de los estudiantes en el sistema educativo. Entre estos nuevos excluidos, los pertenecientes a castas inferiores que no podían permitirse estudiar en el extranjero fueron los que lanzaron los diferentes movimientos violentos que desembocaron en la hegemonía de los Tigres Tamiiles.

No obstante, la cohesión puede venir también de una amenaza o evento catalizador externo que haga que la comunidad se una en torno a las propuestas del actor no violento, cosa que fue precisamente lo que sucedió en el caso de Ceilán. Para el movimiento tamil la cohesión en torno al Partido Federal acaeció tras los disturbios del 58, cuando se evidenció que la comunidad tamil pasaban a ser ciudadanos subordinados en el orden político cingalés. En este caso, el error estratégico del Partido Federal fue el de tratar de poner en marcha una movilización a gran escala dado a su éxito en el factor PARTICIPACIÓN, sin tener controlados el resto de factores relativos a la capacidad organizativa, lo que le hizo sumamente vulnerable a la represión, el desánimo y el desgaste. Y este fue un error estratégico directamente imputable a Chelvanayakam, ya que fue empeño suyo personal adelantar la campaña de *satyagraha* antes de que la población estuviera capacitada para soportarla (Wilson 1994).

Otra duda que surge al respecto sería en torno a los mecanismos de captación de nuevos miembros del Partido Federal en cuanto organización. Se podría decir que el FP murió de éxito, pues su capacidad para movilizar era tan grande que no tenía necesidad de captar miembros entre la comunidad tamil. De este modo, en un momento de debilidad no supo ganarse la confianza de sectores críticos de la propia sociedad tamil y de regenerarse generacionalmente dotándose de nuevos cuadros extraídos de entre la juventud activista. En este sentido cabe señalar que al Partido Federal le faltó hacer la revolución de la propia revolución y aprovechar la propia forma de acción de la no violencia, basada en procesos de asamblearismo, consenso, horizontalidad, integración,

apoyo mutuo etc. para renovar la conservadora sociedad tamil hacia esos mismos términos que se supone lleva implícita la no violencia. Evidentemente, los sectores privilegiados de la sociedad tamil, que eran los que más tenían que perder con la discriminación cingalesa, no estaban interesados en renovar la sociedad tamil en la que ocupaban una situación acomodada. Desde un punto de vista de análisis de clase y otro más amplio de carácter social que incluyera alejamiento de los centros de toma de decisiones no sólo a personas de clase baja, sino pertenecientes también a otros grupos excluidos como castas inferiores, mujeres, jóvenes o incluso otras etnias minoritarias donde la comunidad tamil era mayoritaria, no hubo un acercamiento no violento a las formas de acción. Debido sin duda al éxito del ejemplo de Gandhi pocos años antes en la cercana India, el *satyagraha* tenía la suficiente fama y legitimidad como para ser aceptada como forma de acción, pero sin que realmente hubiera un calado más profundo de las doctrinas sociales de otras corrientes de la no violencia herederas de la tradición anarcopacifista. De este modo, podemos concluir que el Partido Federal hubiera podido triunfar si se hubiese preocupado no sólo por dar una contestación política al gobierno ceilandés sino que además hubiese puesto atención en la transformación de sus propias dinámicas de poder, incompatibles a largo plazo con la propia praxis de la no violencia.

Para muchos protomovimientos este momento inicial será un punto imposible de superar, incapaces de generar una cohesión tal hacia su proyecto político que le permita dar el siguiente paso, lo cual es un indicador de la importancia de los condicionantes externos en este momento clave. Dicho de otro modo, no son capaces de romper la hegemonía cultural del oponente y generar un proceso de movilización masiva en torno a su proyecto político. Tal y como vimos en la teoría de la acción política, primero debe darse un proceso cognitivo de reconocimiento del problema y posteriormente un proceso de rechazo que lleve a acciones de resistencia cotidiana, de huida (migración) o acción política. Antes de darse el proceso de elección de estrategias se habrán dado por tanto dos procesos de carácter altamente emocional descritos por la teoría de las

identidades colectivas (reconocimiento del problema y rechazo del problema). Igualmente el proceso de elección de estrategias no será un proceso del todo racional, sino que entrará en juego el conocimiento del repertorio de acción política existente y la percepción o no de la viabilidad de los caminos institucionales (facilitado por el factor diálogo) o la coherencia moral del tipo de lucha por el que se opta (facilitado por el factor disciplina). Posteriormente estos factores también será útiles para orientar el proceso comunicativo hacia el exogrupo, una vez resuelto los problemas derivados de una deficiente capacidad organizativa, pero es importante señalar el papel que cumplen como legitimadores de la estrategia de la acción no violenta entre el propio endogrupo.

El caso tamil nos muestra como el Partido Federal articuló una identidad étnica basada en derechos comunitarios lingüísticos que trascendía incluso los límites étnicos, pues permitía aglutinar musulmanes, cristianos, tamiles de origen indio e incluso contar con simpatías de marxistas y otros grupos de cingaleses. Los musulmanes y cristianos, en cuanto eran grupos de población tamil parlante igualmente afectados por las leyes de discriminación del lenguaje propiciadas por la aplicación del concepto de *Sinhala Only*, mantuvieron esa alianza hasta que se fueron desvinculando con el cambio de liderazgo en la comunidad tamil. Los tamiles de origen indio, afectados por las leyes del lenguaje, pero víctimas de una discriminación aún mayor al no estar dotados de ciudadanía hubieron de claudicar en su apoyo a las reivindicaciones idiomáticas para que les fuera reconocida la nacionalidad, derecho que se les había negado. Por último, los grupos marxistas ejercieron un papel clave a la hora propiciar la crisis política que finalmente acabó con la resistencia pacífica, al dejar de jugar un papel de oposición al nacionalismo cingalés y pasar a formar parte de la coalición de gobierno. Esta crisis política que se agravó con la estandarización de notas de acceso a la universidad en 1973, podría haber no obstante desencadenado un nuevo ciclo de protestas no violentas si no hubiera sido por los propios problemas internos en cuanto relevo

generacional dentro del Partido Federal en los años 70, cuando las organizaciones de estudiantes tamilyes, excluidas a su vez dentro de la propia sociedad tamil, optaron por la lucha armada. Las luchas por el liderazgo entre la insurgencia tamil pronto se extendió a otras formas de expresión política de la comunidad tamil y la violencia homicida del LTTE, unida a la violencia del propio Estado cingalés, acabó por ahogar posibles expresiones a favor de líneas de acción no violenta. Lo que no había logrado la represión cingalesa, desarticular la resistencia no violenta, lo consiguió la propia represión tamil. Es por ello, que una vez desaparecido el LTTE, estamos volviendo a ver acción no violenta tamil en Sri Lanka.

Vemos por tanto que el riesgo que pueden correr los movimientos en estas fases tempranas es el de tratar de poner en marcha campañas en la que exista un alto nivel de desafío sin llegar a haber desarrollado capacidad organizativa para sostenerla y sucumbir por tanto a la represión (fallo en el factor RESILIENCIA), el desánimo (fallo en el factor EFICIENCIA) o el desgaste (fallo en el factor LOGÍSTICA). También pueden sucumbir al desánimo si tratan de poner en marcha una campaña masiva sin tener la cohesión necesaria para obtener el apoyo de las multitudes (fallo en el factor COHESIÓN).

Como conclusión podemos añadir que el objetivo de la primera fase gira en torno a la propia capacitación del movimiento en cuanto de lo que se trata es de desarrollar adecuadamente los factores internos. Existe un primer proceso de cohesión previo o paralelo a la acción no violenta inicial a pequeña escala, a la par que se van conformando los factores relativos a la capacidad organizativa. En este momento los condicionantes externos también jugaran un papel fundamental al activar identidades asentadas si estas se ven amenazadas por el problema contra el que lucha el oponente. Estos serían por tanto los primeros factores que deberían desarrollarse por parte del actor no violento antes de emprender un desafío político a gran escala.

Podemos distinguir entre un proceso previo, en lo que lo importante es dotarse de capital simbólico para cohesionar al endogrupo lo suficiente como para empezar una campaña de acción noviolenta de participación minoritaria y en el que el factor fundamental es el COHESIÓN. El segundo proceso de esta fase sería el de dotarse de capital simbólico hacia el exterior, por lo que lo importante son el resto de factores comunicativos internos, el DISCIPLINA y DIÁLOGO, que ya se habían esbozados en el proceso de cohesión como rasgos de identidad pero que tienen ahora que ejecutarse correctamente. Si estos no se desarrollan adecuadamente el movimiento carecerá de legitimidad y credibilidad como para poner en marcha un desafío que realmente amenace a las estructuras de poder contra las que se enfrenta el movimiento. El tercer proceso sería el que diera el paso a un movimiento de masas, es decir, en el que toda la población simpatizante se implique en las tácticas de resistencia. El factor decisivo en esta parte de la movilización será lógicamente el de PARTICIPACIÓN, que a su vez es, como hemos discutido en la segunda parte, una variable dependiente que obedecerá a un desarrollo previo adecuado del resto de factores comunicativos internos. En este sentido está claro que el caso de Ceilán ha demostrado que puede haber participación masiva sin haberse desarrollado adecuadamente los factores EFICIENCIA, RESILIENCIA o LOGÍSTICA.

Figura 12.3: Fase inicial de la acción noviolenta

	Objetivo	Factores	Fracaso
0: Inclusión	Lograr la participación masiva	Participación	Minoría
1: Identificación	Creación de la identidad colectiva	Cohesión	Sumisión
2: Ensayo	Aglutinar en torno a la estrategia	Disciplina	Incoherencia
3: Legitimación	Mostrar la inoperatividad de los medios institucionales	Diálogo	Descrédito

Después llegaría la fase de resistencia civil en el cual lo importante sería dotarse de capacidad organizativa lo suficientemente poderosa como para ensayar la acción no violenta a pequeña escala. Los factores que intervienen son el EFICIENCIA, RESILIENCIA, y LOGÍSTICA. Si estos factores fallan se cae en desánimo, se sucumbe a la represión o al desgaste y se desarticula el movimiento.

12.4 Últimas fases del proceso de la acción no violenta

Una segunda conclusión que surge del análisis de casos de resistencia no violenta en contexto de conflicto armado es que no basta con tener a favor los factores internos para tener éxito en la acción no violenta, ni una mayoría de los factores del entorno, sino que las intimidaciones e injerencias de otros actores políticos pueden afectar a la propia trayectoria del actor no violento, aunque éste no tenga nada que ver con ellos. De esta manera, si en Colombia el proceso de negociación con las FARC y el ELN siguiera adelante, según los presupuestos del modelo triangular, se podría observar si la suma de los factores relativos al entorno con los del actor no violento son suficientes para facilitar el éxito de la acción no violenta. En este sentido desde este modelo pronosticamos que la desaparición de las injerencias e intimidaciones producidas por el conflicto armado proporcionaría un cambio en la estructura de oportunidades políticas generando una ruptura en el discurso de legitimización de la violencia contrainsurgente, disminuirían igualmente los recursos bélicos orientados hacia la guerra pero desviados hacia la represión y generaría oposición dentro de los propios partidos gobernantes, que ya no podrían mantener consenso en torno a las políticas del gobierno hacia las comunidades indígenas a pesar de la contradicción con el modelo capitalista neoliberal que plantean las demandas del movimiento nasa. Paralelamente el movimiento indígena podría dedicar los recursos empleados en una estrategia defensiva en una estrategia

ofensiva capaz de paralizar el sistema económico y logístico del oponente. Así pues, si tras la guerra el movimiento caucano lograra el éxito en sus demandas y desaparecieran totalmente las amenazas a su plan de vida, se demostraría que los factores relativos al oponente se pueden superar gracias a la influencia sobre variables relativas al actor y al entorno y que el propio entorno influiría en los factores relativos al oponente mediante la presión de terceros actores propiciando así el contexto adecuado para la acomodación del gobierno a sus demandas.

Esto es de gran importancia, ya que la hegemonía y las oportunidades políticas, es decir, los factores relativos al oponente tienen que ser considerados como factores dados en un modelo estratégico, ya que no dependen del actor no violento, ni del entorno, que es indirectamente manipulable. Un cambio en alguno de ellos se ha de considerar como un evento externo sobre el que existirá escasa capacidad de influencia por parte del actor no violento y sobre los que sólo se podrá realmente influir de forma indirecta. No obstante, un movimiento no violento que sea capaz de poner a su favor los factores internos y los factores relativos al entorno, debe tener claro que su objetivo siguiente sería crear una división en las élites del oponente que posibilite el cambio de la política del mismo, factor DIVISIÓN, de la misma manera la influencia de terceras partes podría crecer hasta bloquear por completo los factores HEGEMONÍA y DISRUPCIÓN. Es decir, cuando se han logrado cumplimentar los factores internos y relativos al entorno y todavía no se ha conseguido el éxito, lo que entran en juego son la capacidad de influencia de terceras partes, que tendrán que recoger la credibilidad del actor no violento generada por su control de los factores comunicativos, e igualmente el oponente deberá sentirse presionado por aquellos de sus propias élites cuyas actividades económicas se estén viendo afectadas por la capacidad disruptiva generada por el control de los factores instrumentales.

Se puede hablar por tanto de una fase final de la acción

noviolenta en la que ya haya habido una fase previa en el que las terceras partes aliadas del actor noviolento se hayan logrado dotar de poder suficiente como para influir en el proceso político que éste ha puesto en marcha. Una vez se hayan dado estas condiciones, que habrán sido posible sólo si se han resuelto favorablemente los factores relativos al entorno en una segunda fase de la acción noviolenta, se podrán poner en marcha tres procesos que logren anular los factores relativos al oponente. Estos serían: un proceso de pérdida de legitimidad del oponente, de forma que pierda o merme su capacidad para imponer la hegemonía cultural y quede lo suficientemente deslegitimado como para perder el apoyo de sus fuentes de poder (HEGEMONÍA,); un proceso de disrupción que haga perder operatividad al oponente de forma que disminuya su capacidad para imponer el orden o llevar a cabo actividades económicas o logística rutinarias (DISRUPCIÓN), y también se podría considerar el factor LOGÍSTICA leído en un sentido ofensivo en el que ya no tendría que bastar con que las movilizaciones no perjudicaran económicamente al actor noviolento y su sociedad sino que deberían perjudicar al oponente). Si la disrupción fuera tan repentinamente grande que diera lugar a un colapso en el cual las fuentes de poder del oponente dejaran de serle fieles y no pudiera sencillamente operar, se habrá producido un caso de éxito de la acción noviolenta mediante la coerción noviolenta, que puede suponer incluso un resultado revolucionario, es decir, una transferencia de poder hacia una nueva autoridad.

Existiría además un tercer proceso mediante el cual por presión del entorno un sector del propio oponente se mostraría partidario de la satisfacción de las demandas planteadas por el actor noviolento (DIVISIÓN). Si este proceso fuese lo suficientemente amplio entre el oponente y consiguieran cambiar la política respecto al mismo se trataría de un fenómeno de conversión noviolenta, puesto que el oponente habría sido convencido para cambiar su actitud hacia el problema. Finalmente, antes de que se produzca el colapso del sistema o la conversión del oponente, éste puede hacer un cálculo valorativo de la situación de poder que tienen los actores

políticos y darse cuenta de que le es más conveniente acceder a las demandas planteadas por el actor noviolento, y acomodarse a todas o parte de las mismas.

Figura 12.4 Última fase de la acción noviolenta.

	Objetivo	Factores	Fracaso
Proceso previo: catalizador externo	Terceras partes se dotan de poder suficiente como para influir.	Del entorno	Estancamiento del proceso
Primer proceso: Deslegitimación	Disminuir capacidad de definir la realidad y desmentir al oponente	Hegemonía	Legitimidad del oponente
Segundo proceso: disrupción colapso	Romper la operatividad del oponente	Disrupción Logística	Represión Sostenibilidad del oponente
Tercer proceso: cooptación	Convencer a un sector del oponente	Divisor	Monolitismo del oponente
Cuarto proceso: acomodación	Se cede a las demandas mediante negociación de una solución	TODOS	Estancamiento

12.5 La fase intermedia de la acción noviolenta

Tenemos por tanto claro cuáles son los primeros factores que debe un movimiento convertir en favorables, los de carácter interno, así como los últimos, los relativos al oponente, lo cual nos lleva lógicamente a considerar una segunda fase intermedia en la que se han de cumplimentar los factores relativos al entorno. Una vez puesto en marcha el proceso de movilización política no institucional, hemos visto que el conflicto se resolverá atendiendo al desarrollo de las variables comunicativas e instrumentales de los

actores que participan en él así como las posibilidades para las mismas que ofrezca el entorno. Es decir, el juego político puesto en marcha por el actor no violento le tendrá que llevar a la consecución de capital simbólico para contrarrestar la fuerza de la hegemonía cultural del oponente, y capacidad instrumental, para contrarrestar la fuerza de la represión que este pueda desarrollar contra él. De esta manera será fundamental que el actor no violento no desaproveche la posibilidad de influir en el sistema simbólico y en las oportunidades sociales, es decir, en los factores relativos al entorno, pues estas serán el camino a poder influir en la hegemonía y las oportunidades políticas. Entre los factores del entorno destacarían el de GEOPOLÍTICA y el vector ALIANZAS, así como los dos factores relativos a la existencia de violencias ejercidas por terceros, como serían el factor INTIMIDACIONES y el factor INJERENCIAS. De esta manera podemos establecer que existe una segunda fase de movilización social en la que se pueden distinguir tres tipos de procesos. Por un lado estarán los procesos relativos a la dotación de poder simbólico e instrumental mediante el acondicionamiento del entorno posible gracias a un desarrollo positivo de los factores relativos al entorno (INCOMPATIBILIDADES, DISOCIACIÓN, CONCURRENCIA, INTERDEPENDENCIAS y TRANSMISIÓN). Si no se consiguen desarrollar positivamente tendremos discordancia del oponente (fallo en INCOMPATIBILIDADES), demonización del actor no violento (fallo en DISOCIACIÓN), incomprensión del mensaje (fallo en CONCURRENCIA), ineficacia en procesos de no colaboración (fallo en INTERDEPENDENCIA), e invisibilidad de la acción (TRANSMISIÓN). El segundo proceso sería el de formación de coaliciones que lleve por un lado a conseguir aliados y apoyos de terceras partes y por otro a dotarles de poder suficiente como para influir. El factor imperante en este proceso lógicamente será el de GEOPOLÍTICA. Si se trabajan todos estos factores la política de alianzas se verá más favorecida, y el vector ALIANZAS se podrá desarrollar adecuadamente, mientras que si no se consigue esto conllevará un aislamiento del movimiento.

El tercer y último proceso de esta fase intermedia se ha de

postergar hasta que el movimiento esté lo suficientemente empoderado como para poder influir en el escenario del conflicto de manera que sea capaz de convertirse en un actor capaz de apaciguarlo merced a la participación en coaliciones más amplias que estén dotadas de legitimidad y capacidad para poner en marcha un proceso de pacificación. En realidad es un proceso similar a los procesos de la fase final en cuanto atañe a actores políticos extraños e incluso antagonistas con el actor no violento y su resultado pueda verse influido por eventos exógenos que puedan catalizar en un momento dado un cambio de opinión.

Figura 12.5 Fase intermedia de la acción no violenta.

	Objetivo	Factores	Fracaso
Proceso previo:	Participación masiva	internos	Minoría
Primer proceso: acondicionamiento del entorno	Dotación de capital simbólico e instrumental	Incompatibilidades Disociación Concurrencia Interdependencia Transmisión	Discordancia Demonización Incomprensión Ineficacia Invisibilidad
Segundo proceso: coaliciones	Conseguir aliados y apoyos de terceras partes	Alianzas Geopolítica	Aislamiento
Tercer proceso: apaciguamiento	Conseguir disminuir y eliminar las violencias de otros actores armados	Intimidaciones Injerencias	Señalamiento Sobrerrepresión

Los factores que influyen en este proceso son, lógicamente, el factor INTIMIDACIONES, que si no se consigue desarrollar adecuadamente nos dará lugar a una situación de señalamiento entre los activistas del movimiento no violento al convertirlo en

objetivo militar por identificarlo como aliado de sus adversarios en el conflicto armado, y el factor INJERENCIAS, que si no se logra cumplir satisfactoriamente dará lugar a una sobrerrepresión del movimiento por otro actor armado además del oponente.

Desgraciadamente factores tan importantes como la sobrerrepresión y el señalamiento producido por las amenazas de grupos armados no pueden ser abordados por el movimiento hasta que no cuenta con suficiente poder para ello, por eso es tan importante que primero haya fortalecido los factores resiliencia y participación, ya que tendrá que convivir con ello, al igual que con la imposición de una realidad deformada por parte del oponente y la represión del mismo, en cuanto los factores relativos al oponente serán necesariamente los últimos a los que el actor no violento podrá plantar cara.

El caso del movimiento indígena caucano muestra cómo el primer proceso de la fase intermedia, el acondicionamiento del entorno, se ha ido logrando con mucho esfuerzo a lo largo de los años, en cuanto que no eran factores con los que partía el movimiento en los años sesenta, pero que sí han sido resueltos satisfactoriamente en el siglo XXI. Poco a poco han ido tejiendo un discurso que evita la discordancia con el paradigma hegemónico o la incomprensión del mismo por el oponente o terceras partes, mientras que por otro lado, merced al esfuerzo compartido por parte de otras muchas personas y organizaciones se ha dejado de contemplar al indígena con ese sesgo racista que lo margina y demoniza, aunque siga presente en muchas capas sociales al menos se ha eliminado del discurso dominante. Igualmente el movimiento indígena ha logrado conseguir autonomía que le permitido superar la relación de dependencia económica que tenían las comunidades originarias con los colonizadores, ya sean criollos o mestizos, y eso le ha permitido establecer estrategias de acción no violenta más eficaces. Igualmente el empeño puesto en la comunicación de la situación en Cauca ha hecho visible a las víctimas del conflicto, lo cual a su vez ha favorecido a terceras

partes a posicionarse no ya sólo como aliados sino también como acompañantes de los propios procesos comunitarios, pasando a formar parte de ellos, lo que hemos denominado como segundo proceso de la fase intermedia o de formación de coaliciones. El tercer proceso sería en el que está situado actualmente, el apaciguamiento del conflicto, plasmado en la implicación activa del movimiento con las negociaciones con FARC y ELN, que junto con la consideración de las fuerzas paramilitares que siguen actuando como bandas criminales implicarían un cambio de signo de los factores intimidaciones e injerencias y supondrían un evento catalizador que podría alterar los factores relativos al oponente.

En el caso del movimiento tamil, la existencia previa de una situación externa al propio movimiento tan adversa podía haber sido contrarrestada con una campaña destinada precisamente al cambio de condiciones de las mismas. Para ello hubiese sido necesario incidir en los factores comunicativos externos más que meramente en los factores comunicativos internos, que si bien son clave, no permiten trascender un ambiente externo hostil. El abandono de la huelga por parte de los tamiles de origen indio a cambio de derechos para su propia comunidad y la falta de alianzas internacionales podría ilustrar esta incapacidad del Partido Federal para generar dinámicas comunicativas en el entorno, y por tanto de empoderarse a nivel externo. El LTTE en cambio sí supo trabajarse un sistema de alianzas internacional que le permitió ser uno de los grupos insurgentes con más capacidad de captación financiera del mundo, debido en parte por su capacidad para hacer visible la condición de víctimas del pueblo tamil. Por otro lado cabe señalar que, a consecuencia de los problemas con los factores INCOMPATIBILIDADES, DISOCIACIÓN y CONCURRENCIA, faltó un DIÁLOGO a gran escala con el pueblo cingalés para explicarles las propuestas autonomistas del Partido Federal y conseguir contrarrestar de este modo el paradigma del nacionalismo cingalés. Una auténtica estrategia de acercamiento a los medios de comunicación cingaleses habría permitido atajar el dilema que

producía la separación lingüística que finalmente acabó cristalizando en la formación de paradigmas de trasfondo étnico antagónicos entre sí.

12.6 Otras aportaciones de la investigación empírica

Con los datos que hemos conseguido para cada uno de los casos, así como en la elaboración del modelo teórico, tenemos información para responder en los siguientes párrafos algunas de las preguntas que surgen cuando se lee a los principales autores sobre teoría estratégica de la noviolencia.

¿Existen factores defensivos y factores ofensivos que tienen que ser tenidos en cuenta por los actores noviolentos para poder desarrollar estrategias defensivas y ofensivas además de las ya tradicionales estrategias y tácticas ofensivas y defensivas?

La investigación sugiere que es difícil extrapolar la idea de tácticas y estrategias ofensivas y defensivas a la de factores o dinámicas ofensivas o defensivas. Por un lado, parece que las dinámicas instrumentales son más aptas para defender la existencia de un movimiento en cuanto los movimientos violentos o de resistencia civil con violencia incruenta han sido capaz de mantenerlos a pesar de contar con las dinámicas comunicativas en contra. Según esta lógica los factores comunicativos no estarían pues destinados a la defensa del movimiento, sino a la deslegitimación del adversario. No obstante, la importancia del factor INTIMIDACIONES, especialmente importante en contexto de conflicto étnico muestra cómo la dinámica comunicativa adversa puede influir en la legitimación de la represión al señalar al actor noviolento como violento, aunque no lo sea. De la misma manera el factor HEGEMONÍA también puede ser un factor decisivo para la defensa del movimiento, que no deberá basar su estrategia tan sólo en el factor RESILIENCIA y debería tener en cuenta este tipo de

dinámicas comunicativas. De la misma manera factores instrumentales tales como INCOMPATIBILIDADES, TRANSMISIÓN o INJERENCIAS, se pueden usar ofensivamente también, en el caso del último caso vimos cómo las injerencias de la violencia obligaban a plantear tácticas defensivas al movimiento nasa, de tal manera que si ese factor contara a su favor podrían desarrollar estrategias ofensivas.

Así pues, nuestra investigación ha permitido mostrar que los factores comunicativos son igual de importantes para la defensa y los instrumentales, algo que estaba ya explicado en las teorías comunicativas de la violencia que vimos en la segunda parte pero que sigue sin ser comprendido por los partidarios de movimientos violentos, ya sea mediante lucha armada o por resistencia civil con violencia incruenta.

Esto nos ha llevado a preguntarnos si por el contrario, los factores asociados a estrategias defensivas u ofensivas son los relacionados con el triángulo comunicativo: actor, entorno y oponente. En este caso los estudios de caso han mostrado cómo los factores internos, en especial los instrumentales recogidos bajo la etiqueta “capacidad organizativa” deberían ser suficientes para posibilitar el mantenimiento en el tiempo de la movilización noviolenta, aunque no prospere ofensivamente su propuesta. En este sentido hay que tener en cuenta que esto es en cierto modo tautológico, ya que el factor RESILIENCIA se define precisamente por la capacidad de resistir la represión, con lo que si se satisface positivamente se podrá enfrentar a la misma. De la misma manera la correcta satisfacción del factor LÓGÍSTICA permitirá mantener las movilizaciones superando problemas de abastecimiento y el factor EFICIENCIA permitirá mantener la participación del movimiento contra el desánimo o la apatía.

Esto debería traducirse en que la estrategia defensiva debería centrarse principalmente en este tipo de factores internos

antes de abordar plenamente el intentar influir sobre factores externos, entre otras cosas porque estos parecen ser variables independientes que necesitan de unas condiciones externas adecuadas para su desarrollo. Eso es coherente con uno de los errores habituales que señala Peter Ackerman y Christopher Kruegler relativo a la tendencia a iniciar movilizaciones antes de que el movimiento esté preparado para ello (Ackerman y Kruegler, 1994). El caso del Partido Federal ilustra perfectamente este hecho ya que no estaba preparado para resistir la represión, al no tener una estructura descentralizada (RESILIENCIA) , ni para resistir el desgaste al repercutir negativamente las movilizaciones en la economía de los activistas (LOGÍSTICA), ni haber diseñado una estrategia adecuada para contrarrestar la influencia del movimiento nacionalista cingalés (EFICIENCIA) ni tener una organización que posibilitara la participación en la toma de decisiones de los sectores sociales tradicionalmente excluidos de la sociedad tamil, como mujeres, castas inferiores, y jóvenes, lo cual redundó en el desmantelamiento de la movilizaciones masivas (PARTICIPACIÓN) y en la pérdida de cohesión en torno al proyecto del Partido Federal (COHESIÓN).

¿Es cierto que asumir posturas defensivas es mejor que la desmovilización?

Los casos de Sri Lanka y Colombia confirman que es mejor asumir posturas defensivas que ceder a la desmovilización, ante el esfuerzo que supone reactivar el movimiento una vez cesada la campaña. La capacidad del movimiento caucano para mantener la movilización incluso en épocas de extrema violencia es coherente con esta proposición de Akerman y Kruegler, a pesar de que, como hemos podido comprobar, les retrase de sus luchas más políticas (Ackerman y Kruegler, 1994). El movimiento ha sabido postergar las movilizaciones a tiempos de mejor capacidad así como replegarse en las montañas cuando las condiciones de seguridad no eran las adecuadas y la impunidad hacía que fuese peligroso tratar de organizar una movilización masivo tipo minga.

De la misma manera, podemos aseverar sin ningún tipo de duda que la desmovilización acaecida por la represión a la que se sometió al movimiento autonomista tamil en 1961 no pudo superarse y no se volvió a iniciar una gran campaña posteriormente.

¿Cómo influye el contexto de conflicto armado en una movilización noviolenta y cómo es modificado el conflicto armado por la existencia de acción noviolenta en el mismo?

A lo largo de la investigación hemos podido comprobar que el conflicto armado influye negativamente en el desarrollo al crear dinámicas comunicativas recogidas en el factor INTIMIDACIONES que facilitan la legitimación de la represión mediante el factor HEGEMONÍA, y mediante el factor INJERENCIAS unas dinámicas instrumentales que causan una doble represión, al sumarse a la represión del oponente la represión de los otros actores armados. No obstante también hemos podido comprobar que no son factores determinantes ni de la existencia de movilización noviolenta, como demuestran los numerosos movimientos noviolentos de Colombia, ni de su resultado, ya que el actor noviolento podrá desarrollar estrategias contra la represión.

Con respecto a cómo es modificado el conflicto armado por la existencia de movilización noviolenta del mismo, hemos podido observar que se ponen en marcha igualmente dinámicas comunicativas e instrumentales que afectan a los actores armados. Por un lado la emergencia de un paradigma alternativo a los paradigmas en contienda hace ver una nueva forma de entender el propio conflicto y crea por tanto una tercera vía de acción que puede ser imitada por otros actores sociales y hacer perder el apoyo de los actores armados. De ahí la persistente hostilidad de estos hacia los actores noviolentos. Por otro lado la movilización noviolenta crea la posibilidad a la población civil de crear estrategias de defensa autogestionadas que igualmente restarán poder a los grupos

armados, al mermar la efectividad del uso de la violencia.

¿Por qué en el conflicto bélico de Sri Lanka no existía movilización noviolenta y sí en Colombia o en otros países en guerra, como Palestina, Siria o Irak?

En Sri Lanka hubo movilización noviolenta que fue empleada según unos principios estratégicos y organizativos poco efectivos, lo cual creó el mito de la imposibilidad de la misma. De la misma manera los grupos armados tamiles crearon muy rápidamente un vacío de liderazgo en cuanto fueron asesinando a los que proponían planteamientos políticos que se movían en otras líneas a las por ellos propuestas, impidiendo por tanto el proceso organizativo previo para generar cohesión social que facilitara la acción noviolenta.

En Colombia, no obstante, a pesar de existir esa misma represión sobre los líderes de proyectos comunitarios o sociales diferentes a los de la insurgencia, lo que se ha visto desprestigiado ha sido la eficacia de la lucha armada para conseguir objetivos políticos o sociales, en cuanto sólo han conseguido un estancamiento del conflicto tras décadas de lucha. Esto implica que tras la derrota de los Tigres Tamiles se pueden dar las circunstancias adecuadas para que vuelva a haber campañas noviolentas en Sri Lanka.

¿Se puede garantizar el éxito de la acción política mediante el empleo adecuado de las técnicas de acción noviolenta, incluso en las condiciones adversas de un conflicto armado o existen factores externos ajenos al control de los actores?

La investigación muestra cómo los factores externos, la hegemonía y la estructura de oportunidades políticas, pero también las consecuencias de realizar acción política en el entorno de un

conflicto armado, pueden bloquear el éxito de la acción noviolenta hasta que el resto de factores hayan sido desarrollados satisfactoriamente. Uno de los aspectos más interesantes del estudio de caso caucano es la posibilidad de un desarrollo favorable del mismo tras una evolución positiva del proceso de paz, cosa que confirmaría esta cuestión. Nuestra propuesta teórica lo que pronostica es que una vez desaparecidas las guerrillas el oponente no tendrá legitimidad para reprimir al movimiento indígena al no poder calificarlo de guerrillero, con lo que los objetivos de defensa del plan de vida indígena habrán eliminado sus amenazas más inminentes, como es la existencia de violencia sobre sus procesos, aunque siempre tendrá que estar movilizado para defenderlo. De esta manera la desaparición del conflicto afectaría al movimiento indígena eliminando las restricciones comunicativas que le impone el factor INTIMIDACIONES, que consiste en que se legitime la represión violenta contra ellos a pesar de ser un movimiento disciplinado, y la del factor INJERENCIAS, que hace que tengan que desarrollar una estrategia defensiva para protegerse de la violencia. Sin los problemas de legitimidad cuando ya no puedan ser tachados de guerrilleros y sin la necesidad de tener que establecer tácticas defensivas en sus resguardos ante el acoso de los grupos armados, se prevé que el movimiento sea capaz de llevar a cabo un movimiento que no se tenga legitimidad para reprimir y que pueda por tanto conseguir mejorar definitivamente la situación de las minorías indígenas colombianas.

¿Cuáles son los factores externos que pueden derrotar una campaña de acción noviolenta?

A la luz de la investigación parece que la derrota dependerá de los factores internos más que de los externos, al poder superar una buena organización cualquier adversidad. En este sentido cabe señalar que la propuesta teórica cae en la tautología, al definir precisamente como factores internos desarrollados correctamente a aquellos que precisamente sean capaces de resistir a la represión y

deslegitimación. Sin embargo, la existencia de movimientos que han podido organizarse en medio de altas cotas de violencia y deslegitimación externa, como el caucano, sugiere no obstante que es posible, pero en este sentido hay que ser prudentes y señalar que cada caso es único y la organización resiliente exige a veces perder la propia identidad del movimiento, como les sucedía al movimiento tamil, organizado por la burguesía tamil que no podía dejar de ser lo que era para organizar un movimiento horizontal que superara las divisiones de clase, etnia, religión y casta de la sociedad tamil parlante. Lo que se aprende a nivel estratégico es que es importante no exponer al movimiento a grandes dosis de represión proponiendo grandes movilizaciones masivas hasta que no se esté preparado para ello

¿Se puede comprobar la tesis de Pearlman de que la noviolencia necesita un proceso de organización social previo (Perlman, 2011)?

Los casos estudiados en esta investigación sugieren que sí. Efectivamente, en Ceilán el Partido Federal llevó a cabo un importante proceso de cohesión comunitaria que se acrecentó cuando la legislación discriminatoria entró efectivamente en vigor. De la misma manera, la violencia tamil llegó en un momento de debilidad política de los partidos tameses acompañada por un momento de fortaleza autoritaria del gobierno del *United Front*.

Por el contrario, el CRIC en el Cauca, con sus antecedentes de organización campesina y sus primeros años como movimiento minoritario, fue el encargado de cohesionar a la sociedad caucana en torno a su propuesta de resistencia pacífica basada en la recuperación de tierras y posteriormente en la organización comunitaria desde otros niveles.

¿Qué hemos aprendido de los estudios de caso de movilización noviolenta en contextos de conflicto armado?

Lo primero que destaca es que los dos factores especiales

inherentes a las situaciones de conflicto armado, el factor INTIMIDACIONES y el factor INJERENCIAS, pueden causar por sí mismo un bloqueo de las dinámicas comunicativas (señalamiento) e instrumentales (sobre-represión) capaz de evitar que el oponente pueda sentirse amenazado por el actor no violento.

No obstante, consideramos que la principal enseñanza que viene del análisis de los movimientos no violentos de esta investigación sería relativa a la importancia de priorizar aspectos defensivos sobre los ofensivos, ante las amenazas ciertas de violencia que acompaña al movimiento constantemente. Si no se cuidan los aspectos defensivos, como en el caso de Ceilán, la organización perderá el apoyo cohesionado del grupo de referencia al ser incapaz de garantizar su seguridad o tan siquiera de mantener las movilizaciones. Por el contrario las probabilidades de éxito aumentarían si no se tiene prisa por iniciar movilizaciones masivas y se realizan cuando el movimiento esté preparado para ello y cuando pueda acompañarlas de estrategias defensivas ante la represión que puedan desencadenar por parte del oponente o de los grupos armados o no que participan en el conflicto.

CAPÍTULO 13

EL MODELO ESTRATÉGICO TRIANGULAR PARA LOS MOVIMIENTOS DE RESISTENCIA

Las conclusiones obtenidas en la investigación empírica nos llevan a plantear un modelo estratégico de la acción noviolenta que recoja todos estos procesos así como los procesos previos y posteriores y que está resumido en la figura 13.6 del final del capítulo. A lo largo de esta investigación se ha podido comprobar como el proceso de movilización política tiene mucho que ver con las luchas de poder de los diversos grupos que conviven en un territorio, de manera que la acción noviolenta se puede interpretar como un proceso de empoderamiento social de los colectivos excluidos o marginado. Se trata por tanto de algo más que un problema técnico relacionado con el uso estratégico de determinadas tácticas de movilización como se entiende desde los modelos pragmáticos de la acción noviolenta (Sharp,2004, Ackerman & Kruegler, 1994 etc.) en cuanto es un problema de identidad y poder.

Así pues, hemos visto como era necesaria una primera fase de preparación cultural en la que primaban los factores comunicativos relativos al propio actor noviolento y que le permitían dotarse de capital simbólico necesario para ganar la credibilidad necesaria para poner en marcha un desafío político. Una vez puesto

en marcha el desafío se entraría en una fase de resistencia en la que el movimiento tiene que mejorar su capacidad organizativa hasta que logra crear un movimiento de masas, trabajando en las dinámicas instrumentales relativas al propio actor no violento. Una vez que está el movimiento de masas en marcha se producen un pulso de poder en la que el este tiene que ir ganando aliados merced a una política de coaliciones y a la influencia en elementos sociales y culturales del entorno hasta que está preparado para lanzar el desafío final al oponente. Es la fase de expansión. La última fase sería la de asalto, en la que se produce desde el punto de vista instrumental una cooptación de miembros de las élites del oponente y una disrupción del funcionamiento de su maquinaria, a la paz que desde el punto de vista comunicativo se anula su hegemonía surgiendo un nuevo consenso en torno al asunto que plantea el movimiento. El cambio se logra no con un mero trasvase de poder político, sino con la transformación del paradigma dominante y el consenso de una nueva situación social.

A las fases de preparación, resistencia, expansión y asalto que hemos estudiado en el modelo analítico le vamos a añadir una quinta fase, de conciliación, recogiendo la propuesta al respecto del modelo de Moyer en el que se daba pie a dos fases finales una vez alcanzado el éxito del movimiento (Moyer et alii, 2001). Hay que tener en cuenta que una de las limitaciones del modelo analítico que sale a la luz al contemplarlo desde el punto de vista estratégico es que a pesar de haber sido capaces de incluir y clasificar temporalmente las diferentes fases de movilización de antes y durante la acción no violenta no se ha podido decir nada de las fases posteriores, porque no se han dado en los casos estudiados. Esto es lógico porque el proceso surge del análisis histórico de dos movimientos imperfectos, que no han concluido su acción política o fracasaron sin llegar a concluir su propósito. Para el desarrollo de un modelo estratégico de la acción no violenta faltaría añadir que sería también necesario incluir como procesos necesarios tras la victoria una adecuada gestión de la misma. De esta manera se evitaría que el cambio en las relaciones de poder derivado del éxito de la acción

noviolenta no provocara otras situaciones de injusticia, pero también abriría la posibilidad reorientación del movimiento hacia otros fines, o que se considerara incluso la eventual desaparición del mismo una vez conseguidos sus objetivos. El caso caucano, con su vocación de movimiento eternamente perfectible, muestra de qué manera un movimiento que tenga aspiraciones sociales deberá seguir existiendo porque nunca serán éstas resueltas por delegación en poderes superiores, de manera que la existencia del movimiento, con su dinámica de autogestión horizontal, ha de continuar como forma de ejercer el poder sin usar la violencia, emanando del consenso y la participación de todos y todas los miembros de la comunidad.

Estas fases son acumulativas, lo que sugiere que los procesos que forman parte cada una de ella se tienen que seguir produciendo satisfactoriamente cuando se pase a estadios más avanzados de la lucha. Veamos pues las fases una por una.

13.1 Fase de preparación

En la fase de preparación se dan tres procesos que capacitan al movimiento a configurarse como tal en el momento en el que empieza a realizar acción colectiva. Por un lado estaría todo el proceso de creación de la identidad colectiva, el discurso del movimiento y la estrategia del mismo que se recogía en el factor cohesión, por otro el proceso de ensayo y prueba de la efectividad de la acción noviolenta, y tercero la deslegitimación de las vías institucionales para conseguir las demandas que plantea el movimiento.

Como esta fase se refiere a los procesos necesarios para dotarse de capital simbólico lo movimientos pequeños con grandes dosis de utopía pueden verse atrapados en ella indefinidamente a medida de que van preparando a la sociedad y a su propia organización para hacer frente a los desafíos que puedan darse en determinadas circunstancias, que podríamos denominar, como hace Bill Moyer, como evento catalizador. Esto quiere decir que hay también un elemento externo en los movimientos pero que de no

haberse dado previamente esta fase de preparación para la movilización ni siquiera podría identificarse como tal. Esto quiere decir que este agente externo no sería por tanto algo del todo ajeno, sino que será una circunstancia externa que el movimiento podrá identificar o no como oportunidad política, y aprovechar o no la corriente de apoyo que pudiera granjearle.

13.1.1 Identificación

Este proceso lo vamos a llamar de identificación para recoger la importancia de la identidad colectiva en el mismo. El fracaso de este proceso implica que no se den los procesos de reconocimiento y rechazo del problema político que determinan el inicio del conflicto político (tal y como vimos en el capítulo 7) y el grupo de referencia siga en una situación de sumisión. Si se da este proceso el grupo de referencia afectado por el problema y sobre el que se extiende la identidad colectiva, se cohesionará en torno al movimiento para poner en marcha campañas no violentas. La creación de una identidad insumisa es el primer paso para la insubordinación, que se dará en el segundo proceso de esta fase, el ensayo. Sin este proceso, no existe el paso del pensarse individual al pensarse como colectivo, y se permanece en estado de sumisión, más o menos consciente, más o menos inconsciente, y por tanto de desempoderamiento, tratando de establecer estrategias de resistencia o adaptación desde el plano individual al buscar recompensas personales a cambio de la colaboración o subordinación.

13.1.2 Ensayo

En este proceso se producirán ya los primeras pruebas de acción no violenta sin participación masiva, en los que se explicitará la disciplina no violenta de la estrategia del movimiento. El objetivo será por tanto dotar al mismo de credibilidad política mediante el rechazo explícito a la acción violenta, con el consiguiente respeto a la humanidad tanto del oponente como la de sus brazos armados,

pero también consiguiendo logros inmediatos que ganen la simpatía del grupo de referencia. Una vez conseguida la participación masiva en las campañas del movimiento se seguirán haciendo un aprendizaje colectivo para continuar ganando credibilidad y por lo tanto dotando de poder al movimiento mientras se va avanzando en las oportunidades sociales, culturales y políticas que posibiliten el triunfo final.

En general el factor DISCIPLINA necesita un mínimo de satisfacción para que se pueda considerar al movimiento como no violento, y cuanto mejor sea su desarrollo más favorecerá al movimiento en los diferentes procesos. A lo largo de la investigación hemos podido comprobar cómo en la fase de resistencia una buena disciplina no violenta mejora el proceso de inclusión (PARTICIPACIÓN), a la par que da coherencia al movimiento (EFICACIA), evita represión (RESILIENCIA). Si tenemos en cuenta los bloqueos a los que se ven sometidos los grupos armados se puede afirmar que la disciplina no violenta también mejora la eficacia del abastecimiento material (LOGÍSTICA). En la fase expansiva el buen desarrollo de este factor favorece el apoyo de terceros actores (ALIANZAS, GEOPOLÍTICA), posibilita el proceso de apaciguamiento (INJERENCIAS, INTIMIDACIONES), lo que redundará en un aumento del poder simbólico e instrumental. Finalmente, en la fase de asalto una buena disciplina no violenta favorece la lucha contra la hegemonía cultural del oponente (HEGEMONÍA), los procesos de cooptación de las élites (DIVISOR) y permite articular acciones de masas que puedan bloquear la represión del oponente (DISRUPCIÓN). A pesar de todas estas ventajas, el ejemplo del fracaso del Partido Federal en Ceilán muestra que no es suficiente con mantener la disciplina no violenta y son necesarios grandes esfuerzos organizativos para superar la fase de resistencia satisfactoriamente. Dado que precisamente este es el único factor que diferencia específicamente los movimientos no violentos de los movimientos violentos, ya sean incruentos o armados, el capital simbólico y la mejora en la operatividad instrumental que se consigue mediante mantenerse disciplinadamente en la no violencia sería la principal ventaja

estratégica de la misma. Habría además otro tipo de ventajas de carácter emocional (mejora la transición al postconflicto), logístico (minimiza las pérdidas materiales del conjunto), morales (respeta la vida del oponente) y especialmente morales (no se utiliza el mal para luchar por el bien).

No obstante, el fallo a la hora de conseguir una disciplina noviolenta lo que provoca es el descrédito del movimiento, con la consiguiente pérdida de credibilidad y la retirada de apoyos dentro del propio grupo de referencia.

Figura 13.1 Los procesos de la fase de preparación

Proceso	Objetivo	Factores	Si fracasa...
1: Identificación	Creación de la identidad colectiva y el marco de referencia para agrupar en torno a la estrategia noviolenta del movimiento.	Cohesión	Sumisión
2: Ensayo	Dotar de credibilidad al movimiento.	Disciplina	Descrédito
3: Asertividad	Mostrar la inoperatividad de los medios institucionales	Diálogo	Cooptación

13.1.3 Asertividad

El tercer proceso de la primera fase también imprescindible para dotar de capital simbólico al movimiento es una muestra de la voluntad para negociar por parte del movimiento, de forma que

pueda quedar claro hacia otros actores por un lado la ineffectividad del sistema institucional para satisfacer las demandas propuestas y por otro la inexistencia de motivos o intereses ocultos en el movimiento. La disposición a dialogar no implica claudicar para poder establecer negociaciones, sino fomentar el propio reconocimiento como interlocutores válidos (empoderarse). También la elaboración de un programa de transición que incluya algunos de los planteamientos de los oponentes, es decir, una nueva propuesta de consenso social y político en torno al problema en cuestión. Si no se produce este proceso el movimiento será vulnerable a la cooptación por parte del sistema, y probablemente un sector importante de la población tenderá a apoyar al sector del movimiento que opte por la estrategia institucional. El cierre de este camino, y la demostración evidente de ello es un requisito importantísimo para conseguir los apoyos necesarios para que se pueda dar una movilización masiva (PARTICIPACIÓN).

13.2 Fase de resistencia

En la fase de resistencia priman los criterios organizativos de carácter defensivo para lograr que el movimiento no sucumba ante problemas de represión, incoherencia, desorganización o desabastecimiento y se pueda transformar en un movimiento de masas. Cabría resaltar dos importantes procesos en esta fase: el de organización y el de inclusión o masificación.

13.2.1 Organización

En este proceso el movimiento se tiene que dotar de la capacidad organizativa necesaria para poder mantener el desafío político, lo cual implica organizarse descentralizadamente para evitar la represión y el descabezamiento (RESILIENCIA), asegurar los recursos de sus participantes para evitar el desabastecimiento y el desgaste material (LOGÍSTICA) y elaborar una estrategia coherente y aplicar las tácticas de manera solvente, o mejor dicho, realizar un aprendizaje colectivo coherente e imaginativo sobre las tácticas que se van a emplear en la lucha noviolenta (EFICIENCIA). Si no se dan estos procesos el movimiento caería en el desánimo y la

descoordinación por la falta de resultados al carecer de una estrategia coherente (EFICACIA), sería vulnerable a la represión (RESILIENCIA) por organizarse de forma jerárquica o centralizada, y se produciría desgaste por desabastecimiento si fallaran los elementos materiales (LOGÍSTICA). Hay que decir, que en lo referente a coherencia estrategia habría que tener en referencia los planteamientos de este modelo, y no intentar llegar a la fase de asalto sin haber pasado antes por el resto de fases, tal y como le ocurrió al movimiento tamil de Ceilán, o al Consejo Nacional Africano en las campañas de desafío que puso en marcha en los años 50 sin haber trabajado previamente la cohesión social y la identidad colectiva como se trabajó en los años 70 por el Movimiento Consciencia Negra.

Figura 13.2 Los procesos de la fase de resistencia

Proceso	Objetivo	Factores	Si fracasa...
4: Organización	Dotarse de capacidad organizativa para mantener la acción noviolenta	Eficiencia Resiliencia Logística	Desánimo Vulnerabilidad Desgaste
5: Inclusión	Lograr la participación masiva	Participación	Movimiento minoritario

13.2.2 Inclusión

Si todos los procesos anteriores se han logrado, eso significará el que movimiento tendrá suficiente capital simbólico y capacidad organizativa como para poder atraer la participación de amplios números de personas en las campañas que ponga en marcha (PARTICIPACIÓN). Como es una variable dependiente es más bien un indicador de que los procesos relativos al actor noviolento se están desarrollando correctamente y que llega el momento de pasar a una fase expansiva, en la que se trate de influir

sobre variables culturales y sociales para poder tejer alianzas para el definitivo asalto al poder. Lógicamente si no se produce este proceso el movimiento quedará relegado a ser un grupo minoritario a la espera de su añorado momento revolucionario o un evento externo catalizador para el que puede no estar preparado.

13.3 Fase de expansión

En la fase de expansión el movimiento tiene que trabajar los condicionantes culturales y sociales que impiden la aceptación de sus propuestas por parte de otros sectores sociales, para tratar de atraerlos hacia su causa, así como las posibles alianzas que puedan ayudar a extender los apoyos al movimiento dentro y fuera de su grupo y sociedad de referencia. También será de vital importancia en esta fase la eliminación de otras violencias por parte de otros actores sociales o políticos.

13.3.1 Oportunidades sociales y culturales

Las oportunidades culturales no son totalmente ajenas al movimiento, y este puede y debe trabajarlas para que no se le perciba como una amenaza. En ese sentido en la elaboración de las demandas del movimiento deberá hacer un margen para posibilitar un futuro consenso, de manera que muchos sectores sociales puedan sumarse o apoyar al movimiento (INCOMPATIBILIDADES). Esto no implica que no se pueda definir como objetivo el derrocamiento de un tirano, sino que la propuesta democrática del movimiento no ha de ser incompatible con los intereses de los sectores de la población que el movimiento necesita como aliado. En el movimiento antiapartheid, el comunismo del Consejo Nacional Africano supuso durante mucho tiempo una barrera para que sectores burgueses de las minorías blancas pudieran apoyar su propuesta de democratización.

Por otro lado, es necesario trabajar la percepción que del grupo social del que emana el movimiento se tiene en el paradigma hegemónico, para generar la posibilidad de una empatía para que se pueda simpatizar con su causa (DISOCIACIÓN). De la misma

manera, no hay que pensar que sólo la justicia del discurso calará en otros sectores sociales, pues también entran en juego las emociones y la simbología socialmente construida, por lo tanto la existencia de símbolos de la cultura hegemónica compartida por el discurso alternativo del movimiento ayudará a una mejor aceptación de este por grupos sociales menos próximos culturalmente (CONCURRENCIA).

De la misma manera existen oportunidades sociales que favorecen el éxito de las movilizaciones no violentas, como son la independencia del grupo social que pone en marcha el movimiento con respecto a otros grupos sociales, en especial contra los que dirige el desafío (INTERDEPENDENCIA). Los programas constructivos que posibilitan la no violencia puede posibilitar esa autonomía para que la gente se pueda sumar a las campañas sin temor a represalias de no-colaboración por arte de los grupos del oponente, a la vez que la eficacia mejorará si el oponente depende de la colaboración del grupo de referencia del movimiento para su normal funcionamiento económico o sociopolítico. De forma similar, serán fundamentales la existencia de canales de comunicación que permitan mostrar la información tanto de los agravios que generan las demandas del movimiento no violento como de la represión violenta y la postura asertiva y no violenta de este (TRANSMISIÓN).

Si no se dan estos procesos el movimiento se tendrá que enfrentar a grandes dificultades que sin duda alguna imposibilitarán que pueda pasar con esperanza de éxito a la fase de asalto. Estas dificultades irán desde la incomprensión de su mensaje, si falla el factor concurrencia, la demonización del mismo si falla el factor disociación, el odio y el rechazo del grupo de referencia del oponente si falla el factor incompatibilidades, la inoperatividad de los procesos de no-colaboración si falla el factor interdependencia y la invisibilidad de la resistencia si falla el factor transmisión.

13.3.2 Coaliciones

Al igual que un individuo se empodera gracias a la participación en colectivos, un movimiento se empodera con la participación de coaliciones que permiten llevar a cabo campañas no violentas con mayor participación (ALIANZAS). Estas coaliciones se pueden llevar a cabo dentro de grandes plataformas de colectivos, ensayando ya los mecanismos para consensuar con otros sectores afines, o directamente buscando la implicación y apoyos directos tanto desde el propio país como desde el extranjero. Un movimiento va a necesitar un gran flujo de recursos, ya sean económicos, humanos, logísticos o simbólicos, y necesariamente va a tener que ser capaz de atraer y hermanarse con otros grupos y sectores sociales.

Por otro lado, el contexto internacional será un factor que incidirá enormemente en la configuración de las alianzas de un movimiento en resistencia civil, sobre el que, por otro lado, le será más difícil influir (GEOPOLÍTICA). No obstante, una correcta red de aliados puede trascender una situación adversa, y evitar las trampas de buscar aliados entre las potencias extranjeras que utilizarán al movimiento en su propio beneficio. En este punto también nos separamos radicalmente de la teoría de Sharp, que prima el apoyo de potencias extranjeras como clave para el éxito de la acción no violenta (Sharp, 2004)

Lógicamente si no se tiene éxito a la hora de tejer una red de alianzas que protejan y legitimen al movimiento no violento éste se verá en situación de aislamiento y desprotección, con la consiguiente fragilidad y vulnerabilidad del mismo.

13.3.3 Apaciguamiento

Si el contexto es de conflicto armado, o aún si sin serlo existen grupos paramilitares, escuadrones de la muerte o turbas de linchamiento que agreden y amenazan a otros sectores de la sociedad que apoyan las reivindicaciones del movimiento no violento, va a ser de especial importancia conseguir la deslegitimación y el

bloqueo de sus actividades mediante la activación de un gran movimiento que haga inoperativas esas violencias (INJERENCIAS-INTIMIDACIONES), y a ser posible que se haga justicia por las atrocidades cometidas. La existencia de violencias paralelas a la del Estado genera una doble represión y una deslegitimación constante del movimiento, por lo que tiene que ser una prioridad para el movimiento activar una gran alianza contra las mismas, ya que además se debilitará y deslegitimará la violencia y el discurso del oponente.

Lógicamente, si no se produce un proceso de apaciguamiento el movimiento no podrá deslegitimar, cooptar o bloquear al oponente y no tendrá sentido el intento de una fase de asalto debiendo concentrarse el movimiento en tácticas defensivas que permitan su supervivencia.

Figura 13.3 Los procesos de la fase de expansión

Proceso	Objetivo	Factores	Si fracasa...
6: Oportunidades sociales y culturales	Dotación de capital simbólico y capacidad de acción instrumental	Incompatibilidades Disociación Concurrencia Interdependencia Transmisión	Discordancia Demonización Incomprensión Inoperatividad Invisibilidad
7: Coaliciones	Conseguir aliados y apoyos de terceras partes	Alianzas Geopolítica	Aislamiento
8: Apaciguamiento	Conseguir disminuir y eliminar las violencias de otros actores armados	Intimidaciones Injerencias	Señalamiento Sobrerrepresión

13.4 Fase de asalto

La fase de asalto es la fase final en la que el movimiento consigue sus objetivos, por lo que los procesos que se dan en ella se corresponden con los mecanismos de éxito de la acción noviolenta, que, tal y como vimos en los primeros capítulos, con las modificaciones resultantes de aplicar teoría sociológica son los siguientes: persuasión noviolenta, coerción noviolenta y negociación noviolenta. Así pues, no vamos a considerar a los mecanismos meramente como formas de conseguir el éxito por parte del movimiento, sino como procesos de empoderamiento del actor noviolento que pueden llevar a un resultado de acomodación en la negociación noviolenta, o a un cambio de paradigma como caso extremo de triunfo de las dinámicas comunicativas (persuasión noviolenta), o una transferencia de poder como caso extremo de triunfo de dinámicas instrumentales (coerción noviolenta).

13.4.1 Deslegitimación

Así en el mecanismo de persuasión noviolenta actúa un proceso de deslegitimación que hace que se supere la hegemonía cultural del oponente. Se llega por tanto a un nuevo paradigma hegemónico que recoge un nuevo consenso social sobre el asunto en cuestión en el que sí que se ven reflejados los puntos de vista del actor noviolento sobre el problema que ha originado el conflicto (HEGEMONÍA). No se trata por tanto de que el oponente cambie sus puntos de vista sobre el asunto en cuestión, como en la propuesta del mecanismo de conversión que hay en la teoría de Sharp (Sharp, 1973), sino que lo que se cambia es el paradigma hegemónico, lo que se considera políticamente correcto por la sociedad en su conjunto. Si no se produce un nuevo paradigma hegemónico el cambio producido estará destinado a ser meramente circunstancial, ya que el resultado no podrá ser considerado como estable sino está consensuado por los grupos sociales que miran por la existencia en común sin negar la existencia del otro. Un oponente que niegue la humanidad de otros actores sociales deberá ser deslegitimado y excluido del proceso de consenso social, y

deberá ser coaccionado a aceptar el nuevo orden resultante, pero esto no podrá realizarse sin el previo consenso de que esto debe ser así, sobre todo cuando este grupo ha sido la élite en el poder. Es decir, si no se produce el proceso de un nuevo consenso el resultado sólo podrá ser favorable mediante la coerción. Como hemos argumentado a lo largo del libro, creemos que es más acertado describir los procesos de deslegitimación y coerción como recursos del movimiento en un pulso de poderes en el cual al final se hace insostenible el equilibrio de fuerzas anterior merced a procesos de empoderamiento colectivo y social.

13.4.2 Disrupción

En el mecanismo de coerción no violenta el proceso que se produce es de disrupción, paralizándose mediante el uso de la acción no violenta masiva la capacidad del oponente para funcionar (LOGÍSTICA) o reprimir (DISRUPCIÓN). La no-colaboración y la intervención no violenta obstruccionista se hace tan extensa que el oponente pierde la capacidad de generar subordinación u obediencia, y por tanto desaparece como estructura de poder, aunque sólo sea temporalmente. Este mecanismo coincide básicamente con los mecanismos de coerción no violenta y desintegración propuestos por la teoría de Gene Sharp (Sharp, 1973), aunque desde nuestro enfoque no es en absoluto el mecanismo más importante ya que lo consideraremos en igual valor que a los procesos comunicativos y compensatorios.

Si no se produce el proceso de disrupción sólo se podrá lograr el cambio mediante procesos comunicativos de cambio del paradigma hegemónico o mediante la transferencia de apoyos de grupos vitales para el funcionamiento del sistema.

13.4.3 Cooptación

El tercer mecanismo, el de la negociación no violenta, puede ir precedido por un proceso de cooptación de diversos grupos que

forman parte de las élites del mismo (DIVISOR), de forma que las élites que se hayan visto afectadas por el proceso de deslegitimación y el proceso de disrupción tratarán de llegar a un acuerdo para acceder a las demandas del actor no violento. Este proceso no es imprescindible para que se del proceso de acomodación, que de darse manteniendo el monolitismo del oponente se ha de entender igualmente como un proceso de negociación no violenta, que funcionará entendiendo la legitimidad, la capacidad y la unidad como los recursos que tiene el oponente y que al irse minando poco a poco por la acción no violenta hará que se vuelva más propenso a un acuerdo negociado. Si no se produce este proceso el oponente mantendrá un bloque monolítico que hará imposible el cambio sociopolítico, aunque la deslegitimación del mismo y la disrupción proactiva de su organización pueda igualmente motivar su colapso.

Figura 13.4 Los procesos de la fase de asalto

Proceso	Objetivo	Factores	Si fracasa...
9: Deslegitimación	Disminuir capacidad de definir la realidad y desmentir al oponente	Consenso	Legitimidad del oponente
10: Disrupción	Romper la operatividad del oponente	Disrupción Logística	Represión Sostenibilidad del oponente
11: Cooptación	Convencer a un sector del oponente	Captación	Monolitismo del oponente
12: Revolución	Se cede a las demandas mediante transferencia de poder político, establecimiento de un nuevo paradigma hegemónico con consenso o negociación de una solución pactada.	TODOS	Estancamiento

13.4.3 Revolución

Así pues el pulso no violento se solventará favorablemente al actor no violento cuando se haya dotado de legitimidad y capacidad de disrupción y cooptación tal que haya transformado el paradigma hegemónico, se haya producido una transferencia de poder o se haya accedido a conceder las demandas por las que se entabló el desafío no violento.

13.5 Fase de conciliación

Una vez conseguida la satisfacción de las demandas que plantearon el conflicto político que se resolvió mediante el empleo de acción no violenta continua vigente la acción política del movimiento. De hecho se puede considerar que una de las características de la acción no violenta es que va más allá de la mera consecución de las demandas, sino que, al ser un proceso de empoderamiento colectivo, se convierte en una herramienta de participación ciudadana que se puede lograr mediante un proceso de gestión del nuevo orden o mediante un proceso de reorientación en el que el movimiento continua activo redefiniendo sus objetivos.

13.5.1 Gestión

El proceso de gestión implica la institucionalización de las organizaciones que conforman el movimiento no violento. Lógicamente esto será muy diferente si para la consecución de las demandas ha sido necesaria una transferencia del poder, o si los cambios se han producido sólo a nivel social como concesiones de los que detentan el poder. Inevitablemente, el movimiento tendrá que buscar la forma de garantizar que los logros conseguidos mediante el uso de la movilización no se pierdan al desarticular el movimiento, y la mejor manera para ello será precisamente no desarticular el movimiento. La institucionalización conforma no obstante el paso del uso de medios no convencionales al uso de medios convencionales, lo cual implica por definición la interrupción

de la acción noviolenta. El proceso de gestión por tanto será un proceso post acción noviolenta, en el que se crearán las garantías sociales y políticas necesarias para que se mantengan los logros obtenidos a la misma vez que se evitan nuevas situaciones de injusticia derivadas de los cambios sociopolíticos.

Figura 13.5 Los procesos de la fase de conciliación

Proceso	Objetivo	Factores	Si fracasa...
13 Gestión	Se resuelve la situación de injusticia sin crear otras situaciones de injusticia nuevas		Nuevo conflicto
14 Reorientación	Se buscan objetivos más amplios para el movimiento.		Posible pérdida de los logros obtenidos

13.5.2 Reorientación

Otra opción para el movimiento, sobre todo si es un movimiento con vocación social más que política, es decir, con vocación de transformación de la realidad y no de conseguir el poder, es ampliar sus objetivos para reorientar las actividades hacia nuevos logros sociales. Esta sería una forma coherente de aprovechar el empoderamiento social conseguido merced al proceso de acción noviolenta. El capital simbólico, la capacidad organizativa y la experiencia acumulada se convertirían en elementos que favorecerían una acción política posterior. El movimiento se transformaría en perfectible al dotarse continuamente de nuevos objetivos con los que ir transformando la sociedad, abarcando cada vez más objetivos. De esta manera estructurarían toda una sociedad civil alternativa que funcionara en torno a dinámicas no convencionales que evitarían la institucionalización y renovarían por completo la idea de democracia. La noviolencia se convierte por

tanto en algo más que una estrategia y pasa a ser toda una filosofía política de la revolución que superaría los tradicionales problemas de movimientos revolucionarios clásicos como el comunismo o el anarquismo e incorporaría aportes de los denominados como “nuevos movimientos sociales”, como son el antimilitarismo, el feminismo o el ecologismo

13.6 El fin del ciclo de la noviolencia

El proceso de acción noviolenta tal y como lo entendemos en esta investigación, como un proceso de empoderamiento mediante la participación ciudadana no convencional, es un proceso eternamente perfectible que nunca se podrá dar por concluido, pues siempre necesitará de la participación ciudadana para la consecución de nuevos objetivos. Por lo tanto, toda movilización se puede interpretar desde una racionalidad revolucionaria integral, como un ensayo que sume al proceso de aprendizaje colectivo acerca de las estrategias y tácticas para enfrentarse a la violencia, cuya supresión acaba siendo el objetivo último de todo movimiento noviolento, que se puede definir siempre como un movimiento que lucha contra la violencia sin usar la violencia. Lógicamente cuando se ha conseguido una transformación sociopolítica tal que las nuevas instituciones se hayan convertido en la manera convencional de hacer política tendremos que finalmente el proceso noviolenta habrá llegado a su fin, pues las dinámicas políticas que ponga en marcha como movimiento político serán ya las políticas institucionales, la forma convencional de organizarse política y socialmente. De la misma manera, si entendemos la acción noviolenta como una forma de luchar contra la violencia (Vinthagen, 2015), cuando se ha logrado acabar con la violencia contra la que se luchaba se puede considerar que el ciclo de acción noviolenta del movimiento ha llegado a su fin, pasando este a desempeñar actividad política convencional. No obstante cuando el objetivo es luchar contra la violencia, como se plantea el movimiento antimilitarista, la perspectiva ha de ser necesariamente algo más

que a largo plazo, al entrar en el terreno de la utopía, entendiendo esta como el objetivo ideal hacia el que encaminar la lucha política.

De esta manera, si un movimiento con unos objetivos amplios e utópicos se organiza mediante campañas con objetivos realizables puede ir avanzando poco a poco hacia los objetivos que plantea. El movimiento antimilitarista, con su objetivo de conseguir la desmilitarización total de la sociedad sería un ejemplo de cómo un movimiento puede ir poco a poco transformando la sociedad permaneciendo casi todo el tiempo en la fase de preparación hasta que en momentos determinados surgen movilizaciones masivas con motivos concretos, protestas contra una guerra determinada, una instalación militar o un abuso de poder. Si no se hubiera estado haciendo ese trabajo constante y eterno de educación para la paz y preparación para la no violencia, con ensayos, reflexión, práctica y entrenamiento, no podrían darse posteriormente protestas contra los ciclos de militarización y guerra que necesita la industria del armamento, o no se hubiera aceptado la no violencia como seña de identidad de movimientos como “Indignados”, Plataforma de Afectados por la Hipoteca” u “Occupy”, “Nuit Debout”.

FIGURA 13.6 El modelo estratégico triangular de la acción noviolenta

Proceso	Objetivo	Factores	Si se fracasa...
FASE 1	PREPARACIÓN		
1: Identificación	Creación de la identidad colectiva y el marco de referencia para agrupar en torno a la estrategia noviolenta del movimiento.	Cohesión	Sumisión
2: Ensayo	Dotar de credibilidad al movimiento.	Disciplina	Descrédito
3: Asertividad	Mejorar las condiciones del diálogo y mostrar inoperatividad de los medios institucionales	Diálogo	Monólogo Cooptación
FASE 2	RESISTENCIA		
4: Organización	Dotarse de capacidad organizativa para mantener la acción noviolenta	Eficiencia Resiliencia Logística	Desánimo Represión Desgaste
5: Inclusión	Lograr la participación masiva	Participación	Movimiento minoritario
FASE 3	EXPANSIÓN		
6: Oportunidades sociales y culturales	Dotación de capital simbólico y capacidad de acción instrumental	Incompatibilidades Disociación Concurrencia Interdependencia Transmisión	Discordancia Demonización Incomprensión Ineficacia Invisibilidad
7: Coaliciones	Conseguir aliados y apoyos de terceras partes	Alianzas	Aislamiento
8: Apaciguamiento	Conseguir disminuir y eliminar las violencias de otros actores armados	Intimidaciones Injerencias	Señalamientos Sobrerrepresión

El Modelo Estratégico para los Movimientos de Resistencia ■

Proceso	Objetivo	Factores	Si se fracasa...
FASE 4	ASALTO		
9: Contra- información	Disminuir capacidad de definir la realidad y desmentir al oponente	Consenso	Legitimidad del oponente
10: Disrupción	Romper la operatividad del oponente	Disrupción Logística	Represión Sostenibilidad del oponente
11: Cooptación	Convencer a un sector del oponente	Divisor	Monolitismo del oponente
12: Revolución	Se cede a las demandas mediante transferencia de poder político, establecimiento de un nuevo paradigma hegemónico con consenso o negociación de una solución pactada.	TODOS	Estancamiento
QUINTA FASE	CONCILIACIÓN		
13 Gestión	Se resuelve la situación de injusticia sin crear otras situaciones de injusticia nuevas		Nuevo conflicto
14 Reorientación	Se buscan objetivos más amplios para el movimiento.		Posible pérdida de los logros obtenidos

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Ackerman, Peter y K. Kruegler:** (1994) *Strategic nonviolent Conflict, the Dynamics of People Power in the Twentieth Century* Westport, Connecticut. Londres, Praeger.
- **Ackerman, Peter y Jack Duvall** (2000): *A force more powerful. A century of nonviolent conflict.* Palgrave, Nueva York
- **Adrian Karanycky y Peter Ackerman P.** (2005): *How Freedom is won, from civic resistance to Durable democracy.* Nueva York, Freedom House.
- **Alinsky, Saul** (1971): *Rules for Radicals. A pragmatic Primer for Realistic Radicals.* Vintage Books.
- **Arendt, Hannah:** (1973) *Crisis de la República.* Taurus Madrid
(1974) *Los orígenes del totalitarismo* Taurus. Madrid
- **Arias, Gonzalo ed** (1995): *El proyecto político de la Noviolencia.* Nueva Utopía. Madrid.
- **Bartkowski Maciej J. (Ed)** (2013): *Recovering Nonviolent History. Civil Resistance in liberation struggles.* Lynne Rienner Publishers. London.
- **Berger, Peter y Luckmann, Thomas** (1968). *The social construction of the reality.* Anchor. New York. 1966 versión en castellano *La construcción social de la realidad* (1968), Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- **Bobbio, Norberto** (1985). *Estado, poder y gobierno.* Estado, Gobierno y Sociedad. México: FCE
- **Boserup, Anders, and Mack, Andrew** (1975): *War Without Weapons: Nonviolence in National Defense.* Schocken Books
Edición en español: *Guerra sin armas. Noviolencia en la defensa nacional.* Catarata Barcelona. 2001,
- **Bourdieu, Pierre** (2001): *Poder, Derecho y Clases Sociales.* Editorial Desclee de Brouwer. Bilbao.
(1998): *La dominación masculina.* Anagrama. Barcelona
(edición en español del año 2000)

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

- **Boulding, Kenneth E** (1993): *Las tres caras del poder*. Barcelona. Paidós.
- **Boundurant, Jean V.** (1958): *The conquest of the violence. The gandhian philosophy of conflict* Princetown University Press. Princetown
- **Burdeau, George** (1966) : *Traité de Science Politique* , Pichon-Durand, T. I, París.
- **Burrowes, Robert J.** (1996): *The strategy of nonviolent defense: a Gandhian approach*. State Uniservity of New York Press. Albany.
- **Burton, John W.** (1990): *Conflict: The Human Needs Theory*. Macmillan. Londres.
- **Calvo Ospina, Hernando** (2008): *Colombia Laboratorio de Embrujos. Democracia y Terrorismo de Estado*. FOCA
- **Carter, April; Clark, Howard y Randle, Michael** (2006): *People Power and Protest Since 1945: A Bibliography of Nonviolent Action*, Housmans Bookshop, Londres 2006
- Carter, April; Clark, Howard y Randle, Michael** (2013): *A Guide to Civil Resistance: A bibliography of People Power and Nonviolent Protest*. Merlin Press. Londres
- **Case, Clarence Marsh** (1923): *Non-violent Coercion, A Study on Methods of Social Pressure*. New York y Londres. The Century CO.
- **Casado, Antonio** (2002): *La desobediencia civil a partir de Thoreau*. Tercera prensa S.L. San Sebastián (Donostia).
- (2005): *Thoreau. Biografía esencial*. Ediciones Acuarela. Madrid.
- **Castañar, Jesús** (2013): *Teoría e Historia de la Revolución Noviolenta*. Virus Editorial, Barcelona.
- **Castells, Manuel** (2003): *La Era de la Información volumen 2: El poder de la Identidad*. Alianza Editorial. Madrid
- (2005) *La Era de la Información volumen 1: La Sociedad Red*. Alianza Editorial. Madrid
- **Chenoweth, Erika & Stephan, Maria** (2011): *Why Civil Resistance Works*. Columbia University Press . Nueva York.
- **Clark, Howard; Seehan Johane; Gárate, Javier (coord)** (2010): *Manual para campañas noviolentas. Internacional de Resistentes a la Guerra*. Londres
- **Correa, Francois** 2005 *Construcciones antropológicas sobre lo indígena en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.

Disponible en www.humanas.unal.edu.co/colantropos/ Octubre del 2005

- **Cortright, David** (2008): *Peace. A History of Movements and Ideas*. Cambridge University Press. Cambridge.

- **Crozier, Michel & Friedberg, Erhard** (1977): *Actors and Systems*. Chicago University Press. (Edición e ingles de 1981, original en francés en 1977). Existe versión en español Actor y Sistema *FCE México 1990*. Alianza Política. Madrid
- **De Ligt, Bartholomeus** (1989, primera edición de 1937): *The conquest of violence. An essay on war and revolution* Pluto Press. Londres.
- **Dellinger, Dave** (1970): *Revolutionary Nonviolence: Essays by Dave Dellinger*, IN: Bobs Merrill. Indianapolis.
- **Deming Barbara** (1970): *On revolution and equilibrium* Grossman. Nueva York.
- **De Votta, Neil** (2004) *Blowback: Linguistic Nationalism, Institutional Decay, and Ethnic Conflict*. Stanford University Press. Standord (California, EEUU)
(2007): *Sinhalese Buddhist Nationalist Ideology: Implications for Politics and Conflict Resolution in Sri Lanka*. East-West Center. Washington.
- **Disssanayaka T.D.S.A.** (2004): *War or Peace in Sri Lanka*. Popular Prakashan Pvt. Mumbai.
- Durán, Renata (ed)** (2001): *Iniciativas comunitarias de paz en Colombia: Semillas que abren el camino de la paz*; Vicepresidencia de la República. Premio Nacional de Paz. Bogotá
- **Duverger, Maurice** (1977): *Ciencia Política*. Hemisferio, México.
- **Elias, Norbert** (1939): *El Proceso de Civilización*. FCE. Madrid Edición de 1987.
- **Erikson Nepstad, Sharon**: *Nonviolent Revolutions. Civil Resistance in the Late 20th Century*. Oxford University Press. Oxford 2011
- Espinosa Alzate, Rubén Darío** (2003). *El gobierno comunitario de los territorios indígenas del Norte del Cauca colombiano. Descentralización o autonomía*. ARF Editores e Impresores LTDA. Bogotá.
- Espinosa Moreno, Fernanda** (2012): *Las razones detrás del conflicto en el Cauca*. Disponible en internet:
<http://www.arcoiris.com.co/2012/07/las-razones-detras-del-conflicto-en-el-cauca/>. 14 de julio de 2012. Visto el 15 de junio de 2014.
- (2012b): *La histórica lucha por la paz del movimiento indígena caucano*. Cien DIAS N° 76. Septiembre-noviembre 2012. CINEP.

Disponible en internet:

http://www.cinep.org.co/index.php?option=com_content&view=article&id=454%3Aqla-historica-lucha-por-la-paz-del-movimiento-indigena-caucano&catid=99%3Aultima-edicion-de-cien-dias&lang=es&showall=1

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

- **Fajardo, Luis Alfonso et allí** (1999): *Manuel Quintín Lame y los guerreros de Juan Tama* (Multiculturalismo, magia y resistencia). Madre Tierra. Barcelona.
- **Ferrés, Joan** (1996): *Televisión subliminal. Socialización mediante comunicaciones inadvertidas*. Paidós: Barcelona,
- **Fisas, Vicenç** (1998): *Cultura de Paz y gestión de conflictos*. Icaria, Barcelona.
- **Friede J.** (1944); *El indio en lucha por la tierra. Historia de los Resguardos del Mazizo Central Colombiano*. Ediciones Chispa. Bogotá.
- **Friedrich, Carl Joachim** (1968): *El hombre y el gobierno. Una teoría empírica de la política*. Madrid. Tecnos .
- **Foucault, Michel** (1975) *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI. Madrid.
(edición de 1986)
(1987): *La Microfísica del Poder*. Ediciones La Piqueta. Madrid.
(2002) *Defender la Sociedad*. FCE. Mexico
- **Galbraith, John Kenneth:** (1984) *La anatomía del poder*. Plaza y Janés Editores. Barcelona,
- **Galtung, Johan** (1985): *Sobre la Paz*. Barcelona. Fontanara.
(1989) *The Principles of Nonviolent Action: The Great Chain of Nonviolence Hypothesis*, en J. Galtung (ed) *Nonviolence and Israel/Palestine*. University of Hawai Press. Honolulu, págs. 13-33.
- **Gandhi, Mohandas K.:** (1958) *Collected Works of Mahatma Gandhi XXIII*, The Publications Department, Ministry of Information and Broadcasting. Government of India.
(1995): *Todos los hombres son hermanos*. Sociedad de Educación Atenas. Madrid
(2001) *Non-violent resistance (Satyagraha)* Dover publications. Nueva York.
(2007) *Autobiografía. Edición abreviada por Bharatan Kuyamarappa* Sal Terrae. Santander.
- **García Figueroa, Vinney Judith** (2007): *Hacia mundos posibles para la diversidad. Las administraciones públicas ancestrales*. Fondo Indígena. La Paz 2007.
- **Murillo, Mario** (2004). *Colombia y Estados Unidos. Guerra, inquietud y desestabilización*. Editorial Popular. Madrid
- **Goffmann, Erving (1959):** *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu (edición española de 1993). Bilbao.
(1975): *Frame Analysis [F.A.]*, Northeastern Univ. Press. Boston, En español, Marcos de referencia, Madrid, CIS 2006.
- **Gramsci, Antonio (1978) :** *El concepto de Hegemonía en Gramsci*. Ediciones de Cultura Popular. México.
- **Gregg, Richard** (1960, primera edición de 1935): *The power of nonviolence*.

James Clarke and Co LTD Publishers. Londres

- **González Bernal, Jaime** (1988): *Gene Sharp. La lucha política noviolenta. criterios y métodos*. Ediciones Chile América CESOC. Santiago.
- **Guerrero, Eugenio** (2008). *Guardia Indígena del Norte del Cauca*. CODACOP. Bogotá 2008.
- **Guerrero, Eugenio y de la Torre, Lucía** (2004): *Nuestras memorias en resistencia*. DKA. Bogotá. 2004
- **Harto de Vera, Fernando** (1994): *Investigación para la Paz y Resolución de Conflictos*. Tiran Le Blanch. Madrid
- **Haslam, Oliver** (2006): *Refusing to Kill. Conscientious objection and human rights in the first world war*. Peace Pledge Union publication. Londres.
- **Helvey, Robert** (2004): *Sobre el principio noviolento estratégico. Entendiendo sus principios básicos*. AIE Boston
- **Hernández Delgado, Esperanza** (2004). *Resistencia civil artesana de paz: Experiencias indígenas, afro descendientes y campesinas*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Botá.
(2012) *Intervenir antes de que anochezca. Mediaciones, intermediaciones y diplomacias noviolentas de base social en el conflicto armado colombiano*. Universidad Autónoma de Bucaramanga. Bucaramanga.
- **Holloway, John** (2002): *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. El Viejo Topo, Madrid.
- Huhle, Rainer** (2001): *La violencia paramilitar en Colombia: historia, estructuras, políticas del Estado e impacto político*. En Revista CESLA n°2/2001.
Disponible en internet en:
http://www.cesla.uw.edu.pl/www/images/stories/wydawnictwo/czasopisma/Revista/Revista_2/63-81_Huhle.pdf
- **Huxley, Aldous** 1946 (primera edición de 1937): *Ends and Means. A inquiry into the nature of ideals and into the methods employed for their retaliation*. Chatto and Windus. Londres.
- **Horowitz, Donald L.** (1993): *Incentives and Behaviour in the Ethnic Politics of Sri Lanka and Malaysia*. Social Scientists Asosiation. Colombo
- **Inglehart, Ronald** (1970): *The Silent Revolution* Princeton: Princeton University Press.
- **Janis, Irving & Katz, Daniel** (1959): *The reduction of Intergroup Hostility: Research Problems and Hipotesis*, in Journal of Conflict Resolution, Vol: III, n°1 (Marzo de 1959) págs 85-100.
- **Jasper, James M.** (1997): *The Art of Moral Protest. Cuture, Biography and Creativity in Social Movements* . University of Chicago Press. Chicago.

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

- **Jeganathan, Padeep, & Ismail, Qadry (eds.) (1995):** *Unmaking the Nation. The Politics of Identity and History in Modern Sri Lanka.* Social Scientists' Association & South Focus Press. Nueva York.
- **Kaldor, Mary (2001):** *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global.* Tusquets Editores. Barcelona 2001
- **Kapferer, Bruce (1993).** *Nationalist ideology and a Comparative Anthropology.* Studies in Society and Culture. Colombo. 1993.
- **Kepel, Giles (2002).** *La yihad. Expansión y declive del islamismo* Península. Barcelona 2002 (primera edición en francés de 2000)
- **King, Martin Luther (1963):** *Letter from Birmingham Jail*, en Staughton Lind & Alice Lynd: *Nonviolence in America, a documentary history.* Orbis Book. Nueva York 1995.
- **Kuhn Thomas (2004):** *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), Trotta. Madrid
- **Lakey, George (1968)** *The sociological Mechanisms of Nonviolent Action* en Peace Resarch Reviews, Vol. II. N°6 (diciembre 1968).
(1973) *Strategy for a Living Revolution.* Grossman Publishers. Nueva York.
(1987): *Powerful Peacemaking. A Strategy for a living revolution.* New Society Publishers. Philadelphia. (en realidad, la segunda edición de Lakey, 1973)
(2012) *Toward a living revolution. A five stage framework for creating radical social change.* Peace News Press. (en realidad, la tercera edición de Lakey, 1973)
(2013) *Should we bother trying to change our opponents' bears?*
www.wagingnonviolence.org , 4 de junio de 2013 visto el 23 de enero de 2015.
- **Leal Buitrago, Francisco (1984).** *Estado y política en Colombia.* Siglo XXI. Bogotá 1984.
- **León, Juanita: (2004)** *No somos machos pero somos muchos*, Grupo Editorial Norma. Bogotá 2004.
Disponible en internet en la siguiente dirección:
http://e-aulas.urosario.edu.co/pluginfile.php/168099/mod_resource/content/1/Clase%206%20-%20Juanita%20Le%C3%B3n.pdf
- **Lipsky, M (1968):** *Protest as a political resource.* American Political Science Review n° 62. Pp. 1144-1158
<http://www.jstor.org/discover/10.2307/1953909?sid=21106183224133&uid=2129&uid=3737952&uid=70&uid=2&uid=4>

<http://www.irp.wisc.edu/publications/dps/pdfs/dp467.pdf>

- **López Martínez, Mario** (2012): *Ni paz, ni Guerra, sino todo lo contrario. Ensayos sobre defensa y resistencia civil*. Educatori. Granada.
- **Losurdo, Domenico** (2010): *La cultura de la no violencia*. Península. Barcelona (edición en castellano de 2011)
- **Lukes, Steven** (2005): *Power. A Radical View*. Palgrave MacMillan. Hampshire
- **Luckmann, Thomas** (1992): *Teoría de la Acción Social*. Paidós Ibérica. Barcelona (edición en español de 1996, original en alemán)
- **Lynd, Staughton y Lynd Alice (Editores)** (1995): *Nonviolence in America, a documentary history*. Orbis Books. Nueva York.
- **Macarthy, Roland y Sharp, Gene:** (1997) *Nonviolent action, a research guide* Garland Publishing. Nueva York y Londres.
- **Martín-Baró, Ignacio** (1998) *La psicología de la liberación*. Trotta. Madrid.
- **Martin, Brian** (1984): *Uprooting War*. Freedom Press. Londres.
(1989): *Gene Sharp's Theory of Power* Review Essay Journal of Peace Research, vol. 26, nº2. pp. 213-222
Disponible en internet en <http://www.uow.edu.au/~bmartin/pubs/89jpr.html>
- (1993) *Social Defense, Social Change*. Freedom Press. London
- (2001) *Technology for nonviolent struggle*. War Resisters International. Londres
- **Martin, Brian et alii** (1991): *Nonviolent struggle and social defense*. Editado por la IRG junto a Shelley Anderson y Janet Larmore. Londres
- **Martin, Brian y Varney, Wendy:** (2003a) *Nonviolence and communication*. Journal of Peace Research nº40, Sage Publications London.
(2003b) *Nonviolence speaks. Communicating against repression*. Creskill, NJ, Hampton Press.
- **McAdam, Doug; McCarthy, John D., y Zald, Mayer (eds. 1998):** *Comparative perspectives on Social Movements: Political Oportunities, Mobilizing Structures and Cultural Framings* Cambridge: Cambridge University Press.
- **McAdam, Doug** (1982): *Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1970*). The University of Chicago Press. Chicago.
(1994). *Cultura y Movimientos sociales* en Enrique Laraña y Josepeh Gosfield *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS Madrid.
(1998): *Orígenes conceptuales, problemas actuales y direcciones futuras*. En Ibarra P. y Tejerina B. (editores): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y culturales* Editorial Trotta. Madrid
- **MacAllister, Pam (edit.)** *Reweaving the web of life, feminism and nonviolence*. New Society Publishers. Philadelphia, 1982.

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

- **Melucci, Alberto** (1989): *Nomads of the present: Social Movements and individual needs in Contemporary society*. J. Keane & P. Piers (eds). Temple University Press. Filadelfia.

(1998) : *La experiencia individual y los temas globales en la sociedad planetaria*. En Ibarra P. y Tejerina B. (editores): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y culturales* Editorial Trotta. Madrid 1998. Págs 361-381.

- **Merriman, Hardy** (2010): *The trifecta of civil resistance: unity, planning, discipline*. Publicado el 19 de noviembre de 2010, visto el 19 de marzo de 2015. <http://www.opendemocracy.net/hardy-merriman/trifecta-of-civil-resistance-unity-planning-discipline>

- **Milgram, Stanley**: *Obediencia a la autoridad*. Desclée de Brouwer, 1980.

- **Moyer, Bill; McAlister, JoAnn; Finley, Mary Lou; Soifer, Steve** : *Doing Democracy. The MAP model for organizing social movements*. New Society Publishers. Gabriola Island (Canadá) 2001

- **Muller, Jean Marie**: (1983) *Significado de la noviolencia*. Coordinadora Antimilitarista Noviolenta CAN. Madrid 1983

- (2001) *El coraje de la noviolencia. Nuevo Itinerario filosófico*. Sal Térrea. Maliaño (Cantabria)

- (2006) *La noviolencia como filosofía y como estrategia*. <http://www.autonomiaya.org/?p=373> . abril de 2006.

- **Muste, Abraham Johanness** (1940): *Non-violence in an aggressive world*. Harper & Brothers. Nueva York y Londres.

- **Naess, Arne** (1957) : A systematization of Gandhian Ethics of Conflict Resolution, *Journal of Conflict Resolution*, vol. 1

- **Negri, Toni, Halloway, John y otros** (2001). *Contrapoder, una introducción*. Ediciones de Mano en Mano. Buenos Aires.

- **Nimmo, Dan y Combs, James E.** (1983): *Mediated political realities New York, Longman,*

- **Obeyesekere, G.** (1964): *The Origins and Institutionalisation of Political Violence*, in James Manor (ed.) *Sri Lanka in Change and Crisis*. London.

- **Oppenheim, Felix** (1987): *Conceptos políticos. Una reconstrucción*. Tecnos. Madrid 1

- **Ortega, Pere y Pozo, Alejandro**: *Noviolencia y Transformación social*. Icaria. Barcelona 2005.

- **Padilla Guillermo** (2011) Colombia: *Violencia Interculturalidad y Democracia*, en *Participación Política indígena y políticas públicas para pueblos indígenas en América Latina* VVAA. Konrad Adenauer Stiftung. La Paz pags 141 a 171

Disponible en pdf en:

http://www.kas.de/wf/doc/kas_30932-1522-1-30.pdf?120503222532

- **Palacio, Germán/Rojas, Fernando (1990):** *Empresarios de la cocaína, parainstitucionalidad y flexibilidad del régimen político colombiano: narcotráfico y contrainsurgencia*, en : La irrupción del paraestado , Bogotá 1990,pp.69 -104.
- **Palacios, Marcos (2007).** *Entre la legitimidad y la violencia*. Colombia 1875-1994)- Grupo Editorial Norma. Bogotá.
- **Pagnuco, Ron 1993:** *Teaching about Agency and Structure in Nonviolent Social Change* *Journal for Peace Studies* n15 (2), págs 97-107
- **Pärssinen, Martti y Talero, María Elvira (eds) (2001):** *Colombia. Perspectivas de paz en el 2001*. Institut Renvall. Helsinki.
- **Parsons, Talcot (1951):** *El Sistema Social*. Alianza Editorial. Madrid (edición en español de 1990)
- **Pearlman, Wendy (2011):** *Violence, nonviolence and the Palestinian National Movement* Cambridge University Press, Nueva York.
- **Peñaranda, Ricardo:** *De rebeldes a ciudadanos: el caso del Movimiento Armado Quintín Lame. De las armas a la política*. Tercer Mundo Editores. IEPRI. Bogotá 1999.
- **Piven, F. F. , Cloward R. A.: (1979)** *Poor people movements: Why they succeed, how they fail*. Nueva York. Vintage books.
- **Pizarro, Eduardo 1996:** *Insurgencia sin revolución. La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada* .Tercer Mundo Editores. IEPRI. Bogotá
- **Ponniah, S. (1963):** *Satyagraha and the Freedom Movement of the Tamils in Ceylon* A. Kandiah. Buena parte de este libro está disponible on line en <http://new.sangam.org>
- **Powers, Roger S. y Voegel William B. (editores) (1997):** *Protest, Power, and Change: An Encyclopedia of Nonviolent Action from ACT-UP to Women's Suffrage*. Garland Publishing, 1997.
- **Prat, Enrique (ed):** *Pensamiento Pacifista*. Icaria. Barcelona 2004
- **Przeworsky, A. (1985):** *Capitalism and Social Democracy*.Cambridge University Press; Cambridge.
- **Prus, Robert (1999):** *Beyond the power mystique. Power as intersubjective accomplishment*. State University of New York. New York
- **Randle, Michael (1998):** *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos* Paidós Ibérica S.A.
- **Reyes Posada, Alejandro (1997) :** *Compra de tierras por narcotraficantes*, en: Francisco Thoumi et.al.(eds.): *Drogas ilícitas en Colombia. Su impacto económico, político y social*, Bogotá, pp. 279-337
- **Richardson, John:** *Paradise Poisoned. Learning About Conflict, Terrorism and Development from Sri Lanka's Civil Wars*. International Centre for Ethnic Studies. Kandy. Sri Lanka.2005.

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

- **Riches, David** (1988): *El fenómeno de la violencia* Ediciones Pirámide. Madrid 1988
- **Roberts, Adam; Garton Ash, Timothy** 2009: *Civil Resistance & Power Politics. The experience of Non-violent Action from Gandhi to the present.* Oxford University Press. Oxford 2009
- **Rolland, Romain**: *Gandhi* Editorial La Pléyade, Buenos Aires 1972. (Texto de 1923).
- **Rosemberg, Marhsall** (2006): *Comunicación no violenta. Un lenguaje de vida.* Gran Aldea Editores. Buenos Aires
- **Russel, Jane** (1982): *Communal politics under the Donoughmore Constitution 1931-1947.* Tisara Prakashakayo. Dehiwela.
- **Ryan, Charlotte** (1991): *Prime Time Activism. Media strategies for Grassroots Organizing.* South End Press. Boston.
- **Sandoval Forero, Eduardo Andrés** (2008): *La Guardia Indígena Nasa y el Arte de la Resistencia Pacífica.* Fundación Hemera. Bogotá.
- **Scalmer, Sean** : (2011) *Gandhi in the West: The Mahatma and the Rise of Radical Protest* . Cambridge University Press, Cambridge.
- **Scott, James** 1985: *Weapons of the weak: everyday forms of Peasant Resistance.* Yale University Press. New Haven.
1990: *Domination and the art of resistance: Hidden Transcripts.* Yale University Press. New Haven.
- **Schock, Kurt** (2008): *Insurrecciones no armadas* Editorial Universidad del Rosario. Bogotá.
(2015) *Civil Resistance Today.* Polity Press. Cambridge.
- **Schell, Jonhatan** (2005): *El mundo inconquistable. Poder, no violencia y voluntad popular* Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores. Madrid
- **Sharp, Gene**: (1973) *The politics of nonviolent action* Porter Sargent Publishers 3 volúmenes. Boston 2000 (primera edición de 1973)
(1985) *Making Europe Unconquerable: The Potential of Civilian-based Deterrence and Defense.* Ediciones Taylor & Francis, Londres, 1985
(2003) *De la dictadura a la democracia Un sistema conceptual para la liberación.* Albert Einstein Institution, Boston.

(2003) *Nonviolent Struggle: An effective Alternative.* En Jayadeva Uyrangoda y Anusha Talpawela (ed): *The Value of Peace* . International Centre for Ethnic Studies. Colombo
(2004) *Waging nonviolent struggle. 20th Century Practice and 21st Century Potential.* Portent Sargeant Publishers. Boston.
- Shridharani, Krishnalal**: (1939) *War without Violence: A Study of Gandhi's*

- Method and Its Accomplishments*. Harcourt, Brace, New York.
- **Simmel, Georg (1908)**: *Sociología* (edición de 1986). Alianza Editorial. Madrid
 - (1977) *Filosofía de Dinero* Institutos de Estudios Políticos. Madrid
 - **Sivanayagam, S. (Ed)** (1986): *40 years chronology: Part I 1944-1965*. Sri Lanka Background Briefing. n7. Octubre.
 - (2005) *Witness to History: A journalist's memoirs* ;
 - **Sixirei Paredes, Carlos (2011)**. La violencia en Colombia (1990-2002). Antecedentes y desarrollo histórico. Universidad de Vigo. Vigo.
 - **Sotomayor, Lucía 1998**. Porque somos indígenas, pero ¿por qué somos indígenas? En Modernidad, Identidad y Desarrollo, M. L. Sotomayor editora. ICAN. Bogotá.
 - **Smith, D.E.** (1966) *The Sinhalese Buddhist Revolution*, en D.E. Smith (edit) *South Asian Politics and Religion* Princeton.
 - **Snow D. A. y Benford R. D. (1988)**: *Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization*, en *International Social Movement Research* n°1, págs. 197.217. en español en David A. y D. Robert Benford (1988). «La ideología, la resonancia del marco, y participante de movilización». *Movimiento Internacional de Investigaciones Sociales* 1: 197-217
 - **Snow, D.A; E. Burke Rochford Jr, S.K. Worden & R. D. Benford** (1986): *Frame Alignment Processes. Micromobilitation and movement participation*. En *American Sociological Review* n° 37: 520-532.
 - **Starhawk** (1987), *Truth or Dare: Encounters with Power, Authority and Mystery*. Harper Collins.
 - **Stephan, Maria (ed) (2009)**; *Nonviolent Struggle, Democratization and governance in the Middle East*. Palgrave Macmillan. Nueva York
 - **Uyragoda, Jayadeva y Talpawela, Anusha (ed) 2003**: *The Value of Peace*. International Centre for Ethnic Studies. Colombo
 - **Tambiah Stanley Jeyaraja** (1986): *Sri Lanka. Ethnic fratricide and the dismantling of democracy*. University of Chicago Press. Chicago.
 - (1996): *Leveling crowds: Ethnotantalist conflicts and collective violence in South Asia* University of California Press. Los Angeles.
 - **Tarrow, Sidney** (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* Alianza Universidad, Madrid.
 - **Tilly, Charles** (1995): *Conflicto, revuelta y revolución. Las Revoluciones europeas, 1492-1992*. Crítica, Barcelona.
 - (1998): *Conflicto político y cambio social*. En - Ibarra P. y Tejerina B. (editores): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y culturales* Editorial Trotta. Madrid Pag 25 en adelante.
 - (2009): *Los movimientos sociales 1768-2008*. Crítica. Barcelona.

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

- **Thoreau, Henry David (1997):** *Del deber de la desobediencia civil* Ediciones del Valle. Buenos Aires, Argentina.
- **Tolstói, Lev Nicolayevich (1900):**. *Government is Violence. Essays on anarchism and pacifism*. Phoenix Press. Londres, publicado en 1990. Texto original de 1900.
(2009) *El reino de Dios está en vosotros*. Kairós. Barcelona
- **Touraine, Alain (1981):** *The voice and the eye: an analysis of Social Movements*. Cambridge University Press, Cambridge (Inglaterra)
- **Tracy, James (1996):** *Direct Action, radical pacifism from the Union Eight to the Chicago Seven*. The University of Chicago Press. Chicago.
- **Useche, Oscar (2011):** *Formas comunitarias de pacifismo en Colombia: las resistencias sociales noviolentas*, en Vinyamata i Camp, Eduard & Farid Samir Benavides Vanegas (ed.) *El Largo Camino Hacia la Paz. Procesos e Iniciativas de paz en Colombia y en Ecuador*. Ediciones del Campus per la Pau. Barcelona.
- **Vinyamata, Eduard, y Farid Samir Benavides (eds) (2011):** *Procesos e iniciativas de Paz en Colombia: De los estudios de la violencia a la construcción de la paz y La Paz Esquiva. Perspectivas para la paz en Colombia*, en Vinyamata i Camp, Eduard & Farid Samir
- Vinthagen, Stellan (2015):** *A theory of Nonviolent Action. How Civil Resistance Works*. Zed Books. Londres.
- **Waldmann, Peter (1997):** *Radicalismo Étnico. Análisis comparado de las causas y efectos en conflictos étnicos violentos*. Ediciones Akal. Móstoles.
- **Weber, Max (1922):** *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México (Edición española de 1964)
(1987) *Las Estructuras de Poder*. Leviatán, Buenos Aires
- **Weneklasen, Lisa & Miller Valerie (2002)** *A New Weave of Power, People & Politics The Action Guide for Advocacy and Citizen Participation*. World Neighbours Oklahoma City.
- **Wilches Chau, Gustavo (2005):** *Proyecto Nasa: La Construcción del Plan de Vida de un pueblo que sueña*. PNUD. Bogotá.
- **William Villa, Juan Houghton (2004)** *Violencia política contra los pueblos indígenas en Colombia, 1974-2004*. CECOIN. COIE, OIA, IWGIA. Bogotá.
- **Wilson, Jeyaratnam (1988):** *The Break-Up of Sri Lanka: The Sinhalese-Tamil Conflict*. University of Hawaii Press. Honolulu. 1988
(1994) *S.J.V. Chelvanayakam and the Crisis o of the Sri Lankan Tamil Nationalism 1947-1977. A political biography*. Hurst & Company, London.
- **Wolf, Maribel (2005):** *Regresan siempre en primavera. Colombia, luz y sombra de un proceso hacia la paz*. Icaria. Barcelona.

- **Zunes, Stephen** (1999); *Conclusion*, en Stephen Zunes, Sarah Beth Asher y Lester R. Kurtz (editores) (1999): *Nonviolent Social Movements: A Geographical Perspective*. Blackwell Publishing, Oxford.